

POLITICA EXTERIOR



Núm. 7

1988

La Cuestión Alemana

Helmut Kohl

Helmut Schmidt

Hans-Dietrich Genscher

Egon Bahr ☐ Ottfried Hennig ☐ Theo Sommer ☐ Eberhard Diepgen

Michael Stürmer ☐ Guido Brunner ☐ Dorothee Wilms

Peter Brandt ☐ Dieter Mahncke ☐ Peter Bender ☐ Jochen Thies

**«Si Alemania se inclina hacia el neutralismo
el proyecto europeo entrará en barrena.
Si mantiene su decisión con valor
los cimientos de la unidad habrán fraguado
antes de que acabe el siglo»**

Alexandre Zinoviev ☐ Richard R. Burt ☐ F. Portero ☐ Jean-Paul Picaper

800 ptas.

Bélgica, 322 FB; Francia, 51 FF; Italia, 10.750 L; Reino Unido, 5,50 £; RFA, 15,50 DM; Suiza, 13 FS; EE. UU., 11 \$

POLITICA EXTERIOR



LA CUESTION ALEMANA

Carta a los lectores	3
La política sobre Alemania y la Alianza occidental	<i>Helmut Kohl</i> 5
La política franco-alemana de seguridad: contradicciones y perspectivas	<i>Helmut Schmidt</i> 11
La cooperación Oeste-Este en cuestiones de seguridad ..	<i>Hans-Dietrich Genscher</i> 28
Alemania en la hora de la distensión	<i>Egon Bahr</i> 44
La cuestión alemana y Europa	<i>Ottfried Hennig</i> 54
Alemania y la estabilidad de Occidente	<i>Theo Sommer</i> 67
Berlín en las relaciones Este-Oeste	<i>Eberhard Diepgen</i> 85
Las opciones de los «verdes» en política interalemana y de seguridad	<i>Peter Brandt/Rolf Stolz</i> 96
La cuestión alemana en la Historia	<i>Guido Brunner</i> 116
Las relaciones culturales entre los dos Estados alemanes	<i>Jochen Thies</i> 123
La cuestión alemana desde la Segunda Guerra Mundial	<i>Michael Stürmer</i> 138
La Alemania dividida y la Comunidad Europea	<i>Dieter Mahncke</i> 154
De la normalización a la reunificación	<i>Peter Bender</i> 171
El derecho a la autodeterminación de Alemania	<i>Dorothee Wilms</i> 184
Alemania y el juego soviético	<i>Alexandre Zinoviev</i> 199
La política de seguridad de la Alianza en una era de cambios Este-Oeste	<i>Richard R. Burt</i> 208
La Alemania ficción	<i>Jean-Paul Picaper</i> 216
La cuestión alemana desde una perspectiva histórica	<i>Florentino Portero</i> 234

Notas: 247

Referencias culturales: 260

Documentación: 264

Libros: 289

VOLUMEN II - 1988 - NÚMERO 7

Carta a los lectores

El primer número monográfico editado por nuestra revista aborda una incógnita de la que depende el futuro europeo: la cuestión alemana. Las palabras que oímos pronunciar a Jacques Rueff son certeras también hoy, a los diez años de su muerte. El debate de la Ostpolitik acababa de pasar sobre Europa, con su secuela de incertidumbres. “Si Alemania se inclina hacia el neutralismo –dijo Rueff–, el proyecto europeo entrará en barrena. Si, por el contrario, Bonn y París mantienen su decisión con el valor necesario, los cimientos de la unidad habrán fraguado antes de que acabe el siglo.” Las palabras del gran economista mantienen hoy toda su vigencia. Francia, Italia, España y el Benelux han diseñado las bases de su política nacional y exterior en torno al futuro Mercado Unido europeo. El Reino Unido, con su vieja sabiduría diplomática, se mantiene lealmente integrado entre los Doce, aunque mantenga las reservas expresadas hace ya cuarenta años: si Inglaterra hubiera de optar un día entre una Europa llena de dudas y el mar abierto, optaría por el mar abierto. Las dos grandes naciones anglosajonas observan a uno y otro lado del Atlántico la construcción europea: con todos los matices y oscilaciones que recoge la Historia en su letra pequeña, Estados Unidos ha apostado, desde el Plan Marshall hasta nuestros días, por una Europa fuerte y unida. Pero el mundo anglosajón guarda sus cartas de reserva. Los otros socios de la Comunidad (franceses, italianos, españoles, holandeses, belgas...) carecerían hoy de verdaderas opciones alternativas ante un giro histórico de Alemania. Es, creemos, la gran cuestión por decidir en estos años.

Las voces más optimistas sostienen que un giro alemán es impensable a estas alturas. Quienes conocen a fondo la realidad no lo creen así. Alemania ha sentido, desde Federico el Grande, el vértigo del Este: una atracción poderosísima que lo ha inclinado a mirar, a trabajar, a avanzar más allá del Oder y el Vístula. Hoy la República Federal, gobernada por una coalición liberal conservadora, diseña su política futura en la que surgen la nueva relación entre Estados Unidos y la Unión Soviética, las interrogantes sobre el ensayo reformista de Gorbachov, el diálogo recién abierto entre los representantes de Alemania después del primer viaje de Honnecker a Bonn... Y junto a ello, la ampliación de la Comunidad, los avances conseguidos en materia comercial y monetaria, los primeros pasos hacia una defensa europea. El entendimiento entre París y Bonn, veinticinco años después del tratado suscrito por De Gaulle y Adenauer, sigue constituyendo el factor esencial.

Hemos reunido en este número los trabajos escritos para nuestra revista por algunos protagonistas cualificados de la vida alemana. Hay, na-

turalmente, otras voces igualmente autorizadas para opinar. Pero el futuro europeo depende, en primer término, de la balanza electoral germana: si se inclinara hacia una alianza de los socialdemócratas del SPD y el Partido Verde, se vislumbraría una posibilidad de desarme alemán, con todo lo que ello supondría para los Gobiernos europeos. Por eso hemos creído conveniente reunir a los representantes de los cuatro partidos alemanes. No sólo a las dos grandes formaciones sino también a los menores pero determinantes partidos liberal y ecologista.

El actual canciller Helmut Kohl, el ex canciller Helmut Schmidt y el líder liberal Hans-Dietrich Genscher abren este número. El siguiente artículo procede de una figura histórica del pensamiento político, Egon Bahr, diseñador y creador de la Ostpolitik que pusiera en práctica Willy Brandt. El hijo de este último, Peter Brandt, personalidad destacada del Partido Verde, expone las opciones de la formación ecologista junto a su compañero de partido Rolf Stolz. Figuras relevantes de la Democracia Cristiana, como el alcalde de Berlín, Eberhard Diepgen, o el ministro Ottfried Henning, analizan el papel de la RFA en la construcción europea. Otras figuras de la izquierda y la derecha, desde Theo Sommer, director de *Die Zeit*, hasta el profesor Stürmer o el embajador Brunner, abordan la historia o la actualidad del problema Alemania-Europa y completan la diversidad de enfoques e interpretaciones que hemos buscado.

Cuatro colaboradores no alemanes –el académico ruso Alexandre Zinoviev, el embajador norteamericano en Bonn, Richard R. Burt, el escritor francés Jean-Paul Picaper y el profesor de la Universidad madrileña Florentino Portero– sirven de contrapunto a los quince autores alemanes.

El esfuerzo de la redacción de la revista en el capítulo de Documentación se ha visto recompensado por uno de los conjuntos más completos publicados en español sobre la realidad actual de las dos Alemanias. La dedicación y el interés del diplomático Andreas von Mettenheim y de los españoles Luis Martos y Joaquín Amado, sin cuyo esfuerzo no hubiera sido posible este vasto trabajo documental, merecen nuestro público reconocimiento.

Darío Valcárcel

La política sobre Alemania y la Alianza occidental

Helmut Kohl

La “cuestión alemana”, es decir, la cuestión de la constitución estatal de la nación alemana, no se plantea por primera vez en 1945; antes bien, esta cuestión ha sido a lo largo de muchos siglos un tema capital de la historia alemana y con ello, asimismo, un elemento esencial de la historia europea. Hoy, la nación alemana tiene que vivir dividida en dos Estados.

Es una verdad histórica que, si bien los pueblos pueden llegar a ser disociados, su unidad perdura mientras no se abandonen como tales. Esto es aplicable igualmente a la nación alemana, que sigue viviendo en la unidad de su historia, en la unidad de su cultura y en el sentimiento de comunión entre los habitantes de ambos Estados alemanes.

Como quiera que se haya planteado la “cuestión alemana” en las cambiantes constelaciones de la historia, al cabo se advierte ininterrumpidamente un rasgo fundamental: nunca fue tan sólo una pregunta dirigida a nosotros los alemanes, sino siempre, al mismo tiempo, una cuestión que incumbía a los demás pueblos europeos, dado que la respuesta que se le diera siempre afectaría directa o indirectamente, pero en todo caso de forma profunda, a todos los Estados europeos, en razón de la situación geográfica de Alemania en el corazón de Europa.

La “cuestión alemana”, que esperábamos hubiera quedado solucionada definitivamente merced a la unificación de Alemania en el siglo pasado, vuelve a ser una cuestión abierta y a replantearse en 1945, quedando encomendada de nuevo. a nosotros los alemanes y a Europa la tarea de buscarle una respuesta.

La experiencia histórica de que la “cuestión alemana” tiene por su propia naturaleza una dimensión europea global, debido a que la entidad política de Europa en su conjunto depende decisivamente de que se le dé una respuesta, se manifiesta hoy en día más palmariamente que nunca.

En la actualidad, esta dimensión se debe sobre todo a que la “cuestión alemana” representa un problema cardinal en el plano de la disputa entre el Oeste y el Este por la configuración política de Europa, es decir, acerca

El Dr. Helmut Kohl es canciller de la República Federal de Alemania desde octubre de 1982.

de los valores heterogéneos en que se basan las políticas del Oeste y del Este. De ahí que la “cuestión alemana” no sea exclusiva y ni siquiera primordialmente una cuestión de hechura estatal de Alemania; en estos momentos es, en sustancia e indefectiblemente, una cuestión que entronca con la libertad del hombre.

La República Federal de Alemania es miembro de la Alianza Atlántica y de la Comunidad Europea. La determinación a favor de la comunidad de Estados occidentales que se expresa en este hecho es una determinación surgida de amargas experiencias históricas, una determinación a favor de los ideales políticos de Occidente; es decir, a favor de un sistema estatal y social de libertades, a favor de la democracia parlamentaria, el Estado de Derecho y los derechos humanos individuales. El engarce de la República Federal de Alemania en la comunidad de valores de las democracias occidentales representa un principio esencial; es indeclinable. Como ya dije en la primera declaración programática del Gobierno, en 1982, nuestra adhesión a Occidente es parte de la razón de Estado de la República Federal de Alemania.

Siempre ha habido voces aisladas que han afirmado que la pertenencia de la República Federal de Alemania a Occidente y sobre todo nuestros esfuerzos por impulsar, de consuno con Francia, la evolución de la Comunidad hacia una Unión Europea, no se compadecen con el mandato de la ley Fundamental de consumir la unidad de Alemania en paz y libertad, mandato que seguimos suscribiendo sin reservas.

La convicción de que justamente lo contrario es lo cierto constituye la máxima de la política exterior alemana desde el primer mandato de Konrad Adenauer. Sabemos que son precisamente nuestros vínculos con los Estados Unidos de América y con nuestros socios de la Comunidad Europea los que determinan nuestro peso internacional. Somos plenamente conscientes de que Alemania, si fuera “peregrinó entre los mundos”, no estaría en condiciones de preservar su libertad de forma duradera. Por ello, nuestro puesto está inmoviblemente en Occidente, con las democracias europeas, junto a Estados Unidos. Hemos vinculado nuestra cuestión nacional al destino de Europa, reconociendo que del mismo modo que el meollo propiamente dicho del problema de la división de Europa es la libertad de todos los europeos, la médula de la “cuestión alemana”, tal y como se plantea hoy en día, es la libertad de las personas en el otro Estado alemán y el derecho del pueblo alemán a la autodeterminación.

Los derechos humanos y el derecho de autodeterminación forman parte del acervo fundamental de los valores políticos que aglutinan a los Estados occidentales en cuanto comunidad de valores y perfilan el objetivo a largo plazo de su política frente al Este y en lo relativo a Alemania. La libertad de los alemanes –de aquellos que ya la disfrutaban, de aquellos que aún no están en posesión de ella– está confiada a la comunidad de valores occidental.

La conexión interna entre nuestra pertenencia a la comunidad de valores occidental y nuestro esfuerzo por hallar una solución a la “cuestión alemana” desde una perspectiva histórica exige sentido de la responsabi-

lidad, fundamentalmente por parte de los alemanes, pero también de todos aquellos que llevan la responsabilidad política del desarrollo de Europa. Los tratados que integraron a la República Federal de Alemania en la comunidad de las democracias occidentales nunca dejaron de tener en cuenta la especial situación de los alemanes. Los acuerdos de Bonn, que hallaron el camino para el ingreso de nuestro Estado en la Alianza, son el ejemplo más importante, pero de ninguna manera el único.

El Gobierno de la República Federal de Alemania, con ocasión de la conclusión del Tratado de Moscú en 1970, definió, en la llamada “Carta sobre la unidad alemana”, que la parte soviética aceptó sin objeciones, el objetivo de su política concerniente a Alemania en los siguientes términos: “Cooperar a un estado de paz en Europa en el que el pueblo alemán recupere, en libre autodeterminación, su unidad.” En esta fórmula, vigente y determinante hasta el día de hoy, se expresa nuestro convencimiento de que una política razonable y responsable con respecto a Alemania tiene que ser necesariamente una política de paz europea; la República Federal de Alemania, con sus especiales aspiraciones nacionales, y sus aliados en la Alianza, así como sus socios en la Comunidad Europea, están de acuerdo al respecto.

Resulta significativo que el objetivo que se fijó la República Federal de Alemania para su política con respecto al Este y a Alemania misma, plasmado en la “Carta sobre la unidad alemana”, fuera expresamente corroborado y respaldado –baste mencionar aquí dos ejemplos especialmente ilustrativos– tanto en la Declaración de Washington sobre las relaciones Oeste-Este, emitida por los ministros de Relaciones Exteriores de la Alianza el 31 de marzo de 1984, como en la Declaración política con ocasión del cuarenta aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial, formulada por los jefes de Estado y de Gobierno de la República Federal de Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia, Japón, Canadá y los Estados Unidos, así como por el presidente de la Comisión de la Comunidad Europea, el 3 de mayo de 1985.

Ello no supone tan sólo una muestra de solidaridad con un miembro de la Alianza en su empeño por cumplir un anhelo nacional, sino que también responde a la convicción común de que el interés nacional de los alemanes por superar la división de Alemania es idéntico al interés de la comunidad occidental por superar la división de Europa.

Corresponde a nuestro interés nacional y a nuestra corresponsabilidad histórica de la situación en Europa si nosotros los alemanes, sobre la base de nuestra firme pertenencia a la Alianza Atlántica y dentro del marco de la política aliancista, tratamos con todas nuestras fuerzas de conseguir un cambio pacífico, apoyado por todos los Estados europeos, hacia una mejora en Europa. Esta voluntad es la que guía nuestra política frente a los Estados del Pacto de Varsovia, encaminada a la reconciliación, el entendimiento y la cooperación. Fueron pasos importantes en este sentido los Tratados de Moscú (1970), Varsovia (1970) y Praga (1973), así como el Tratado Básico entre los dos Estados alemanes (1972). Pero afectó también –en varios aspectos– a la Alianza occidental en su conjunto, ya que

no se trataba únicamente de considerar a nivel jurídico los derechos y responsabilidades subsistentes de las cuatro potencias para con Alemania como un todo y para con Berlín, sino de compaginar en el plano político los intereses alemanes, europeos y occidentales globales.

Por esta razón la política seguida por la República Federal de Alemania en materia de tratados frente a los Estados de Europa oriental y a la RDA no podía ser de ninguna manera una política alemana disociada; antes al contrario, fue una política estrechamente consultada y coordinada con los miembros de la Alianza. La trabazón política de los tratados con el Este y las negociaciones de las Cuatro Potencias sobre Berlín patentiza la interdependencia de los diversos enfoques que constituían partes integrantes de la concepción global y coordinada de Occidente.

La *Ostpolitik* alemana no ha enterrado la esperanza de que pueda superarse la división de Europa y de Alemania. Antes bien, asociando los criterios de la renuncia a la fuerza, la inviolabilidad de las fronteras y la integridad territorial de todos los Estados de Europa con el criterio del cambio pacífico, hizo posible el relanzamiento de las relaciones –históricamente tan peliagudas– con nuestros vecinos orientales, especialmente la República Popular de Polonia, y al mismo tiempo brindó a Europa la perspectiva de una evolución a mejor.

La dimensión europea global de la *Ostpolitik* de la República Federal de Alemania está relacionada con la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE). El proceso CSCE tropezó durante la primera mitad de la década de los ochenta con serios inconvenientes. Empero, resistió, acreditando su viabilidad. En estos momentos en que se vislumbran nuevas y propicias perspectivas en las relaciones Este-Oeste, es menester impulsar este proceso con todo vigor.

Queremos alcanzar progresos en los tres grandes campos del Acta Final: construcción de una seguridad estable, intensificación de la cooperación en todos los sectores y respeto de los derechos humanos en Europa y en la Alemania dividida. Ningún pueblo puede tener un interés más acusado que nosotros en preservar, por encima de la línea de separación entre el Oeste y el Este, la identidad cultural de nuestra nación y de nuestro continente, moldeada a través de la Historia.

Estamos siendo testigos de unos procesos en la Unión Soviética que, si son duraderos, tienen alcance histórico y abren nuevas posibilidades de desarrollo a las relaciones Oeste-Este: Los dirigentes soviéticos se han percatado de que el futuro de su país corre peligro si no se logra superar el atraso de la economía y eliminar los anquilosamientos sociales. Para ello se necesita asimismo una nueva política exterior que, marcada por la estabilidad, haga desaparecer los costes de la política expansiva de los años setenta, disminuya la carga del armamento y abra nuevos espacios a la cooperación económico-tecnológica con Occidente. A este respecto se observan evidentes progresos, pero también en el futuro lo que importa no son las palabras sino los hechos.

Todo esto no significa que a nivel interno la URSS lleve camino de convertirse en una democracia occidental, y tampoco que hayan desapa-

recido las profundas contraposiciones ideológicas y políticas entre el Oeste y el Este. Pero sí significa que se nos presentan nuevas oportunidades para avanzar un trecho en la larga senda hacia una configuración duradera y estable de las relaciones Oeste-Este, que se guíe por el entendimiento, el diálogo y la cooperación –y también en la senda de la superación de la división de Europa y de Alemania.

La “cuestión alemana” sólo podrá solucionarse a través de una mejora de las relaciones Oeste-Este. Por esta razón conviene a nuestros intereses nacionales que se aprovechen, con valor e imaginación política pero también con realismo y ponderación, todas las oportunidades de mejorar las relaciones Oeste-Este. Las experiencias a lo largo de los últimos decenios nos han enseñado también que las relaciones entre los dos Estados alemanes dependen del estado general de las relaciones Oeste-Este, en las que están subsumidas. Mientras dure la división, para los alemanes que viven en la República Federal de Alemania siempre se tratará de dos cosas: acrecentar la conciencia de la unidad de la nación y hacer más soportables las consecuencias de la partición.

Los dos Estados alemanes han recorrido un largo camino en sus relaciones bilaterales a lo largo de los quince años que median entre la conclusión del Tratado Básico, en 1972, y la visita de Honecker, secretario general del Partido Unificado Socialista y presidente del Consejo de Estado de la RDA, a Bonn en septiembre de 1987. Gracias a la política de diálogo y cooperación se han logrado algunas mejoras concretas para los alemanes. Esto es aplicable especialmente al turismo entre los dos Estados alemanes, sobre todo también a los viajes de gente más joven de la RDA a la República Federal de Alemania. Al intensificarse el turismo, los alemanes, en sus encuentros personales, pueden volver a sentirse más como una sola nación. El interés recíproco crece, se fortalece el sentimiento de solidaridad.

No obstante, las relaciones entre los dos Estados alemanes están aún lejos de lo normal; pero la situación interalemana, que durante tanto tiempo gravaba las relaciones Oeste-Este, les confiere hoy impulsos positivos. Es un desarrollo que beneficia no solamente a los alemanes sino a Europa entera.

La política franco-alemana de seguridad: contradicciones y perspectivas

Helmut Schmidt

Cualquiera que contemple desde fuera la estrategia global de Francia durante las casi tres décadas transcurridas desde la fundación de la V República en 1958 puede tener la impresión de que nada ha cambiado especialmente desde De Gaulle hasta Mitterrand, pasando por Pompidou y Giscard d'Estaing. Por acertado que este juicio sea cuando se aplica a la aspiración francesa de jugar un papel mundial, un papel como potencia nuclear independiente, con plena autonomía estratégica y libertad de decisión, es justo reconocer, sin embargo, que se pueden detectar transformaciones significativas.

Estas empezaron ya bajo De Gaulle. Entre su propuesta de un triunvirato con los Estados Unidos, Francia e Inglaterra en el año 1958 y el Tratado del Elíseo de 1963 se da una flagrante diferencia de concepción. Entre el diseño subyacente al Tratado del Elíseo con Alemania y las ideas maestras de 1966, cuando Francia abandonó la integración en la OTAN y expulsó de su suelo a todas las tropas y Estados Mayores extranjeros, se da asimismo una diferencia significativa.

Los gaullistas de hoy consideran la posición estratégico-militar de De Gaulle de 1966 como un testamento estratégico del general; testamento que han de ejecutar. Pero no caen en la cuenta de que esto supondría una considerable limitación de las posibilidades estratégicas globales de Francia: el general cedió el paso a una mayor influencia norteamericana sobre el pensamiento y la conducta de los euro-occidentales, en especial de los alemanes, en política de seguridad.

Así las cosas, su sucesor, Pompidou, ya no veía valor estratégico alguno en la exclusión de Inglaterra de la CEE, decretada por De Gaulle. Al reconocer el mismo rango europeo a Gran Bretaña, podía incluso esperar, más bien contrarrestar, la preocupación de un dominio estratégico germano-americano.

Helmut Schmidt, canciller de la República Federal de Alemania desde 1974 hasta 1982, es actualmente editor del semanario *Die Zeit*.

Giscard d'Estaing practicó con éxito una revitalización consciente del entendimiento franco-alemán. Mitterrand siguió sus pasos, pero ni uno ni otro han conseguido desde 1974 hasta hoy redimir a Francia de la herencia de 1966 ni reinterpretar esa herencia. En otras palabras: ambos se han mantenido en la concepción de De Gaulle sobre la prioridad de la independencia estratégicomilitar de Francia, a la vista del consenso que va desde la extrema derecha hasta los comunistas. Giscard, que era gaullista, albergaba el propósito de iniciar conmigo, en un segundo mandato presidencial, una estrecha cooperación militar fundada en un tratado. Dado que no se llegó a una segunda presidencia de Giscard, resulta ocioso especular sobre si hubiera podido imponerse (él en Francia y yo en Alemania) con tal concepción. De todos modos, cuando Giscard se despidió de su cargo, nuestras conversaciones no habían pasado de unos vagos tanteos.

En esa situación, Bonn tenía que procurar (y tiene que procurarlo también en el futuro) que las tensiones que Alemania sufre por su condición de puente entre Washington y París no alcanzaran niveles peligrosos. A pesar de todo, en América no se nos puede tomar a mal que efectivamente hablemos en muchos terrenos como europeos “con una sola voz” o que potenciemos las instituciones o los intereses europeos, desde el Parlamento de Estrasburgo y el Sistema Monetario Europeo hasta el rechazo común de los efectos intolerables de una política monetaria, presupuestaria y comercial equivocada de los americanos. Respecto a la “europeización de Europa”, no podemos remitirnos a Kennedy, sino a muchos políticos americanos, a una amplia base de opinión norteamericana que lamenta la desunión europea. No obstante, en los Estados Unidos se intuye que una unidad esencialmente más fuerte de Europa occidental tiene que reducir el peso relativo de los americanos dentro de la Alianza.

En 1974, Valéry Giscard había empezado a transformar, paso a paso y con pragmatismo, pero a la chita callando, la concepción militar. Lo hacía confiando de nuevo, igual que De Gaulle en 1963, en la colaboración de la República Federal, que entretanto había puesto en pie, con el Ejército federal, unas formidables Fuerzas Armadas de tipo clásico-convencional. También el pensamiento de Giscard cambió y ganó amplitud con el tiempo. Cuando en septiembre de 1974 hablamos por segunda vez de asuntos militares, y en aquella ocasión lo hicimos extensa y detalladamente, sus ideas abarcaban una diversidad de aspectos. Pidió que dejáramos provisionalmente de lado todas las reflexiones en torno a la inclusión de cuestiones estratégico-militares en las tareas de cooperación. Pero se había decidido a celebrar unas conversaciones franco-alemanas a nivel de Estados Mayores; conversaciones que en caso de necesidad defensiva debían servir para la planificación de la entrada en acción de fuerzas convencionales francesas en suelo alemán. Dejó abierta la posibilidad de celebrar conversaciones sobre el tema con la OTAN. A propósito de las llamadas armas nucleares tácticas (o “armas del teatro de operaciones”) de Francia, dejó entrever un cierto escepticismo; en todo caso no quería prever los **Plutón** para las fuerzas francesas en suelo alemán, por cuanto cual-

quier propósito de utilizarlos desde suelo alemán haría inexcusable un acuerdo con la OTAN. Giscard se mantenía firme en su propósito de una segunda modernización de las armas nucleares estratégicas francesas; el centro de gravedad se desplazaba cada vez con mayor fuerza hacia los misiles portados por submarinos; estaban en perspectiva las ojivas nucleares múltiples. Por último, Giscard se proponía colaborar en política de armamento en el marco de los entonces nueve miembros de la CEE.

Vi en los propósitos de Giscard un paso adelante muy oportuno porque habían sido concebidos simultáneamente a nuestras iniciativas comunes de política comunitaria: creación del Consejo Europeo, coordinación de la cooperación de los nueve en materia de política exterior no ya fuera de la CEE, sino en el Consejo de Ministros, establecimiento de una cooperación en política monetaria y elección directa del Parlamento europeo. Ciertamente, dentro de aquel conjunto de propósitos comunes para el reforzamiento de Europa, de momento sólo vagamente formulados, los dos pasos que se preveían dentro del terreno militar eran comparativamente modestos, pero al menos eran testimonio de una voluntad de cooperación.

La política de seguridad abarca también, naturalmente, la limitación internacional del armamento y el desarme. Al principio, en ese campo apenas hubo progreso por parte francesa. Para la no participación francesa en todas las negociaciones sobre control de armamentos de entonces (SALT, ABM, MBFR) seguían valiendo también bajo el mandato de Giscard las viejas explicaciones: la necesaria independencia de Francia y su no pertenencia a la organización militar de la OTAN. Para las negociaciones MBFR de Viena, sin embargo, apareció una nueva e interesante justificación: Giscard calificaba de muy peligroso el reforzamiento de la capacidad combativa convencional de la Unión Soviética en Europa; en esa situación de partida era absolutamente imposible conseguir unas reducciones de tropas que dieran como resultado un equilibrio verdadero; en cambio, a la parte soviética se le otorgaba prácticamente un derecho de codecisión sobre el estacionamiento de las tropas occidentales. Se podría llegar incluso a la propuesta de una zona desmilitarizada en Europa central que tendría un efecto “desmoralizador”.

Ciertamente, Giscard intervendría más tarde en la elaboración de la doble resolución de la OTAN para frenar la supremacía estratégica soviética que apuntaba con la aparición de los misiles SS-20; pero también aquí se mantuvo Francia al margen de toda realización efectiva, incluidas negociaciones INF que se derivaban de la doble resolución. El único contrapeso del casi completo abstencionismo francés ante todas las negociaciones y acuerdos sobre limitación de armamentos fue la propuesta de una conferencia de desarme en la que debían intervenir todos los Estados europeos, igual que habían intervenido en la redacción del Acta de Helsinki y en las negociaciones sobre medidas destinadas a fomentar la confianza que se desarrollaron sobre aquella base.

Valéry Giscard mantuvo hasta 1980 estas posiciones en política de seguridad, de puertas afuera, incluso hasta el final de su mandato. Contenían inicios de planteamientos en términos de equilibrio militar en relación

con la capacidad del Este, pero rechazaban, por razones de independencia, cualquier consecuencia que incluyera a Francia.

El presidente ocultaba, como sus antecesores Pompidou y De Gaulle, que la seguridad de Francia dependía *también* de dos importantes factores sobre los cuales los líderes franceses no podían ya decir con independencia, sino simplemente decidir. Porque dada la insuficiencia, frente al armamento nuclear soviético, de la *force de dissuasion* francesa, que Giscard caracterizaba como “sistema central de disuasión” de Francia y que era esencialmente un arma contra ciudades, es decir, un arma de contragolpe, Francia seguiría dependiendo en un futuro inmediato del respaldo de los Estados Unidos. Y, por otro lado, Francia seguía dependiendo, para todos los conflictos militares no nucleares o aún no nucleares pensables, de que las fuerzas convencionales presentes en el territorio de la República Federal pudieran defender con éxito el glacis alemán. De ahí provenía el preocupado argumento de un posible debilitamiento de dicha capacidad como consecuencia de un tratado MBFR. Pero si esa preocupación hubiera sido profunda, la respuesta francesa debería haber consistido en tomar parte en las negociaciones MBFR a fin de asegurar en ellas los intereses propios del mantenimiento de un glacis y en preparar tropas propias de capacidad convencional sustancial para su intervención en suelo alemán y subordinarlas a una dirección conjunta. La existencia en manos francesas de armas nucleares tácticas que apenas alcanzaban más allá del territorio de la República Federal, pero sobre cuya utilización Francia disponía autónomamente, no podía reforzar la posición de los alemanes, sino que más bien les infundía un sentimiento de inseguridad, puesto que vivían en el territorio del blanco. Desde el ángulo estratégico general del deseo francés de una política activa de relaciones con el Este, la no participación en las negociaciones sobre limitación de armamentos que estaban en curso carecía de sentido. Durante la década de los setenta, las concepciones de Francia me parecieron poco claras, y las estratégico-militares, las posiciones francesas en política de seguridad, de por sí contradictorias. Pero me guardé muy bien de decirlo y me limité a conversaciones muy privadas con mi amigo francés.

Pero ¿cuáles eran en aquellos años nuestras concepciones alemanas en cuanto a estrategia conjunta y nuestras concepciones de política de seguridad? El afianzamiento de la libertad y la integridad de la República Federal debía figurar en primera posición, como siempre; en segunda, el mantenimiento de la paz. A continuación venía, y sigue viniendo hoy, una serie de objetivos difíciles de ordenar en una escala de prioridades: el deseo de conservar los vínculos entre los hombres y mujeres de las dos partes de nuestro pueblo y mantener la esperanza y las expectativas de curación de las heridas de la división, que ciertamente no cabía esperar que cicatrizaran, sino en un futuro más distante; el alivio de la situación de los alemanes que viven al este de la frontera federal; la normalización de las relaciones con todos los Estados de Europa y la reconciliación con los antiguos enemigos, en especial con franceses, polacos y rusos, y el restablecimiento de Europa como continuo histórico y cultural.

Nuestras conclusiones eran éstas: integración y participación activa en la alianza defensiva común de los Estados Unidos con los Estados europeo-occidentales, integración y participación activa en la CEE, salvaguardia de una relación tolerable de fuerzas militares entre Este y Oeste al nivel más bajo posible y a poder ser en forma de un equilibrio negociado entre el Este y el Oeste, negociaciones para una limitación de armamentos y cooperación económica con la Unión Soviética y los Estados de Europa oriental bajo el signo de la doctrina Harmel, reducción de la dependencia política germano-federal de los Estados Unidos mediante el desarrollo y la potenciación del componente europeo de la Alianza y de la CEE. Por emplear una fórmula de aquellos días, distensión sobre la base bien cimentada de un equilibrio militar suficiente.

La concepción estratégico-militar no estaba de ninguna manera libre de una contradicción interna cardinal ni de las graves deficiencias psicológicas que se derivaban de ella. La doble causa residía en una subestimación de la fuerza militar convencional del propio Occidente en Europa y en la consiguiente intención militar estratégica de recurrir relativamente pronto, en caso de necesidad defensiva, a las llamadas armas nucleares tácticas; en una situación extrema se pasaría a emplear las armas nucleares estratégicas americanas –las de largo alcance– contra objetivos situados en territorio de soberanía soviética, casi como último peldaño de una escalada del armamento.

Esta doctrina de la *flexible response* (originariamente *graduated deterrence*) estaba en vigor prácticamente desde 1962; oficialmente, desde 1967. Hoy sigue siendo la médula de la planificación de la OTAN para la defensa de Europa. La doctrina desemboca en un planteamiento según el cual Occidente amenaza con ser el primero en utilizar armas nucleares tácticas. Si esta amenaza no basta y un ataque soviético se apresta a superar o abrir brecha en la defensa convencional de Europa occidental, el cumplimiento de la amenaza supone en cualquier caso graves pérdidas humanas para los alemanes de ambos lados, y tal vez también para checos, eslovacos y polacos, además de fuertes daños materiales. Se trata de una estrategia militar que destruye contra su voluntad lo que quiere defender, y que además conlleva eliminar en un plazo muy breve, también involuntariamente, la resistencia y la voluntad combativa del Ejército federal.

A principios de los años sesenta ya se podían prever claramente estas consecuencias tan insensatas. En la medida en que sectores de la intelectualidad y posteriormente de los medios de comunicación iban comprendiendo el carácter forzosamente autodestructivo de los planes defensivos se iba preparando el terreno para el movimiento pacifista de los años setenta y ochenta. En ello jugaba naturalmente un papel muy importante la enorme acumulación en suelo alemán de armas nucleares tácticas: en los años setenta había en el pequeño territorio de la República Federal unas 6.000 armas nucleares, la más alta y a la vez más absurda concentración del mundo.

Pero yo no podía entonces, ni pude después como canciller, rechazar toda la doctrina del primer uso por parte occidental de las armas nucleares tácticas y de sus diversos soportes (bombas, artillería o misiles de corto alcance), porque todo el mundo estaba tan convencido de la elevada superioridad numérica de las masas de soldados, carros de combate y cañones soviéticos disponibles en Europa del Este, que frente a ellos se contaba en número suficiente con otro tipo de armas que las nucleares. A los planificadores militares occidentales se les hacía impensable la posibilidad de incrementar las fuerzas convencionales hasta el punto de permitirles oponer un contrapeso suficiente a un ataque soviético.

Uno de los motivos de esa aparente imposibilidad era, y sigue siendo, la sobrevaloración de las fuerzas del Pacto de Varsovia. La OTAN sumaba a la cifra de las divisiones soviéticas las divisiones de Polonia, Checoslovaquia y la RDA. Pero de hecho no hay por qué sentir temor ante esas tropas auxiliares no rusas en el caso de un ataque soviético, porque cumplirían las órdenes de ataque de muy mala gana y sin la más mínima disposición al sacrificio. Los soviéticos se verían más bien obligados a desviar parte de sus propias fuerzas para impedir que los polacos, los húngaros, los checos, los eslovacos y los alemanes de la RDA aprovecharan la oportunidad de una crisis mundial o de una guerra para la resistencia o incluso la autoliberación.

Otra explicación de la aparente imposibilidad de poner en pie suficientes tropas convencionales en Occidente era, y sigue siendo, el modo de pensar, de cuño marcadamente cuantitativo, de los dirigentes militares norteamericanos. Los americanos han aprendido, en dos guerras mundiales, a limitar sus pérdidas humanas mediante una superioridad material cuantitativa. Su propia fuerza militar les parece insuficiente mientras no sea esencialmente superior en cifras a la del enemigo. La logística, los suministros y la organización son de suma importancia para todos los ejércitos del mundo, pero para los americanos se han convertido en el factor decisivo de la guerra. Frente a ellos pasan a un segundo plano las capacidades operativas de la dirección militar; generales como Patton o Bradley son las excepciones que confirman la regla.

Dado que el pensamiento militar norteamericano domina la OTAN en Europa (hasta ahora, todos los comandantes supremos han sido americanos, y sus representantes europeos nunca han tenido una influencia apreciable), hoy todavía no se ha superado el complejo de inferioridad relativo a las fuerzas convencionales de la OTAN en Europa ni la planificación derivada de ese complejo, de las primeras etapas de una guerra nuclear.

El decidido interés alemán por las negociaciones MBFR de Viena es una consecuencia inevitable de ello. Porque si pudiera lograrse mediante un Tratado que las fuerzas convencionales Este-Oeste quedaran fijadas en un equilibrio de las respectivas capacidades no sólo se ahorrarían elevadas sumas y se reforzaría la mutua confianza, sino que para Occidente desaparecería el motivo determinante de una planificación defensiva que en realidad tiene que destruir Europa o abocarla a la capitulación.

Durante la etapa más larga de mi actividad política me pareció sumamente improbable un ataque soviético. Y, sin embargo, había existido un evidente peligro de guerra durante la doble crisis Suez-Hungría de 1956 y la crisis de los misiles de Cuba. En otras etapas me pareció pensable en repetidas ocasiones una presión militar soviética sobre otros Estados; los ejemplos se han sucedido abundantemente en el Oriente. Medio, el sureste asiático, Afganistán y África. También he visto siempre en los SS-20 un potencial instrumento de una posible presión soviética en el futuro. Por eso, uno de los motivos que Occidente tenía para considerar necesario un contrapeso militar suficiente era defenderse contra una presión política, apoyada directa e indirectamente en una superioridad militar, ejercida por la Unión Soviética sobre Europa occidental o sobre alguno de los Estados euro-occidentales; por ejemplo, la República federal. Este motivo seguirá existiendo en el futuro.

Un segundo motivo consiste en la necesidad de estar en condiciones de hacer frente, llegado el caso, a una verdadera guerra defensiva, si bien este supuesto parece de momento hartamente improbable. Pero si Occidente confía en ser el primero en hacer uso de armas nucleares tácticas en caso de necesidad defensiva, tiene que contar con que el adversario también recurrirá a ellas. Los alemanes, que debemos estar vitalmente interesados en no permitir semejante autoaniquilación, sentimos un urgente interés por el establecimiento de un contrapeso convencional suficiente para las fuerzas armadas convencionales soviéticas que se hallan disponibles en la RDA, en Checoslovaquia, en Polonia y en la parte occidental de la Unión Soviética. Este contrapeso no tiene por qué ser en modo alguno tan grande como reclama una y otra vez el complejo de inferioridad convencional de la OTAN, pero sí debiera ser cuantitativamente mayor que ahora, en particular en lo tocante a carros de combate y artillería.

Occidente podría crear este contrapeso sin excesivos esfuerzos económicos suplementarios si formara parte de él el grueso del Ejército francés, incluidas sus reservas movilizables. Ahí está el meollo de la contradicción en materia de política de seguridad entre los intereses alemanes y la independencia francesa en política de seguridad. La construcción del Ejército federal, realizada durante los años sesenta, habría hecho posible el establecimiento de un contrapeso convencional suficiente frente a las tropas soviéticas por parte de la OTAN sin dejar abierto un déficit fundamental, si las Fuerzas Armadas francesas hubieran seguido siendo parte integrante de las tropas en la OTAN. Pero como De Gaulle las retiró en 1966, la OTAN, una vez completada la construcción del Ejército federal alemán en los primeros años setenta, apenas parecía más fuerte que a finales de los cincuenta.

Por esta razón tuvo que ser empeño de los alemanes el conseguir una coordinación lo más estrecha posible entre los Ejércitos francés y alemán (o de la OTAN en conjunto); ya que no a través de la participación de Francia en la OTAN, desgraciadamente, sí de otras muchas formas. Este era el sentido estratégico-militar del desarrollo y producción conjunta franco-alemana de armamento, de las conferencias conjuntas de las res-

pectivas cúpulas militares, de las maniobras conjuntas y de los planes de despliegue coordinado en caso de crisis y de confrontación. Pero los planes de despliegue e intervención debatidos conjuntamente quedaron al final desprovistos de carácter vinculante para las tropas francesas. Por lo demás, sólo afectaban a una pequeña parte de las disponibles.

Por supuesto, del lado francés se daba también una continuidad en el desarrollo de viejas concepciones y, al mismo tiempo, opiniones divergentes. La significación originariamente decisiva de la disuasión mediante la *force de dissuasion* apoyada en submarinos ha perdido fuerza en el pensamiento de los franceses. Algunas experiencias, sobre todo en África, han llevado a la organización de tropas especiales de disposición ofensiva rápida (*force d'action rapide*). El desarrollo por parte de Francia de nuevas armas nucleares tácticas, incluidas las armas de neutrones, fundamentalmente concebidas para el combate contra carros, es tácito reflejo de la preparación de una estrategia de respuesta flexible que París rechazaba categóricamente para la OTAN en los años sesenta. También el plan conjunto de intervención como reserva de Occidente muestra que Francia va aceptando la posibilidad de intervenir en la defensa del glacis alemán que se extiende al nordeste.

Giscard d'Estaing reconocía las contradicciones existentes entre las políticas de seguridad francesa y alemana y también las contradicciones internas de las concepciones francesas. En diciembre de 1982, año y medio después de su salida del cargo, habló públicamente de la necesidad de una concepción europea conjunta en materia de política de seguridad. Nosotros pensábamos en un encaje mucho más estrecho de las políticas de seguridad de nuestros dos Estados, sin poseer una concepción militar dentro de las relaciones con las tropas americanas, inglesas y otras presentes en Europa occidental y que entonces componían la OTAN.

A mí, personalmente, se me antojaba faltar perspectivas el intento de hacer volver a los franceses a la OTAN. Sin embargo, sí podía imaginar otra forma de organización, con otro nombre, con un mando supremo francés y no americano, y sometida a una fuerte influencia francesa. La idea que alguien sometería más tarde a debate, de utilizar como marco una "Unión de Europa Occidental" más o menos reducida, a la sombra de la política real, a papeles, actas y discusiones que no obligaban a nada no me parecía entonces —a causa de la participación británica— muy rica de perspectivas. Pero aún estaba menos dispuesto a esperar al desarrollo de la CEE hacia la unión política.

El cambio de titular en el Elíseo, en mayo de 1981 hizo que me guardara en la mente tales pensamientos. Ahora se trataba en primer lugar de afianzar lo alcanzado en la cooperación militar franco-germana. En el curso del primer año de mandato del nuevo presidente, en Bonn vimos con claridad que Mitterrand no pensaba introducir ninguna modificación de importancia en la política francesa de seguridad, independientemente de lo que hubieran querido decir las primeras manifestaciones de su partido en el sentido de un drástico acortamiento del servicio militar y de la reforma del Ejército francés hacia un mejor ejército territorial. Pero ahora la

cooperación en política de armamentos (helicópteros, carros de combate, más tarde incluso satélites de observación) parecía tener en París un valor algo mayor. De todas maneras, no se adivinaba si detrás de eso se escondían tan sólo motivos de ahorro de costes en lugar de razones de política de seguridad. En cualquier caso me llevé una sorpresa cuando Mitterrand, en ocasión de una de las entrevistas en torno al proyecto conjunto de un carro de combate, me dijo una vez: “Renunciar al carro de combate conjunto equivaldría a renunciar a la cooperación franco-alemana.”

Tras varias de aquellas conversaciones no conseguí, sin embargo, aclarar si François Mitterrand entendía que las Fuerzas Armadas francesas contribuían efectivamente a la defensa común, y en qué medida. Por eso impulsé unas conversaciones entre nuestros respectivos ministros de Defensa y Exteriores, para que profundizaran en las cuestiones de política de seguridad. Formulamos este propósito en la parte final de una declaración conjunta emitida en ocasión de las consultas del 24 y 25 de febrero de 1982 en París.

De hecho, esta notable resolución no volvió a ser asumida sino hasta después del fin de mi mandato como canciller. Yo no renuncié a mi propósito de exponer a Mitterrand mi idea de una armonización de los intereses de seguridad de Francia y Alemania. Tuve oportunidad de hacerlo en una larga conversación privada, la segunda, celebrada en Latche en junio de 1983, y una visita privada al Elíseo en junio de 1984. Antes, en enero de 1983, Mitterrand se había pronunciado espectacularmente ante el Bundestag a favor de un equilibrio a base de armas nucleares euroestratégicas que se opusieran a los misiles SS-20 soviéticos. Al hacerlo no tuvo el menor reparo en afirmar con absoluta claridad el papel nuclear imprescindible de los Estados Unidos. Por otra parte, tampoco pareció hallar dificultad en acentuar enérgicamente la independecincia de Francia en cuestiones de seguridad y los “deberes” de la República Federal en el mismo terreno. A mi modo de ver, con ello se ponían clamorosamente de manifiesto la contraposición de intereses entre Francia y Alemania y las contradicciones internas de la idea que los franceses tenían acerca de lo que debía ser la cooperación militar con los alemanes.

La conversación en junio de 1983 tuvo lugar por invitación de Mitterrand. Ésta obedecía menos a su deseo de manifestarse que a su intención de hacer preguntas y recibir sugerencias. El siguiente pasaje resulta especialmente significativo como muestra:

H. S.: “Si yo estuviera en el lugar de Francia me haría las siguientes reflexiones:

1. Puesto que Inglaterra, Irlanda, Dinamarca y Grecia ya son miembros de la CEE, para los franceses no tiene sentido impedir la entrada de España y Portugal.

2. La futura Comunidad de doce miembros es, sin embargo, de una composición tan heterogénea que políticamente resultará todavía más lenta y pesada que hasta ahora.

3. Por ello, la CEE necesita un núcleo político de dirección. Éste debería estar formado por Francia, Italia, la República Federal y los países del Benelux.

4. En el proceso de integración, este núcleo puede perfectamente avanzar más deprisa (Sistema Monetario Europeo, aceleración tecnológica, infraestructura) que la CEE en su conjunto.

5. En sus vinculaciones militares recíprocas, Francia y Alemania deberían ir más allá del estadio alcanzado en la Alianza

Atlántica y ejercer su política exterior, su política de seguridad y su planificación militar en estrecha armonía; en la medida en que Italia y los países del Benelux estuvieran dispuestos a ello, habría que incluirlos. En cualquier caso, se hace necesaria y posible una distribución clara de los papeles: Francia, principalmente como potencia nuclear; Alemania, como potencia en posesión de un ejército convencional más potente.

6. Esta concepción llevará a la formación de una dirección política de Europa occidental. Esto se puede resumir en una formulación breve: la capacidad nuclear y la soberanía de Francia se unen a la fuerza industrial y económica de Alemania.”

F. M.: “¡Qué visión tan audaz y vigorosa! Pero en Alemania se desconfía, porque Francia está gobernada por la izquierda.”

H. S.: “Se desconfía por ambos lados. Pero una unión tan estrecha es el único modo que conozco de infundir a quienes gobiernan en Washington y Moscú respeto por los intereses de Europa. Tal vez debería usted hablar de ello con Helmut Kohl; no en una consulta oficial sino dando un paseo por el bosque.”

F. M.: “Buena idea: Kohl es una persona sencilla, pero de buena voluntad. Cuando se le conoce de cerca, gana. De momento no es más que un retoño.”

H. S.: “Cierto. Aún no se sabe si del retoño brotará una flor que después se convertirá en un fruto, o simplemente saldrá otra hoja verde. Pero como no han cambiado ni los intereses de Francia ni los de Alemania, la colaboración entre el liberal conservador Giscard d'Estaing y el socialdemócrata Schmidt, que juntos han dado a Europa una buena porción de liderazgo, puede continuar y traducirse en una función directiva semejante con el socialista Mitterrand y el conservador moderado Kohl. Francia y Alemania deben seguir juntas, prescindiendo de quien gobierne en París o en Bonn.”

En mayo de 1984, Mitterrand pronunció en Estrasburgo un importante discurso en el que habló abiertamente de la necesidad de una “defensa conjunta de los europeos” sin ocultar las dificultades que habría de vencer para su realización. De todas formas, tampoco dio indicación alguna sobre el modo de vencerlas.

Poco tiempo después visité a Mitterrand para entregarle un memorándum sobre las futuras posibilidades de colaboración militar germano-francesa. El documento fue después la base de mi última intervención en el Bundestag como simple diputado; allí, el 28 de junio de 1984, llamé a una iniciativa francesa y a una colaboración franco-alemana para el establecimiento de la autonomía de Europa.

Todavía he hablado en dos ocasiones más sobre el mismo tema en el Bundestag (la última fue el 10 de septiembre de 1986), y algunas veces más ante distintos auditorios, en París. Lo he hecho presentando siempre, sin grandes variaciones, ideas sobre política de seguridad referidas a nuestros dos países, con la esperanza de que la clase política francesa encuentre el modo de combinar un alto grado de independencia frente a los Estados Unidos con el alto rango político internacional al que aspira Francia, con una eficaz dirección de Europa y al mismo tiempo una inclusión tranquilizadora de la República Federal de Alemania en el marco común.

Valéry Giscard d'Estaing dijo en una ocasión: "Europa progresa allí donde Alemania y Francia están de acuerdo; donde Alemania y Francia divergen, Europa da pasos sin avanzar."

Tal era el lema tácito de mi memorándum a François Mitterrand y de mis discursos y conferencias. Igual que fue posible el inicio de la iniciativa europea del plan Schumann, igual que doce años más tarde nació el Tratado del Elíseo por la iniciativa de De Gaulle, igual que todos los pasos de integración europea occidental de los últimos años tan sólo han podido ser realidad merced a la estrecha colaboración de París y Bonn, el mantenimiento de la autonomía estratégica de Europa requiere nuevamente una iniciativa francesa y a continuación una cooperación franco-alemana. Si se quiere evitar que los Estados europeo-occidentales pierdan su condición de socios de América y desciendan a la de meros protegidos o clientes de los Estados Unidos, no basta la simple continuación de la cooperación en política de armamento ni la activación de la Unión de Europa Occidental como foro de discusión. Más bien hace falta crear en el seno de la Alianza Atlántica un núcleo personal, material, organizativo y directivo europeo de la defensa de Europa. Para ello hay seis elementos de importancia:

1. Dado que Francia y Alemania, a diferencia de los Estados Unidos e Inglaterra, han conservado plenamente su servicio militar obligatorio y disponen por ello de una amplia reserva de personal instruido militarmente, pueden colocar en disposición de combate con gran facilidad, en caso de movilización, más de dos millones de soldados. En ese caso, sus fuerzas terrestres convencionales sumarían unas treinta divisiones (por ejemplo, dieciocho alemanas y doce francesas). Dado que hay que dar por sentada la participación de los países del Benelux, en el territorio central que va de Jutlandia a los Alpes estarían disponibles unas 35 divisiones, sin contar fuerzas inglesas, americanas y canadienses.

Apoyada en una planificación operativa y una dirección y autoridad conjuntas, esta fuerza militar es suficiente para disuadir de un ataque convencional contra Europa occidental a cualquier Gobierno soviético. En caso de ataque bastará para conservar el territorio propio sin que Europa se vea en la necesidad de recurrir a las armas nucleares.

2. En lugar de la estructura actual de la OTAN, con su comandante supremo americano, entra un sistema defensivo euro-occidental con un comandante supremo francés al frente que responde ante el Consejo de

los jefes de Estado y de Gobierno de los países miembros. Reúne todas las competencias, pero no el derecho a utilizar armas atómicas, que pertenece exclusivamente al presidente francés.

3. El presidente francés, en una declaración unilateral y apoyándose en el compromiso de colaboración que para Francia se deriva del Pacto Atlántico y del Tratado de la Unión Europea Occidental, extiende las tareas de la fuerza nuclear autónoma francesa, la *force de dissuasion*, a la defensa de territorios europeo-occidentales.

4. Para las unidades suplementarias con armamento convencional a poner en pie o a completar (véase el punto 1), se completan en un plazo de tres a cinco años los necesarios contingentes de vehículos, armas, munición y equipo.

5. Los recursos financieros necesarios se aportan conjuntamente, cargándose por completo en la cuenta francesa los gastos exigidos por la *force de dissuasion*. Del lado alemán (y del Benelux), la carga financiera se ve aligerada por la renuncia completa al actual doble armamento táctico-nuclear del Ejército y mediante la progresiva eliminación de la actual doble función nuclear del arma aérea.

6. Se desarrolla conjuntamente todo el armamento, satélites espía inclusive.

Este modelo de sistema defensivo euro-occidental se ceñiría plenamente al marco del Tratado del Atlántico Norte y del Tratado de la Unión de Europa Occidental. No requeriría ningún acuerdo adicional de Derecho Internacional, sino simples acuerdos conjuntos sobre el fundamento legal de los Tratados existentes. De ello resulta la directriz para la iniciativa francesa que sale del Tratado del Elíseo; puede ser deseable, política y psicológicamente, una ampliación militar expresa del Tratado del Elíseo, pero no es imperiosamente necesaria.

Semejante modificación del dispositivo defensivo de Europa provocaría, por descontado, efectos políticos, psicológicos, militares y de estrategia global muy considerables. Con todo ello, por supuesto, no puede de ninguna manera prescindirse de las aportaciones marítimas de América e Inglaterra, y con menos motivo aún de la disuasión nuclear estratégico-intercontinental ni de la disuasión nuclear euroestratégica de los Estados Unidos. Pero ya no sería preciso afrontar cualquier amenaza convencional por parte de la Unión Soviética con el empleo, en primer lugar, de las armas nucleares occidentales; la capacidad defensiva convencional de Europa occidental bastaría por sí sola para disuadir de la agresión o coacción por medios convencionales, y todos los niveles de la capacidad nuclear del Oeste servirían exclusivamente a la disuasión de agresiones o coacciones nucleares.

Por supuesto, en el continente podrían y deberían permanecer unidades americanas e inglesas; pero cabría perfectamente dentro de lo posible una disminución de la presencia de unidades del Ejército norteamericano, y en cualquier caso a los aliados europeo-occidentales ya no se les podría presionar en el futuro con la amenaza de una retirada de tropas estadounidenses. Sin duda alguna, una iniciativa francesa para la reforma de la

defensa de Europa occidental contaría al principio, especialmente, en los Estados Unidos y en Inglaterra, con fuertes críticas; se sacaría, una vez más, el viejo espantajo del peligro de *de-coupling*, de desacoplamiento. Dicho de otro modo, más brutal: ya que no está garantizado que en caso de necesidad defensiva tengan que morir también soldados americanos, no cabe confiar en la capacidad de resolución de un futuro presidente norteamericano para recurrir también a las armas nucleares en el caso extremo de emergencia en Europa.

Esa capacidad resolutoria, de todos modos, se halla en trance de extinción; lo prueban los esfuerzos de Reagan en pro de la Iniciativa de Defensa Estratégica, que pretendidamente ha de librar del temor nuclear al pueblo americano (pero no a Europa), y lo patentizó más claramente aún el encuentro Reagan-Gorbachov en Reykiavik, en el que Reagan estaba dispuesto a eliminar por completo las armas nucleares mediante un acuerdo y sin consultar con los aliados europeos. Si se insinúa como posibilidad un desarme nuclear total americano-soviético se deriva de ello la necesidad perentoria para Europa de ser capaz de defender con eficacia, por medios convencionales y de poder disuadir a la Unión Soviética, con esa capacidad, de un ataque o coacción convencional.

En Inglaterra, la acogida sería cauta; primero se mantendría una actitud distanciada, pero en caso de éxito Inglaterra desearía ingresar en el sistema defensivo euro-occidental. De la entrada de los Estados del Benelux, apenas puede dudarse; estos países del núcleo histórico de la CEE se inclinarían más bien a saludar la europeización de la defensa de sus territorios vecinos. Italia –y posiblemente España, Portugal y Grecia– se vería enfrentada a la cuestión de una eventual reforma del dispositivo de defensa del flanco meridional europeo.

Francia obtendría su ansiado rango mundial como potencia rectora de Europa. Su autonomía no se vería limitada por los Estados Unidos, si bien tendría que tomar en consideración más decididamente que hasta ahora los intereses de los Estados miembros del sistema defensivo, y ello en interés de su tarea de dirección, a la que podría aportar su posición como miembro permanente del Consejo de Seguridad y su derecho de veto en las Naciones Unidas, además de sus derechos y obligaciones como potencia vencedora en la II Guerra Mundial. A Francia se le haría la actual vinculación franco-germana, sustancialmente más segura y firme que hasta ahora, cuando brota una y otra vez en ella la desconfianza hacia futuras posibilidades de desarrollo psicológico y político de los alemanes, y cuando al mismo tiempo, por contra, brota una y otra vez el descontento, la irritación y el desencanto, porque Bonn, consciente de su fuerte dependencia actual de los Estados Unidos en política de seguridad, se decide siempre, en caso de duda o de conflicto, a favor de Washington, y no de París.

Para los Estados del Benelux se daría un paso esencial en la dirección de la integración de Europa occidental en la que están empeñados. El sistema defensivo euro-occidental les proporcionaría, como hiciera antes el Sistema Monetario Europeo, una abrazadera suplementaria. Les es más

próximo París que Georgia o California, y no sólo geográficamente. La cooperación en política exterior en el marco de la CEE se convertiría para ellos, merced a la forzosa inclusión en la política de seguridad, en un foro en el que por fin podrían dar a conocer con eficacia sus propias concepciones estratégicas globales, para las que hasta ahora tan sólo han hallado, en la OTAN, oídos americanos, y aún en casos aislados.

Para la República Federal de Alemania disminuiría decisivamente el peligro de convertirse, mediante las armas nucleares tácticas, en campo de batalla nuclear. La extensión al territorio alemán de la misión de disuasión de la *force de frappe* ofrecería tan sólo un interés indirecto para los alemanes: lo que para ellos cuenta no es la protección suplementaria directa estratégica nuclear por parte de Francia (esto es, armas nucleares suplementarias añadidas a las intercontinentales americanas y a las euroestratégicas); lo importante es más bien el cambio de orientación que de ellas se derivaría para el pensamiento francés en política de seguridad, desde territorio francés a todo el margen occidental del continente. Alemania podría contar con que Francia pensaría y actuaría, en lo relativo a política de desarme y a estrategia global, según categorías europeas. En el futuro, Alemania podría apoyarse en Francia; el ambivalente equilibrio, eternamente repetido, de Bonn entre París y Washington cedería el paso a una estructura sin ambigüedades. Francia no sería nuestro más íntimo aliado, sino también el primordial. Me cuesta tanto olvidar el fracaso en el Parlamento francés del proyecto de una Comunidad europea de defensa en 1954, como el fracaso de la concepción gaullista del Tratado franco-alemán del Elíseo en el preámbulo con el que el Parlamento de Bonn aguló el texto del Tratado en 1963.

Pero desde entonces ha pasado mucha agua bajo los puentes del Rin.

La cooperación Oeste-Este en cuestiones de seguridad

Hans Dietrich Genscher

La República Federal de Alemania y la República Democrática Alemana han seguido caminos distintos. La Carta sobre la unidad alemana, que está basada en nuestra Constitución y unida al Tratado sobre las bases de las relaciones entre la República Federal de Alemania y la República Democrática Alemana, pone en evidencia cuál es nuestra visión del futuro de la nación alemana. Adonde quiera que pueda la historia llevarnos a los alemanes, los dos Estados alemanes están de acuerdo en que el suelo alemán nunca debe ser, de nuevo, origen de guerras, sino sólo de paz. Herr Erich Honecker, presidente del Consejo de Estado de la RDA, lo reafirmó claramente durante su visita a la República Federal de Alemania en 1987. Recibió el apoyo de todos los partidos políticos y del pueblo de la República Federal de Alemania. Es esta responsabilidad común lo que, a pesar de profundos antagonismos y diferencias en los sistemas políticos y sociales, induce a los Gobiernos de los dos Estados alemanes a procurar el entendimiento y la cooperación. Ambos Estados alemanes han hecho importantes contribuciones a la seguridad y a la cooperación en Europa, y pueden continuar haciéndolas. Ello se encuentra en correspondencia con la voluntad del pueblo alemán, a lo cual se refirió en otro contexto el presidente Erich Honecker en su carta del 6 de octubre de 1983 al canciller Helmut Kohl. Los millones de alemanes de la República Federal de Alemania y de la República Democrática Alemana, que en creciente número se visitan mutuamente todos los años, lo corroboran una y otra vez.

Hubo tiempos en que las relaciones interalemanas causaron nuevas tensiones en las relaciones Oeste-Este. Hoy, las relaciones entre la República Federal de Alemania y la República Democrática Alemana figuran en el haber de las relaciones Oeste-Este. La relación entre los dos Estados alemanes está conformada por su historia, su lenguaje y su cultura comunes, y por su común responsabilidad en cuanto a la supervivencia de la nación alemana y la supervivencia de Europa y de la humanidad en este

Hans-Dietrich Genscher es vicescanciller de la República Federal de Alemania y ministro federal de Asuntos Exteriores desde mayo de 1974. Líder del FDP, partido liberal minoritario en la coalición gobernante.

mundo erizado de armas nucleares. Tras definir esta relación mutua en el Tratado fundamental de 1972, la común responsabilidad fue persuasivamente reafirmada por el canciller Helmut Kohl y el presidente Erich Honecker en su declaración del 12 de marzo de 1985. Cuanto más claramente se exprese esta responsabilidad común, tanto más anacrónico se hace todo aquello que nos divide artificialmente. El muro y las restricciones de salida constituyen tales reminiscencias

En el curso de su larga historia, este continente ha sido una y otra vez escenario de guerras terribles que han infligido inenarrables sufrimientos a las naciones de Europa. Guerras terribles que se han extendido desde Europa a otras partes del mundo. Los pueblos que aquí viven merecen un destino distinto que convertirse en campos de batalla para una guerra en la que se combata con armas nucleares, químicas o convencionales. Después de una guerra tal, no habría posguerra ni reconstrucción. Entre los habitantes de los dos Estados alemanes hay un profundo anhelo de paz. Para nosotros, en la República Federal de Alemania, la política exterior alemana sólo puede ser una política de paz europea. Esto es lo que exige nuestra Constitución, lo que nuestros ciudadanos –y, sin duda, el pueblo de la RDA– desean.

Europa debe encontrar su papel en la formación de su propio futuro y el de la humanidad. Europa incluye a todos los, europeos... desde el Atlántico a los Urales. Se requiere un proyecto audaz para imponer un orden pacífico para una Europa en la que todos los europeos hallen la paz y tengan la posibilidad de ejercer sus derechos inalienables. El Acta Final de Helsinki, en todas sus partes, marca el rumbo en esta dirección. En nuestra Europa, la Comunidad Europea se ha convertido en una fuerza económica y política, una fuerza para la paz y el progreso. El compromiso con, valores y objetivos comunes ha convertido en anacronismos las diferencias entre los países de Europa occidental, que en el pasado fueron una y otra vez causas de terribles guerras. Este es el logro mayor de la Comunidad. Pero la Comunidad Europea no es la totalidad de Europa. Nuestra política está dirigida hacia todos nuestros vecinos, sin excluir los del Este. El protocolo conjunto de la Comunidad Europea y del Consejo de Asistencia Económica Mutua supone el reconocimiento de la realidad política y económica de la Comunidad Europea. Abre nuevas perspectivas de cooperación.

Al emprender la tarea de trazar la Europa del futuro, tenemos la responsabilidad de hacer uso de la oportunidad histórica que nos ofrecen las nuevas circunstancias hechas, al fin, posibles por la política del secretario general Gorbachov. Cuando digo “al fin”, quiero decir que en Occidente, al formar nuestras concepciones sobre el futuro de Europa, hemos esperado mucho tiempo una respuesta tal. Ahora, la totalidad de Europa debe despertar ante sí misma.

Además de la Comunidad Europea existe –como afirmó el escritor polaco Wladyslaw Bartoszewski– una herencia común europea: “La herencia espiritual, intelectual, científica y cultural europea sobrevivirá a los diferentes sistemas políticos, económicos y sociales.” A pesar de las divisio-

nes de nuestro continente, que ya duran décadas, la conciencia de una común pertenencia sigue siendo tan fuerte como siempre entre nosotros, los europeos. Esta conciencia debe ser utilizada para crear un orden pacífico europeo, al que ya en 1967 se refirió el Informe Harmel de la alianza occidental, para construir la casa común europea, como ha sugerido el secretario general Gorbachov.

La Europa del futuro debe buscar la estabilidad en un amplio proceso de enriquecimiento mutuo. No debe limitar sus relaciones a la discusión de meros problemas de seguridad, por muy necesarios que éstos sean. Es necesario un cambio fundamental en las relaciones entre las dos alianzas, lo cual incluye el cumplimiento completo de las obligaciones que se derivan del Acta Final de Helsinki y la modernización de las relaciones internacionales. Requiere observancia de los derechos humanos, apertura, comunicación, intercambio cultural, viajes y la oportunidad de abandonar el país propio, amplias relaciones deportivas, intercambio de jóvenes y de estudiantes, cooperación económica de amplio alcance, fronteras permeables. Requiere estructuras de seguridad cooperativas. También lo esperan los alemanes de la RDA. Todos éstos deben ser los componentes de ese orden pacífico de Europa, de la casa europea. Debemos formar un tejido de interdependencias constructivas y procurar afirmar la seguridad de que la conciencia de la confianza mutua se enraiza profundamente en las naciones de Europa.

Es evidente que los alemanes tenemos una responsabilidad especial en la superación de la división de nuestro continente. A través de nuestra pertenencia a la comunidad de democracias occidentales, la Comunidad Europea y la alianza occidental, los alemanes de la República Federal de Alemania hemos hecho un uso responsable de la libertad que recuperamos el 8 de mayo de 1945. Hemos establecido de esta manera los lazos más profundos que se puedan concebir entre países: los lazos determinados por una comunidad de valores. Este compromiso con la libertad, con la dignidad humana y con la democracia, nuestros Tratados con la Unión Soviética, la República Popular de Polonia, Checoslovaquia y la RDA, así como nuestra promesa de sostener el Acta Final de Helsinki, demuestran que hemos aprendido las lecciones, de la historia.

El hecho de que la política exterior de la República Federal de Alemania se basa en los valores que comparten las democracias occidentales refleja la esencia de nuestro Estado democrático. Nuestra política exterior aplica los principios de una sociedad democrática a las relaciones entre las naciones: señala un abandono de la antigua política de poder. Nos damos cuenta de que tenemos vecinos que no pertenecen a esta comunidad de democracias occidentales, que también sufrieron terriblemente en la Segunda Guerra Mundial, vecinos que son igualmente europeos y que también desean la paz. No podemos ni queremos olvidar Lidice, ni el destino cruel de la nación polaca, ni los sufrimientos y sacrificios de los pueblos de la Unión Soviética. Las amargas experiencias de este siglo impulsaron a estas naciones a vigilarnos atentamente a los alemanes. No miran primero a París, Londres, Washington ni a las capitales de los otros

países que lucharon de su lado entonces y que sufrieron como ellos. Cuando quieren saber de qué seguridad disfrutaban y con cuánta seriedad deben tomar a Occidente, miran hacia nosotros, los alemanes.

En la comunidad de democracias europeas y en la alianza occidental intentamos estar a la altura de la responsabilidad que la historia nos impone también hacia nuestros vecinos del Este. No es presunción ni arrogancia, sino una profunda conciencia de nuestra responsabilidad histórica lo que estimula esta percepción por nuestra parte: los alemanes debemos prestar una contribución importante en la construcción de la confianza entre el Oeste y el Este. Queremos reactivar aquellos lazos, antes tan variados y fructíferos, entre alemanes y rusos. Queremos desarrollarlos y profundizarlos con la mira puesta en superar la división de Europa. No es ésta sólo una obligación, sino nuestro deseo. Nadie puede eximirnos de esta tarea. Las relaciones germano-soviéticas son de una importancia central. Así lo ha reafirmado el canciller Helmut Kohl.

Iremos dándoles forma sobre la base del Tratado de Moscú de manera proporcionada a su importancia. Es mérito de François Mitterrand el que lo reconozca y lo acepte, y que en esta empresa, Francia, bajo su mandato, esté a nuestro lado. La excepcional relación existente entre Francia y Alemania es una fuerza promotora de la paz también hacia el Este. Nuestro propósito de establecer una relación de serena buena vecindad con la Unión Soviética no debe ni puede empujar a la desconfianza a nadie en Occidente. Con toda seguridad, los políticos alemanes han tenido en este siglo otros objetivos peores que la búsqueda de relaciones de buena vecindad con la totalidad de Europa. Europa es para nosotros Europa entera. En este periodo señalado por nuevos conceptos, es Europa quien posee la oportunidad de crear un orden nuevo y ejemplar que supere las pruebas de calidad, cooperación y seguridad cooperativa. Debemos establecer normas de coexistencia cuya influencia se extienda más allá de nuestro continente. Debemos intentar formar el continente en que vivimos de forma tal que la mutua percepción de la amenaza se vea sustituida gradualmente por un estado de confianza mutua y una conciencia de las ventajas que proporciona la cooperación a largo plazo y amplia entre el Oeste y el Este. En su libro "Crítica de la razón cínica", el filósofo y escritor Peter Sloterdijk afirma que, en la cumbre de nuestro principio de la autoconservación, la bomba nos enseña a poner fin al dualismo y a superarlo. Continúa diciendo: "El proceso internacional moderno condujo a un punto en el que lo más externo –la política– y lo más interno –la meditación– comenzaron a hablar el mismo lenguaje. Ambos giran en torno al principio de que sólo la *detente* puede ayudarnos a seguir más adelante."

La totalidad de Europa, a pesar de las persistentes diferencias, debe coordinar cada vez más sus recursos en lugar de utilizarlos para la confrontación mutua. Podemos sentar ante el resto del mundo un ejemplo de la coexistencia de sistemas políticos, de cooperación que abra esos sistemas y de nuevas formas de seguridad. En algunos aspectos, podemos enviar señales de paz a todo el mundo.

En el pasado, la conducta de la Unión Soviética ha dado a Occidente causas de preocupación y de duda. Aquellos que en Occidente abogaron en favor de la *detente* y obtuvieron su aceptación se encontraron en las décadas de los setenta y los ochenta con una política soviética que condujo, por no citar sino dos ejemplos, en razón del despliegue de los misiles "SS-20", a la decisión de la OTAN de contrarrestarlos, y, en razón de la invasión de Afganistán, al abandono del principio de restricción acordado con los Estados Unidos en 1972. Todo ello no permitió que maduraran los frutos de la *detente* en la forma que podía haberse esperado tras empresas tan osadas como los Tratados de la República Federal de Alemania con el Este y el Acta Final de Helsinki. La verdadera importancia de la opción doble cero, importancia que trasciende con mucho los intereses de seguridad de la retirada de Afganistán, de la aceptación soviética de las inspecciones *in situ* como base para la creación de confianza y mayor sinceridad, y del debate sobre las deficiencias de su propia política exterior, reside en el hecho de que la Unión Soviética, también, ha emprendido el camino hacia una modernización de las relaciones internacionales que incluye los elementos de una filosofía cooperativa. Queda esto subrayado por la discusión crítica soviética de su anterior política exterior. La política occidental debe reconocer ahora, y utilizarla, la oportunidad histórica inherente a los nuevos conceptos de la Unión Soviética. Esto requiere confianza propia y la capacidad de reconocer la evolución actual y de hacer uso de ella.

Algunos preguntarán, sin duda, si todo esto no es, en realidad, una estrategia de Gorbachov, si la cooperación entre el Oeste y el Este en Europa no desligará de los Estados Unidos a los aliados europeos. Según yo lo veo, el presidente Reagan, más que confirmar a estas personas pusilánimes, las ha puesto en vergüenza con su visita a Moscú y su apreciación de la política soviética.

En realidad, nadie pide a Occidente que renuncie a su capacidad de defensa. Y en cuanto a lo que se refiere a las relaciones con Estados Unidos y Canadá, el Acta Final de Helsinki, de la que ambos países son signatarios, ha reafirmado el papel de estas dos democracias norteamericanas en beneficio de Europa.

En una carta dirigida al señor Gorbachov, Juan Pablo II ha rendido homenaje a la nueva dirección política como importante contribución a la cooperación internacional y al fortalecimiento de la paz mundial. La petición papal de una nueva filosofía en las relaciones internacionales, de manera que todos los países vayan conteniendo cada vez más su exclusiva dedicación a los intereses nacionales y sus afanes armamentistas, se eleva por encima de quienes carecen de valor y de confianza. Esta filosofía abarca la necesidad de reflexionar sobre la común cultura europea, a la que todas las naciones de Europa han prestado contribuciones tan grandes. Ello exige los intercambios culturales más amplios posibles y sin obstáculos, en los que todos los artistas, escritores y actores puedan dedicarse sin impedimentos a su obra, El foro cultural de la CSCE en Budapest señaló este camino.

En relación con la oferta de cooperación económica sobre bases amplias hecha a nuestros vecinos orientales, hay quien se pregunta en Occidente cómo es posible que esto sirva a los intereses occidentales si la Unión Soviética y sus aliados se fortalecen económicamente. ¿No era el ineficaz sistema económico socialista del pasado la más firme garantía de la superioridad económica y tecnológica de Occidente? ¿Qué es lo que en Occidente queremos en realidad? ¿Qué favorece nuestros intereses, qué podemos hacer y qué debe hacer el Occidente? Quienquiera que considere a Europa como una totalidad y deplore –con justicia– la división de nuestro continente debe apoyar todos los pasos destinados a superar esta división. Debe estar en favor de la sustitución de la confrontación por la cooperación. No puede desear la división económica o tecnológica de nuestro continente. Lo cual requiere también que se reduzcan realmente al mínimo las limitaciones impuestas sobre los intercambios económicos y tecnológicos... y esto por las dos partes. Occidente no debe albergar ningún propósito de emplear su indudable fortaleza económica y tecnológica como palanca frente a nuestros vecinos orientales. No deseamos poner de rodillas económicamente a nadie, ni aspiramos a prevalecer sobre nadie mediante una carrera de armamentos, ni pretendemos una desestabilización. Utilizamos nuestros medios económicos y tecnológicos con el propósito de ofrecer cooperación: cooperación en términos de igualdad y para beneficio mutuo. Lo mismo se aplica a la cooperación en el ámbito de la protección del medio ambiente. La experiencia demuestra que cuanto más equilibrado sea el nivel de desarrollo, tanto más fácil y amplio será el intercambio subsiguiente, y mayor el interés en mantener condiciones estables y pacíficas. Las relaciones económicas poseen también una dimensión política y de seguridad. No es preciso decir que los occidentales no podemos resolver los problemas que se dan en el sistema económico de los países socialistas. Son evidentes tales deficiencias. Son la razón de que la cooperación económica haya sido sólo modesta hasta ahora. Su superación es, desde luego, el objetivo de la política de reforma del señor Gorbachov.

La búsqueda de un nuevo camino es absolutamente esencial para la Unión Soviética, porque desde que comenzó la nueva revolución tecnológica la economía soviética se ha ido quedando más y más retrasada con respecto a las economías occidentales desarrolladas. Según sus propias palabras, el señor Gorbachov ha establecido así, como su más importante tarea política, la reforma radical de la economía. Una economía dinámica requiere un clima social correspondiente. La eficacia económica en esta era de la información exige una ampliación del campo de acción individual, dual, mayor libertad de movimientos y más información. Exige responsabilidad personal y más extensión del individualismo. Si es cierto el credo marxista de que las condiciones de producción determinan la sociedad, entonces es que está ocurriendo un proceso verdaderamente revolucionario de alejamiento del colectivismo hacia un individualismo mayor. Nadie puede detener esta evolución, excepto al precio de una regresión económica y tecnológica total. La sociedad de la información exige más

apertura, necesita la cooperación y el intercambio mundiales, fomenta una interdependencia aún mayor. Así, pues, es lógico que los reformadores de los países socialistas quieran hacer frente a estos retos. De esta forma, el señor Gorbachov confía en la reestructuración social como un atributo necesario de la reforma económica. No hay realmente razón para que los pueblos de Europa central y oriental, cuya capacidad no es inferior a la de los pueblos de otras partes de Europa, no alcancen resultados semejantes bajo las condiciones de un sistema económico moderno. Occidente no debe contemplar como una amenaza esta posibilidad, sino como una oportunidad, tanto para la construcción de un orden pacífico en Europa como para nuestras propias economías.

¿Cómo es posible prestar crédito a quien pretenda estar buscando el orden pacífico de Europa si al mismo tiempo considera beneficioso para él el que los pueblos de la otra parte de Europa estén en peores condiciones que él mismo? Sería equivocado, sin embargo, suponer que la política soviética de reforma económica esté condenada al fracaso en ausencia de una cooperación con Occidente. Quien lo crea no tiene en cuenta los recursos y el potencial de la Unión Soviética. La reforma política no depende en absoluto de la cooperación occidental, pero una estrecha colaboración económica con Occidente mejora las perspectivas de tal política y puede despejar su curso.

Para mí no es signo de debilidad el que la Unión Soviética esté comenzando a abrir sus puertas al mundo. Es una señal de nueva confianza en sí misma el que, en un momento en que la influencia y el prestigio de un país vienen determinados cada vez menos por el poderío militar, confíe de modo creciente en la creatividad de sus inteligentes pueblos. El aislamiento, la autarquía y los esfuerzos militares desproporcionados son, a fin de cuentas, una señal de debilidad. Una debilidad tal en el Este sería realmente causa para sentir temor en Occidente.

Como ha afirmado el presidente Richard von Weizsaecker, la cooperación económica brinda una oportunidad de colaboración que abre los sistemas políticos. Nuestra tarea es hacer que ello sea posible. No es una empresa fácil, porque, a pesar de la nueva fase de la política soviética, la cooperación económica permanece ligada a las condiciones económicas y políticas de las relaciones Oeste-Este. En el difícil y prolongado proceso de negociaciones derivado del acta final de la CSCE desempeña así un papel especial el capítulo de la cooperación en el ámbito de la economía, la ciencia, la tecnología y el medio ambiente, conocido por "cesta II". La nueva fase de las relaciones Oeste-Este debería, pues, no sólo conducir a la intensificación de la colaboración económica en áreas tradicionales, sino también abrir nuevas vías de cooperación económica.

En la situación actual, la cuestión es qué papel pueden desempeñar los países europeos en vista del acercamiento entre las superpotencias. Hay quien teme que las dos superpotencias estén entendiéndose por encima de la cabeza de los europeos. Para ellos, la eliminación de las INF, más que una oportunidad es una amenaza para la seguridad europea que es preciso neutralizar mediante la instalación de armas en otros sectores.

Mientras que en el Este hay quienes critican al secretario general Gorbachov por haber cedido ante Occidente respecto a las INF, hay otros que del lado occidental sospechan que todo ello no es sino una maniobra extremadamente páfida que tiende a adormecer a Occidente. En el discurso que pronuncié en Davos el 1 de febrero de 1987, señalé las dimensiones históricas de los acontecimientos que están ocurriendo en la Unión Soviética y pedí que se tome en serio al señor Gorbachov y que se atienda lo que dice. Me reafirmo en esta opinión y la veo cada vez más confirmada por los propios acontecimientos, pero también por muchas personas de Occidente que en un principio eran más escépticas que yo. Pero es de esperar que aquellos que aún dudan, aquellos que todavía son cautivos de conceptos antiguos, reconozcan al menos que una Unión Soviética que se abre hacia el interior y hacia el exterior es para nosotros un socio más conveniente. Una evolución de tal género actúa en nuestro interés, merece una respuesta constructiva. Mientras tanto, tras sus palabras han venido realidades en materias importantes: ha sido aceptada la opción doble cero pedida por Occidente, ha comenzado la retirada de tropas de Afganistán, Sajarov ha vuelto a Moscú y se permite a millares de alemanes y de judíos que abandonen la Unión Soviética. Por supuesto, esperamos que se continúe y amplíe este desarrollo.

La era nuclear se caracteriza por varias paradojas. Por un lado, los medios ya existentes de destrucción en masa son capaces de erradicar de este planeta toda forma de vida. Como Guenther Anders escribió en su libro sobre lo anticuado del hombre, la frase “todos los humanos son mortales” ha quedado sustituida por “toda la Humanidad puede ser aniquilada de un solo golpe”.

Sin embargo, la naturaleza apocalíptica de las armas nucleares ofrece también –y esta es otra paradoja– oportunidad de reflexión. Sólo nos permiten elegir entre la aniquilación en un holocausto nuclear y la toma de conciencia de que podemos supervivir en unión. En nuestra reflexión debemos hallar una combinación adecuada de esperanza y responsabilidad. La inmensidad de estos medios de destrucción exige su control racional. La cuestión es qué género de racionalidad hay que aplicar. Hasta ahora, la salvaguardia de nuestra supervivencia se ha basado –con éxito– en la elemental lógica de que un agresor se enfrentaría con la devastadora respuesta del atacado, aunque éste fuera destruido por el ataque.

El principio de la llamada destrucción mutuamente garantizada se basa en el reconocimiento de que “el primero en disparar será el segundo en morir”. Este concepto de asegurar la supervivencia, hasta ahora ha resultado positivo, y es de esperar que sea así también en el futuro. No obstante, no debemos olvidar que esta forma de disuasión entraña el riesgo de la destrucción moralmente inaceptable de nuestra civilización en caso de que falle el supuesto básico de que todos los interesados se comporten con la máxima racionalidad y responsabilidad. El que la eficacia de la disuasión se base, pues, en la confianza de que la otra parte –en primer lugar la Unión Soviética– reaccione de forma racional y responsable, su-

pone un extraño contraste con la idea de que en relación con la Unión Soviética cabe esperar siempre lo peor.

Pero puesto que son necesarias la máxima racionalidad política y la máxima responsabilidad, no se deben confinar éstas a basar nuestra seguridad sólo en el principio de la disuasión mutua. Que no se me interprete mal: con el objeto de evitar la guerra, no existe en el futuro previsible alternativa alguna a esa estrategia disuasoria basada en una combinación de fuerzas adecuadas y efectivas nucleares y convencionales. Como realistas que somos, sabemos que no podemos fundar la seguridad de hoy en los proyectos y expectativas de mañana. Como actores que están a la altura de responsabilidades hacia el futuro, nos damos cuenta de que debemos hoy sentar cimientos más amplios, más firmes y más fuertes para la seguridad futura. Para garantizar nuestra seguridad, debemos confiar cada vez menos en una estrategia de sólo disuasión. Es preciso ampliar las bases de la seguridad, lo cual impone nuevas exigencias en nuestros conceptos políticos y en nuestras estructuras militares.

Según los conceptos de seguridad modernos, toda nuestra racionalidad política debe encaminarse a garantizar nuestra supervivencia común. Deben reconocerse también los legítimos intereses de seguridad de la otra parte.

Los conceptos de seguridad con vistas al futuro no deben limitarse a hacer menos aterradora la guerra. Antes bien, deben hacerla imposible. Necesitamos nuevas estructuras para la seguridad militar. Por encima de la red de disuasión por medios nucleares y convencionales, la red de la *última ratio*, debe haber otra más que reduzca los riesgos derivados de la confianza exclusiva, en la disuasión militar. Ello presupone la existencia de estructuras cooperativas de seguridad dignas de confianza y, por supuesto, la eliminación de causas de tensión y desconfianza. Lo que se requiere, por tanto, es la apertura, la democratización y la humanización de las sociedades, el cumplimiento de los acuerdos sobre los derechos humanos de las Naciones Unidas y otros compromisos como los contraídos por los signatarios del acta final de Helsinki. Cada Estado debe presumir que se le juzgará de acuerdo con su conducta para con otros Estados y para con sus ciudadanos. Debe desarrollarse el respeto hacia los demás y un espíritu pacífico. El desarme implica también el desmantelamiento de imágenes enemistosas.

Christa Wolf tenía razón: "Podemos saber cuándo comienza la guerra, pero ¿cuándo comienza la preguerra?"

La búsqueda perseverante del control de los armamentos y del desarme es una parte integral, indispensable, de toda política de seguridad. Para evitar toda clase de guerras con cualquier clase de armas, no debe haber excepción en la renuncia a la superioridad y en la buena disposición en favor del control de armamentos. Ello refleja la idea expresada por Hans Jonas, –que recibió este año el Premio de la Paz del Comercio Alemán del Libro– de que la paz, como ausencia de guerra entre las naciones, especialmente las superpotencias, se ha convertido en la suprema y permanente tarea de la responsabilidad mundial.

En esta era nuclear, se ha hecho más que evidente que el poder de la tecnología impone a los responsables, como deber máximo, la tarea de evitar la guerra. El tratado para la eliminación mundial de las INF soviéticas y americanas, que acaba de entrar en vigor, debe convertirse en el punto de partida para posteriores y profundas reducciones de armas nucleares, químicas y convencionales. La reducción a la mitad de los arsenales estratégicos de las dos superpotencias, objetivo que nosotros apoyamos enérgicamente, debe hacerse realidad antes de fin de año. La consolidación de la estabilidad estratégica entre los Estados Unidos y la Unión Soviética afecta a los intereses de seguridad de los europeos. Formulamos un llamamiento a las dos superpotencias para que hagan lo máximo a su alcance para conseguir llegar a un acuerdo para finales de 1988.

Las alarmantes imágenes de la utilización de armas químicas en la guerra del golfo Pérsico, y los terribles sufrimientos de sus víctimas nos imponen a todos el deber de concluir lo antes posible un convenio por el que se prohíban en todo el mundo las armas químicas. Sólo una prohibición mundial puede evitar con efectividad la continua proliferación de las armas químicas. En realidad, no son armas, sino medios de destrucción de los seres humanos y de la naturaleza, y son estos medios los que deben ser destruidos. No deben ocupar nunca más un lugar en los arsenales militares. Este consenso fundamental de la comunidad internacional no debe verse comprometido por nuevos desarrollos en el campo de la tecnología de las armas ni por la introducción de nuevos conceptos. Si todos los afectados llevan a cabo esfuerzos enérgicos, se podría concluir antes de fin de este año un convenio para la prohibición completa y eficazmente verificable de las armas químicas.

En la esfera convencional, nuestro objetivo es suprimir las superioridades y los desequilibrios por medio de un desarme asimétrico y crear en Europa una situación en la que ninguna parte sea ya capaz de atacar territorio enemigo. En nuestra estrategia occidental ya no cabe opción alguna de contraofensivas en gran escala, con fuerzas de tierra, más allá de las fronteras en dirección hacia Europa central y oriental. Los esfuerzos para conseguir estabilidad en las fuerzas convencionales requieren también un acuerdo respecto a la filosofía que subyace en las posiciones defensivas. Las negociaciones sobre control de armas convencionales deben crear un acuerdo sobre las funciones que han de desempeñar las fuerzas militares y extraer principios que determinen las dimensiones, el equipo y el despliegue de las fuerzas que se necesitan con el propósito de evitar la guerra y de mantener la defensa propia.

Debe también eliminarse la capacidad de lanzar un ataque por sorpresa y una acción ofensiva en gran escala reduciendo el armamento mayor decisivo en el combate y adaptando las estructuras organizativas de las fuerzas, por ejemplo, orientando el mando, las telecomunicaciones, la logística, los servicios de sanidad y el apoyo ingenieril, etc., hacia propósitos defensivos.

En el discurso que pronunció en Nueva York el 7 de junio, en la tercera sesión especial de la Asamblea General de las Naciones Unidas dedica-

da al desarme, el ministro de Asuntos Exteriores Shevarnadze habló de la necesidad de alcanzar normas más elevadas de sinceridad. Sus observaciones coinciden con las ideas occidentales, igual que el nuevo concepto de seguridad que allí presentó, que se basa en una capacidad de defensa no agresiva y de la que importantes elementos coinciden con la declaración de la OTAN sobre control de armas convencionales emitida en Bruselas en 1986. Las líneas maestras de un sistema de seguridad cooperativo en Europa están perfilándose en estas ideas de ambos lados. Hay que hacer de estas ideas tema de negociaciones, tan pronto como la conferencia consecutiva de la CSCE haya adoptado los mandatos pertinentes. Por tanto, hay que hacer todo lo posible para conseguir en Viena un documento equilibrado, de forma que se pueda adoptar en Viena antes de fin de año un mandato adecuado para la celebración de conversaciones.

Buscamos un sistema de seguridad cooperativa que haga imposible el comienzo o el mantenimiento de una guerra convencional.

Debemos ahora desarrollar estructuras de seguridad cooperativas. Lo cual presupone lo siguiente:

1. Se deben respetar los intereses de seguridad también de la parte contraria. No debe haber anhelos de superioridad ni hegemonías.

2. Las relaciones internacionales deben estar determinadas por la contención y no por la búsqueda de ganancias unilaterales.

3. Deben eliminarse las causas de desconfianza. Los países en los que se tiene confianza no se consideran amenaza. Este fin debe alcanzarse por medio de medidas destinadas a fomentar la confianza y la transparencia.

4. Debe ampliarse y profundizarse la cooperación en todas las áreas para beneficio mutuo.

5. Se necesitan medidas de desarme para eliminar la superioridad y establecer el equilibrio a un nivel más bajo en todos los campos militares.

6. Las medidas de desarme deben conducir a un aumento de la seguridad. El desarme en un área no debe ser contrarrestado por nuevas armas en otras, lo que crearía inestabilidad y pondría en peligro el desarme.

7. Se necesitan cambios cualitativos en la estructura de las fuerzas, con la mira puesta en la eliminación de la capacidad de emprender una invasión o un ataque por sorpresa.

8. Mecanismos eficaces de tratamiento de las crisis políticas mundiales deben evitar conflictos imprevistos que disparen una crisis.

“La necesidad de decidir se extiende más allá de la posibilidad de percibir”, así es como Immanuel Kant describía la *condition politique* hace doscientos años. Ello es hoy aún más cierto que entonces. Las decisiones que ahora hay que adoptar son más profundas y avanzan más hacia el futuro de lo que Kant y sus contemporáneos podían imaginar. Actuar en medio de una acrecentada inseguridad y alcanzar mayor seguridad: éste es “el principio de la responsabilidad” que el filósofo Hans Jonas presentó en su “intento de hallar una ética para la civilización tecnológica”. Como dice Jonas, “compartir la responsabilidad de cosas desconocidas que están por suceder es, en vista de la incertidumbre final de la esperanza, un

requisito esencial de la acción responsable". Debemos aceptar esta responsabilidad hacia todas las generaciones futuras. Abarca la salvaguardia de la paz, la conservación de los recursos naturales, la protección de la biosfera, la supervivencia del hombre y de la naturaleza. Esta responsabilidad es la contrapartida de los medios de poder que hemos desarrollado, lo mismo unos frente a otros que frente al medio ambiente. Debemos acopiar valor para asumir la responsabilidad o, de lo contrario, no habrá perspectivas de futuro para la humanidad. Como nunca en tiempos anteriores, los seres humanos estamos en peligro de escindirnos del futuro: por causar destrucción mediante la guerra, por violar nuestro medio ambiente, por perder nuestra dignidad y nuestro propio ser a causa de una descarriada obsesión de hacer todo lo factible.

Pero como nunca en tiempos anteriores, poseemos también los medios de evitar estos peligros y de usar nuestra enorme riqueza de conocimientos y la fuerza de nuestro sentido común con el propósito de salvaguardar y dar forma al futuro de la humanidad, para garantizar la óptima libertad individual en una pacífica sociedad internacional. El valor de asumir responsabilidades supone el evitar que nuestro mundo se desintegre en un holocausto nuclear. El valor de asumir responsabilidades supone el evitar que la humanidad y la naturaleza persistan en su relación sujeto-objeto y que destruyamos, por descuido o a propósito, los fundamentos de nuestra vida.

Debemos reconciliar de nuevo los factores económicos y ecológicos. El valor de asumir responsabilidades supone también evitar que la humanidad se divida completamente en ricos y pobres, impidiendo que a los países ricos se les reproche el ser incapaces de expandir la justicia social, o no desearla. Conseguir un equilibrio equitativo de intereses entre Norte y Sur y resolver la crisis de las deudas del Tercer Mundo es la cuestión social mundial de nuestra generación. El valor de asumir responsabilidades se refleja en la inflexible afirmación de los derechos humanos civiles, económicos y sociales en la rectificación de los desarrollos perjudiciales de la nueva tecnología y en la superación del hambre, la pobreza y la ignorancia.

Necesitamos una nueva ética, una ética en la que la responsabilidad gobierne nuestras decisiones políticas. Una responsabilidad especial recae sobre Europa en este aspecto. Teniendo en cuenta los acontecimientos que los europeos hemos provocado en el mundo, tanto para beneficio como para detrimento de la humanidad, nos incumbe un deber histórico. Es el deber de perseguir un ideal mediante el cual los europeos recordemos nuestras potencialidades, estemos a la altura de nuestras responsabilidades hacia el mundo y encontremos nuestra posición en el mundo de mañana. Debemos perseguir el ideal de un orden pacífico en Europa en el que países con diferentes sistemas sociales puedan vivir juntos sin temor mutuo y en pacífica competición.

"El sueño de una Europa libre de fronteras es el supremo ideal de las naciones de nuestro continente", ha dicho el primer ministro de Suecia, Ingvar Carlsson. Nadie que posea mentalidad europea puede dejar de opi-

nar como él. La energía derrochada en levantar esas fronteras deben dirigirse ahora hacia el desmantelamiento de barreras que revisten la forma de fronteras y muros y hacia la profundización de los contactos. La división de nuestro continente se presenta cada vez más como rígida y artificial, como difícil de aceptar. Estamos experimentando un proceso que supone la búsqueda y la recuperación de la identidad de Europa. Ni siquiera décadas de división convierten a una Europa en dos ni a una nación alemana en dos. ¿Podremos, como pedía Bartoszewski, atrevernos a mantener un patriotismo europeo que se base en las tradiciones espirituales de nuestro pueblo, en el entendimiento profundo de las naciones vecinas y en un sentimiento de solidaridad con toda la humanidad?

¿Podremos atrevernos a mantener el ideal de una casa común europea en la que nadie tenga que temer amenazas ni ataques de sus vecinos, una casa con las puertas abiertas, que permita la libre comunicación, una Europa de la libertad y la autodeterminación? Debemos atrevernos a mantener esos ideales y dejar que se conviertan en realidad a través de nuestros hechos. De otra forma, no habrá esperanza para nosotros.

Somos conscientes de las montañas de prejuicio y desconfianza, rechazo y negativa, pusilanimidad y escepticismo que brotan de amargas experiencias, montañas que hay que mover. Debemos hacerlo porque no tenemos otra alternativa... y no sólo por nosotros mismos y por nuestros hijos. El mundo entero tiene puestas sus esperanzas en Europa.

Alemania, en la hora de la distensión

Egon Bahr

En nuestra era electrónica ha arraigado un modo de hablar que revela mucho del pensamiento occidental y los peligros en que está inmerso nuestro mundo. Distinguimos entre *software* y *hardware*. *Hardware* son los aparatos imprescindiblemente necesarios, con independencia de lo que se introduce en ellos. El *hardware* es el instrumental sin el cual no hay funcionamiento. El *software* es el contenido. Tendemos a esperar soluciones de las computadoras, aunque en rigor sabemos que éstas no pueden dar nada que no se les haya suministrado antes. Distintamente de la manera de pensar asiática, “hard/duro” se ve más positivo que “soft/blando”; se suele equiparar “duro” con fuerza y “blando” con debilidad.

El armamento es el *hardware*, la distensión es el *software*. Lo uno es el instrumento, lo otro es el contenido. Corremos el riesgo de confundir el instrumento con el contenido, o al menos de considerar más importante el armamento que la distensión para conseguir seguridad. En realidad, los instrumentos, las computadoras, las armas, carecen de sentido o son incluso peligrosas, y en el mejor de los casos materia prima para chatarra mientras no predominen contenido, sentido y voluntad política.

La política occidental de fuerza no había podido evitar que la Unión Soviética se convirtiera en una superpotencia, que a principios de los años sesenta se produjera una paridad nuclear. Por primera vez en su historia, la Humanidad se vio frente a la posibilidad de su extinción. En una gran guerra atómica nadie podría ya confiar en la victoria. Esto era la coacción para la coexistencia. El presidente Kennedy desarrolló su “estrategia de la paz”, según la cual el dominio comunista no debía ser eliminado, sino modificado. Con los países del Este europeo debía desarrollarse el mayor comercio posible, sin poner en peligro nuestra seguridad; lo contrario, pues, de boicot, castigo o sanciones.

Egon Bahr, figura eminente en el diseño de la “Ostpolitik”, ex ministro del Gobierno Federal alemán, es miembro del Parlamento Federal, en representación del Partido Socialdemócrata, y director científico del Instituto de Investigación de la Paz y Política de Seguridad de la Universidad de Hamburgo.

“La coacción para la coexistencia” fue el título de tres conferencias que pronunció en Harvard el entonces alcalde gobernador de Berlín, Willy Brandt, donde enunciaba que “son mejores los pequeños pasos que las palabras grandilocuentes”. Y, en consecuencia, actuó muy duramente al respecto, aunque se recelaba que fuese “blando”, en el reducido ámbito de su influencia. Los permisos de tránsito hicieron permeable el muro que nadie podía suprimir. Lo que aquí se ensayaba reducidamente sucedía a gran escala con el tratado de prohibición de pruebas nucleares: en Occidente se empezaba a sacar la conclusión de que a la otra parte no se le podía imponer la propia voluntad, sino que había que arreglarse entre sí en interés recíproco. Comenzaba la política de la distensión. Se la definía como proceso político sin desplazamiento básico de fuerzas, sin abandono de principios ni posiciones jurídicas, que perseguía regular ámbitos parciales continuamente crecientes, con el propósito de llegar a través de una coexistencia pacífica a una convivencia limitada.

La prioridad de evitar una guerra nuclear o un conflicto limitado desencadenados por error hizo que en torno al “equilibrio del terror” se dibujaran los primeros perfiles de una seguridad atómica global. Los dos sistemas de alianza, OTAN y Pacto de Varsovia, constituidos para la defensa mutua, debían adquirir por añadidura el carácter de factores de distensión. Junto a la seguridad mediante defensa debía obrar crecientemente la seguridad mediante acuerdo, y junto a la seguridad por medio de las alianzas, acuerdos que cubrieran éstas. Los convenios americano-soviéticos se hicieron potencialmente más importantes que la OTAN y el Pacto de Varsovia. Lo que algunos temían que fuera complicidad dio en realidad mayor seguridad a todos. El contenido, el *software*, la segunda por colaboración, la distensión, se hizo más importante que el armamento, el *hardware*, que fue clasificado como instrumento que no había que descuidar.

Veinte años más tarde no se habían modificado estos condicionamientos previos que a principios de los años sesenta llevaron a la política de distensión. Por el contrario, las armas se hicieron más peligrosas, los nuevos sistemas más desestabilizadores, y se perfeccionó la destrucción mutuamente asegurada. La vulnerabilidad de ambas partes se hizo mayor. No cabe cerrar para nadie la ventana de la vulnerabilidad ni hasta hoy siquiera. Los intentos de hacerlo son peligrosos y vanos. Si alguien lo lograra podría caer en la tentación de querer hacer uso del propio riesgo calculable. No solamente ya no hay una prepotencia que sea aplicable militarmente, sino que no es de desear que vuelva a surgir.

Globalmente, la distensión es, ahora como entonces, la única perspectiva de supervivencia.

Al iniciarse los años sesenta se planteaba la cuestión de qué podríamos hacer los alemanes para que la distensión no pasara de largo dejándonos atrás en el aislamiento de la guerra fría. Generalmente se pasa por alto que el punto de partida, entonces, no había sido la ardiente convicción de haber encontrado por fin la idea que traería la solución. Cambio mediante acercamiento: éste era el intento de hacer de la necesidad virtud; el “statu quo”, la división con el muro, iba a permanecer por tiempo

indefinido y nadie nos ayudaría a superarla. Además, cundía la preocupación de que fuésemos demasiado débiles para podernos oponer con expectativa de éxito a la corriente global de distensión.

A principios de los años sesenta se necesitaba valor para reconocer explícitamente que parecía carecer de posibilidades de éxito esperar reclamando hasta que obtuviéramos la unidad alemana, en vez de influir obrando para atenuar las repercusiones de la tensión. Eso no era posible contra la “zona”, como aún se llamaba antes, sino sólo con ella. Veinte años más tarde evolucionó el criterio de que la seguridad ya no era alcanzable frente al adversario político, sino ya sólo con él. Seguridad común hoy no menos controvertida que entonces lo fuera la política de pequeños pasos.

Pero lo que más tarde se denominó Ostpolitik poseía, junto con el elemento de acomodación en el conjunto de la distensión internacional, otro elemento “solamente alemán”. Alemania no tenía un tratado de paz. La creciente autonomía de los dos Estados no variaba en nada que las cuatro potencias cuidaran escrupulosamente de que sus originales derechos de vencedores, permanecieran intactos. Lo que viene llamándose política alemana tiene su origen todavía en la capitulación incondicional del Reich alemán. La división en zonas de ocupación, tal como en 1944 la efectuó el embajador delegado en Londres, ha evidenciado ser sumamente firme.

Cuando concertamos el Tratado de Moscú, el ministro soviético de Asuntos Exteriores tuvo interés en dejar sentado que los derechos de las cuatro potencias no eran objeto de negociación y no quedaban afectados por el acuerdo. Y al comunicarle eso formalmente el ministro de Asuntos Exteriores a las tres potencias occidentales, éstas creyeron adecuado manifestar que, en el Tratado de Moscú, esos derechos, que derivan del resultado de la II Guerra Mundial, no pueden verse afectados por un tratado bilateral entre la República Federal de Alemania y la Unión Soviética, incluido el presente Tratado de Moscú. Hay que reconocer que ésta era una forma bastante impertinente de remitirnos a la subsistencia de los antiguos derechos de ocupación.

Cuando, por efecto del Tratado Básico entre los dos Estados alemanes, ambos Estados gestionaban su ingreso en las Naciones Unidas, Bonn declaró en una carta a las tres potencias occidentales, y la RDA en una carta a la Unión Soviética, que tanto los derechos y la responsabilidad de las cuatro potencias, el acuerdo, como las resoluciones y prácticas correspondientes, no podían quedar afectados por el citado Tratado, suscrito entre la República Federal de Alemania y la República Democrática. Cuando Michael Kohl y yo concertamos este texto, sonreímos más de una vez, porque en él no solamente se ponía en evidencia la igualdad ante el derecho internacional por falta de soberanía de los dos Estados alemanes, por encima de toda propaganda y a despecho de cualesquiera diferencias reales, sino porque aquí estábamos ejercitando la libertad en el sentido schilleriano: quiero porque debo.

La ratificación de los derechos de los vencedores fue el precio que pagaron los dos Estados alemanes por su ingreso en las Naciones Unidas, en las que las cláusulas de Estados enemigos ya no habían de tener vigencia para ambos. Y hay que tener en cuenta que los dos Estados alemanes han necesitado veintitrés años para llegar a ser miembros de las Naciones Unidas en igualdad de derecho, como casi todos los Estados jóvenes del Tercer Mundo nada más sacudirse el yugo colonial.

La política de distensión ha exonerado internacionalmente a ambos Estados alemanes de las cargas derivadas de la guerra fría, habilitándolos para perseguir sus intereses, al igual que todos los demás Estados del mundo, bajo su propia responsabilidad. La única excepción que subsiste es que los derechos de las cuatro potencias los restringen recíprocamente en su soberanía. Los dos Estados alemanes no pueden resolver su unidad. Pero esta falta no pesa, mientras en las circunstancias reinantes ni lo quieran ni lo puedan querer.

Salvo esta excepción, el Tratado Básico de 1972, en el que deliberadamente no figura ninguna cláusula de denuncia, ha sometido a la capacidad de los dos Estados alemanes la normalización de sus relaciones en la medida que, atendiendo a la realidad anormal, les sea posible. La coexistencia está organizada. Hasta dónde llegue en la evolución hacia la convivencia depende de los directamente implicados.

El, a la sazón, alcalde gobernador de Berlín, Richard von Weizsäcker, pronunció un notable discurso en el debate sobre el estado de la nación de 9 de septiembre de 1982, que mereció el aplauso desde todos los lados de la Cámara. Tenía como eje la frase dos veces repetida: "El centro no puede a la larga quedar como frontera." Esto, naturalmente, se aleja mucho de aquella antigua convicción de que la paz no podría mantenerse si Alemania quedara dividida, pero, en el fondo, muestra la misma línea de pensamiento, que es la idea de que en el centro de Europa somos el centro por antonomasia, en derredor del cual gira el acontecer político mundial. No es así. América y la Unión Soviética: estos son los auténticos potenciales que han desplazado su influencia hasta el centro de Europa con sus sistemas de armas atómicas, sobre las que el centro ni dispone ni decide.

Mientras no se anulen los contrastes entre Este y Oeste, mientras la tarea principal sea evitar la guerra, habrá que decir verdaderamente lo contrario de lo que manifestó el señor von Weizsäcker: "Sólo si el centro permanece como frontera podrá ser impedida la catástrofe. El conflicto deshará la frontera, la atomizará hasta lo irreconocible y destruirá el centro."

El TFR interalemán no ha ocultado que también hay y habrá discrepancias fundamentales en otras cuestiones. Hablamos de la ideología. Pero subordinarla, como la nación, a la coexistencia pacífica fue el resultado y la consecuencia de la política de distensión desde que fuera definida por Kennedy como estrategia de la paz. La política de distensión no exige amor a los comunistas, sino amor a la paz.

No es, por supuesto, casualidad que la política de distensión, tal como la vino haciendo desde 1969 la coalición social-liberal, haya querido y

logrado algo muy distinto. Esa política ha conseguido que finalmente la ideología ya no ocupe el primer lugar en la disputa. Como resultado de la experiencia de los años cincuenta y hasta la construcción del muro, hemos reconocido que la declaración por sí sola no propicia ni siquiera las pretensiones justificadas. La lucha por el credo que verdaderamente hemos sostenido en Alemania contra los comunistas, pasando por aquella postura que hoy nos parece un desatino y que fundió Adenauer en su formulación de que sin la unidad alemana no habría paz, ha enseñado que lo correcto es lo contrario. No puede alcanzarse ningún objetivo si no hay paz. La cruzada ideológica hasta la victoria sobre el otro, si es necesario con el empleo de la fuerza, ya no es consumable en la era atómica porque el espanto hace retroceder ante el abismo.

Naturalmente, la coalición social-liberal tampoco ha negado en ningún momento que entre el comunismo y la democracia, y no en menor grado la socialdemocracia, siguen existiendo diferencias insalvables. Pero es así que habrán de quedar subordinadas al supremo principio de la paz. La paz es condición previa para poder dirimir las diferencias ideológicas sin el riesgo de sucumbir conjuntamente. También los comunistas son interlocutores indispensables de la paz, para que puedan persistir como adversarios ideológicos, para que la Historia pueda decidir.

Los horribles embates en los primeros meses de la Administración Reagan no se mantuvieron, a Dios gracias, mucho tiempo. Lo que quedó ya era suficientemente grave. Era un concepto modificado, encaminado a ejecutar una estrategia para el hundimiento de la Unión Soviética. Encerraba una escalada armamentista que debía obligar a Moscú a un similar esfuerzo económico y, simultáneamente, una guerra económica y comercial que, consiguientemente, habría de cercenar lo más posible los recursos para ello. Suministrar cereales, que habían de pagarse con divisa fuerte, y el rechazo de una conducción de gas natural, por lo que Moscú ganara a largo plazo fuertes divisas o, después de que esto fracasara por la resistencia de los europeos, las restricciones comerciales: eso no era una contradicción, sino que revelaba un plan ultimado y meditado. Significaba el intento de menoscabar geográfica, económica y políticamente a la Unión Soviética, de sitiarla, cercarla, y al mismo tiempo utilizar las tendencias de oposición dentro del bloque, ya se tratara de disidentes o de "solidarnosistas", hasta llegar a la línea que, de traspasarse, podría suponer el conflicto armado; esto es, el riesgo de peligro propio. No debía haber guerra caliente, en eso estaban de acuerdo todos; pero dio comienzo la guerra fría, la senda del borde del precipicio.

Eso era en el fondo la negación del principio de coexistencia pacífica. La coexistencia pacífica, tal como halló expresión multinacional en Helsinki, no niega la diferencia de los sistemas políticos y concepciones ideológicas. Pero dice que se regularán progresivamente nuevos sectores de intereses comunes o análogos, a fin de asegurar la paz mediante la cooperación.

La confrontación fría o el aumento de la cooperación; ésa es la cuestión entre el neoconservadurismo y la distensión. Esa es la cuestión entre América y Europa.

La confrontación lleva sin duda a un incremento del pensamiento militar: predominio militar sobre pensamiento político. Aquél conduce así a un debilitamiento de Europa, a una más fácil dominación de los países europeos-occidentales por parte de Estados Unidos. El punto fuerte de Europa, la política y la economía, ha de retraerse si la defensa, léase OTAN, se convierte en el elemento supremo de la política occidental, aparte de que a una revitalización del bloque occidental seguramente seguiría otra del oriental.

El SPD ha desarrollado la idea de la coparticipación en la seguridad. Responde a una evolución que ya no trae aparejada la adición de seguridad a través de la adición de armas. Tenemos que encontrar definitivamente el punto que detenga la carrera de armamentos. Para ello se precisa una base política de partida; que una militar no hallará nunca. Cuando las personas ya no aceptan una estrategia porque en caso de defensa destruiría más de lo que ha de defender, entonces no deberá sorprenderse nadie si —como en Europa— cunde la idea del rechazo. Los pueblos no tolerarán a la larga que se siga adelante con el ritual de las bellas palabras, de las largas negociaciones y del cada vez más peligroso armamentismo. Lo que Helmut Schmidt ha llamado coparticipación en la seguridad, lo llamó la Comisión Palme seguridad común. La seguridad común es la respuesta política que, por primera vez, puede permitir un verdadero desarme. Y a tal respecto sabemos que Moscú está menos alejado de ello que Washington.

La Comisión Palme había manifestado en aquel tiempo: “Seguridad en la era de las armas atómicas quiere decir seguridad común”. Incluso los adversarios ideológicos y políticos tienen un interés común en sobrevivir. Se precisa una hermandad de armas contra la guerra misma. Los empeños por el control de armamento y el desarme tienen que estar guiados por el afán de beneficio común y no por el provecho para el lado propio. La actual disuasión por escalada armamentista ha de ser reemplazada por un concepto de seguridad común.

El nombre de Gorbachov era entonces aún desconocido en Occidente. Pocos años después hemos comprobado que nuestras ideas acerca de la seguridad común le eran familiares por convencimiento propio. Ya es relativamente indiferente que se trate o no de un concepto acuñado en Occidente; se vuelve interesante cuando el hombre que guía una potencia mundial lo reconoce como objetivamente correcto, lo hace suyo y saca consecuencias prácticas al respecto.

La doble solución cero es un logro para la seguridad común. La superioridad militar ya no es alcanzable. Entre las superpotencias se discute la reducción de las armas nucleares con un alcance de más de cinco mil kilómetros. Cabe pensar en una disminución a la mitad si se llegara al acuerdo de que ha de cumplirse el tratado ABM. También la República Federal podrá hacer sus aportaciones al desarme colaborando activamen-

te en los pasos que se vayan dando, pues “cuanto menor sea el alcance, más alemán será el efecto”. Sobre la disminución de armas de menor alcance no se ha negociado hasta ahora todavía. La clave para una solución a este problema está en la eliminación de superioridades en el ámbito convencional. Si aquí pudiera conseguirse una equiparación o incluso una disminución, no habría ya motivo para el estacionamiento de armas nucleares. Por lo demás, ha de lograrse que éstas sólo se encuentren en el territorio de aquellos Estados que puedan, asimismo, disponer sobre su utilización. El Pacto de Varsovia ha hecho propuestas para la estabilidad convencional. Y Gorbachov ha hablado por primera vez de una defensa suficiente. El reconocimiento de que nadie puede ya confiar en la victoria, y que el futuro está en una seguridad común, es un “salto cualitativo” frente a épocas anteriores y un nuevo elemento esencial de la política internacional. En estas consideraciones de política de seguridad hay que incluir a Francia.

Este sistema de la seguridad común será verificado en el futuro. A esta verificación deberán someterse la Unión Soviética y la RDA, al igual que la República Federal de Alemania. Esto es la continuación de la política de distensión; lleva a la seguridad con cada vez menos armas; brinda a Europa la posibilidad de abrir un nuevo capítulo en su historia, sustituyendo la confrontación militar por la competencia pacífica de los sistemas *y* sus ideologías *y* la cooperación económica. Estas divergencias ineludibles habrán de quedar subordinadas empero a los intereses generales de la paz. El cultivo de la disputa no debe borrar los contrastes, aunque tampoco debe penetrar hasta las relaciones entre Estados. Esto responde al espíritu de Helsinki.

Progresivamente irán ganando importancia los principios que, siguiendo la propuesta de la Comisión Palme, hemos elaborado con la RDA para el establecimiento de un corredor sin armas nucleares. Dichos principios no sólo eliminarán la recíproca amenaza determinada por los misiles de corto alcance, sino que podrían adquirir una nueva dimensión cualitativa si de ese corredor se suprimiera toda arma pesada especialmente ofensiva. Esto implica naturalmente también, con el correspondiente control internacional, la supresión del plazo de aviso previo de cuarenta y ocho horas, que tanto pesa hoy sobre la OTAN.

Todo ello encajaría bien asimismo en las propuestas de Jaruzelski, que fueron ampliadas y concretadas, y dentro de las que han tenido cabida numerosos argumentos occidentales. El Gobierno polaco ha presentado a tal respecto un nuevo memorándum.

Se habría conseguido la estabilidad entre la OTAN y el Pacto de Varsovia, amén de en Europa, si ningún ataque militar tuviera probabilidades de éxito, independientemente de que la situación de partida desde la que se produjese fuera tras corto aviso previo o tras movilización total. La estabilidad requiere además que este estado no pueda ser alterable unilateralmente o a corto plazo, y que al mismo tiempo se tengan en cuenta las asimetrías alterables de la situación geoestratégica.

Esta definición, o una parecida, sería lo primero que debiera lograrse en las negociaciones Este-Oeste; cambiaría las preocupaciones capitales que tiene la OTAN y, de haberlas, también las del Pacto de Varsovia. Después habría que fijar los criterios de qué es lo que eso significaría para las Fuerzas Armadas, su estructura y su estacionamiento. Un principio de estos criterios es la paridad de los sistemas decisorios y la paridad de las opciones.

Paridad es lo contrario de inferioridad o superioridad. Conduce a la estabilidad; porque un ataque por sorpresa estaría sancionado con un riesgo demasiado elevado; una estructura y un estacionamiento determinados de las Fuerzas Armadas excluyen una concentración con capacidad ofensiva.

No es el rearme ulterior, sino el reconocimiento de que sólo existe ya la seguridad común, lo que va a permitir que la Unión Soviética elimine más del triple de cabezas nucleares en misiles de alcance medio que el Oeste. No vamos a tener que rearmarnos en los sistemas de menor alcance para sacarle a presión también un cero a la Unión Soviética. Esta lo ofreció, pues su superioridad no es aplicable ni política ni militarmente.

El mismo principio ha de aplicarse ahora a Europa, del Atlántico a los Urales, tanto para las armas atómicas que resten como para las fuerzas convencionales. También aquí han dejado de tener sentido las superioridades. Las opciones de ataques estratégicos, incluso de modo puramente convencional, concluirán en la autoparálisis del agresor, si se piensa en los muchos reactores nucleares y fábricas químicas que, en una guerra, no quedarían indemnes. Las docenas de chernobyles serían una visión que fuerza el final de la historia de la guerra de Europa.

La Unión Soviética, realmente superior en fuerzas convencionales, ofrece estabilidad, paridad, equilibrio. Ningún lado habrá de disponer ya del instrumento de una capacidad ofensiva.

Nadie consideraba posible hace tres años una oferta semejante. Para su definición hemos acuñado el concepto de la "no capacidad estructural de ataque". Y el presidente federal alemán lo ha caracterizado como objetivo.

Por supuesto, un objetivo tal no es alcanzable en un solo paso. Pero precisamente después de las experiencias hechas en Viena sobre lo improductivo de discutir datos, hay que concentrarse en definir el resultado apetecido, fijar sus principios y establecer consiguientemente los pasos a dar.

El objetivo, por igual ambicioso y realista, es poner término a los tiempos de la confrontación militar en Europa y reemplazarlos por la competencia pacífica y la cooperación económica. Trabajamos en una nueva fase de la historia europea, la construcción de una casa en la que cada uno de sus moradores y propietarios pueda vivir como quiera y seguro.

Los socialdemócratas han introducido en el debate recetas y propuestas prácticas para ello. También la idea de un corredor sin armas atómicas puede adquirir una nueva dimensión cualitativa y de actualidad; pues en Europa central, la región con la mayor aglomeración de fuerzas militares y armas, ha de producirse también la mayor reducción.

Vemos con satisfacción qué influencia puede tener también un partido de la Oposición cuando determina temas de discusión internacional y nacional. Admitimos gustosamente que lo objetivamente necesario habría parecido una pura utopía si Gorbachov no hubiera acertado a ver en los intereses de su país un imperativo forzoso para un modo nuevo de pensar ni hubiera tenido el valor de sacar consecuencias de ello.

Las discrepancias ideológicas entre socialdemócratas y comunistas perduran, pero se han subordinado a la misión primordial de la política, el mantenimiento de la paz mediante la organización de la seguridad común. Estos principios no rigen solamente para el SPD y para el SED. No rigen solamente para los socialdemócratas y el Partido Comunista de la Unión Soviética; rigen para todos los partidos, fuerzas sociales e Iglesias del Este y del Oeste. Las divergencias entre la Iglesia evangélica y la católica no han desaparecido, pero ya no hay por ello una Guerra de los Treinta Años. La guerra sería hoy el fin para todos. Sólo será posible extender el espacio de la libertad si hay otros pesos. La República Federal de Alemania es en este aspecto, por su poder económico, situación geográfica e influencia en su alianza, de una importancia particularmente destacada.

La cuestión alemana y Europa

Ottfried Hennig

A la Confederación alemana (*Deutscher Bund*) se la utilizó, ya en los días de su formación, en provecho de determinados objetivos políticos. “La Confederación alemana se hizo en contra de París (...) y en favor de Petersburgo, que era entonces la ciudad santa, la ciudad del Gobierno, la ciudad de las tradiciones restauradoras. ¿Qué resultó de aquí? Que la Confederación no fue un imperio como pudo serlo entonces; y no fue un imperio, porque a la Rusia no le podía acomodar nunca tener enfrente de sí un imperio alemán y tener reunidas a todas las razas alemanas.” El pensador español Juan Donoso Cortés, embajador de España en Berlín de 1848 a 1849, propuso a la reflexión general estos pensamientos en su discurso del 30 de enero de 1850 ante las Cortes españolas, sólo dos años escasos después de las apasionadas discusiones que tuvieron lugar en la Asamblea Nacional alemana, reunida en la iglesia de San Pablo, acerca, precisamente, de la unidad de Alemania. El diplomático español, en medio de una concreta situación histórica, llamaba la atención sobre un hecho que representa una importante continuidad para la historia europea –y sobre todo para la alemana– desde los comienzos de la Edad Moderna, y que conserva vigencia en nuestros mismos días: la cuestión alemana estuvo ligada del modo más estrecho a los intereses europeos desde, por lo menos, la Guerra de los Treinta Años. Con el condicionamiento de la situación central de Alemania en el continente, y de su peso político, todas las cuestiones interalemanas vinieron a ser, a la vez, cuestiones europeas.

Es cierto que el concepto de “cuestión alemana” se empleó ya en el lenguaje de la diplomacia desde principios del siglo XIX, pero sólo llegaría a ser de dominio general en el marco de las deliberaciones de la primera Asamblea Nacional alemana de 1848. Su contenido estaba en el interrogante de cómo podría configurarse políticamente el futuro de la Europa central y organizarse la convivencia de los alemanes. En esta definición, muy ambiciosa, de la cuestión alemana quedan, y quedarán, comprendidas tanto la magnitud como la estructura interna del orden estatal que se trataba de crear para Alemania. En verdad, el 18 de enero de 1871 la cuestión alemana quedaba resuelta con la fundación del imperio alemán

El doctor **Ottfried Hennig** es subsecretario parlamentario en el Ministerio Federal de Relaciones Intraalemanas.

(*Kaiserreich*); pero con la I y II Guerra Mundiales dicha cuestión cobró nueva actualidad en virtud de la discusión de las potencias vencedoras acerca de lo que debería acontecer con respecto a Alemania. Sobre todo en los años comprendidos entre 1939 y 1945, la discusión vendría a reducirse al interrogante de la división y desmembramiento de Alemania.

Después de 1945, bajo la formulación de la “cuestión alemana” se planteaba para los mismos alemanes el problema de hacer efectivo el derecho de autodeterminación de los alemanes todos, así como la reconstrucción de la unidad estatal dentro de una Europa asentada en la libertad.

Este breve repaso muestra claramente que la cuestión alemana, en el curso de la Edad Moderna, no fue jamás patrimonio exclusivo de los alemanes. Esa cuestión, en todo momento, influyó grandemente sobre Europa. En ninguna época de la Historia le fue dado al centro de Europa permanecer protegido y abrigado por el desinterés de los demás. Una de las razones que fueron decisivas para la ulterior formación de un Estado nacional alemán residió seguramente en el hecho de que los pueblos vecinos de los alemanes entendieron que una Alemania desmembrada favorecería más sus intereses que un Estado alemán unitario asentado en el centro de Europa.

Mas el camino que Alemania ha recorrido como nación está caracterizado también por otras peculiaridades.

Después de desmembrarse el imperio de Carlomagno, en el Sacro Romano Imperio –al que más tarde vendría a sumarse el complemento “de la nación alemana”– no llegó a cuajar la creación de un espacio unitario de asentamiento, ni siquiera se lograría un gobierno central coherente y estricto. La Alemania de la Edad Media y de comienzos de la Edad Moderna se descompone hasta bien entrado el siglo XIX en numerosos Estados diferentes. El Sacro Romano Imperio no es un Estado nacional “eficiente”; el poder del emperador resulta estrechamente limitado por el poder de los soberanos de los distintos territorios.

Ese imperio sigue viéndose profundamente afectado por la escisión entre las confesiones religiosas, que viene a convertirse también en escisión política (*cuius regio, eius religio*). La descomposición territorial de Alemania alcanza su punto máximo en la catástrofe que supone la Guerra de los Treinta Años y con la confirmación de sus resultados en la paz de Westfalia, en 1648. Consecuencia de ésta sería la cesión de territorios a Francia y a Suecia, la subsiguiente penuria económica y, sobre todo, el ulterior debilitamiento del Reich.

Para los alemanes, nación y Estado nacional serían, a lo largo, de muchos siglos, conceptos no coincidentes. Los alemanes eran ya nación mucho antes de contar con un Estado nacional. En su historia de más de un milenio de duración, vivieron siempre repartidos en varias formaciones estatales. Incluso después de la fundación del imperio alemán en 1871, millones de personas que se sentían alemanas permanecieron, en lo territorial, fuera del Estado mismo, mientras que en el Reich de Bismarck, por otra parte, habitaban fuertes minorías nacionales.

Este es acaso uno de los motivos de que en Alemania se haya hecho tan popular el concepto de “nación cultural y lingüística” (*Kulturund Sprachnation*), aunque ese concepto –en vista de la carencia, de hecho y durante siglos, de una unidad estatal– partía de la consideración de que la lengua, la cultura y la historia son los elementos realmente constitutivos de una nación. Ahora bien, la nación no se forma nunca solamente por obra de la lengua. El ejemplo más conocido a este respecto es Suiza, en cuyo Estado coexisten; cada una junto a las otras, cuatro lenguas, tres de las cuales se hablan también en países vecinos de mayor extensión territorial. Pero nadie podría poner en duda que Suiza es una nación.

Que para la fundación de una nación es menester, sobre todo, otro aspecto esencial, constituye un hecho al cual se refirió, hace casi exactamente cien años, el filósofo francés de la religión Ernest Renan. A la pregunta de qué es lo que forma y define a una nación dio él la siguiente respuesta, ya clásica:

“L’existence d’une nation c’est un plebiscite des tous les jours” (*La existencia de una nación es un plebiscito constante, “de todos los días”*). Para Renan, los vínculos más fuertes resultarían de los comunes padecimientos y obligaciones; de ellos surgiría la nación como gran comunidad solidaria.

Tengo por falsa una, al parecer, inextinguible leyenda que se sustenta una y otra vez en la literatura y que, de cuando en cuando, es defendida también por los historiadores. Según esa leyenda, Alemania, con la fundación de su Estado nacional, habría recorrido en los siglos XIX y XX un “camino particular” divergente del resto de la historia europea, y que desde Federico II y Bismarck, pasando por Guillermo II, desembocaría, poco menos que por obra de la Naturaleza, en Hitler y en la II Guerra Mundial.

Quiero oponerme resueltamente a tal aseveración, y considero erróneo y contrario a la Historia verdadera ese determinismo histórico que saca sus consecuencias empezando por el final. Al propio tiempo, esa creencia arranca de un caso tipo –de presunta validez general–, de un ideal de la fundación de los Estados nacionales europeos que jamás ha existido en la realidad. Pero, ¿es que la historia alemana fue un “camino errado” y un “camino particular” por el solo hecho de que transcurrió de otra manera que la historia de las islas británicas y la de los Estados Unidos de América, allende el Atlántico, países ambos que no sin grandes disputas internas y externas llegaron a ser lo que son? También en la misma cuna de la fundación del Estado italiano en el siglo XIX hubo una guerra; el camino de la nación estadounidense se caracterizó incluso por una sangrienta guerra civil. La historia alemana hubo de transcurrir de otro modo, ya en virtud de que la geografía, la prehistoria y la política imperialista europea la conformaron también de otro modo. Las particularidades son cosa que distingue a la historia de toda nación, y a mí me parece que una particularidad alemana consiste en “estilizar” las peculiaridades de nuestra historia, haciendo de ellas algo muy particular.

Sin atender a las peculiaridades de los distintos pueblos europeos, sin dirigir la vista a la muy diversamente articulada estructura básica de Eu-

ropa, no cabe concebir la historia europea ni la historia de un país o un pueblo europeo.

Además, no es lícito pasar por alto el hecho de que las naciones de Europa tienen una historia común. La multiplicidad comunicante y la influencia mutua son factores capitales que desde la Edad Media caracterizan, y garantizan, la unidad del mundo europeo. La historia alemana constituye una parte de esa historia europea. De igual manera, también Europa es parte de nuestra identidad histórica. De modo muy gráfico y expresivo se refirió José Ortega y Gasset a esta circunstancia en su conocidísimo libro “La rebelión de las masas”, de 1929, cuando, entre las dos guerras mundiales, se encrespaba ya la oleada nacionalista: “Si hoy hiciésemos balance de nuestro contenido mental –opiniones, normas, deseos, presunciones– notaríamos que la mayor parte de todo eso no viene al francés de su Francia, ni al español de su España, sino del fondo común europeo. Hoy, en efecto, pesa mucho más en cada uno de nosotros lo que tiene de europeo que su porción diferencial de francés, español, etcétera (...); las cuatro quintas partes de su haber íntimo son bienes mostrencos europeos.”

La fundación del Reich alemán, con Bismarck, en 1871, significó un profundo cambio en la historia alemana y la europea. Para los alemanes, por de pronto, el Reich trajo un decisivo avance con respecto al anterior desmembramiento estatal. La supresión de las numerosas barreras arancelarias, la unificación administrativa, la de la legislación y la realizada en el campo de la economía contribuyeron sustancialmente a la modernización y al progreso de Alemania. Ahora bien, lo que los alemanes deseaban vivamente desde mucho tiempo atrás, y lo que estimaban como un derecho indiscutible, desde fuera fue considerado, en cambio, con suspicacia. Las grandes potencias europeas se vieron de súbito frente a otra constelación, frente a un bloque centroeuropeo integrado por una potencia que contaba con sesenta y cinco millones de almas y cuyo poderío económico en rápido ascenso, cuya importancia en cuanto potencia política, podían ser valorados poco menos que como un desafío. Resultó, por ello, comprensible que Benjamín Disraeli, a la sazón jefe de la oposición británica, declarase el 9 de febrero de 1871 ante la Cámara de los Comunes que la fundación del *Deutsches Reich* era nada menos que “la Revolución alemana, un acontecimiento político de mayores dimensiones que la Revolución francesa del siglo pasado (...) No existe una sola tradición diplomática que no haya sido barrida. Tenemos un mundo nuevo, están operando nuevas influencias, nuevos y desconocidos riesgos y magnitudes, con los cuales hemos de entendérnoslas y que por ahora, como todo lo nuevo, resultan todavía impenetrables”.

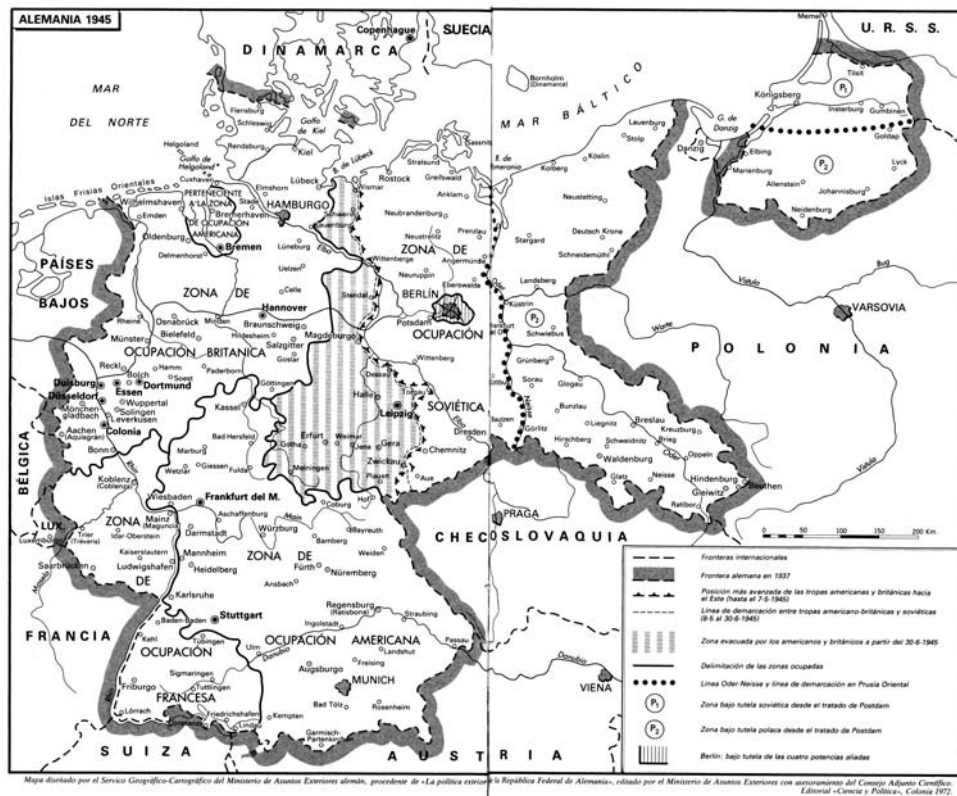
Sabemos, por la Historia, que Bismarck llegó todavía a plasmar con éxito una política basada en la clara conciencia de los puntos flacos y de las amenazas inherentes a la situación central de Alemania en el espacio europeo. Esa política pretendía reconciliar a Europa con la unificación alemana al presentar al Reich como una potencia “saturada”, de la que sus vecinos nada tenían que temer. Los sucesores de Bismarck perderían rá-

pidamente la confianza por él alcanzada, y no fueron capaces de continuar su política. En tanto que Alemania, después de la I Guerra Mundial, pudo conservar todavía su unidad como Estado, los descaminos alemanes que desde 1933 fueron apartándose de las vinculaciones europeas conducirían finalmente a la bancarrota total. Pero fue el III Reich de Adolfo Hitler el que consumó la ruptura completa con los valores de la tradición europea y de la Europa liberal. Su política no poseía nexo alguno con los valores de cualquiera de las fases atravesadas por la historia europea. En 1945 se produjo luego el definitivo derrumbamiento del sistema estatal en el centro de Europa.

Desde entonces Alemania se halla dividida. Mas su división está ligada también a la división de la comunidad cultural europea. En virtud de ello, viejos pueblos altamente civilizados y cultos, como son, entre otros, el pueblo polaco, el checo, el húngaro, se han visto obligados, desde hace más de cuatro décadas, a vivir bajo un sistema totalitario que les es radicalmente ajeno. La tragedia de la división alemana es, al propio tiempo, la tragedia de la división de Europa. La causa radica hasta hoy en el hecho de que la Unión Soviética ha impuesto su sistema de sociedad y de gobierno a los países ocupados por ella en la II Guerra Mundial y les ha negado, hasta hoy, el disfrute de la libertad, del derecho de autodeterminación y, en general, de los derechos humanos. El resultado de ello es que, en la actualidad, más de cien millones de europeos, fuera de la Unión Soviética, han de vivir, contra su voluntad, bajo dominio comunista. Alemania, como conjunto, sigue existiendo jurídicamente conforme a los acuerdos de las cuatro potencias suscritos en la posguerra; pero esto no quita para que los alemanes constituyan el único Estado de Europa que ha sido

dividido y que se hallen separados por una sangrienta línea fronteriza ante la cual arriesgan su vida quienes pretenden escapar al régimen de fuerza de la RDA, el llamado “socialismo real”.

Del proceso histórico que constituía la penetración de la Unión Soviética hasta el Elba, y el que sólo a duras penas pudieran impedir las democracias occidentales que aquélla incorporase además a sus dominios el oeste de Alemania y de Europa, el realista Konrad Adenauer sacó la consecuencia determinante, hasta hoy, de nuestra política exterior. Alemania no puede librarse de su situación central en Europa. La República Federal de Alemania puede sobrevivir sólo en unión con el Occidente. Para Adenauer no había duda alguna de que la cuestión alemana se hallaba indisolublemente ligada a la historia europea. Los alemanes han de tolerar la división de su patria. Pero esto no significa que la acepten. “La reunificación de Alemania en libertad ha sido y es el objetivo primordial de nuestra política”; así lo expresó, con toda claridad, Konrad Adenauer. La conciencia de la unidad nacional, pese a la separación estatal y social existente, sigue siendo todavía un hecho enteramente obvio e indiscutible, y esa conciencia permanece intacta. Los alemanes, en su gran mayoría, se sienten unidos, al igual los de un lado que los del otro, y pertenecientes a un mismo pueblo. Ello, no en último término, obedece también a las numerosas vinculaciones humanas, las relaciones de parentesco y de amistad que



se mantienen aqueando y allende la frontera interalemana. En tal sentido, la ley Fundamental alemana se pronuncia asimismo por la unidad nacional y estatal de Alemania. En el preámbulo constitucional se hace el requerimiento, a todo el pueblo alemán, de completar la unidad y la libertad de Alemania por medio de la libre autodeterminación, así como de esforzarse por el logro de una Europa unida. Todos los órganos constitucionales de nuestro Estado se hallan obligados a orientar su política a esa meta de la reunificación. Que el camino enderezado a tal propósito debe pasar necesariamente por Europa es una certidumbre que el canciller federal, Helmut Kohl, destacó recientemente en su informe sobre el estado de la nación: “Continúa siendo objetivo de todo el Occidente acabar con el conflicto Este-Oeste, dentro de un orden de paz europeo, duradero y amplio, un orden de paz en el cual se realicen las libertades fundamentales para todos los pueblos de Europa, también para la nación alemana, indivisas e incólumes. Deseamos que los caminos de todos los europeos y de todos los alemanes lleguen a juntarse libremente entre sí.”

Pero dado que hoy nadie puede decir cuándo la Historia hará realidad el derecho a la libre autodeterminación de los alemanes y de los pueblos oprimidos de la Europa oriental, consideramos misión nuestra el cooperar en la transformación fundamental de las relaciones Este-Oeste y dejar abierta la perspectiva de la solución de la cuestión alemana. En tanto dure la división, en la parte libre de Europa debe importarnos el empeño de configurar de modo más soportable para todas las personas las repercusiones de esa misma división. Por ello, la República Federal de Alema-

nia está procurando mejorar sus relaciones con los Estados del este de Europa y con la RDA. Es necesario aprovechar de manera más activa las posibilidades que la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa y la Conferencia sobre las medidas de confianza y desarme en Europa ofrecen con respecto a la mejora de la situación de los derechos humanos en favor de los pueblos de la parte de Europa carente hoy de libertades. Los polacos, los húngaros, los checos y eslovacos, al igual que otros pueblos, y también los alemanes de allende el Elba, se ven obligados a vivir bajo la hegemonía soviética. Pero, indudablemente, pertenecer a Europa. Sería deseable que la Comunidad Europea coordinara más fuertemente su política con el Este y que la integrara en la cooperación política europea. Debemos dedicarnos, con redoblado empeño y en común, a mejorar la situación de cuantos viven en la Europa oriental. En este aspecto, importa también servirse de las vinculaciones económicas con los distintos países del Este europeo. La crisis de modernización y productividad que puede observarse actualmente en la Europa oriental brinda numerosas oportunidades para iniciar actividades en tal sentido.

Mas, para Europa, en lo que atañe a la política de seguridad, sigue siendo imprescindible la garantía de defensa y protección de los Estados Unidos por medio de las tropas de este país. Esto lo saben perfectamente los alemanes, y lo sabe, sobre todo, la población de la parte de Berlín que goza de libertad, libertad que después de 1945 no hubiera podido quedar asegurada sin la presencia de las fuerzas militares de los aliados. A pesar de esta garantía de seguridad que proporcionan los Estados Unidos, garantía imprescindible para el futuro inmediato, habría que reflexionar acerca de cómo puede efectuarse un ulterior robustecimiento de la defensa común europea. Una "europeización" total en ese terreno apenas si resulta posible en un futuro inmediato, por razón de los propios pesos específicos de las superpotencias y del particular predominio soviético en Europa.

Por lo que toca a la superación definitiva de la división de Alemania y de Europa, cabe describir en todo caso, desde la perspectiva actual, las "condiciones marco" y las premisas con las cuales sería imaginable y deseable una solución.

La reunificación de los alemanes en cuanto Estado es algo que, para nosotros, sólo cabe concebirse como resultado de la utilización de una vía pacífica. No puede ni debe existir otro camino. Jamás debe volver a producirse una guerra, y en ningún caso cabría que una guerra partiera de suelo alemán. La política de la República Federal de Alemania, en lo que se refiere a la propia Alemania, se halla bajo el precepto de una absoluta prohibición del uso de la violencia. Ello se deriva necesariamente de la misma Constitución de la República Federal de Alemania. En tal contexto, no cabe hablar de una hipotética amenaza de Occidente al territorio que se encuentra bajo hegemonía soviética. La OTAN es una alianza defensiva que, de manera enteramente deliberada, no posee capacidad ofensiva alguna; y en ningún Parlamento de los países pertenecientes a la Alianza existiría jamás una mayoría propicia a una política de agresión. Por esta

causa el conflicto existente entre el Este y el Oeste, sólo por la vía pacífica puede y debe ser superado, es decir, mediante la cooperación y con la adecuada conciliación de los intereses respectivos, aunque salvaguardando en su integridad los valores fundamentales. Hasta qué punto el secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, Gorbachov, se halla realmente dispuesto a una fundamental renovación de –según sus palabras– la “común casa europea”, es algo que hoy no puede todavía decirse. En verdad, no existen motivos para la euforia; el Archipiélago Gulag sigue existiendo aún, y, con él, la falta de libertades y la negación de los derechos humanos. Con motivo de la celebración de los setecientos cincuenta años de la ciudad de Berlín, los jefes de Estado y presidentes de Gobierno manifestaron inequívocamente su posición acerca de ese problema; así ocurrió, por ejemplo, cuando la primer ministra británica declaró: “La prueba de que la “glasnost” funciona la aportará solamente la demolición del muro.”

La Alianza vio con toda claridad, ya en 1967, que la paz europea no puede garantizarse a la larga con una política del statu quo. El Informe Harmel señala, por ello, expresamente, que toda futura regulación debe “eliminar las barreras antinaturales (existentes) entre la Europa oriental y la occidental” y que “no es posible (...) una regulación definitiva y sólida en Europa sin la solución de la cuestión de Alemania, que constituye el núcleo de las presentes tensiones (existentes) en Europa”.

Si algo hay que los alemanes hayan aprendido de su historia reciente será, ante todo, esto: la idea de nación se halla indisolublemente ligada a los principios de la libertad, la autodeterminación y la democracia. La unidad de la nación no puede alcanzarse a costa de la libertad de nuestro pueblo. La libertad prima siempre sobre la unidad. La unidad, seguramente, no se la negaría la Unión Soviética a los alemanes si éstos se avinieran a renunciar a la libertad y a los derechos humanos. Pero semejante unidad es cosa que no nos planteamos de ningún modo. Por esta razón, también, carecen totalmente de fundamento los temores surgidos una y otra vez en el exterior ante la posibilidad de que los alemanes pretendieran llegar a una regulación de la cuestión alemana con la Unión Soviética actuando ellos solos, desligados de sus socios en la Alianza. La gran mayoría de la población de la República Federal de Alemania rechaza esa vía de acción. Sabe que ello pondría en peligro la libertad y la propia existencia y conduciría necesariamente a todos los alemanes a la plena dependencia respecto de la Unión Soviética. La relación internacional de fuerzas se ha modificado sustancialmente después de 1945. El problema del equilibrio no es ya un problema europeo, porque ha adquirido dimensión mundial. La constelación política presenta a fines del siglo XX una diferencia cualitativa si se la compara con la que dio lugar al Tratado de Rapallo; la Historia no se repite. Si prescindimos de porciones insignificantes de la población, los alemanes en general son hoy día muy conscientes de que una política “de columpio”, de balanceo entre los bloques, está condenada al fracaso. Una Alemania neutral sería para la gran potencia continental, la Unión Soviética, una irresistible tentación, dada su política de signo imperialista. El

peso político y económico de Alemania, así como su situación en Europa, no permiten semejante opción.

Lo mismo puede decirse de los sueños –carentes, como tales, de todo realismo– de una Europa central instalada más allá de los sistemas de alianza. Aun contando con que todo pueda unir histórica y culturalmente a los pueblos del espacio centroeuropeo, de esa concepción no puede resultar –como certeramente formuló Joseph Rovin– una “peligrosa carga explosiva contra la integración política de la Europa de la libertad”. La República Federal de Alemania no puede situarse fuera del conflicto Este-Oeste. Sabe que su fortaleza y su seguridad, que su propio peso en las negociaciones con respecto al Este, lo mismo que todo su margen de maniobra en Europa, se fundamentan en el firme anclaje en la Alianza occidental. Sería peligroso aflojar esta vinculación, o hasta cuestionar su existencia. Jamás podremos poner más peso en lo que atañe al Este, que el peso que poseemos en Occidente.

La “escisión de Europa” es, al propio tiempo, otra manera de formular la cuestión alemana. Por eso los alemanes han de ser los más sensibles defensores de un orden europeo de paz. La configuración futura de la nación alemana no debe ser concebida como amenaza por nuestros vecinos europeos. Por razón de las experiencias vividas a lo largo de la historia europea y de la historia alemana, una solución de la cuestión alemana en el sentido de la plena libertad y del Estado-nación es sólo imaginable dentro de una Europa que se halle constituida en su conjunto bajo el signo de esa misma libertad y que haya avanzado en su propósito de unificación. La Europa unida no hará desaparecer las naciones de nuestro continente, sino que les proporcionará un techo común. Pero el Estado nacional no será ya entonces el viejo Estado nacional, machaconamente obstinado en su plena soberanía, tal como cuajó y tomó forma en los siglos XVIII y XIX. En la Europa futura, todos los Estados miembros habrán renunciado a sustanciales porciones de su soberanía. En ella no habrá coaliciones, ni tampoco conflictos militares. La política europea habrá de convertirse en política interior. Una Europa tal no podrá ya considerar la reunificación de los dos Estados alemanes como un hecho dirigido contra ella misma; y, por tanto, no lo hará. Tomando como referencia esta perspectiva europea, la fijación de fronteras en la Europa oriental y central no podrá figurar, en primer término –ni temporal ni políticamente– en la lista de prioridades. Pero esa Europa unida no puede quedar en una Europa de los Doce; habrá de ser una Europa que se extienda más allá de las actuales líneas divisorias. Europa no es sólo la Europa occidental. Europa no se acaba en las fronteras de la Comunidad Europea, ni tampoco en la frontera interalemana. Ahora bien, lo que importa en primer lugar es llevar adelante, con todas las energías, el propósito de ampliar la unificación de la Europa occidental. Como europeos de la parte libre de nuestro continente, y como alemanes de la parte libre de nuestra patria, se nos depara la ocasión de configurar un modelo: un modelo de lo que sería posible en toda Europa si nuestro continente pudiera vivir en paz y libertad y sin división alguna. Una República Federal de Alemania que está cooperando con em-

peño en la unificación de Europa puede manifestar, de modo fidedigno, que en la exigencia de la autodeterminación para todos los alemanes hay algo que va más allá de un particular interés nacional: se trata de la idea legitimadora y fundamental de Europa, de una Europa en la que todos sus pueblos, y con ellos el pueblo alemán, tengan el natural derecho a pronunciarse en favor de su Estado nacional.

El presidente del Estado italiano, Sandro Pertini, en un convincente y sugestivo discurso pronunciado ante el Parlamento Europeo en junio de 1985, señaló la interdependencia de la división alemana y la europea, y apuntó hacia el camino que lleva al futuro: “La Alianza dividida es la Europa dividida. Su drama es también el nuestro. Pero el amor por la patria perdida no perturba el ensueño alemán de la paz, lo mismo que el dolor por la parte de Europa separada de nosotros no nos inclina a pensar en la guerra. Nosotros no desatendemos la seguridad, pero tampoco hemos de alimentar intenciones agresivas contra nadie, ni renunciar al diálogo ni a la paz.”

Alemania y la estabilidad de Occidente

Theo Sommer

Está Bonn a punto de abandonar la estabilidad de Occidente, seducido por la promesa de la reunificación, tentado a buscar una vinculación especial con Rusia, en la búsqueda de un nirvana de neutralidad? Estas preguntas han aflorado recientemente incluso en los editoriales de algunas de las publicaciones más serias. Sin embargo, carecen de una base real. Los alemanes saben a dónde pertenecen, y no van a retirar su apoyo a la estabilidad de Occidente. Cuando lleguen a plantearse tales posibilidades, sus nuevas asociaciones, sus nuevas lealtades y sus nuevos sueños siempre demostrarán poseer mayor fuerza que sus recuerdos históricos y sus lánguidas esperanzas de unidad..

Los alemanes saben cuánto les deben a los norteamericanos. Deben a los Estados Unidos su recuperación tras la guerra y buena parte de su actual prosperidad. El generoso plan de reconstrucción del general Marshall les permitió superar los estragos causados por la II Guerra Mundial y reconstruir su maltrecha economía. Jamás hubo en la Historia un programa de caridad más espléndido, tanto más notorio por incluir en su generosidad a los derrotados alemanes. Este gesto no ha sido olvidado. Y los bien informados sobre estas cuestiones tampoco han olvidado que las estructuras básicas de la economía mundial de los años de la posguerra deben su creación a la perspicacia política americana: así, el sistema Bretton Woods, el GATT, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Al igual que los demás europeos occidentales, deben a los americanos el que al ir superándose las miserias de la guerra tuvieran la oportunidad de construir los cimientos del edificio europeo, que sigue todavía en vías de completarse. Unos estadistas americanos menos magnánimos hubieran dejado que el Viejo Mundo se hundiese y se fragmentase, pero la generación de políticos de Washington posteriores a la guerra consideró esencial la restauración de Europa para garantizar la estabilidad mundial. Vio claramente que una Europa unida no estaría siempre de acuerdo con los Estados Unidos. “Pero tanto mejor”, recalcó irónicamente en sus memorias el anciano político, “si Europa expresa sus propias opiniones; desde luego, no detentamos el monopolio de la sabiduría.”

El doctor **Theo sommer** es director de *Die Zeit*.

Por último, los alemanes deben su seguridad a los americanos. Los Estados Unidos se comprometieron con rapidez a la defensa de Europa occidental una vez que callaran las armas en 1945. Reforzaron sus guarniciones de ultramar cuando los soviéticos avasallaron Europa oriental; se mantuvieron firmes durante el acoso a Berlín de 1948/49; proporcionaron motivaciones y ayuda militar cuando, tras el ataque de Corea del Norte a Corea del Sur, Stalin parecía sopesar la idea de poner en marcha el Ejército Rojo para cruzar la línea divisoria entre el Este y el Oeste; nuevamente demostraron un máximo de determinación, aun arriesgando su existencia como nación, durante la segunda crisis berlinesa de 1958/62, cuando Kruschef intentó forzar una definitiva prueba de fuerza en el Caribe. Y hasta hoy mismo, el despliegue de las fuerzas norteamericanas acuarteladas en Europa –cerca de 330.000 hombres, de ellos 220.000 acantonados en Alemania– constituye un elemento indispensable para la salvaguarda de la paz. Su importancia es cuádruple: los soldados estadounidenses representan una parte integrante del frente central de la OTAN; son los custodios de la mayor parte de las armas nucleares tácticas emplazadas sobre suelo alemán; constituyen el eslabón vital que enlaza con las principales fuerzas estratégicas de los Estados Unidos –depositarias de la disuasión durante más de cuatro décadas–, y son la única fuerza capaz de establecer una operación militar eficaz o de respaldar las maniobras diplomáticas pertinentes en el caso de otra crisis berlinesa.

Contrariamente a una opinión americana ampliamente difundida, ello no significa que los europeos estén desligados y actúen por su cuenta. Cumplen su parte del cometido y seguirán cumpliéndola. Durante los años setenta, cuando los americanos redujeron drásticamente sus gastos de defensa, los europeos incrementaron los suyos de manera continuada. Su participación en los gastos de defensa de la OTAN se ha incrementado del 22 al 42 por 100; los gastos militares combinados de los europeos aumentaron del 41 al 68 por 100 de los americanos. Mantienen un ejército de tres millones de hombres, cifra que podría duplicarse movilizandolos reservas. Actualmente aportan el 91 por 100 de todos los ejércitos de tierra en Europa; el 80 por 100 de las fuerzas aéreas; el 85 por 100 de todos los carros de combate. El equipamiento de nuestras fuerzas armadas se ha visto notablemente mejorado por vía de una continuada modernización. La República Federal de Alemania mantiene por sí sola a medio millón de hombres, y aloja a otros 400.000 de las tropas de sus países aliados. Los alemanes, al igual que los franceses, han conservado el reclutamiento. La República federal dispone de 4.000 instalaciones militares litares para uso de los ejércitos aliados; las fuerzas aéreas de la OTAN realizan cada año un millón de vuelos individuales a través de nuestro espacio aéreo, muchos de ellos a velocidad supersónica y a altitudes por debajo de los 250 pies; cada año se realizan en territorio de Alemania occidental cerca de 5.000 ejercicios militares. Nada de esto responde realmente a una imagen de desligamiento ni de actuar por cuenta propia.

Repitémoslo una vez más: los europeos, y en particular los alemanes, saben lo que les deben a los americanos. Pero saben también lo que se

deben a sí mismos –y no cabe negar que aquí subyace una fuente de considerables fricciones. No es nada particularmente nuevo que haya fricciones; americanos y europeos siempre han tenido diferencias, independientemente de quién fuese el inquilino de la Casa Blanca, del Elíseo, del número 10 de Downing Street o del palacio de Schaumburg. Han sustentado opiniones divergentes sobre las relaciones Este-Oeste; sobre los armamentos y su control; sobre problemas de “fuera de la zona”, y sobre política económica. Especialmente desde que Ronald Reagan se aloja en la Casa Blanca, los americanos están mostrando una tendencia a desestimar y desechar la distensión. Cada vez les parece más desprovista de realismo, una mera pantalla de humo detrás de la cual los soviéticos se embarcaron en un implacable rearme y en un resuelto avance geopolítico a través del globo. Su primer reflejo fue cortar las conversaciones con los rusos, proceder a un rearme masivo y recurrir a las relaciones económicas como instrumento punitivo. El criterio de la mayoría de los europeos occidentales era diferente. Para ellos, la distensión se había convertido en una realidad, al menos hasta cierto punto. Compensaba desde el punto de vista humanitario, al facilitar y multiplicar los contactos. Compensaba desde el punto de vista político, al reducir la frecuencia de las crisis en Europa, en particular en torno a Berlín. Compensaba desde el punto de vista económico, al abrir el mercado de salida en un período comercialmente difícil, y también cierto grado de influencia. A pesar de Afganistán y de Polonia, los europeos consideraron que era importante seguir buscando posibilidades de ajustes y de cooperación, siempre que se mantuviera la seguridad de Occidente. Jamás creyeron que un retorno a la guerra fría sirviera a los intereses de nadie. Estimaron que resultaba descabellado importar tensiones de áreas remotas; el objetivo de la diplomacia estribaba, bajo su punto de vista, en mantener repartida la tensión y en extender las reglas de la distensión a las regiones periféricas.

Incluso una revisión superficial de la cuestión del control de armamentos revela los factores integrantes que configuran los intereses europeos. El primero de estos factores resulta obvio. En cualquier conflicto armado entre Este y Oeste, el campo de batalla sería Europa. En consecuencia, la tarea suprema es la disuasión. Las estrategias y la postura de la OTAN han de centrarse en disuadir de una guerra, no en entrar en ella. Las reflexiones acerca de las posibilidades de intervenir en una contienda nuclear e incluso de ganarla irritaron marcadamente a los europeos, y particularmente a los alemanes. Lo mismo hacen los rumores propalados cada cierto tiempo por Washington sobre una guerra nuclear limitada a Europa. El mismo efecto tuvieron las ensoñaciones del señor Reagan en Islandia, su visión de un mundo desnuclearizado. Llegó a tenerse la sensación de que el presidente estaba poniendo a la venta las existencias del almacén sin consultar para nada a sus aliados sobre una cuestión de importancia tan vital.

El segundo factor resulta igualmente obvio. Las dos Alemanias alojan actualmente la mayor concentración de poderío militar de nuestro globo. Hay cerca de 1,4 millones de hombres estacionados en la República fede-

ral y en la RDA, y alrededor de 7.500 ingenios nucleares. La Administración norteamericana puede desestimar el control de armamentos; puede jugar con la idea de equipararlo con la actitud soviética en otras áreas; puede hablar a la ligera de la necesidad de superar a los soviéticos tanto en gastos como en dotación; puede desear el rearme antes que el desarme. La mayor parte de los europeos, y desde luego la mayor parte de los alemanes, se mostrarían disconformes. Desde la óptica europea no basta con incrementar a ciegas el poderío militar para obtener seguridad; tanto o más importante es terminar con la carrera de armamentos.

Ésta es la razón de que la mayor parte de los europeos occidentales contemplen con cautela la Iniciativa de Defensa Estratégica –sin negar por ello que les gustaría participar en los avances tecnológicos a los que pudiera llevar. No creen que la IDE vaya a funcionar; temen que les acarree costes intolerables; y les preocupa que pueda desencadenar una nueva carrera de armamentos de una magnitud sin precedentes, destruyendo a la vez lo que pudiera quedar de anteriores acuerdos sobre control de armamentos entre las dos superpotencias, en particular el acuerdo ABM. En su opinión, solamente hay un propósito racional al que pudiera servir posiblemente la Guerra de las Galaxias del presidente Reagan: su utilidad como medio de regateo en busca de una reducción sustancial de las armas ofensivas desplegadas por América y por Rusia. Desde esta perspectiva sería ventajoso reducir ahora el proyecto gradualmente o alargar la fase de I+D, en vez de forzar la paz a cambio de profundos recortes en el arsenal estratégico de las dos superpotencias. Si sobre esta base el presidente fuera capaz de negociar una reducción de un 50 por 100, podría contar con una clamorosa ovación de los europeos.

Esta misma posibilidad se aplica a cualquier tratado sobre los INF, sobre la retirada de suelo europeo tanto de las armas de alcance medio, los Pershing II y los misiles de crucero Tomahawk americanos, como de los SS-20 soviéticos. Por supuesto que en el Viejo Mundo resuena alguna que otra voz escéptica. Algunas en Francia. Algunas dentro de nuestras burocracias militares. Aquí y allá, algunos generales recordaban que los misiles Pershing y de crucero no habían constituido, de hecho, ninguna respuesta a los SS-20, sino que el Pentágono y la plana mayor de SACEUR ya los quería mucho antes de que los satélites norteamericanos transmitieran las primeras fotografías de los emplazamientos de los nuevos misiles soviéticos. Se pretendía que constituyesen el último peldaño de la escalada para asegurar el “predominio de Occidente” en la escalada y para reforzar los mecanismos de acoplamiento entre Europa y los Estados Unidos. Pero seguramente los generales nunca se habrían salido con la suya de no ser por la aparición de los SS-20. Por otra parte, pocos europeos occidentales creyeron jamás que el despliegue de los misiles nucleares de medio alcance hiciese realmente más creíble la garantía nuclear americana para Europa. Resulta inconcebible, de hecho, que cualquier presidente de los Estados Unidos, reacio a apretar el botón fatídico, lanzase a la ligera armamento nuclear americano emplazado en Alemania, Italia, el Reino Unido, los Países Bajos y Bélgica contra la Unión Soviética. Porque, ¿có-

mo estaría seguro en ningún caso de que las represalias rusas por la destrucción de Minsk se verían limitadas a Munich y no se extenderían a Minneapolis? Siguiendo esta misma línea de pensamiento, la mayor parte de los europeos no creen ahora que la eliminación de estas armas vaya a debilitar el vínculo que enlaza ambos lados del Atlántico. Existen otras armas –los misiles sobre barcos dependientes del SACEUR y los F-111 de Gran Bretaña– que sirven al mismo propósito.

Desde luego, hemos de procurar que comiencen sin dilación las conversaciones sobre los misiles intermedios de más corto alcance y sobre las armas nucleares de teatro. También habremos, de poner a prueba la aparente disposición del señor Gorbachov a un esfuerzo sincero por reducir las fuerzas y los armamentos convencionales en Europa. El punto crucial estriba en comenzar de una vez por todas con el desarme; en probar procedimientos para su verificación y en establecer una base de mutua confianza sobre la que resultase posible edificar en el futuro. Si Gorbachov resulta sincero con la *perestroika*, sus planes para modernizar su subdesarrollada economía y abandonar la condición de un “Alto Volta con misiles”, tendrá que moverse y hacerlo con rapidez. El desmantelamiento de los SS-20 por sí sólo no va a significar ningún gran ahorro. Si realmente pretende liberar recursos hasta ahora inmovilizados en sus efectivos militares, tendrá que proponerse profundos recortes en el terreno convencional.

Un par de palabras ahora sobre nuestras diferencias y divergencias en relación con el Tercer Mundo. Los europeos lo aceptan tal cual. No lo ven única ni principalmente como una arena de las rivalidades de las superpotencia y juzgan erróneo superponer el esquema del conflicto Este-Oeste a las relaciones Norte-Sur. Creemos que el desasosiego del Tercer Mundo tiene su origen en dificultades de orden social y económico que existen desde hace ya mucho tiempo y raramente en maquinaciones soviéticas. Coincidimos con los americanos en que deberíamos intentar mantener el Tercer Mundo a distancia de los soviéticos, pero estimamos que lo deberíamos conseguir ganándonos su amistad en lo político, ayudándoles en lo económico y manteniendo con ellos conversaciones serias y profundas en vez de impresionarlos militarmente o despotricando contra ellos. Una auténtica no alineación no es algo que nos produzca temor. Respaldamos para el Tercer Mundo *reformas* en vez de *uniformes*. Preferimos soluciones (o la carencia de soluciones) políticas para la resolución de los problemas internos a soluciones o carencia de soluciones geopolíticas. Estamos a favor de la ayuda extranjera, a favor de instituciones multilaterales como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional y a favor de pacientes negociaciones con las jóvenes naciones del mundo en vías de desarrollo. No podemos evitar la sensación de que la Administración Reagan se ha concentrado en exceso en países como Nicaragua, una obsesión perniciosa que ha descarrilado no solamente la política exterior norteamericana, sino también sus procesos constitucionales.

Llama la atención el hecho de que hay un tema clave que parece sustentar las diferencias entre americanos y europeos sobre estas cuestio-

nes: ¿de qué forma debe tratar Occidente con la Unión Soviética? Pero existe una cuarta manzana de discordia: unas políticas económicas divergentes y a menudo contrapuestas.

No es un desacuerdo con la “reaganomía” en general; ni con el keynesianismo militar que ha constituido el sello distintivo de esta Administración; ni con sus repercusiones internas sobre la sociedad americana. Tres aspectos dominantes inquietan a Europa occidental: el enorme déficit presupuestario americano, el igualmente enorme déficit comercial y el descuido –leve o grave– del dólar, que ha caracterizado la política monetaria de la actual Administración al igual que la de sus predecesoras, independientemente de si el dólar bajaba o subía. Son tres temas que preocupan profundamente. *In Geldsachen hört die Gemütlichkeit auf*, como reza el proverbio alemán: las cuestiones económicas avinagran cualquier relación. Los europeos temen la ola de proteccionismo que crece en los Estados Unidos; están más preocupados que regocijados tras todos esos años en que los americanos han venido menospreciando al Viejo Mundo por su supuesta “euroclerosis”; lo que nos preocupa a nosotros ahora es la enfermiza y envejecida planta industrial americana y su falta de competitividad, mientras que ellos, temen una inundación mundial de dólares de la que nadie parece sentirse en absoluto responsable. Los europeos estarían de acuerdo con el senador Moynihan: “La tarea inmediata se llama economía política, no geopolítica.”

Existe hoy un clima de autoafirmación europea. Su ímpetu no estriba en el antiamericanismo, sino más bien en la creencia de que ya ha llegado la hora de que Europa unifique sus acciones. Una serie de tendencias y acontecimientos que últimamente han venido poniéndose de manifiesto en la escena americana han incrementado el sentimiento de premura y la determinación de los, europeos.

La primera tendencia se relaciona con la *imposibilidad de calcular o predecir* la política americana. Ello está relacionado con los caprichos del acontecer en la escena política. Ronald Reagan es el primer presidente americano que, desde tiempos de Dwight D. Eisenhower, va a cubrir –Dios mediante– dos mandatos completos; y en más de una ocasión ha decidido algún giro de ciento ochenta grados de la política que no sólo ha sacudido y alarmado a los adversarios de Washington, sino también a sus amigos. Durante muchos años ha persistido una paralizante rivalidad entre el Departamento de Estado y el Consejo de Seguridad Nacional, y la eterna pugna entre la Casa Blanca y el Congreso de los Estados Unidos ha llevado a los europeos a preguntarse con frecuencia quién manda realmente. A decir verdad, Europa ha hallado frecuentemente amigos en el Capitolio; y a esta sazón la postura del control de armamentos sustentada por Europa parece estar más de acuerdo con las inclinaciones de la Asamblea Legislativa que con las de la Administración. Pero cuando es de política comercial y de proteccionismo de lo que se trata, las posiciones se invierten.

La segunda tendencia inquietante que me gustaría mencionar es la *rusificación de Norteamérica*. Existe una creciente tendencia a un secre-

tismo obsesivo. Los tentáculos del Pentágono se extienden hasta las empresas privadas; por esta razón, un número creciente de compañías europeas ha decidido no continuar dependiendo de las patentes y licencias norteamericanas. También alcanzan dichos tentáculos al terreno científico; en estos últimos tiempos muchos científicos europeos se han visto excluidos de reuniones y asambleas profesionales. Por otro lado, existe una desconcertante propensión a burlar preceptos vinculantes de Derecho internacional; ejemplos: la negativa a someterse al veredicto del Tribunal Internacional de La Haya tras haber minado ilegalmente los puertos nicaragüenses; la descarada continuación de las pruebas nucleares a pesar del compromiso, asumido en el Tratado de Suspensión de Pruebas Nucleares de 1963, de trabajar para su cese; las constantes fintas al Salt II, sin ratificar pero respetado; el intento de reinterpretar el Tratado ABM o incluso de ponerle fin... Podría hacer mención igualmente de la ocupación de Granada y del bombardeo de Trípoli. Y el derecho que la Administración Reagan alega, al apoyar a grupos heterogéneos y a menudo altamente dudosos de "luchadores por la libertad" dispersos por el globo y de practicar actividades encubiertas, recuerda a muchos europeos el apoyo soviético a las denominadas "guerras de liberación" y las extensas operaciones de la KGB. Al igual que el plan de desinformación que saliera a la luz en 1986 –*desinformatsia*– no era lo último que se esperaba de Washington...

Por último, los europeos experimentan una cierta incomodidad cuando oyen a los americanos hablar de forma sensacionalista sobre el Pacífico como el crisol de futuro. ¿Acaso resulta concebible que los americanos puedan volverle la espalda a Europa y encaminarse hacia otra dirección? ¿Están cansados del Viejo Mundo, seducidos por el atractivo de Asia? A los europeos les resulta difícil creerlo, pero no dejan de sentir curiosidad.

No son éstos, por supuesto, hechos políticos incontestables, sino más bien sensaciones de carácter subliminal. Los diplomáticos no informan sobre ellas en los despachos cotidianos por cable, pero hablan de ellas cuando toman una copa o durante la cena. Más aún: a estas vagas opiniones hay que añadirles el impacto de dos hechos concretos: la reunión de Reykjavik y el Irangate.

Hablando claro, los europeos quedaron consternados por la ingenuidad con que el líder del mundo occidental acudió a Reykjavik; alarmados por la ligereza con que llevó las conversaciones en la Casa Hofdi; y aterrados por la tambaleante impotencia con que puso fin a la reunión. La manera en que manejaba cuestiones esenciales de nuestra seguridad común, sin la realización de consultas previas, planteó el problema de si América es líder de una alianza o una superpotencia independiente. El Irangate causó comparativamente menos conmoción, ya que no modificó la opinión que Europa tenía de la Administración Reagan, sino que confirmó su imagen de ella. Es indudable que fue Reykjavik lo que desató la nueva ola de afirmación europea. Sea como fuere, lo cierto es que suscitó todo un tropel de importantes manifestaciones políticas a lo largo de los últimos meses. Insistiendo todas ellas en el mismo tema: la causa común de los europeos. Todas proyectaban sus ideas sobre un doble trasfondo:

las dudas acerca de los Estados Unidos bajo Ronald Reagan y un intenso interés por el futuro de la Unión Soviética sobre el liderazgo de Mijail Gorbachov. Y todas hablaron con una voz, la voz de Europa.

¿Qué dice esta voz de Europa? No siempre resulta fácil de entender; la alteran acentos nacionales según quien sea el disertante; se emite con matices ricamente modulados. Pero el mensaje fundamental resuena alto y claro. Europa ha de desarrollarse hacia una “unión más perfecta”, por tomar prestada una frase de la Constitución de los USA, a fin de que su influencia posea un peso. Ha de establecer una alianza más madura con América siguiendo, en buena medida, el patrón del concepto de los dos pilares de John F. Kennedy; patrón este que nos protegerá de ser tratados como una sarta de Estados parroquianos como sucediera en Reykjavik. Y ha de aspirar a conseguir una unidad europea definida más claramente, no sólo estandarizando la longitud de las púas. de los alambres de espino europeos, y no sólo produciendo montañas de mantequilla y lagos de vino, sino también en el terreno de la defensa. Porque, como lo expresó con cierta rudeza Mitterrand, la toma de decisiones de los USA “podría variar según el temperamento de su presidente o la naturaleza o estado de la opinión pública americana”. En tres aspectos me parece que las opiniones europeas están cuajando lentamente en una política: en la organización de la defensa de Europa Occidental, en el desarme y en las relaciones generales entre el Este y el Oeste.

Confesémoslo, las ideas sobre la futura organización de la defensa de Europa Occidental son todavía algo confusas. Pero ya cabe identificar varias líneas seguidas por la nueva forma de pensar. Existe, por un lado, un deseo ampliamente extendido de resucitar la Unión de Europa Occidental (UEO) como armazón para la cooperación europea en materia de seguridad. Los americanos observan este proyecto con cautela; cuando fue aireado por vez primera por los franceses tres años atrás, se enfurecieron. Pero no debieran repetir el error que cometiera Henry Kissinger en 1973, durante aquel ridículo “Año de Europa”, cuando exigió que los europeos, antes de asumir una posición común, mantuvieran previamente conversaciones bilaterales con Washington. Si los europeos han de hablar con una voz, han de encontrarla sin ninguna clase de intromisiones. Actualmente, están en marcha las conversaciones para ello.

Por otro lado, existen insinuaciones sorprendentes, aún no especificadas, tanto de Londres como de París, sobre una más estrecha cooperación entre Francia y Gran Bretaña en el campo del armamento nuclear; Mitterrand aludió incluso a la necesidad de informar a Alemania, y de que ésta tuviera una voz en el tema de la “utilización de nuestras armas”.

Simultáneamente existe un vivo debate sobre una cooperación más estrecha en el campo del armamento convencional entre Francia y la República Federal de Alemania, que juntas podrían disponer de dos millones de hombres a los cinco días de la movilización. Helmut Schmidt ha venido impulsando esta idea con particular vigor, hablando de un Sistema Integrado para la Defensa de Europa Occidental y llegando incluso a propo-

ner, de hecho, que asumiera el liderazgo un comandante supremo de nacionalidad francesa.

Por último, existe una creciente conciencia de que el equilibrio convencional no resulta de forma alguna tan desastroso como ha venido postulándose. Treinta y cinco divisiones (de Francia, Alemania y el Benelux) en el frente principal, reforzadas por el Ejército Británico del Rin y por el Séptimo Ejército de los Estados Unidos, junto con las fuerzas aéreas norteamericanas, poseen para los soviéticos un formidable poder de disuasión. Ningún mariscal soviético osaría enfrentarse a la ligera a una fuerza combinada de esta envergadura. Y mientras esperemos mantener intacta la estructura fundamental de la OTAN, no deberíamos excluir en lo sucesivo la posibilidad de que se desarrolle de forma muy diferente de aquí a veinticinco años. Si en el curso del tiempo Europa llega a desarrollar una estructura defensiva propia, se relacionará con los Estados Unidos sobre una base más igualada y equitativa que la actual. En tal caso, las perspectivas de una reducción considerable de los acuartelamientos americanos en ultramar ya no será motivo de preocupación para nadie. Como dice Helmut Schmidt: "No les gustará a todos los americanos que los europeos hablen con una sola voz, pero tendrían que acostumbrarse a ello. Y lo harían, ya que va en su propio interés que Europa llegue a ser una entidad poderosa. Además, desearán mantener parte de sus tropas en Europa continental simplemente para poder mantener un dedo metido en la tarta."

¿Qué piensan los europeos sobre el control de armamentos y el desarme? También aquí, a pesar de todo tipo de disonancias, hay acuerdo sobre las cuestiones fundamentales.

En nuestra época nadie puede tener todos los cañones y toda la mantequilla. Ante todos nosotros se presentan tareas de gran envergadura. Hemos de reconstruir los cimientos de nuestros sistemas de seguridad social y salvar a nuestros achacosos servicios nacionales de sanidad. Hemos de abordar el problema de asegurar nuestras fuentes de suministro de energía y rescatar el entorno de una devastación motivada por una explotación innecesaria o imprudente; y hemos de hacerlo a pesar de la disminución de nuestra población y de la explosión demográfica en la zona indigente del globo. La creación de la estabilidad social y la preservación del patrimonio de la Humanidad tienen tanta importancia como la acumulación de un número creciente de armas cada vez más devastadoras en nuestros arsenales.

Los europeos no comparten la visión Reagan-Gorbachov de un mundo no nuclearizado (o casi desnuclearizado). Están a favor de drásticos recortes en los arsenales estratégicos, pero no de la total eliminación del armamento nuclear —por respeto a la disuasión—. En todo caso, les resulta imposible creer que las superpotencias, desarmándose completamente, pusiesen la hegemonía mundial en manos de los chinos, de los paquistaníes o de cualquier nuevo proliferador. Les gustaría ver cómo Washington y Moscú se desplazan hacia un mundo que sólo requiera una disuasión mínima. Y resulta significativo que en este contexto tanto Francia como Gran Bretaña declaren públicamente que una vez que los gigantes nuclea-

res efectúen unas reducciones considerables de sus potenciales atómicos, sus propias fuerzas nucleares también podrían ser igualmente incluidas en el proceso de desarme.

En último lugar –en orden, pero no en importancia– a Europa le gustaría plantear seriamente un desarme convencional. Las negociaciones MBFR que desde hace catorce años vienen desarrollándose en Viena están irremisiblemente atascadas. O bien procedemos a reanimarlas de verdad, o creamos un nuevo foro en el marco de la CSCE de Estocolmo para lograr que las cosas funcionen. Lo haríamos suponiendo que la pléyade actual, con un líder soviético dinámico que tiene razones propias para acabar con el estancamiento, proporcionase a Occidente una oportunidad que sería una imprudencia, por no decir un crimen, perder.

Me lleva esto directamente a la actitud europea frente a las relaciones Este-Oeste en general y Gorbachov en particular.

Nuestra opinión es pragmática, no ideológica. Rusia abandonó en 1917 la corriente que seguíamos tras compartir con ella un continente durante cerca de quinientos años. Somos conscientes de que en buena medida la actitud internacional de la Unión Soviética lleva más impresa la huella de la tradición zarista que la del marxismo que revolucionara el mundo; los estadistas soviéticos son rusos en un 80 por 100 y comunistas en un 20 por 100. Nuestro problema no sería muy distinto si en el Kremlin residiera el zar Alejandro III o Nicolás IV; basta con pensar en la Polonia o el Afganistán del siglo XIX. Las grandes potencias son monstruos fríos, como solía decir el general De Gaulle. De ahí que no debemos bajar la guardia. Hemos de ser capaces de conservar lo que es nuestro cuando se nos desafía. Los objetivos de la política occidental resultan obvios: evitar la guerra, refrenar la expansión comunista, ir dulcificando progresivamente el sistema marxista soviético –como lo postulara hace ya cuarenta años George Kennan en su artículo “Mr. X”– y encauzar su evolución hacia una dirección más favorable a los intereses occidentales.

Hemos de estar preparados para *resistir* a los soviéticos siempre que la resistencia resulte indispensable; deberíamos estar preparados para *asistirlos* siempre que la asistencia nos pueda acercar a nuestros objetivos. Requiere esto diálogo, franqueza, sensatez, un enfoque no ideológico, y el abstenerse del moralismo crudo y unidimensional (por citar aquí a lord Carrington, secretario general de la OTAN).

Mijail Gorbachov se ha colocado en la tradición de los grandes reformadores rusos, Pedro el Grande y el conde Stolypin. Como lo fueran las reformas de aquéllos, también la suya, la *perestroika*, es una revolución desde la cumbre. Parece sincero al respecto. Y ya ha ido más lejos de lo que jamás osara ir Krushev en el intento de romper los viejos moldes, para abandonar siglos de regimentación y décadas de represión en el interior y confrontación en el exterior. Está desbreznevizando la Unión Soviética.

Una nueva apertura –glasnost– invade los medios de difusión, las artes, la escena cultural en su conjunto. Ha comenzado a reorganizar completamente la adormilada maquinaria de la economía de su país; empresa ésta que

atemoriza, y es quizás inútil. Y ha revisado ya una serie de importantes posiciones asumidas en la política exterior que parecían inamovibles e inalterables, de forma particularmente señalada en su abordaje del control de armamentos. Ha repudiado el viejo dogma de que la guerra entre el imperialismo y el comunismo es algo inevitable; habla con desenvoltura de la interdependencia económica del mundo moderno; diserta con sensibilidad y sensatez sobre los retos globales del futuro. Y no es dogmático.

Los europeos occidentales están sumamente interesados en el curso que pueda seguir la arriesgada tarea emprendida por Gorbachov, pero no eufóricos. Tiene ante sí una tarea formidable. Puede que se vea frustrado por sus detractores, o que fracase simplemente porque las fuerzas de la inercia y de la tradición poseen una fuerza abrumadora e irresistible. Pero en contraste con algunos expertos americanos, los europeos le desean suerte y éxito. Quieren tomarle la palabra. Si lograra responder a las esperanzas que ha suscitado, todos saldríamos ganando: los europeos del Este como los del Oeste, pero también Norteamérica. Por este motivo, Europa se abstiene de enjuiciar sus posibilidades, pero cruza los dedos.

¿Qué lugar ocupa Alemania –las dos Alemanias– en este contexto más amplio? La visita de Honecker a Bonn ha sido, de hecho, una visita histórica.

La visión de dos banderas alemanas casi idénticas ondeando la una al lado de la otra; los acordes de dos himnos alemanes diferentes flotando en el aire sobre el patio adoquinado y bajando hacia la orilla del Rin; el espectáculo del alto y fornido Helmut Kohl tirando suavemente del delgado y pequeño Erich Honecker para que no se salga de la alfombra roja... Habría cabido esperar que todo ello evocara sentimientos poderosos. Lo cierto es que no lo hizo; al menos, no en las dos Alemanias.

Los alemanes se han vuelto realistas. Sea lo que sea lo que sienten en lo profundo de sus corazones sobre la reunificación de su nación dividida, saben muy bien que la unidad no resulta probable en vida de quienes vivimos hoy. Cierto es que no hace demasiado que el líder de Alemania oriental admitía que también los comunistas pueden permitirse el lujo de soñar. Y todo canciller de la Alemania occidental, por el juramento que presta al asumir su cargo, está obligado a defender la Constitución que rige sobre los ciudadanos de la República Federal, induciéndoles a trabajar en aras de la consecución de la unidad nacional. Pero una cosa son los sueños y los mandatos constitucionales y otra las realidades. Como lo expresó Helmut Kohl: "La cuestión alemana sigue abierta, aunque no figure de momento en la agenda de la historia mundial."

La mayor parte de los alemanes –del Este como del Oeste– estarían de acuerdo con esto. No les parece censurable una política que deja el destino futuro de una nación abandonado a las corrientes de la historia, concentrándose entretanto en lo que hoy es posible y necesario. Colocan el reencuentro de sus gentes por encima de la reunificación de los dos Estados alemanes, los contactos humanos por encima de los conflictos de sistemas, la apertura de huecos en las fronteras por encima de su abolición, la cooperación por encima de la cooptación.

Lo que les duele no es la división, sino la separación. En su gran mayoría estarían perfectamente identificados con un lema que se remonta a los primeros días del movimiento socialista: *Einigung, nicht Vereinigung* –unanimidad, no unidad.

Muchos observadores extranjeros desconfían de un realismo así. Imputan a los alemanes la misma actitud que adoptarían los franceses tras la pérdida de Alsacia-Lorena en 1871: “No hables nunca de ello, piensa siempre en ello.” ¿No estarán conspirando en secreto para restaurar la gloria del vencido y mutilado *Reich*? ¿No tendrán en mente burlar a sus aliados de después de la Guerra para contraer nuevos pactos fuera de sus actuales alianzas? ¿No intrigarán día y noche en la persecución de la unidad panalemana? ¿Y no es posible que la visita de Honecker fuera solamente la punta de un peligroso iceberg?

Se puede afirmar con toda seguridad que no lo ha sido. No significó esta visita el comienzo de algo nuevo, como una huida del orden actualmente imperante por parte de ambas Alemanias. Confirmó más bien una tendencia que comenzara veinte años atrás, en el sentido de la aceptación de dicho orden y de la mejora de las relaciones en su base misma: un lento movimiento de la hostilidad a la normalidad. Las Alemanias del Este y del Oeste están en desacuerdo sobre los principios y objetivos a largo plazo, pero no permitirán que sus divergencias constituyan un obstáculo al acuerdo sobre los pasos prácticos que podrían hacer más pacífica la escisión de su nación. El mundo exterior no tiene por qué inquietarse por ello. Los dos Estados alemanes solían ser los más estridentes protagonistas de la Guerra Fría en el marco de sus respectivas alianzas; ahora representan definitivamente una fuerza de moderación, de atenuación del antagonismo entre el Este y el Oeste, y de mejora de los vínculos allende la gran divisoria entre Oriente y Occidente. En vez de desconfiar, todo el mundo debería alegrarse de ello.

¿Qué vendrá a continuación, tras la invocación de Erich Honecker a la Alemania del Oeste donde nació? Lo que sigue es mi guión personal para lo que resta de siglo.

En primer lugar, creo que cabe esperar un gradual apaciguamiento de la situación a lo largo de la frontera interalemana –el muro de Berlín y los 1.400 kilómetros de fortificaciones que se extienden desde el Báltico hasta los bosques bávaros. El vigente régimen de fronteras, su brutalidad, compendiada en la atávica orden de tirar a matar, no puede durar. Estuviera donde estuviera a lo largo de la pasada semana, al líder de Alemania oriental se le hizo recordar una y otra vez que la crueldad de su régimen desmiente todas sus encumbradas pretensiones de respetabilidad. Al final se vio forzado a admitir que las cosas no son lo que deberían ser; si hubiera mejoras en las relaciones, llegaría el día en que la frontera no continuaría separando a la gente. No hay duda de que habla en serio. Ya ha hecho la frontera más permeable de lo que lo fuera en las pasadas cuatro décadas: un número sin precedentes de 3,5 millones de alemanes orientales viajó al Oeste en 1987, de ellos más de un millón con edades inferiores a la de la jubilación (de 66.000 en 1985 hasta casi 600.000 en 1986). Honecker es consciente de que si pretende que su retórica sobre paz en

Europa Central sea tomada en serio, debe poner fin a los disparos a lo largo de la frontera. También puede que haya comenzado a comprender que el abrir las rejas de Alemania del Este es la mejor, por no decir la única, manera de hacer innecesarios el muro y las alambradas.

En segundo lugar, creo que cabe esperar de parte de ambas Alemanias una importante presión para el control de armamentos. La concentración del poderío militar en territorio de los dos Estados alemanes –1,5 millones de soldados, 7.000 ingenios nucleares– supera el de cualquier otro lugar de nuestro planeta: razón esta suficiente para que tanto Bonn como Berlín oriental se esfuercen por conseguir el desarme entre sus alianzas respectivas. El acuerdo INF sobre limitación de armas nucleares de alcance medio podría constituir una suerte de abrelatas. La eliminación de las restantes ordenanzas en materia nuclear y la reducción de las fuerzas convencionales junto con sus armamentos serían los siguientes pasos lógicos para conseguir en Europa una situación militar más equilibrada y estable. Urgen en particular por enfrentarse los europeos del Este y del Oeste a enormes retos internos. La obstinada continuación de una confrontación militar estéril les privaría de los recursos financieros y humanos precisos para poder hacer frente a estos retos, en su propio beneficio.

Todo esto llevará tiempo. Honecker tiene que reducir la presión en su país, pero sólo puede hacerlo de manera gradual. Y el desarme, incluso en las circunstancias más propicias, será una labor tortuosa y compleja. Las negociaciones para conseguir reducciones significativas de las fuerzas convencionales pueden tardar fácilmente una generación. Y transcurrirá otra media generación hasta que se desvanezcan los pactos contrapuestos. E incluso entonces los sistemas políticos y económicos del Este y del Oeste serían diferentes. Llevar su reconciliación al punto en el que las diferencias ya no cuenten costaría también, a su vez, varias décadas. Con suerte, esto nos llevaría a las puertas del próximo siglo.

“Hoy en día los dos Estados alemanes son una realidad”, le comentó recientemente Gorbachov al presidente de Alemania occidental, Richard von Weizsäcker. “La historia es la que ha de decidir qué sucederá dentro de cien años.” La historia puede decidirse a favor o en contra de la unidad. Tal vez lleve a una situación que haga posible pero superflua una reunificación. Quienes vivimos hoy en día no podemos saberlo. Lo que importa para nosotros es quitarle al estado de división su espoleta y su componente de brutalidad mientras dure. Las dos Alemanias están dispuestas a ello: éste era el significado histórico más profundo de los cinco días de Erich Honecker en la República Federal de Alemania. No conmovieron al mundo; lo que hicieron fue confirmar un esquema que venía gestándose desde hacía tiempo.

En este contexto, sería iluso esperar que la República Federal de Alemania se lanzara a un exagerado esfuerzo armamentista. Las Fuerzas Armadas no pueden incrementarse, tanto por razones demográficas como financieras. Si el contingente americano estacionado en Europa se redujese, los alemanes occidentales jamás serían capaces de taponar esa brecha, ni estarían dispuestos a hacerlo. En los años noventa tendrán problemas para mantener al nivel actual sus contribuciones a la OTAN. Del mismo modo, tampoco sope-

sarán la adquisición de armamento nuclear. Se han obligado mediante un tratado a no hacerlo; y son conscientes de que ninguna otra medida pondría en peligro de forma más devastadora la postura que ocupan en el mundo. No hay tampoco propensión psicológica alguna a embarcarse en esa trayectoria, sino todo lo contrario. Toda reacción que pretenda una reducción del compromiso americano para el mantenimiento de la seguridad del Viejo Mundo tendrá que venir de la misma Europa.

El nuevo talante que se está extendiendo por Europa occidental no es gaullista en el antiguo sentido del término; es más bien una modalidad de un gaullismo reformado. Me limitaré a reproducir tres citas que apoyan mi argumentación.

La primera es de David Owen: "Desde hace cierto tiempo se ha hecho inevitable que desde la sombra de los Estados Unidos surjan fuerzas, fundamentalmente europeas en sus conceptos y en sus intereses."

La segunda es de "The Economist" (7-3-87), publicación que nadie ha tildado jamás de antiamericana: "Una Europa que confiara en sí misma se haría ahora la pregunta de cómo reducir su dependencia de América."

La tercera es del presidente federal Von Weizsäcker: "La unificación de Europa constituye la tarea histórica de esta generación."

Europa vuelve a ser tema de conversación. "Francia es mi país y Europa nuestro futuro"; esta frase de François Mitterrand puede oírse, *mutatis mutandis*, en cada una de nuestras veneradas lenguas maternas. Y actualmente se da un nuevo sentimiento de premura y una resolución más firme que nunca.

¿Dónde deja todo esto a los Estados Unidos? En el futuro, Europa tendrá tanta necesidad de su vinculación con América como la tuvo en el pasado. Puede que la relación no carezca de defectos; resulta probable, de hecho, que siga dominada por los conflictos conforme cambien las prioridades y las preocupaciones. Sin embargo, estos virajes no deberían ensombrear la realidad de que unas relaciones positivas y estrechas con los Estados Unidos resultan del todo esenciales para Europa occidental.

A la inversa, los Estados Unidos difícilmente podrían sobrevivir aislados en un mundo de potencias hostiles. Cualesquiera que sean las razones de un mutuo descontento o de ocasionales rencillas, no hay esperanzas de mantener la estabilidad militar si los europeos y los americanos no trabajan en estrecha vinculación, ni esperanzas tampoco de arreglar la economía mundial llegando a un acuerdo con un Tercer Mundo cada vez más agresivo y dogmático. La razón de ser histórica de la alianza entre americanos y europeos es hoy tan válida como siempre.

Pero no hay que engañarse: el orden de las cosas no persistirá tal como existe en la actualidad. Resulta inevitable que se produzcan transformaciones y transfiguraciones. "El pasado está cortado por un patrón distinto", éste fue el título que George Ball diera a sus memorias. También el futuro estará cortado por un patrón distinto. El cambio está en camino. Pero el cambio, por mucho que transforme el edificio europeo, no significará que Europa vaya a volverle la espalda a América.

Berlín en las relaciones Este-Oeste

Eberhard Diepgen

En todas las épocas los seres humanos han albergado esperanzas, pero, sobre todo, temores ante los albores de un nuevo siglo. Siempre hubo fuentes fidedignas que afirmaban que en el próximo siglo todo sería mucho peor. Sabemos que en las postrimerías del primer milenio muchos esperaban el Juicio Final. Se apoyaban en el libro del Apocalipsis, donde San Juan escribió:

“Vi descender un ángel del cielo que llevaba en la mano la llave del abismo, y apresó a Satán y lo encadenó durante mil años. Pero cuando se cumplan los mil años, Satán quedará liberado de su prisión y reunirá a los pueblos para la guerra.”

Hoy estamos todavía a doce años del segundo milenio. De nuevo, muchos esperan obsesionados esa fecha. Y, en verdad, existen muchos hechos preocupantes.

En primer lugar, quisiera exhortar a la sensatez y a la moderación. No corresponden las escenas del ocaso, pero tampoco la euforia. La política exterior, en particular, no se orienta por el cambio de los años y tampoco —en definitiva— por los estados psicológicos, aun cuando puedan ejercer sus efectos sobre las relaciones exteriores a través de la política interna.

No, la política exterior es determinada en última instancia y, primordialmente, por intereses sensatos y por constelaciones de poder e influencias. Y estas constelaciones sólo se modifican muy lentamente.

Al mismo tiempo, el futuro está abierto. La historia no transcurre acorde con leyes y teorías impuestas por los hombres, sino que se desarrolla libremente por medio de la actividad humana. Por esta razón, según yo lo entiendo, en principio no se puede pronosticar con seguridad el futuro, aunque sí puede ser configurado y, sobre todo, necesita serlo. Toda configuración debe partir de los hechos históricos, una perogrullada que en ocasiones es pasada por alto. No se puede obtener el futuro sobre un tablero de dibujo.

Eberhard Diepgen, alcalde gobernador de Berlín, es uno de los dirigentes más destacados del CDU, partido democristiano mayoritario en la coalición gobernante.

Mi tercera observación previa se refiere a Berlín. Si bien atrae esbozar un futuro para esta ciudad a partir de ella o sólo para ella, esto resulta poco realista. No es posible concebir las relaciones entre Este y Oeste desde Berlín, a partir de Berlín como punto de giro y eje. Pero es igualmente correcto: las relaciones entre Este y Oeste no pueden desarrollarse sin las influencias que se ejerzan sobre Berlín, pero tampoco sin las que ella aporte. Esto tiene sus razones no sólo en la historia, sino, sobre todo, en la situación geopolítica y en los múltiples intereses que convergen aquí. Berlín no es el ombligo de las relaciones Este-Oeste, pero tampoco puede ser su congelador.

Tratar a Berlín como a la Bella Durmiente dentro del ámbito de las relaciones Este-Oeste podría llegar a tener amargas consecuencias. Pudiera ser que alguien llamase al caballero de la nación alemana para que echara abajo el seto de espinos y despertara a la Bella Durmiente con un beso. Con semejantes caballeros ya hemos tenido experiencias bastante negativas.

Después de estas tres observaciones previas, permítanme hacer algunas consideraciones analíticas sobre la situación, para señalar a continuación lo que podríamos y deberíamos hacer. En este sentido, quiero limitarme a la política exterior y a las relaciones entre Este y Oeste.

1. El creciente proceso de tecnificación y entrelazamiento, la formación de sociedades cada vez más complejas, con división del trabajo, debilitan el efecto aglutinador y la fuerza orientadora de las ideologías. Al mismo tiempo –o quizá por esta razón– surgen cuestiones valorativas, que quedan sin respuesta aun entre los bloques de poder. De aquí se deriva el riesgo de un fundamentalismo trivial. Cuanto menos cuente en política el criterio de lo erróneo y lo certero, tanta mayor clientela tendrán los profetas del sí y del no, ocultando la realidad. Son los ideólogos de cualquier matiz los que hoy obstaculizan un mundo más pacífico, más razonable y en colaboración más estrecha.

2. La búsqueda de la seguridad y la protección ambiental, la lucha contra el hambre y el desempleo exigen mayor colaboración internacional. Sin embargo, a los problemas globales no se contraponen posibilidades de decisión globales. Aún más: a pesar de las crecientes demandas de integración, el egoísmo y el nacionalismo de carácter regional aumentan en vez de disminuir. Por eso son tan importantes la Alianza Atlántica y la Comunidad Europea. Y por eso el proceso de la CSCE fue y sigue siendo un intento necesario, aunque difícil, de buscar soluciones conjuntas para problemas conjuntos por encima de las fronteras entre los bloques.

3. Dentro de la Alianza occidental se abre una sima entre la idea de la seguridad regional y la demanda de seguridad global. Los Estados Unidos son también una potencia europea. Los europeos occidentales, por el contrario, no constituyen una potencia mundial. La Alianza tiene que convivir con esta asimetría. Pero no debe reprimirla. En este sentido, tengo que hacer algunos comentarios críticos:

Los miembros europeos de la Alianza reparan muy poco en la responsabilidad de los Estados Unidos con respecto a la política mundial. Según

su opinión ,y valorándolas con un sentido negativo, las intervenciones norteamericanas en el mundo no deben alterar, dentro de lo posible, la situación en Europa. La parte europea de la Alianza exige igual derecho de participación para todos sus miembros, pero no igual responsabilidad. Esto es la expresión de cierta comodidad política y de autocontemplación europea.

Por su parte, los Estados Unidos piensan menos que antes, según las categorías de una potencia también europea. En ocasiones exigen demasiado de la disposición solidaria de los europeos e infravaloran las enormes prestaciones defensivas de los europeos, en especial de la República Federal de Alemania.

Sin embargo, a pesar de estos problemas, hasta ahora la Alianza ha superado cualquier crisis verdadera o supuesta, pudiendo reflexionar sobre sus bases de convicciones e intereses comunes.

El carácter revolucionario de esta Alianza consiste en que aquí los Estados han garantizado desde hace decenios la seguridad y el bienestar en una parte importante del mundo, a través de renunciaciones voluntarias incluso a una parte de su soberanía. En el siglo pasado, esto hubiese sido inconcebible. Por tanto, es un bien precioso, que debemos salvaguardar.

4. Algunos indicios hablan a favor de que, en realidad, a pesar de la fraseología exagerada del Este, existe un interés por la estabilidad política y la capacidad de maniobra de Occidente. Alrededor del 30 por 100 de su comercio exterior se desarrolla con países occidentales,

Pero tampoco Occidente se vuelve hacia el Este por causa de una debilidad inocente, sino respondiendo a sus propios intereses razonables: Quien pretenda superar la división del continente no debe excluir, ni excluirá –tampoco intelectualmente–, a la Europa centro-oriental y oriental.

Existiendo seguridad, la influencia directa del Este sobre las transformaciones en Occidente es menor de lo que temen los escépticos, debido a la carencia de atractivo del sistema socioeconómico marxista-leninista. En comparación, es mayor la influencia que ejerce Occidente en sentido inverso sobre las transformaciones en el Este, pero resulta menos eficaz de lo que esperan los optimistas. Por el contrario, el abandono de una *Ostpolitik* activa ejercería un efecto considerable –que sería negativo– en el Este, a costa de las personas que habitan allí, pero también de nosotros.

5. A más de cuarenta años del término de la Segunda Guerra Mundial, se hallan en alza los conceptos que aspiran a una nueva arquitectura política en Europa. La insatisfactoria, irrazonable y discordante división de Europa, Alemania y Berlín promueve constantemente nuevas ideas para superar a largo plazo esta división. Pero, al mismo tiempo, apenas han cambiado las condiciones básicas de la seguridad europea.

En una ocasión, Raymond Aron dijo: “La era nuclear ha retardado la historia.” De hecho, las realidades de la política de seguridad convierten en improbable un drástico cambio político en el centro de Europa.

6. Se evidencia el carácter biestatal de Alemania. Sin embargo, para algunos que no conocen suficientemente a los alemanes, resulta sorpren-

dente ese interés inquebrantable que muestran los alemanes de ambos Estados por la unidad de la nación o el hecho de que incluso se intensifique el espíritu de unión nacional. En tanto que antes los dos Estados alemanes estaban considerados como obstáculos para la colaboración internacional, hoy se hacen sospechosos a veces de sobreponer los intereses bilaterales a la lealtad que deben a sus alianzas respectivas.

Naturalmente, nosotros, los alemanes, tenemos siempre presentes nuestros objetivos a largo plazo para superar las fronteras. Pero, visto con lucidez, en la actual política germana importan los pasos relativamente pequeños –dados con un enorme esfuerzo político–, que en otros Estados con diferentes sistemas sociales son considerados como naturales desde hace mucho: posibilidad, de que las personas se visiten, proyectos de inversión conjuntos, intercambio cultural, encuentros políticos. Pero no son los aspectos político-materiales de la política alemana y berlinesa los que resultan tan interesantes y palpitantes para nosotros o para los extranjeros, sino las circunstancias emocionales que conlleva, o mejor dicho, las sensibilidades. Saber, reconocer y debatir este tema en la Alianza contribuye al conocimiento y la fiabilidad de los alemanes.

7. En Berlín dejan sus huellas todas las evoluciones que acabo de mencionar. En Berlín se conjunta la situación europea como bajo un vidrio ustorio: división y unidad, centro y frontera, disgregación y colaboración, derecho y realidad. Pero el propio Berlín sólo es capaz de actuar dentro de ciertos límites, a pesar de ser el principal afectado. Precisamente de esta relación tensa se deriva la intranquilidad que existe entre la generación más joven. Si el Gobierno de Berlín, el Gobierno Federal y, los aliados no prestan atención, puede levantarse contra los fundamentos de la existencia del Berlín libre.

Estas han sido algunas observaciones que prueban las grandes y difíciles tareas a las que nos enfrentamos. Pero, en general, sin encubrir alguna que otra observación escéptica, cuando se hace un análisis razonable, no existe razón alguna para considerar el futuro con pesimismo. En todo el mundo las democracias se encuentran más bien avanzando. Rara vez se ha negociado entre Este y Oeste de un modo tan intenso y efectivo como ahora. Los foros de debate entre Este y Oeste, propuestos en parte por Moscú, se han convertido, al menos, en instrumentos de la política occidental. A pesar de todos los rumores de crisis, la Alianza occidental está sana en su esencia. Con el Tratado sobre el desmantelamiento de los cohetes nucleares de alcance medio, puede cosechar el triunfo de su doble acuerdo, a pesar de todas las negociaciones posteriores que aún serán necesarias.

Por tanto, Occidente puede remitirse a los éxitos. Sin embargo, estos éxitos no están apoyados por una conciencia adecuada. Vayamos ahora a las perspectivas.

1. Mi primera reflexión acerca del futuro tiene que ver, en un sentido estricto, con lo que acabo de decir en relación con el estado interno de Occidente. No debemos pasar por alto los problemas, pero tampoco debemos olvidar nuestros éxitos.

Un ejemplo: Gorbachov se ha propuesto remover las condiciones internas de la Unión Soviética en forma notable, pero no debido a la fortaleza de la Unión Soviética, sino por causa de su debilidad, como él mismo admite. Para ello, con el propósito de parecer convincente –incluso entre nosotros–, emplea términos, que proceden de nuestras tradiciones pluralistas occidentales, aunque sin interpretarlas de la misma forma. Gorbachov ha alentado hábilmente la política de desarme con una mezcla de viejas y nuevas propuestas, así como con el intento de “vender” las iniciativas de Occidente como si fueran propias.

En última instancia, ambas cosas son estrategias que tienen como objetivo aspectos secundarios. Lucha contra las secuelas de un sistema de planificación económica marxista-leninista, es decir, contra la falta de efectividad, pero no contra sus causas. Con sus propuestas de desarme sólo interesa a las consecuencias de las tensiones políticas, esto es, a las armas. Lo que le ha faltado hasta ahora es un nuevo concepto, que pudiera darle básicamente un nuevo carácter a las relaciones Este-Oeste también en el plano político.

Sin embargo, esto tiene que ser una tarea de Occidente. Entre nosotros nos concentramos demasiado en la avalancha de propuestas de Gorbachov, en vez de reflexionar conscientemente y tornarnos activos. No se le cree, quizá con razón. Pero también sería correcto intentar tomarle realmente la palabra y, de manera constructiva, exigirle reformas políticas, económicas y humanitarias.

Precisamente ante la Unión Soviética resulta acertado hacer valer la prudencia cuando se trata de la seguridad y el desarme. Sin embargo, esto no debiera impedirnos desarrollar una estrategia occidental que apuntara a las causas de los problemas. Por ejemplo, ¿por qué vacilamos ante la propuesta de organizar un foro sobre derechos humanos en Moscú? Más bien deberíamos aprovecharlo para exponer ante el público, precisamente en Moscú, nuestras convicciones acerca de la índole indivisible de la dignidad y los derechos. Por supuesto que deben darse las condiciones para hacerlo.

Ante una dirección soviética consciente de su propio valor, la respuesta adecuada por parte de Occidente no es el temor, sino la fuerza de convicción consciente y las iniciativas políticas.

2. Mi segunda propuesta se refiere a la integración europea occidental. En este sentido ha habido avances en el ámbito de la colaboración política europea y del esfuerzo por crear un mercado interior hasta el año 1992.

Aún sería más importante que la Comunidad Europea se desarrollara en una verdadera comunidad tecnológica. Las soluciones nacionales no bastan ya para plasmar el cambio estructural. Si la Comunidad desea seguir siendo competente frente a los Estados Unidos, Japón, el resto del mundo asiático del Pacífico y los países más desarrollados de Suramérica, entonces ningún país, y menos una región, puede construirse su propio paraíso *high-tech*. En el futuro, el peso de la Comunidad Europea dependerá también de que logre agrupar sus recursos de investigación y desarrollo

para transformarlos en una fuerza económica. No obstante, para ello se requiere que modifiquemos en parte nuestras estructuras económicas anquilosadas. Por la normalización que demanda, por los costes que hay que aportar en conjunto y por *el* interés común en el aprovechamiento de los resultados, una comunidad tecnológica europea significaría un impulso insospechado para la unificación política y favorecería por igual una política de seguridad común.

Sin embargo, una comunidad tecnológica, como yo la concibo, tendría que ser algo más que una asociación de tecnócratas. Más bien tendría que formular objetivos políticos comunes, adueñarse de la concepción intelectual del futuro y hacerse perceptible para las gentes en su vida cotidiana hasta con la marca *Made in Europe*. Semejante comunidad tecnológica de Europa occidental implicaría también un interés político especial para el Consejo de Ayuda Mutua Económica, lo cual revertiría de nuevo en las relaciones entre Este y Oeste.

En última instancia, el Imperio Alemán surgió gracias a la política exterior de Bismarck. Sin embargo, el camino de la unificación fue allanado por la abolición de los obstáculos comerciales y las limitaciones aduaneras, por la construcción de ferrocarriles y otras formas de cooperación económica y técnica, mediante la uniformidad de monedas, medidas y pesos. De aquí surgió una dinámica propia, que resultó más fuerte que la congregación de pequeños Estados alemanes. Ahora bien, los procesos históricos no se repiten de manera simple. No llegaremos a superar la división de Europa dando prioridad a la planificación ideológica o a los instrumentos de la clásica política exterior del siglo XIX, sino más bien haciendo que Este y Oeste conjuguen economía y técnica sobre la base de sus intereses.

Si bien es cierto que, en un sentido estricto, Occidente es en este punto más bien la parte aportante en vez de la receptora, esto no debe constituir un serio impedimento. En un sentido amplio, el progreso técnico y las transformaciones que conlleva no dejarían de ejercer su influencia sobre los Estados del Pacto de Varsovia. En cuanto a: esto, no me preocupo por el adelanto de Occidente. La moderna sociedad de la información necesita la creatividad y la iniciativa del individuo, y esto ejercerá su influencia también, incluso en particular, sobre sociedades anquilosadas con una pretensión de omnipotencia estatal.

3. Una condición necesaria, aunque no suficiente, para la libertad, es la franqueza; la limitación es su principal obstáculo. En este contexto, es correcto el concepto de “cooperación tendente a una apertura de los sistemas” entre el Este y el Oeste. Nosotros tenemos muy poco que perder. Somos sociedades abiertas, que precisamente extraen su fuerza de este hecho.

La intromisión interna no es la vía correcta con el Este. Conduciría al endurecimiento y la limitación a costa de los seres humanos. Sin embargo, debemos insistir siempre en la franqueza, en el intercambio de opiniones, en la libre expresión, en el libre pensamiento de los científicos, por ejemplo. Esto no debe malinterpretarse como intromisión.

Por otra parte, la franqueza no debe confundirse con arbitrariedad y libertad de valoración. En aras de una buena atmósfera entre Este y Oeste, debemos procurar no utilizar fórmulas lingüísticas vacías, sin tener claridad acerca de la profunda diferencia semántica. Así, por ejemplo, resulta peligroso el empleo de un concepto global como paz, si va exento de contenido. Una paz sin contenido, sin libertad y sin dignidad humana no resulta estable a la larga. Si nos referimos a la ausencia de guerra y tensiones, entonces tendremos que hablar más bien de seguridad que de paz.

Ahora bien, aumenta la necesidad de organizar conjuntamente la seguridad por encima de las fronteras entre los bloques. Muchos consideran que se trata de un pensamiento novedoso. En realidad, no lo es. Si la política de la comunidad de valores occidentales impidió una guerra durante los últimos años y logró la seguridad –aún cuando en ocasiones haya podido estar en peligro–, naturalmente fue una seguridad para ambas partes y, en definitiva, fue una seguridad común.

Por el contrario, no pueden ser interlocutores sobre el tema de la seguridad los que se estén atemorizando recíprocamente, sino sólo los que organicen en conjunto, como colaboradores, su seguridad. En un plazo previsible, no podrá existir un concepto de seguridad compartida entre el Este y el Oeste, pero sí una responsabilidad común, un género de participación conjunta en la seguridad, que, naturalmente, siempre será objeto de conversaciones entre los interesados. El propósito de que no se diluya esta diferencia entre participación y colaboración entra también dentro de la franqueza que se requiere entre Este y Oeste, pero también dentro del sistema occidental.

4. En ocasiones, la política exterior tiende a infravalorar las posibilidades de los encuentros humanos y las relaciones personales entre miembros de los Estados. La amistad germano-francesa constituye un ejemplo de cómo el plano humano puede ser políticamente eminente para las relaciones entre Estados. Lo mismo es válido para la amistad germano-estadounidense y la germano-británica, precisamente en relación con Berlín.

En cuanto a la política entre Estados de diferentes sistemas sociales, es la política con respecto a Alemania la que demuestra que los encuentros humanos ejercen una presión política para obtener mayor colaboración entre los Gobiernos. Tengo el convencimiento de que éste es uno de los principales aportes de la política sobre Alemania a la política entre Este y Oeste, en general. Cada encuentro de una persona con otra dificulta el esbozo de imágenes enemigas, favorece el intercambio de opiniones y echa abajo las fronteras.

Por esta razón, en el futuro, junto con una iniciativa tecnológica en Oriente y Occidente, junto con la creación de una colaboración política y económica para la apertura de sistemas, deberíamos iniciar una ofensiva en favor de más encuentros humanos en el Este y el Oeste, aun cuando pudiera costar dinero debido a los problemas de divisas. No sólo las personas en cuestión saldrían beneficiadas directamente de ello, sino también las estructuras políticas. “Mejor hablar mil veces que disparar una”,

es una buena frase. Quisiera ampliarla. Si millones de personas conversan, cada vez habrá menos que estén dispuestas a disparar una contra otra, y cada vez habrá menos que comprendan la absurdidad del muro de Berlín.

5. Así he llegado al último punto: Berlín. Hasta ahora he hablado de la conciencia de libertad, de la necesidad de una comunidad tecnológica occidental que vaya incorporando paulatinamente al Este, de la necesidad de franqueza y apertura entre Este y Oeste, así como de la importancia de los encuentros humanos. De hecho, con ello me he estado refiriendo siempre a Berlín, al aporte de Berlín, así como a las influencias que recaen sobre esta ciudad:

- Berlín significa la fuerza y la fascinación de la libertad.

- Sobre la base de su potencial, Berlín podría ser una plaza importante de la comunidad tecnológica de Occidente. A partir de aquí podrían tenderse los hilos de la colaboración con el Este. En este lugar podrían celebrarse las conferencias Este-Oeste, tanto en un lado como en el otro.

- Y Berlín es el lugar donde más necesarias resultan la franqueza y la apertura, la desaparición de los muros.

Con frecuencia la ciudad ha sido malinterpretada –y, en parte, lo sigue siendo hoy– como un obstáculo para el desarrollo fructífero de las relaciones entre Este y Oeste. Por tanto, una estrategia para Berlín tendrá que esforzarse por eliminar semejantes obstáculos. Pero no debe hacerlo, por ejemplo, transformando el *status* que garantiza a la vez la existencia y la libertad de la parte occidental de la ciudad. Ese sería un camino equivocado. Más bien se trata de superar los obstáculos supuestos y formales del *status* haciendo que la ciudad sea una atracción permanente. Berlín tiene que ser materialmente tan interesante que las posiciones y las prácticas formalistas, ya superadas, resulten poco interesantes para el Este. En vez de la frase “la ciudad molesta y cuesta”, nuestro objetivo tiene que ser ampliar Berlín de modo tal que cualquiera diga: Berlín beneficia y aporta. Un camino que ignore Berlín tiene que resultar más caro políticamente que otro que conduzca a Berlín y pase por Berlín.

Para alcanzar este objetivo, se requieren esfuerzos especiales en Berlín. Pero se precisan igualmente esfuerzos solidarios por parte de Occidente.

Una política de *status* dividida respecto a las dos mitades de Berlín resultaría tan irreconciliable con este objetivo como un proceder no concertado entre la política alemana y la política exterior de la Alianza.

El acuerdo entre las cuatro potencias es, ni más ni menos, un buen tratado de *statu quo*. Deberá sobreentenderse su observancia estricta y la plena aplicación, incluso de sus elementos dinámicos. Esto no llegará a cambiar mucho en poco tiempo, a pesar de alguna que otra señal procedente de Moscú. Antes de que cualquiera llegue a pensar en Moscú que el acuerdo cuatripartito no tiene que ser la última palabra, esperamos que Moscú reconozca primero las realidades surgidas a partir de los lazos de Berlín con la Federación, que se han de desarrollar, y las tenga en cuenta en la práctica.

Pero la política para Berlín ha de ser algo más y, sobre todo, algo distinto que un simple aferrarse al acuerdo entre las cuatro potencias. Con mucho, cualquier iniciativa o cualquier aporte de Berlín al diálogo Este-Oeste no sería relevante para el status si nosotros mismos no hubiéramos hecho un problema de esto. Si existe una buena idea, que beneficia a Berlín y a los berlineses del Este o del Oeste, entonces no debemos ser los primeros en preguntar si existen impedimentos, sino cómo podemos llevarla a cabo en Berlín.

Es decir, que no hay que considerar a Berlín como la bola de hierro atada a la pierna de las relaciones Este-Oeste, sino como una oportunidad para ser aprovechada aún más frente al Este y en la política entre Este y Oeste. Me parece que sería un camino con futuro para Berlín.

Al llegar a este punto, como alcalde gobernador de esta ciudad, tendría que ser yo el que comenzara de verdad delimitando los campos sobre los que podrían esparcirse las simientes fructíferas para Berlín. Para señalar sólo algunos ejemplos, mencionaré brevemente el comercio entre Este y Oeste, el intercambio científico, la protección del medio ambiente, el tráfico aéreo y ferroviario, la ciudad de Berlín como sede para las conferencias de la CSCE y las instituciones de control de armamentos.

Sólo podremos estar a la altura de los tiempos venideros si queremos estarlo. Y Berlín ha de ser el lugar de donde surja la confianza en este sentido, una confianza fundamentada.

Las opciones de los ‘verdes’ en política interalemana y de seguridad

Peter Brandt / Rolf Stolz

La división de Alemania desempeña un papel fundamental en la agudización de la confrontación militar en Europa. La división de Alemania no trajo seguridad sino que se convirtió en condición previa de una amenaza mortal tan grave como no había existido jamás en Europa.

No necesitamos la fuerza de la OTAN ni del Pacto de Varsovia, sino la prolongación de la política de distensión a escala mundial para poder prescindir algún día de ambas Alianzas. Se trata sobre todo de sacar a ambas partes de Alemania de la confrontación de bloques. Ahora, treinta y seis años después de finalizada la guerra, es imperiosamente necesario concluir los acuerdos de paz y retirar todas las tropas de ocupación de ambas partes de Alemania. Debe ser asunto exclusivamente nuestro, de los alemanes, cómo resolver entonces nuestro dilema nacional, y esta incógnita no debería atemorizar a nadie más que la guerra nuclear.”

Esta cita forma parte de una carta abierta de Robert Havemann, comunista alemán del Este y crítico del régimen, muerto en 1982; carta que fue difundida, con motivo de la visita de Leónidas Breznev a Bonn en octubre de 1981, por medio de octavillas y anuncios en la Prensa, y que fue firmada por doscientos treinta ciudadanos de la RDA y por unos veinte mil de la República Federal en una iniciativa conjunta de paz¹. Entre los firmantes figuraban conocidos representantes de la vida intelectual, sindicalistas, diputados socialdemócratas del Bundestag y numerosos “verdes”.

Junto con las declaraciones patrióticas de algunas figuras integradoras del movimiento pacifista y el surgimiento de nuevos movimientos sociales, y los éxitos electorales de un partido nuevo, ecologista (clasificado con frecuencia mediante las etiquetas de “irracionalismo alemán”, “crítica romántica a la civilización” y “neonacionalismo izquierdista”), esta carta de Havemann despertó, en el interior y en el exterior del país, simpatías, reacciones de rechazo e incluso de histerismo que impresionaron a varios

Peter Brandt, doctor en filosofía, es historiador y publicista. **Rolf Stolz** es editor de la revista *Deutsche probleme-probleme mit Deutschland*.

de los firmantes de forma que resultaría difícil, ahora, lograr un respaldo político tan amplio como en 1981. De todos modos, las manifestaciones políticas de los movimientos extraparlamentarios en la República Federal y de su representación parlamentaria, el partido de los “verdes”, deben seguir interpretándose en relación directa con la “cuestión alemana” bajo todos sus aspectos.

El problema

En lo esencial son seis los temas afectados directamente al hablar de la “cuestión alemana”.

1. La “cuestión alemana” como cuestión de soberanía. Aquí no se trata de discutir ni la relativización general de la soberanía nacional en la segunda mitad del siglo XX, ni la necesidad de respuestas internacionales para los grandes desafíos globales, sino la situación alemana específica, a saber, la falta de un acuerdo de paz con los enemigos de 1945. Frente a la continua omisión de este hecho en los debates germano-occidentales (el escrito de Egon Bahr *Zum europäischen Frieden: Eine Antwort auf Gorbachow* constituye una excepción), a ambos Estados alemanes les fue concedida en 1954/55 la soberanía por sus respectivas potencias ocupadas; soberanía que, sin embargo, el continúa sujeta a importantes limitaciones, relativas sobre todo a la presencia, potencial y equipamiento de las tropas extranjeras, así como a los asuntos vinculados con la cuestión de “Alemania como totalidad”. Tanto el Ejército Federal como el Ejército Popular Nacional se encuentran ya en tiempo de paz bajo los Estados Mayores del respectivo sistema de Alianzas, siendo dadas las órdenes decisivas en Alemania occidental, en caso de guerra, por un general americano sujeto a las instrucciones del presidente de los EEUU. El Tratado alemán de 1952/54 (así como el tratado de permanencia de tropas) concede a las potencias occidentales, en casos determinados, el derecho a intervenir política y militarmente. Siguen en vigor incluso los derechos de intervención de todos los antiguos enemigos del Tercer Reich, establecidos en la Carta de las Naciones Unidas, a pesar del ingreso de ambos Estados alemanes en la ONU. El derecho de veto de las potencias vencedoras ha sido aprobado explícita o implícitamente en todos los acuerdos clave de la República Federal y de la RDA (inclusive en los tratados del Este de los años 1970-1973). En este sentido, no se incurre en una declaración errónea, aunque sí incompleta, si se caracteriza a Alemania (Este y Oeste), pese a su importancia; económica y política, como “país ocupado” (como hiciera el antiguo alcalde de Berlín, Heinrich Albertz, en 1981).

2. “La cuestión alemana” como cuestión geopolítica y de paz. Las estrategias, tanto de la OTAN y de Francia, como del Pacto de Varsovia, apuntan, desde la perspectiva militar, hacia Alemania como campo de batalla por el que, en caso de guerra, se combatiría de forma literalmente aniquiladora con armas convencionales y nucleares de corto alcance. Circunscribir una guerra limitada, caso de estallar, está en el interés de

ambas potencias, interés en conflicto con el de la supervivencia física y nacional de los alemanes. Pero ni la OTAN ni el Pacto de Varsovia pueden mantenerse en su estado actual sin sus avanzadillas alemanas y sus aliados principales. La división de Alemania se basa en la división de Europa y viceversa. Un cambio cualitativo en la relación entre la OTAN, el Pacto de Varsovia y los países europeos neutrales, el cambio que persiguen de palabra todas las fuerzas políticas relevantes, debería lógicamente incluir un cambio cualitativo en la relación de los dos Estados alemanes.

3. La “cuestión alemana” como cuestión sociopolítica y de sistemas. Aquí no se trata del simple hecho de que existan en territorio alemán dos órdenes sociales y políticos opuestos entre sí que producen en el interior sus contradicciones específicas, sino también del efecto recíproco entre las diversas formaciones y concepciones de la sociedad en ambos Estados.

La República Federal no es para la República Democrática lo que podría ser cualquier Estado nacional capitalista para otro Estado nacional del “socialismo real”, sino que ambas, como productos históricos artificiales, están relacionadas entre sí, en múltiples aspectos, de manera predominantemente negativa.

Los cambios significativos en uno de los dos Estados repercuten en el otro, como se manifestó, por ejemplo, durante el cambio de Gobierno en el otoño de 1969 y el subsiguiente cambio en la dirección del SED en la primavera de 1971. La fijación geográfica de la escisión política del movimiento obrero alemán a lo largo de la frontera interalemana durante los años cuarenta y cincuenta hizo perder los bastiones de Alemania central a la socialdemocracia, que por ello no logró sus propósitos ni en el Oeste ni en el Este durante la construcción de la RDA.

Esta división geográfica del movimiento obrero contribuyó también a la paralización de la izquierda socialista de Alemania occidental (dentro y fuera del SPD). Por otro lado, se da mientras tanto una colaboración directa y efectos recíprocos indirectos entre grupos pacifistas y ecologistas de ambos Estados. La RDA adolece, desde luego, de un déficit abierto y permanente de legitimidad, debido a que sus ciudadanos toman al vecino occidental y no al oriental como medida del propio nivel de vida y de la dimensión de sus libertades individuales y democráticas. Esto lo ha agudizado el proceso de apertura y reforma de la Unión Soviética en los últimos años. Pero también los fundamentos de la, sin duda, más estable República Federal con su conjunción de paz de clases y prosperidad relativa, integración en el Occidente y parlamentarismo basado en un consenso suprapartidista, pueden empezar a debilitarse: los desarrollos durante los diez últimos años, sobre todo el movimiento pacifista de comienzos de los años ochenta, han dado al menos una idea de ello.

4. La “cuestión alemana” como cuestión de identidad. Es un hecho incontestable, excepto para la derecha más radical, que la conciencia y el sentir nacionales de los alemanes tuvieron, o tienen, que experimentar, si es que no la han experimentado ya, una modificación a causa de la dictadura de Hitler, la implicación de considerables sectores de la población en

los crímenes del régimen nazi y la derrota total. No está aclarado en cambio hasta dónde debe alcanzar la responsabilidad colectiva por los horrores del pasado, que, a la postre, no podrán “superarse” en todas sus dimensiones. Es obvio que la guerra fría, con su frente a través de Alemania, no fomentó la autocrítica y la autorreflexión durante el proceso de superación del nacionalsocialismo, sino que ha permitido a los alemanes colocarse a posteriori “del lado bueno” bajo el signo del antitotalitarismo occidental y del antiimperialismo oriental, reprimiendo así el recuerdo de la época del Tercer Reich. Ambos Estados alemanes se encontraban y se encuentran ante la necesidad de desarrollar una identidad nacional específica para legitimarse; una identidad que en sus relaciones históricas y culturales no se dejaría reducir estrictamente, aun pretendiéndolo, al territorio de cada Estado. Y también los movimientos de oposición, en uno y otro lado, tropiezan, forzosamente, en la búsqueda de modelos históricos, con “la otra Alemania”, la geográficamente aún no dividida, la Alemania humanista, rebelde y democrática.

5. La “cuestión alemana” como cuestión nacional en sentido estricto. Aquí no entra solamente la configuración a medio y largo plazo de Alemania (reunificación o bien nueva unión, federación de Estados o separación definitiva), sino también todo el campo de las relaciones bilaterales, problemáticas e importantes a un tiempo, por razones económicas y de política interior, para ambos Estados y en particular para la RDA; aquí se incluyen las “medidas humanitarias para alivio de situaciones”, particularmente el tráfico de viajeros. Casi un tercio de la población alemana occidental conserva parientes en la RDA; a la lenta disminución de esta cifra se contraponen nuevas vías de comunicación, establecidas a raíz de la mejora de posibilidades de viaje y visitas a partir de 1972.

6. La cuestión de Berlín. En el papel y el Estatuto de Berlín se expresa con especial claridad el dilema alemán. Mientras que Berlín Este –a pesar de la subsistencia de elementos del Estatuto cuatripartito para todo Berlín– oficia de facto como capital de la RDA, Berlín Oeste sigue bajo el derecho de ocupación, aunque este estado de cosas sea apoyado por la gran mayoría de la población por razones de seguridad y esté encubierto de hecho por las estrechas relaciones con la República Federal. Este régimen de ocupación sólo podría abolirse plenamente en el marco de la solución global para Alemania mediante un acuerdo de paz. A la precaria situación de los berlineses occidentales en medio de la RDA y a su separación de la parte Este de la ciudad se añade una menor medida de posibilidades democráticas de decisión, en comparación con la República Federal (por ejemplo, la falta de sufragio directo para el Bundestag), y de derechos individuales (por ejemplo, la falta de secreto telefónico y postal), si bien en la vida cotidiana de la mayoría de las personas todo esto repercute muy poco. De ahí que no tenga nada de extraño que desde comienzos de los años sesenta los impulsos para la política interalemana procedan a menudo de Berlín.

Las dificultades de los ‘verdes’ con las cuestiones alemanas

No existe una política interalemana unitaria y consistente por parte de los “verdes”; puede afirmarse incluso que la mayoría de los Verdes carece de una opinión firme y bien fundada. Cabe sin embargo despejar algunas posiciones comunes que permiten diferenciar a los “verdes” de otras formaciones políticas:

- Los “verdes” están en contra de elementos esenciales del orden social de la República Federal y consideran necesarias al mismo tiempo reformas democratizantes en la RDA. Rechazan tanto una reunificación en forma de anexión de uno de los Estados alemanes al otro, como la reconstitución de una Alemania como gran potencia imperialista y desligada de la realidad.

- Los “verdes” rechazan los elementos residuales, todavía existentes, de una política que reclama la representación exclusiva para la República Federal de todos los alemanes. Habría que continuar desarrollando las relaciones con la RDA, basándolas en la igualdad de derechos y en la renuncia a la violencia (incluyendo la renuncia a la presión económica).

- Aparte del esfuerzo por conseguir contactos con la dirección política de Alemania del Este, los “verdes” reclaman el derecho al diálogo, por encima de la frontera estatal interalemana, con grupos independientes de ideología parecida: pacifistas, ecologistas y defensores de los derechos humanos. Critican además –con más claridad que otros partidos– las medidas de represión adoptadas por la RDA y el régimen de fronteras.

- Aceptan como definitivas las fronteras actuales de ambos Estados alemanes, sobre todo la frontera germano-polaca Oder-Neisse; en caso necesario habría incluso que reforzarla en futuros convenios.

- Consideran la unificación de Europa occidental, con vistas a una colaboración paneuropea, con cierta distancia crítica; rechazan la constitución de un centro de poder político-militar europeo occidental en torno del triángulo Londres-París-Bonn o del eje París-Bonn.

En el aún vigente programa fundacional del partido de 1980 se toma postura acerca de muchas cuestiones aisladas –como la pesca–, pero la específica situación alemana sólo se aborda tangencialmente.

Este partido tan inauditamente alemán –tanto en lo bueno como en lo malo– no reflexiona en forma alguna sobre qué tiene que ver y qué tiene que hacer con respecto a Alemania, ni sobre por qué ha surgido precisamente entre nosotros esta novedad histórica de un partido-movimiento ecologista y demócrata-radical. El programa de 1980, en cambio, sostenía todavía la meta de la unificación de Alemania y de Europa, supuestamente realizable mediante la abolición de los bloques militares.

La exigencia, igualmente formulada, de “retirada de todas las tropas extranjeras de territorios extranjeros” fue referida en 1983 concretamente a ambos Estados alemanes. Los delegados al Congreso del partido en

Hannover, con motivo de las elecciones, recogieron en 1986 este objetivo en su programa electoral, rechazando al mismo tiempo todas las formulaciones basadas en la unidad de Alemania y el acuerdo de paz pendiente.

La retirada de las tropas y la salida de la República Federal de la OTAN, igualmente decidida, deben ser posibilitadas mediante la simple denuncia de los correspondientes Tratados.

Ni los “verdes” en conjunto ni ninguna de sus alas han logrado en la política interalemana práctica un perfil tan destacado que permita identificarlos, con la no insignificante excepción de una mayor soltura en el trato con la oposición de la RDA, que hoy en día recibe más impulsos de los “verdes” que de cualquier otro partido alemán occidental.

Los “verdes” disponen, a diferencia del Gobierno y del principal partido de la oposición (SPD), que tiene intensas relaciones con el SED, de pocas oportunidades de hacer política interalemana. Pero no es tampoco aquí donde residen las diferencias primordiales con los demás partidos parlamentarios.

Aunque muchos “verdes” sientan un rechazo afectivo hacia las negociaciones a nivel gubernamental, estarían dispuestos a aproximarse más a la RDA, más desde luego que el Gobierno de Bonn, por ejemplo, con respecto a la regulación de la frontera del Elba (no del todo inequívoca) y a la abolición de la Oficina de Registro de Salzgitter, instalada por los *Laender* occidentales para la recogida de supuestas violaciones del derecho en la RDA.

No deja de suscitar discusiones, sin embargo, el afán germano-oriental por el reconocimiento formal de una ciudadanía separada de la RDA, afán que en última instancia apunta hacia unas relaciones entre Bonn y Berlín Este acordes con las reglas del Derecho Internacional sin ningún carácter especial.

En las discusiones de los “verdes” sobre la nacionalidad, a menudo se pasan por alto las implicaciones de este problema (la nacionalidad de los berlineses occidentales, el Estatuto de los alemanes orientales que buscan asilo, las atribuciones de las cuatro potencias vencedoras frente a “Alemania como totalidad”, etcétera).

De la política sobre Berlín se ocupa, sobre todo, como es natural, el sector de los “verdes” de Berlín occidental, la Lista Alternativa para la Democracia y Protección del Medio Ambiente. A continuación de la publicación de varias tesis que defendían las posturas extremistas (Berlín Oeste como undécimo Land y Berlín Oeste como municipio autónomo) se impone claramente una línea moderada que se basa en el reconocimiento de las vinculaciones fácticas y jurídicas con la República Federal y del Estatuto, determinado por el derecho de ocupación de la ciudad dividida, apuntando, no obstante, hacia la supresión del derecho de intervención y veto de los aliados, una mayor interrelación económica de Berlín Oeste con su entorno y el derecho a rechazar por motivos de contenido para el futuro, incluso, las leyes federales que se adoptan en la Cámara de diputados de Berlín Oeste a través de un procedimiento suprapartidista casi automático desde hace décadas. También, según criterios de seguridad,

se considera defendible la reducción de los efectivos aliados dentro del marco de una continuación del proceso de distensión entre Este y Oeste, vista la, ya de por sí, dudosa significación de las Fuerzas Armadas de los aliados occidentales en la ciudad². La cuestión neurálgica de la reducción de los efectivos militares americanos, británicos y franceses en Berlín fue objeto de enconadas polémicas, sobre todo durante las elecciones para la Cámara de diputados en 1981, cuando la Lista Alternativa presentó un programa que daba más importancia a la orientación interalemana que en 1985/87.

Algunas encuestas han demostrado que en lo concerniente a la actitud de los partidarios de los “verdes” ante Berlín Oeste, y ante la ayuda de Bonn a Berlín, tanto ellos como los electores de los demás partidos valoran positivamente una implicación germano-occidental en Berlín. En consecuencia, una iniciativa del año pasado de la fracción parlamentaria de los “verdes” prevé, con miras a una clarificación general de la “cuestión alemana” mediante ambos Estados alemanes, ofrecer negociaciones en el marco de la CSCE.

Negociaciones que incluyan la renuncia a la reunificación, el reconocimiento de Berlín Oeste como parte integrante de la República Federal y de Berlín Este como capital de la RDA, la realización de la libertad de reunión y tránsito, así como la determinación de modalidades fijas para el derribo del muro y la desmilitarización de la frontera por la RDA.

El rechazo o, al menos, la reserva de la mayoría de los “verdes” frente a todo lo nacional, independientemente del contenido que se dé al término, no constituye, en contra de un malentendido muy corriente también en Alemania, simplemente la manifestación moderna del internacionalismo defendido desde siempre por la izquierda, pues tanto en la resistencia antifascista de 1933 hasta 1945 como en la lucha contra la integración en el Occidente, la remilitarización y el armamento atómico de los años 50, los motivos y argumentos patrióticos panalemanes desempeñaron un papel de mucha importancia en todas las alas de la izquierda. Tampoco la novedosa Ostpolitik del Gobierno Brandt implicaba el abandono de la meta de superar a largo plazo la separación de Alemania.

El “miedo de la izquierda a la reunificación” (Rudi Dutschke, 1977) no se propagó hasta más tarde en una fase cuyo comienzo puede establecerse a mediados de los años 60. Está claro que aquí influyó la rebelión de la juventud (no exclusivamente, pero, sí en gran parte universitaria), manifestada en forma de oposición extraparlamentaria al conformismo de la sociedad alemana occidental de la posguerra. Los alumnos de las Universidades e Institutos se sublevaron contra la generación de los padres, juzgándola por su comportamiento bajo el nacional-socialismo y por su cómodo método de “superación del pasado” mediante el disimulo y el silencio.

No es de extrañar que de este modo se convirtieran todas las tradiciones y formas de actuar alemanas, reales y supuestas, en el blanco de sus ataques, si bien era difícilmente compatible la imagen de un pueblo alemán con irremediables fijaciones autoritarias, reaccionario y hasta

fascistoide, con la pretensión de una política de masas social-revolucionaria como la que reclamaba el movimiento de protesta, progresivamente radicalizado. Sirvió de sucedáneo, en lo emotivo, un antiimperialismo que apuntaba hacia los movimientos de liberación, particularmente el FNL vietnamita.

El irredentismo comunista había servido además a la derecha alemana occidental, durante largo tiempo, como eficaz instrumento ideológico contra la oposición en el interior del país. Por eso, se imponía para la izquierda aceptar como no modificable la duplicidad de Estados y concentrarse enteramente en los conflictos sociales internos. Cualquier intento de replantear la “cuestión alemana” llevaría a socavar los cimientos del “socialismo real” de la RDA (que la izquierda no contemplaba sin espíritu crítico, sintiéndose, sin embargo, primordialmente obligada a defenderlo contra presiones foráneas). No podía pasar desapercibido que de esta manera la problemática interalemana de la oposición de izquierda de la RDA no se eliminaba de ninguna manera sino que era exhaustivamente estudiada e incluso constituía en ocasiones motivo de intervenciones políticas. Y así comenzó ya, aproximadamente en 1976/77 (con la privación de la ciudadanía al cantautor de la RDA, Wolf Biermann, durante una gira de conciertos por la República Federal y el encarcelamiento del sociólogo Rudolf Bahro tras la publicación de su libro *Die Alternative*) cierto movimiento contra la alergia nacional esbozada, que de todas formas nunca logró imponerse del todo en el espectro representado posteriormente por los “verdes”.

Pero incluso hoy siguen dándose manifestaciones de un chauvinismo negativo que se exterioriza en pintadas como “Deutschland verrecke” (“Que reviente Alemania”); el lema nazi decía “Jude verrecke” (“Que reviente el judío”).

Fraccionamientos

La diferenciación interna del partido de los “verdes”, tanto en política interalemana y de seguridad como en otros aspectos, sólo permite ser caracterizada insuficientemente mediante las etiquetas de “real-política” y “fundamentalista”.

En ambas corrientes principales hay quienes reanudan la tradición del socialismo y quieren continuar esta línea dándole un matiz ecologista, y otros que consideran que las contradicciones sociales heredadas y los conceptos basados en las mismas están anticuados o son de segundo orden frente a las “cuestiones genéricas” ecológicas. Conceptual y sistemáticamente habría que diferenciar, al menos, seis tendencias en política interalemana que en su mayoría apuntan hacia una Alemania no alineada en los bloques:

- Una tendencia que pretende vincular la autodeterminación nacional a un socialismo democrático desde la base (“Neutralismo autogestionario socialista”).

- Una tendencia que se declara a favor de la autodeterminación y neutralidad sin cuestionar por ello las relaciones de poder en el interior de la sociedad (“Neutralismo de autodeterminación socialmente indiferente”).

- Una tendencia que concede prioridad absoluta a los contactos de la base con disidentes y ciudadanos críticos de la RDA, frente al diálogo con el Gobierno, y que coloca en el primer plano los derechos humanos (“Intervencionismo ético-político alternativo”).

- Una tendencia que en el marco de una estrategia de desarme unilateral reclama neutralidad solamente para la República Federal o incluso para ambos Estados alemanes, apoyándose al mismo tiempo en la consolidación y la consagración de la separación entre Estados (“Unilateralismo de desarme y neutralismo por separado”).

- Una tendencia que en la política interalemana se deja guiar por la línea del momento en la política exterior de la URSS y la RDA y que, a partir de ahí, se opone más o menos abiertamente a la neutralidad y la retirada de las tropas (“Línea de distensión prooriental”).

- Una tendencia que afirma expresamente la vinculación de Alemania con el Occidente y que ve en el sistema estatal bipolar de Europa con la división de Alemania un factor de mantenimiento de paz que solamente podría ser reformado mediante una política de distensión a largo plazo entre los dos bloques (“Línea de distensión prooccidental”).

Hacia el exterior se manifiestan tres posiciones sobre cuyo peso específico en la militancia sólo cabe especular: aceptado el axioma (generalizado en círculos muy amplios fuera de los “verdes”) de una responsabilidad específica e históricamente fundada de los alemanes para con la paz; una gran parte del partido achaca la política expansionista de Alemania a lo largo de la primera mitad del siglo XX –que culminó en la II Guerra Mundial– a la constitución estatal “centralista” (en realidad prusiano hegemónica y federativa) del Reich de Bismarck de 1871.

También influyen las explicaciones geopolíticas; como cuando el ex ministro para el Medio Ambiente de Hesse, Joschka Fischer, exponía la siguiente tesis: “Las potencias hegemónicas extranjeras en parte han cambiado y ya no son las de después de 1648, pero Inglaterra, Francia y Rusia han permanecido como tales, y para Alemania, merced a las leyes políticas de la geografía, lo seguirán siendo los próximos trescientos años”³.

De esta manera las estructuras internas del Estado nacional alemán y la crítica tradicional al imperialismo de la Nueva Izquierda pierden valor como explicación. Ya que los Estados nacionales se han de convertir de todos modos cada vez más en un anacronismo, habría que considerar la división de Alemania como una ventaja para esta orientación posnacional. “El autorreconocimiento pendiente de la RFA abre caminos para fomentar en su interior el arraigo y el desarrollo de la constitución democrática y de la cultura política. Queremos acabar con el autoengaño de una identidad y una perspectiva panalemanas e impulsar la autocrítica de la sociedad alemana federal hacia su propia constitución democrática, y estimular el desarrollo de una identidad democrática propia”⁴.

En la política exterior y de seguridad se aspira hacia la superación a largo plazo de los sistemas de pacto por un nuevo orden europeo de paz. El diputado del Bundestag Otto Schily propuso en 1984, para concretar esta perspectiva, una “Unión centroeuropea de paz”, algo que esencialmente es otra forma de designar la instauración de una zona libre de armas atómicas, biológicas y químicas y de armamento reducido por todos los países entre el Canal y el Bug, Skagerak y los Alpes, o al menos por aquellos que permanezcan en las respectivas alianzas. El plan se basa expresamente en la duplicidad estatal de Alemania, pero debe crear facilidades de desplazamiento en el territorio de la Unión “hasta el establecimiento de la completa generosidad”⁵.

Pese al abandono apodíctico de todo argumento que apunte a la unidad estatal de las Alemanias, tanto Schily como Fischer parten, al parecer, de una continuidad de Alemania como nación cultural panalemana cuya permanencia debe ser garantizada por constituir un valor positivo.

El punto de vista marcadamente “real-político” de tales opiniones ha conducido a un enjuiciamiento positivo de la OTAN. El experto del grupo parlamentario de los “verdes” en el Bundestag, Jürgen Schnappertz, ha dicho recientemente al respecto algo absolutamente correcto desde el punto de vista analítico: “La vinculación con occidente por parte de la República Federal es un elemento tan inseparable del orden europeo como la división alemana. Es imposible separar lo uno de lo otro, tanto históricamente como en la política actual”. Consecuente en el desarrollo de esta idea, Schnappertz (que conjura elocuentemente el peligro de una República Federal nacionalista y con efectos descentralizadores para el conjunto de los Estados europeos, arrastrada al aislamiento por los adversarios “verdes” de la OTAN) no solamente llega a una sorprendente reevaluación positiva de la política de Konrad Adenauer, sino incluso a la renuncia al pacifismo nuclear característico hasta el momento de todos los movimientos “verdes”. “Los “verdes” deberían reclamar en primer lugar la abolición de todas las armas convencionales que hacen posible una guerra sin el peligro de la autodestrucción”. El autor ofrece como perspectiva el desarrollo supranacional de la OTAN y, sobre esta base, pasos políticos hacia la integración en las relaciones Este-Oeste⁶.

Los defensores del programa en vigor de los “verdes” ven en esta línea tan marcadamente “realista” una adaptación a los partidos establecidos y, en última instancia, la rendición política de los “verdes”. Mientras en lo relativo a la cuestión de la reunificación se manifiestan por regla general tan restrictivos como los citados “real-políticos”, se mantienen firmes en su oposición a la OTAN. No se adivina, según ellos, “cómo la OTAN puede convertirse en sujeto de una política en la que se rechazan las Fuerzas Armadas como instrumento y en la que se pretenden eliminar las raíces sociales del rearme...” La *estructura* de la OTAN es contraria hasta ahora a una verdadera dinámica del desarme. Su función no se agota en refrenar y controlar el potencial germanooccidental, del mismo modo que la integración en occidente no ha puesto fin a la política de fuerza de la Alemania capitalista, sino que después de la derrota total del Tercer Reich ha

devuelto a la República Federal, mediante la participación en las Comunidades europeas, la posibilidad de poner en el platillo de la balanza todo su peso político y económico. Por eso, según esta tesis, conviene mirar también. el papel hegemónico de Alemania occidental *dentro* de la CEE y no basar exclusivamente los recelos ante el potencial alemán en la posibilidad de restauración de una Alemania completamente independiente y libre de ataduras (por la que desde luego no aboga ninguna corriente relevante). El modelo, defendido por quienes se oponen a la OTAN, de concesiones unilaterales en la política interalemana, exterior y de seguridad (que por cierto no son excluidas por otras corrientes en tanto que medidas calculadas en el marco de una estrategia diversa) es un modelo más meditado de lo que a primera vista puede parecer. Sus defensores no niegan su carácter problemático, pero –frente a un escepticismo plenamente justificado ante el proceso de control y supresión de armamento desarrollado hasta ahora, que incluso después del reciente tratado INF se revelará a fin de cuentas como un mero proceso frenado de rearme– fundan su esperanza en un *proceso de aprendizaje* que, mediante una sucesión de pasos individuales de desarme, ha de ponerse en marcha “en nosotros mismos, en la población, en los países vecinos”, y ha de “desmontar las imágenes falseadas del adversario, ejercer una acción movilizadora, transformar los esquemas habituales de la percepción de intereses, abrir nuevas posibilidades de acción y poner en; cuestión, de este modo, las estructuras existentes”. Por ello, la exigencia de una salida de la República Federal de la OTAN no debe interpretarse literalmente, en el caso de quienes más meditamente se oponen a la Alianza, como una escapada nacional en solitario, sino que extrae la consecuencia de una estrategia a largo plazo basada en la unilateralidad (con la meta de la superación de los bloques en general). De esta política de “consciente autolimitación” recomendada para la República Federal forman parte la renuncia definitiva a la reunificación de Alemania *y* la modificación de la economía *y* de la sociedad germano-occidentales, en el sentido de una reducción de la orientación estructural hacia el exterior (sobre todo del peso concedido a la exportación, pretendida causa de aspiraciones hegemónicas). La medida de imbricación y colaboración internacional de la República debe ser determinada nuevamente según criterios sociopolíticos⁷.

Como protagonista de la cuarta tendencia, caracterizada por sus críticos preferentemente como “nacional-neutralista” destaca entre los “verdes” el “investigador de la paz” y diputado del Bundestag, Alfred Mechtersheimer. Tras el acuerdo de las superpotencias sobre la retirada de los misiles de medio alcance (muy celebrado por los “verdes”) y en vista de un nuevo debate, solamente aplazado, sobre el desarme de las armas atómicas de corto alcance, el 8 de marzo de 1988 Mechtersheimer atacó en el Parlamento alemán “el insoportable papel especial” de ambos Estados alemanes, la “explotación territorial” corto “único campo de batalla para las armas atómicas de corto alcance modernizadas”. “Si la República Federal sigue en la OTAN, corre el peligro de perecer”. La inclusión de la RDA no representa un adorno retórico, sino que apunta hacia el concepto

mismo: en realidad no se trata en absoluto del debate acerca de los misiles sino de la cuestión alemana. Éste es el núcleo del debate, no tiene sentido darle más vueltas. Un estacionamiento de tropas extranjeras durante decenios como está teniendo lugar en tiempo de paz en ambos Estados alemanes carece de precedentes históricos y constituye la “mayor anomalía... imaginable en las relaciones entre Estados”. Mechtersheimer, al igual que otras iniciativas en el movimiento pacifista y en los “verdes”, ve una salida en un acuerdo contractual de paz a posteriori. La pregunta de “si lo nacional puede entrar en una relación duradera con otros valores distintos de los hasta ahora dominantes en Alemania” debería ser contestada, según los contenidos y la dirección del impulso de los nuevos movimientos sociales, en tanto que vehículo de la “autoliberación de los alemanes después de su liberación militar por las potencias de ocupación” (Heinrich Böll), y no según falsas analogías históricas⁸. Para otro autor hay que superar el tabú de la izquierda consistente en pensar “que la percepción de los propios intereses, en el momento que se trata de los alemanes, es nacionalista y por ello ilegítima”⁹.

Un escrito conmemorativo publicado en 1985 con motivo del 40 aniversario del final de la guerra, respaldado por Mechtersheimer y, entre otros, por el ex general y entonces diputado del Bundestag Gert Bastian, el escultor Joseph Beuys (†) y los escritores Ingeborg Drewitz (†), Luise Rinser y Martin Walser, propone –después de un análisis de la situación alemana en términos político-militares y de Derecho internacional– una unión confederal entre la República Federal y la RDA (sin reunificación automática y sin prohibición de una unión estatal), tal como ya había sido sometida a deliberación en los años cincuenta, entre otros por parte del SED. La Confederación Alemana y el acuerdo de paz de ambos Estados alemanes con las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial, en el marco de una zona libre de armas atómicas, bacteriológicas y químicas y de armamento reducido en Europa central son considerados como elementos-núcleo de un sistema europeo de seguridad que sustituya a los pactos militares.

“La Confederación no cuestiona los dos órdenes sociales como tales en territorio alemán, pero crea una forma política en la que las contradicciones entre los sistemas, y dentro de ellos mismos, sean resueltas de forma tal que se fomente la paz”. Según este concepto no se trata ni de instalar una potencia estatal nacional ilimitada a nivel internacional, ni de propagar un aislamiento nacional y un egoísmo de intereses, sino de incluir a Alemania como socio con igualdad de derechos y no dividido en la cooperación paneuropea federativa y pacífica¹⁰.

No se ve oposición alguna entre el concepto de disolución o bien desmembración de los bloques, de acuerdo de paz y de Confederación Alemana, con las formas de acción del movimiento pacifista (campanas de agitación, manifestaciones, bloqueos de instalaciones militares y medidas de boicot); más bien se pretende fortalecer el movimiento pacifista, del que los “verdes” se consideran sin reservas parte integrante, mediante la fijación positiva de metas.

Reparos críticos

Las tres líneas de argumentación presentadas se basan en sondeos de opinión. Es evidente que una clara mayoría de la población alemana occidental no desea una salida unilateral de la OTAN. Más sorprendente y espectacular podría ser, sin embargo, el aumento de los partidarios del desarme unilateral condicionado (1981: 33 por 100, 1984: 47 por 100), y algo más (en vista de la opinión publicada que defiende casi sin reservas el mantenimiento de la Alianza) la aprobación mayoritaria (1984) de la reunificación después de la salida de la República Federal y la RDA de sus Alianzas. Esta encuesta, recogida por el Gobierno federal y no destinada a la publicación, demuestra además que el consentimiento a semejante solución de la “cuestión alemana” se detecta sobre todo entre los votantes de los “verdes” (73 por 100)¹¹.

Naturalmente, los sondeos de opinión no permiten sacar conclusiones acerca del rigor analítico y conceptual ni de las posibilidades de realización de los proyectos políticos. Por eso se añaden, para terminar, algunos comentarios al respecto, sin que este artículo, que se ciñe, a propósito, a lo informativo, pretenda iluminar, ni siquiera aproximadamente, esta problemática.

La dificultad práctica de la política alemana de los “verdes”, así como la de los socialdemócratas; parece consistir en que, en relación con el desarrollo de las relaciones interalemanas, se enfrenta en Bonn a una coalición de centro-derecha que ha entrado hace tiempo en la vía que marcará la coalición social liberal, vía que en algunos sectores ha desbordado ya visiblemente. A los partidos de la oposición no les resulta del todo fácil estar de acuerdo con el Gobierno, y por eso se inclinan los “verdes” a conceder gran importancia a la persistencia en el seno de la CDU/CSU de trasnochadas posturas derechistas, aunque la política pragmática de los pequeños pasos sea la que logre imponerse. De esta manera, los “verdes” apenas consiguen hacer comprensible qué supondría para los hombres y mujeres alemanes, un reconocimiento pleno, a nivel del derecho internacional, entre la República Federal y la RDA.

Las alas, actualmente mayoritarias, que se orientan hacia la consagración de la división de Alemania, tienen que enfrentarse –también dentro de su partido–, al argumento de que a la postre es asunto del pueblo alemán decidir sobre la convivencia estatal de los alemanes, con tal de que ésta sea organizada de forma pacífica y orientada hacia fines pacíficos.

La libertad de decisión nace, según ellos, del derecho de todo pueblo a disponer de manera independiente y autónoma sobre su propio destino, mientras con ello no se vea amenazada la existencia de otros pueblos. Frente a esto, la mayoría del partido opina que habría que aplicar el derecho de autodeterminación –básicamente no discutido– precisamente en el sentido de una autolimitación dentro de la duplicidad de Estados. Pero tal

argumento no logra convencer, ya que así se declara de forma vicaria una renuncia qué únicamente “el auténtico soberano, el pueblo alemán” podría expresar (Willy Brandt, 1970). Pero, precisamente de esto se trata: de hacer posible en un futuro más o menos lejano semejante libre decisión.

Condición previa de todas las posiciones de los “verdes” en la política interalemana y de seguridad es la suposición según la cual puede conseguirse, mediante un comportamiento diferente y nuevas propuestas de la República Federal, impulsar también a la RDA (y sobre todo a la Unión Soviética, que la respalda) a dar más muestras de una colaboración sustancial en cuestiones humanitarias y de paz, y a una mayor disposición a modificaciones en la política interior de Alemania Oriental. Hay quienes declaran abiertamente que consideran el equilibrio entre Alemania (occidental y oriental) y la Unión Soviética como el núcleo de un nuevo orden del sistema de Estados europeos, basado en la igualdad de derechos y la autodeterminación. Quien, opine que el sistema del “socialismo real” **no** es reformable y que la política de la URSS como gran potencia es incapaz de superar, en aras de la modernización de la economía nacional y de un relajamiento en la persistente rivalidad con los EEUU, la mentalidad de los bloques y de asumir riesgos graves, no podrá tomar en serio discusiones como las que tienen lugar entre los “verdes”. Pero es muy probable que el rumbo de la política exterior de Gorbachov, también reformista, confiera a estas consideraciones mayor plausibilidad, en especial ahora que se observa en la República Federal un cambio de actitud hacia la URSS.

La reciente ola de represión en la RDA, que a primera vista parece desautorizar una vez más las esperanzas occidentales demuestra en realidad, con todas las iniciativas democráticas que antecedieron a la represión y que ya no se pueden sofocar, la dinámica real del “cambio mediante acercamiento” entre el Este y el Oeste (Egon Bahr, 1963). Al margen de lo que se les pueda reprochar a los “verdes”, su política interalemana, en cualquier caso, no se basa en la ilusión de que se pueda impulsar la política de distensión sin conflictos y sin que surjan contradicciones en el seno de la sociedad.

La posición de los adversarios de la OTAN y de los partidarios del desarme unilateral es la más radical en sus planteamientos y suele ser defendida precisamente con el argumento de que sustituye una política de palabras por una política de la acción, es decir, que se desmarca de la orientación hacia la negociación de acuerdos interestatales, desmovilizadora de la base y de hecho cuestionable. El concepto tiene en cuenta por un lado el objetivo de disolver los bloques, pero solamente es plausible en la medida en que se dirige contra los peligros y las tendencias militarizantes de la OTAN, y sobre todo, de su potencia rectora. En parte, ve y analiza críticamente la presión militar y política generada por la política hegemónica y de seguridad de la Unión Soviética, pero en conjunto no la considera tan peligrosa. Salvo que la percepción de la URSS como amenaza disminuye, siguen **sin** ser consideradas las necesidades de seguridad de los afectados, lo que resultaría difícil de explicar, entre otros, a los votan-

tes alemanes occidentales. El conflicto abierto no solamente con los EEUU sino también, con Francia y otros países europeos estaría programado de antemano –con renuncia a la reunificación o sin ella– con lo que la erosión de los sistemas de Alianzas se volvería claramente unilateral. Falta el marco institucional que asegure la dinámica de desarme y distensión que se pretende.

Sin duda, con una renuncia a la exigencia de abandonar la OTAN aumentaría el campo de acción de los “verdes”, sobre todo frente al SPD. Quienes abogan por tal paso se ven enfrentados, por su parte, a los mismos reparos que los partidarios de siempre de una política de distensión basada en una estructura bipolar de bloques: “realista” significa sobre todo inclinación por el “statu quo”; no se propone ningún paso concreto para superarlo. La lealtad a la Alianza afirmada desde siempre por los demás partidos entraña el peligro de hacer desaparecer la meta final de los “verdes” (la abolición de los bloques y el acercamiento verdadero de los hombres en Alemania y Europa) en la niebla de difusas esperanzas sobre el futuro. Además, subsiste el problema, actualizado en la primera mitad de los años 80 durante la amenaza de recaída en la guerra fría, de que, en el marco de las Alianzas, las relaciones entre las dos superpotencias (las que a fin de cuentas deciden sobre guerra y paz en la zona de confrontación centroeuropea) sólo pueden ser influidas hasta cierto punto por los otros miembros, pero no determinadas por ellos.

En esta constatación reside el argumento más importante en pro de una solución consistente en el abandono del compromiso mediante garantías contractuales para Alemania y Europa central, similar a la que se propuso en la segunda mitad de los años 50 en diversas versiones (plan Rapacki, plan Gaitskell, plan Kennan, plan Kekkonen, plan alemán del SPD) y recuperada hoy por una parte de los “verdes”, del movimiento pacifista y del SPD, con vistas a una posible nueva regulación de las relaciones interalemanas. No se pasa por alto que la desmilitarización a gran escala y la no alineación de Alemania no pueden provenir de un simple acto de voluntad de los decisores políticos en la República Federal y en la RDA, sino que tiene que ser el resultado de negociaciones internacionales, puestas en marcha mediante una decidida presión por parte alemana. Esta orientación a medio plazo hacia la actuación estatal y las soluciones contractuales (Acuerdo de paz) no facilita precisamente la mediación dentro de un espectro político que apunta a la autonomía. Con el modelo “Acuerdo de paz-Confederación Alemana-Sistema europeo de seguridad” va pareja, en ocasiones, cierta fijación en las cuestiones de derecho internacional y cierta minusvaloración de los factores sociopolíticos. Aparte de eso resalta el hecho de que los partidarios de tal modelo provengan de tradiciones políticas totalmente distintas, como se señaló. anteriormente, y por ello lo vinculen a distintas expectativas y metas de política interior: junto a socialistas decididos se alinean antiguos miembros del movimiento pro neutralidad de los años 50 y un “investigador de la paz”, como Mechtersheimer, que no fue excluido de la CDU hasta 1981. La irremediable heterogeneidad de esta alianza de conveniencia suscita la pregunta de qué

fuerzas político-sociales deben imponer el programa y en qué medida será posible despertar el interés de las autoridades políticas de Alemania oriental y occidental y ante todo de la primera potencia oriental, la URSS. Los partidarios del abandono del compromiso en pro del neutralismo de auto-determinación tendrán que reflejar con más claridad que hasta ahora, cuando incluyan directa y explícitamente en sus planteamientos los intereses específicos de los pueblos afectados, los temores que sus concepciones, precisamente éstas, despiertan en muchos individuos de las naciones europeas vecinas, en particular franceses y polacos.

Es posible que las diferenciaciones hechas en la política interalemana y de seguridad de los “verdes”, que penetran hasta lo fundamental, provoquen en algún que otro lector un gesto de desaprobación. Pero hay que pensar que todos los partidos germano-occidentales del Bundestag se enfrentan a graves problemas en cuanto al desarrollo programático de su política interalemana. Los necesarios debates se sostienen más bien a escondidas. En el SPD haría falta una controversia sobre la exigencia de un tratado de paz, formulada por Egon Bahr, y con motivo de la elaboración de un nuevo programa básico podrían surgir opiniones encontradas en los pasajes sobre la cuestión de “Alemania como totalidad”.

En la CDU-CSU hay impulsos tendentes a modificar la línea de los últimos años –integración en la OTAN y en Europa occidental como “razón de Estado” (Helmut Kohl) en combinación con una política pragmática de relaciones con el Este y relaciones interalemanas y ocasionalmente con una retórica anticomunista de liberación, de todo lo cual acabarán surgiendo antes o después reiterados desacuerdos– en favor de una postura más “realista” que rebaje la importancia del objetivo de la reunificación “en libertad”, mientras que por otro lado, en el ala derecha del partido, hay miembros que siguen acentuando la relevancia política de la noción de Alemania correspondiente a las fronteras del Reich de 1937 (incluyendo así las antiguas regiones orientales alemanas, hoy polacas). También en el FDP, el partido liberal, existe al lado de la tendencia predominante a la integración occidental una sub-corriente nacional-conservadora. Por lo tanto, es de desear que los debates públicos de los “verdes” sirvan en conjunto de catalizador para el necesario debate de principio acerca de la política interalemana en la República Federal.

NOTAS

1. Carta reproducida en *Die Tageszeitung* del 7 de noviembre de 1981. Para la documentación de los debates que se exponen a continuación, v. como panorama de conjunto: R. Stolz (ed.), *Ein anderes Deutschland. Grün-alternative Bewegungen und neue Antworten auf die deutsche Frage / Una Alemania diferente. Movimientos verdes alternativos y nuevas respuestas a la cuestión alemana*, 1985, así como los debates sostenidos en las revistas *Kommune* y *Links*.

2. La discusión mantenida hasta la fecha está documentada en las colecciones de los años 1986 y 1987 de las revistas *Stachelige Argumente / Argumentos espinosos* y *Kommu-*

ne / Comuna. Una Comisión nombrada por la asamblea general de la Lista Alternativa prepara actualmente un documento de compromiso y consenso.

3. J. Fischer, *Zwischen Wiedervereinigungsillusion und Nato-Austrittsfiktion* / Entre la ilusión de la reunificación y la ficción de la salida de la OTAN. Manuscrito de la conferencia del 20 de noviembre de 1987, página 10.

4. Grupo de trabajo sobre relaciones interalemanas del grupo parlamentario de Los Verdes, "Ansätze und Perspektiven grüner Politik in den deutsch-deutschen Beziehungen" / "Bases y perspectivas de la política verde en las relaciones interalemanas", *Deutschland Archiv*, 10, 1986, página 1.075.

5. O. Schily, "Abschied vom nationalen Einheitsstaat" / "Adiós al Estado unitario nacional", *Frankfurter Rundschau*, 28 de noviembre de 1984.

6. J. Schnappertz, "Nato-Austritt oder Auflösung der Militärbündnisse" I-III / "Salida de la OTAN o disolución de las alianzas militares" I-III, *Kommune*, 1-3, 1988; citas tomadas del número 3, páginas 34-36.

7. A. Statz. *Selbstbestimmung als Selbstbeschränkung. NATO Austritt, einseitige Abrüstung und die Probleme einer grün-alternativen Aussenpolitik* / Autodeterminación como autolimitación. Salida de la OTAN, desarme unilateral y los problemas de una política exterior verde alternativa, manuscrito inédito, 1988; de él proceden las citas anteriores. Cf. V. Göge/P. Wilke, *Sicherheitspolitische Alternativen* / Alternativas para la política de seguridad, 1984.

8. Entrevista de Mechttersheimer en la *Weltwoche* de Zurich, citada según la reimpresión en *Die Grünen*, 30, 25 de julio de 1987.

9. R. Hesse, "Gut gemeint, aber schlecht durchdacht. Die Forderung nach Selbstanerkennung der BRD und der Deutschlandvertrag" / "Bienintencionada, pero mal concebida. La exigencia de autorreconocimiento de la RFA y el Tratado Alemán", *Kommune*, 3, 1988, página 47.

10. H. Ammon-T. Schweisfurth y otros, *Friedensvertrag-Deutsche Konföderation-Europäisches Sicherheitssystem. Denkschrift zur Verwirklichung einer europäischen Friedensordnung* / Acuerdo de paz-Confederación Alemana-Sistema europeo de seguridad. Escrito conmemorativo para la realización de un orden de paz europeo. Prólogo de A. Mechttersheimer. 1985. Cita: página 31.

11. G. Schweigler, "Grundlagen der aussenpolitischen Orientierung der BRD" / "Fundamentos de la orientación en política exterior de la República Federal de Alemania", *Der Spiegel*, 1, 1985.

La cuestión alemana en la Historia

Guido Brunner

El 14 de febrero del año 842, los Reyes francos Carlos el Calvo y Luis el Germánico se alían en los “Juramentos de Estrasburgo” contra el tercer nieto de Carlomagno, Lotario. (Los “Juramentos” están redactados ya en dos idiomas, el francés y el alemán antiguos.) Desde entonces comienza a surgir en la Historia la cuestión alemana. La organización política de Alemania ha sido una constante mutación, su estructura estatal un continuo tejer y destejer; su futuro desarrollo, imprevisible.

Hay que situar las cosas en este contexto histórico para comprender que la cuestión alemana no es únicamente un problema de ahora, resultante de la partición del país después de la Segunda Guerra Mundial. Pero no por antigua es menos problemática. En nuestra época, que tiende a estructuras supranacionales, la permanencia de un problema nacional no resuelto es particularmente gravosa y está llena de riesgos y complicaciones políticas.

La cuestión alemana tampoco es exclusivamente un problema nacional. Los alemanes viven en el centro del continente europeo y al centro no se le puede marginar. La vecindad de Alemania con tantas naciones europeas le confiere una dimensión especial. La cuestión alemana no se puede resolver contra los vecinos ni sin los vecinos. Es, como decimos, una cuestión europea.

Al mismo tiempo, tampoco se la puede abstraer de la relación de fuerzas existentes en el mundo. No se puede resolver ni contra ni sin los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Alemania fue una “nación tardía”. Ello se debió a que no se consiguió resolver el binomio de unidad nacional y de libertad democrática de los alemanes. Durante mucho tiempo no fue posible la unión de Alemania a través de la libre determinación de sus ciudadanos. Cuando por fin se hizo, se realizó en gran medida sobre la base de la represión

Guido Brunner, actual embajador de la República Federal de Alemania en Madrid, fue entre 1974 y 1980 comisario de Energía, Investigación y Educación de las Comunidades Europeas. Es también miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia.

del movimiento democrático. Este era, paradójicamente, a su vez, el movimiento más nacionalista.

Pero esto es ya hablar de política. Una nación no es sólo política, es cultura, consiste en la aceptación de una determinada escala de valores, en muchos casos de una religión.

Durante los siglos IX y X se había generalizado en la parte oriental del Imperio Carolingio, ya en decadencia, el uso de la palabra “alemán” para designar las lenguas que allí se hablaban y a las personas que allí vivían. Sin embargo, hasta muy tarde, hasta los siglos XV y XVI, y a partir de las sentencias de los Tribunales Camerales de Espira y de la traducción de la Biblia de Lutero, el alemán tal como hoy lo conocemos no se asentó como “lingua franca” de comunicación entre todos los alemanes. Adicionalmente, desde el siglo XVI, la religión separaba profundamente a la nación. En 1810, Madame de Stael observa, en su libro “De l’Allemagne”: “El noble orgullo de los españoles los convirtió, en un tiempo, en señores de una parte del mundo. Los alemanes son sajones, prusianos, bávaros, austríacos, pero el carácter germánico, que debería ser la base de la fuerza de todos, está fragmentado al igual que el propio país, que tiene un sinnúmero de señores.”

En aquella época, sin embargo, ya se había asentado la idea de una “nación cultural alemana”. “Alemania, pero ¿dónde se encuentra? Donde empieza la Alemania culta termina la política”, decían entonces Goethe y Schiller en sus epigramas. Se establece así la noción de una unidad cultural alemana –deseable frente a una unidad política– inalcanzable.

Así, la cuestión alemana también quedó sin solucionar en el Congreso de Viena de 1815, tras las guerras napoleónicas. El diplomático y escritor prusiano Varnhagen von Ense escribe en sus memorias:

“Los alemanes se encontraron, ciertamente, en una situación especial como ninguna de las otras naciones junto con las cuales habían alcanzado la victoria. Rusia e Inglaterra, Suecia, y también Prusia y Austria, no habían perdido nada de su solidez y sólo tenían que recoger los frutos de la victoria e incorporarlos a lo ya existente..., España, Portugal y Dinamarca se hallaban, aunque estremecidas, con sus antiguos territorios... En Alemania, todo estaba disgregado, los fragmentos en parte recompuestos, en parte abandonados.”

Un solo resultado concreto surgió: en adelante, y tras el fortalecimiento de Prusia con la adquisición de Renania y Westfalia, habría dos potencias mayores en Alemania, Prusia y Austria, frente a tres Estados de dimensiones medianas, Baden, Württemberg y Baviera. Entre las dos potencias mayores se tendría que dirimir la cuestión de la supremacía. Sólo podía terminar en una potencia hegemónica integradora con la sumisión o con la exclusión de la otra.

Por lo tanto, la instauración de la Confederación Germánica, que unía de forma flexible a 35 Estados individuales, no era más que el escenario en el que se desarrollaba el complicado proceso de este dualismo entre Prusia y Austria.

Las décadas siguientes hasta la Guerra de Crimea (1856), en la que Francia e Inglaterra vencieron a Rusia, pertenecieron en Alemania al movimiento nacionalista. Era un movimiento democrático-liberal, en su mayor parte de izquierdas, que pretendía superar la fragmentación estatal. Un ala quería una república, otros se dejaban llevar por un romanticismo anacrónico y pedían la restauración del Imperio, del Reich medieval que, en la forma en que lo soñaban, nunca existió.

El movimiento nacionalista se apoyaba en un ambiente burgués intelectual contestatario. Herder, Fichte, Hegel y Ernst Moritz Arndt propagaban la idea del Estado-nación. Otros, como Schopenhauer y Kant, se mantenían distanciados.

La idea nacionalista culminó en 1848 cuando una “Asamblea Nacional Constituyente Alemana”, convocada en la catedral de San Pablo (Paulskirche) de Frankfurt, intentó crear una Constitución democrática. Eligió jefe de Estado a Federico Guillermo IV de Prusia, que no aceptó el nombramiento porque consideraba que estaba destinado a “atarle a la soberanía popular”.

El intento de unidad democrática fue breve. La represión se impuso en Prusia, en los Estados alemanes del Sur, en Viena. Desde entonces, el movimiento popular ya no sería el motor de la unidad alemana, sino a lo sumo un aliado ocasional de las fuerzas monárquicas que se apoderaron de la idea.

Con la Guerra de Crimea de 1856, la nueva rivalidad entre Austria y Rusia y la alianza de Napoleón III con el nacionalismo europeo, surge una nueva situación. Prusia adquiere una nueva capacidad de maniobra al estar ocupadas las mayores potencias europeas en otros acontecimientos como el enfrentamiento entre Francia y Austria en Italia o la guerra civil americana (1861-1865).

Prusia supo aprovechar la ocasión. Ya en el conflicto con Dinamarca por Schleswig-Holstein, la región más al norte de Alemania, redujo a Austria a un papel secundario. El mismo conflicto condujo finalmente en 1866 a una guerra con Austria que decide la lucha por la hegemonía en Alemania. Gana Prusia. Austria queda fuera del contexto alemán. Se crea la Confederación de Alemania del Norte, en realidad una zona hegemónica prusiana. Bismarck, el hombre de Estado que rige los destinos prusianos de la época, aprovecha la primera ocasión que se le brinda para derrotar a Francia (1870/71). Así desaparece momentáneamente la pretensión, que Francia comparte con Rusia, de ser un factor determinante en asuntos que afecten al orden interno de Alemania. El 18 de enero de 1871, en la Sala de los Espejos de Versalles, el Rey Guillermo I de Prusia es proclamado Emperador de una Alemania en forma de una comunidad de defensa –si bien sin Ejércitos integrados– y una unión aduanera que se convierte con el tiempo en unión económica y monetaria. Allí se une un Parlamento (Reichstag) elegido democráticamente, pero con competencias limitadas a cuestiones de presupuesto. Prusia, con su estructura tradicional, coexiste con esta construcción, estatal. Al frente de este todo constitucional

está Otto von Bismarck, un político excepcional que ocupa simultáneamente los puestos de primer ministro prusiano y de canciller del Reich.

Con modestia aparente decía de sí mismo: "Nunca hice historia, sólo esperé a que la historia se realizara." Es la verdad, pero no toda la verdad. Había, ciertamente, una fuerte corriente popular que reclamaba la Alemania unificada. Pero se trataba de una corriente predominantemente liberal-democrática que Bismarck despreciaba. Su Alemania unida estaba basada en las monarquías tradicionales y una hegemonía prusiana con tintes claramente antiliberales. Bismarck había aprovechado un vacío momentáneo para alterar la relación de fuerzas existente en Europa. Su nuevo concierto europeo se basaba en la idea de que "todas las potencias menos Francia necesiten de nosotros." Su genio político le permitió mantener esta situación de casi-hegemonía alemana durante casi veinte años. Sin embargo, ningún talento político del mundo hubiera podido combinar esta situación de paz precaria con un expansionismo comercial y naval a escala mundial como el que preconizaban los partidarios del colonialismo alemán, de la construcción forzada de una flota, y que gozaba de cierta simpatía en el entorno del joven y nuevo Emperador Guillermo II (desde 1888).

La obra de Bismarck se veía amenazada por mil dificultades. En el Exterior, a partir de 1879 y con el Tratado de Alianza con Austria, había rebasado el marco de tolerancia que podía esperar de Rusia. Se barruntaba un acercamiento entre Rusia y Francia del que podía surgir un conflicto bélico en dos frentes. En el interior, la represión sucesiva de las fuerzas católicas (*Kulturkampf*) y de la socialdemocracia ("ley antisocialista") dividía profundamente a la población. Por lo demás, la situación económica desde 1874 empezó a decaer, el nivel de vida no aumentaba y grandes olas de emigración mermaban la savia del país.

Bismarck había utilizado las fuerzas de Alemania al máximo. Su obra era precaria y de dudosa consistencia.

Al viejo Canciller le repugnaba profundamente romper el marco de su sistema de pactos y contrapactos en Centroeuropa y lanzarse a la aventura de la fuga hacia adelante, de la aspiración a un papel mundial de una Alemania cuyo potencial político, militar y económico bastaba apenas para defender la unidad del país a través de apaciguamientos, amenazas, fintas y arbitrajes sucesivos. Pero su punto de vista no era comprendido por la generación joven. Uno de sus exponentes, el joven sociólogo Max Weber, escribía: "Tenemos que comprender que la unificación de Alemania fue una travesura juvenil que la nación cometió en la vejez y de la que mejor hubiera sido abstenerse, dado su elevado precio, si había de ser punto de partida y no conclusión de una política imperialista."

Precisamente esta política exterior imperialista fue la perdición de Alemania. Al abandonar la política de saturación territorial de Bismarck, se ampliaba, ciertamente, la base popular de la política alemana. El entusiasmo nacionalista era un medio de unión entre clases populares divididas por intereses económicos, máxime en un país que estaba dejando de ser predominantemente agrario para convertirse en una gran potencia

industrial. Lo que no veían los imperialistas alemanes es que, si bien apaciguaban artificialmente al país en el interior, poniendo todas las aspiraciones populares al servicio de una política de prestigio expansionista, inducían a sus vecinos al mismo movimiento de nacionalismo exacerbado. Así fomentaban sin querer a los paneslavistas rusos y avivaban el deseo de revancha de las masas populares francesas. En la crisis de julio de 1914, que condujo a la Primera Guerra Mundial, se presentó la factura a esta política.

Desde el punto de vista alemán, la guerra comenzaba con mal pie desde el primer momento. La estrategia estaba fundada sobre una ofensiva rápida con el fin de producir el colapso francés. Pero al iniciarse las hostilidades en dos frentes, no se disponía de la superioridad de fuerzas requeridas para alcanzar esta meta. La indecisión militar entre el frente occidental y el frente oriental fue lo que caracterizó el despliegue militar alemán durante todo el conflicto. Un breve respiro con la capitulación de Rusia en 1917 se vio compensado con creces con la entrada en guerra de Estados Unidos, de manera que en 1918 ocurrió lo que había predicho el jefe socialista alemán August Bebel ya en 1911 con gran claridad: "... Entonces sobrevendrá la catástrofe. Se tocará a generala en Europa y a su son 16 a 18 millones de hombres, la flor de las distintas naciones, provistos de las mejores armas asesinas, marcharán al frente para combatirse mutuamente. Pero según mi convicción, tras la generala vendrá el gran cataclismo... ¿Cuál será la consecuencia? Detrás de esta guerra está la bancarrota masiva, la miseria de las masas, el paro masivo, la gran hambre."

Todos los Gobiernos del mundo habían subestimado los efectos mortíferos que la táctica armamentista de la época iba a tener. Habían hecho caso omiso del pasado y de las tremendas pérdidas que ya habían ocasionado conflictos anteriores como el austro-francés en Italia, con las batallas de Solferino y Magenta (1859), y la cruenta guerra civil americana.

El 9 de noviembre de 1918, el Kaiser Guillermo II abdicó. Se instauró una República que nadie había previsto y que había nacido de la improvisación de la derrota. Europa había sufrido lo indecible. Diez millones de muertos, una elevada deuda pública, un comercio mundial arruinado, hambre y miseria caracterizaba la situación. A Alemania se le impuso un Tratado de Paz en Versalles que con su miopía desestabilizó el centro de Europa durante décadas. La nueva República de Weimar con sus ingentes problemas exteriores e interiores duró catorce años y tuvo durante este tiempo no menos de 21 Gobiernos. La crisis económica mundial arrastró finalmente a una Alemania debilitada y humillada hacia la arbitrariedad totalitaria y megalómana de Hitler quien, esgrimiendo la irracionalidad violenta como bandera, había conseguido hacerse en gran medida con las masas desesperadas.

Todas las cataplasmas diplomáticas de los años anteriores con las que se había querido mitigar la situación, el Tratado de Rapallo con la Unión Soviética de 1922, los Tratados de Locarno de 1925, que abrían el camino hacia una política de cooperación con Occidente, la política exterior de

Gustav Stresemann, que condujo Alemania a la Sociedad de las Naciones, habían resultado ineficaces. El centro de Europa no se había encontrado a sí mismo. En adelante sería el escenario de la propaganda y el terror totalitarios con la mayor denigración de la vida política, intelectual y cultural que Alemania había conocido.

El resto de la historia es bien conocido. Con Hitler se produce la catástrofe final, la gran ruptura histórica que vicia la raíz misma del concepto Estado-nación en el caso de Alemania. El 8 de mayo de 1945, con la capitulación del Reich hitleriano, significa a la vez el fin del Estado nacional alemán y la desaparición de su posición casi hegemónica en Europa central. La partición arbitraria de Alemania desde 1945 es una emanación directa de esta cesura.

La historia continúa. Cuarenta años después de la capitulación del Reich alemán, el presidente de la República declaraba, con ocasión de un acto conmemorativo del Bundestag y del Bundesrat, las dos Cámaras del Parlamento de la República Federal de Alemania, que en 1988 cumplen, a su vez, su cuarenta aniversario:

“Nosotros los alemanes somos un pueblo y una nación. Nos sentimos unidos porque hemos vivido la misma historia. También, el ocho de mayo de mil novecientos cuarenta y cinco lo hemos vivido como destino común que une a nuestro pueblo... Los alemanes deseamos todos una paz que signifique justicia y derechos humanos... La reconciliación más allá de las fronteras no es posible en una Europa de muros, sino únicamente en un continente que despoje a sus fronteras de los elementos que separan. Esto es precisamente lo que nos recuerda el fin de la II Guerra Mundial. Tenemos la esperanza de que el 8 de mayo no sea la última fecha de nuestra historia con un significado común para todos los alemanes.”

Las relaciones culturales entre los dos Estados alemanes

Jochen Thies

Cual garras nuestras manos se aferran entre sí. /Guardamos silencio mientras marchamos por la “niebla. / ¿Quién sabe, antes de que la niebla se levante, / lo que vendrá si no sobrevivimos?”. Así reza la estrofa de una canción del cantautor germano oriental Stephan Krawczyk, quien, en enero de 1988, fue expulsado a la República Federal de Alemania conjuntamente con la directora de teatro Freya Klier. Pocos días después, Krawczyk debutaba con un concierto en occidente. Y de modo similar a como ya sucediera cuando la función a cargo de su antecesor y colega más conspicuo Wolf Biermann, que durante una gira musical por el Oeste fue privado en 1976 de su ciudadanía por las autoridades de la RDA, el público acudió en masa a la gran sala en Hannover.

No cabe duda de que –pese a haber transcurrido cuarenta y tres años desde el fin de la II Guerra Mundial y de la división de Alemania– sigue habiendo, culturalmente hablando, una sola nación alemana. Una lengua, una cultura y una historia comunes han demostrado hasta aquí ser un lazo de unión. Es más, incluso dos sistemas económicos y sociales absolutamente diferentes no han tenido por consecuencia el desarrollo de disparidades en el uso de la lengua alemana. El número de neologismos es mínimo. No hay ningún género de problemas de comunicación lingüística si prescindimos de las locuciones dialectales que, naturalmente, también existen en los Estados (*Länder*) que componen la RFA. Pero incluso es lícito dar un paso más. Está fuera de duda que el alemán más puro se habla en la RDA, como no sólo lo prueban los éxitos que obtienen con sus libros los autores residentes en aquella o bien los que han trasladado su residencia a la RFA; ello simplemente guarda relación con el hecho de que la influencia de los medios de comunicación social, es decir, la “americanización” de las condiciones de vida, es mucho menor en la RDA que en la RFA.

También en el plano de las relaciones culturales hay, claro está, una cierta rivalidad de los sistemas entre los dos Estados alemanes. El ex ministro federal para las Relaciones Interalemanas, Heinrich Windelen, afir-

El doctor **Jochen Thies**, historiador, es director de la revista alemana *Europa Archiv*

mó con relación a este tema, en un discurso en que en 1984 exponía los principios básicos de su gestión, que las relaciones culturales son parte constitutiva de una política interalemana ofensiva encaminada a la reunificación (de las dos Alemanias). La RDA, por su parte, espera demostrar con las giras artísticas de afamados conjuntos suyos por occidente – como, por ejemplo, el Coro de Santo Tomás o la orquesta del *Gewandhaus*, ambos radicados en Leipzig, o el teatro Maxim Gorki de Berlín– que posee un alto nivel internacional y que, por lo tanto, constituye un país perfectamente normal en el concierto de las naciones. Pero también en la política cultural oficial de la RDA hay referencias que tienen en cuenta lo que a ambas Alemanias es común. Así, por ejemplo, ya en la década de los años setenta se renunció a las rígidas trabas de un enfoque histórico según el cual sólo merecía la pena contemplar las fases “buenas”, pretendidamente revolucionarias, de la historia de Alemania. Hoy, en cambio, se estudia esta historia en su totalidad, siendo un buen indicio al respecto los actos conmemorativos de Lutero en 1983 o, al mismo tiempo, el hecho de que volviera a colocarse la estatua ecuestre de Federico el Grande en la famosa avenida *Unter den Linden* en Berlín Este.

Cuando la RDA comenzó hace doce años a expulsar a la RFA a artistas, especialmente escritores, cantantes y actores, que observaban una actitud crítica hacia el régimen, inició con ello una evolución que condujo a un resultado diametralmente opuesto al que se buscaba con semejante medida. Porque, a partir de ese momento, fue surgiendo también en la cultura cotidiana interalemana una red de contactos y relaciones tan estrechos que, por citar sólo un ejemplo, el cantante de *rock* germano occidental, Udo Lindenberg, quien dedicó una canción al mismísimo secretario general del SED, Erich Honecker, goza hoy día de la misma popularidad en la RDA que en la RFA. Sobre todo el medio de comunicación que representa la televisión occidental que, con la sola excepción de la hondonada que circunda a Dresde, se recibe perfectamente en toda la RDA, ha contribuido a que las modas y tendencias más recientes sean acogidas en aquella sin el desfase que se observaba todavía hace poco tiempo. Cuando el verano del pasado año tuvo lugar en Berlín occidental un concierto de música *rock* en las inmediaciones del muro, centenares de jóvenes se congregaron en la parte oriental de la ciudad para escuchar los cálidos ritmos al menos desde una distancia prudencial. Mas el receloso régimen barruntaba tras este gentío una manifestación de connotaciones políticas, contribuyendo con el histerismo de su exacerbada reacción –la perentoria invitación a dispersarse dirigida a los jóvenes oyentes– a politizar un acto que de suyo era apolítico.

Además de la televisión, la radiodifusión y las giras de conjuntos musicales, la rica oferta de libros se encarga sobre todo de mantener a Alemania como una nación culturalmente unida. Porque, además del recientemente fallecido Heinrich Böll y de Günter Grass, son sobre todo nombres de autores procedentes de la RDA los más representativos de la actual literatura alemana; piénsese, por ejemplo, en Jurek Becker, Stephan

Hermlin, Stefan Heym, Sarah Kirsch, Günter Kunert, Reiner Kunze, Ulrich Plenzdorf, Rolf Schneider y Christa Wolf.

El convenio cultural

Lo que para el intercambio cultural con los otros dos países europeos de habla alemana –Austria y Suiza– es algo que se sobreentiende como natural y obvio, desafortunadamente no es aplicable a los dos Estados alemanes. Por eso, el convenio cultural concertado entre los mismos en 1986 puede valorarse como un progreso en sus relaciones mutuas. Porque la no convertibilidad de la moneda germano-oriental y su escaso poder adquisitivo en el plano internacional requieren imperiosamente un acuerdo entre ambos Gobiernos. Fueron necesarios más de diez años de negociaciones, una y otra vez interrumpidas a causa del clima político general, para que el 6 de mayo de 1986 llegara a rubricarse el convenio entre Bonn y Berlín oriental, un convenio que durante mucho tiempo parecía dudoso que pudiera alcanzarse por dos razones. Una de ellas se refería al papel de Berlín occidental, la otra guardaba relación con un legado del *Reich* alemán destruido en 1945. Se trata a este respecto de las colecciones museísticas del que fuera Estado de Prusia, disuelto en 1947 por una resolución del Consejo de Control Aliado. Los dos Estados alemanes se disputan esta herencia, que es administrada por la Fundación *Preussischer Kulturbesitz* (legado cultural de Prusia) en Berlín occidental. En el convenio de 1986 se dio de lado este problema. Un aspecto notable del referido acuerdo es que rompe con la tradicional concepción de la cultura en un sentido restrictivo; en efecto, se incluyen en él, además de la música y las artes escénicas, también las artes plásticas, la literatura y las producciones cinematográficas, la educación, las ciencias, los archivos y bibliotecas, así como los museos y la conservación de monumentos. Atendiendo a los intereses de la RFA se consiguió, además, que en este amplio intercambio cultural no sólo el Estado, sino también instituciones, organizaciones y asociaciones privadas, así como los particulares, tengan una intervención decisiva.

También forman parte del convenio cultural las actividades deportivas entre los dos Estados alemanes, los programas de intercambio juvenil y la cooperación en el ámbito de la radiodifusión y televisión.

Los contactos culturales existentes con anterioridad entre los dos Estados alemanes quedaron asentados sobre una base segura gracias al convenio cultural que, por otra parte, ya quedaba esbozado en el Tratado Básico de 1972. Más importante aún para la cohesión y unidad cultural de la nación alemana parece, sin embargo, el hecho de que ahora también personalidades culturales de la RFA puedan desplazarse al Este, mientras que los intercambios culturales interalemanes hasta 1986 habían sido predominantemente una vía de sentido único en dirección Este-Oeste.

La primera consecuencia directa del referido convenio fue una muy importante acción de intercambio de bienes culturales que, a consecuencia de la II Guerra Mundial, habían sido desplazados y ahora –a excepción

de las mencionadas colecciones de la Fundación *Preussischer Kulturbesitz*— pudieron ser devueltos a sus respectivos lugares de destino en la RFA y RDA, lo que benefició sobre todo a las antiguas ciudades hanseáticas de Hamburgo, Bremen y Lübeck. Sobre todo para esta última fue, en cierto modo, un acontecimiento histórico el regreso a sus muros del fuero de 1226, por el que se concedía la condición de ciudad libre del imperio, otorgada en la ciudad italiana de Parma por el emperador Federico II de la dinastía de Hohenstaufen. Porque este documento sentaba las bases del *status* jurídico de aquella ciudad portuaria del Báltico que ésta ha conservado durante setecientos años. Pero también en la RDA los archivos municipales se vieron favorecidos por el convenio. Así, a la ciudad de Rostock le fue restituida el acta fundacional de su Universidad del siglo XV. Este movimiento de intercambios entre las dos Alemanias se inició tras las conversaciones entre expertos en noviembre de 1986. A finales de 1987, la acción quedó terminada, habiéndole precedido una medida similar entre el Senado de Berlín occidental y la RDA.

A comienzos del año en curso se alcanzó un nivel todavía más elevado en estas operaciones de intercambio culturales al recibir el museo Wallraf-Richartz, de Colonia, 17 cuadros y un dibujo procedentes de la RDA. En conjunto, se espera que en la primavera de 1988 regresen de la RDA casi 300 lienzos cuyo destino serán, entre otros, algunos museos de Darmstadt y Wiesbaden. A cambio, a la galería del Estado de Dresde le fueron devueltos nueve dibujos que anteriormente estuvieron depositados en Karlsruhe. Se calcula que hasta finales de año un total de 430 cuadros —300 para el ámbito de la RFA y el resto para la RDA— habrán sido restituidos a los lugares donde estuvieron expuestos hasta la II Guerra Mundial.

Cuando estas operaciones de intercambio hayan terminado en un futuro no muy remoto, no pocas de las heridas que dejó la guerra estarán ciertamente restañadas. Pero muchos bienes culturales irremplazables resultaron destruidos durante la contienda, no pocos objetos se los llevó el Ejército Rojo al retirarse, sin que, luego volvieran a aparecer en las colecciones de la Administración de archivos soviética como, por ejemplo, el legendario salón de ámbar del palacio de Königsberg. Y también es un hecho irrefutable que la RDA ha destruido muchos testimonios del pasado tildados por ella de “feudales”. Actualmente se realizan esfuerzos por reconstruir el Berlín histórico. Pero en el lugar en que ahora se alza el palacio de la República se encontraba todavía en la década de los años cincuenta la ruina, consumida interiormente por el fuego, de la mansión de los reyes de Prusia en la capital. La busca y localización de tales vestigios resultan hoy día tan infructuosas como las de las quintas y casas solariegas de la nobleza prusiana de la que, entre otros, procede la familia Bismarck, la del fundador del imperio alemán. El primer “Estado de obreros y campesinos en suelo alemán”, como gusta de llamarse la RDA, ha volatilizado estos bienes culturales después de la guerra.

Ciudades hermanadas

Uno de los desarrollos más interesantes –y no sólo en el ámbito cultural– de las relaciones interalemanas en los dos últimos años viene a ser el hermanamiento entre municipios de la RFA y RDA. No fue por azar que la serie comenzase rubricando en abril de 1986 el de la localidad germano-occidental de Saarlouis con la ciudad industrial germano-oriental de Eisenhüttenstadt. Porque el secretario general del SED, Erich Honecker, es oriundo del Sarre y conserva un apego punto menos que sentimental a esta su tierra, pese a que en su juventud hubo de emigrar de su patria chica fronteriza con Francia. Cuando su viaje oficial a la RFA en septiembre de 1987, el jefe de Estado de la RDA insistió en visitar la casa de sus padres. Mientras tanto, otras cuarenta parejas de ciudades en el Este y Oeste han seguido el ejemplo de Saarlouis y Eisenhüttenstadt, hasta el punto de que casi puede hablarse de una auténtica coyuntura interalemana en esta esfera dominada durante mucho tiempo por la hermandad entre ciudades alemanas y francesas.

También en este ámbito vuelven a entrecruzarse intenciones y expectativas diferentes de los dos Estados alemanes. Mientras que a la RDA le interesa iniciar campañas pacifistas a nivel municipal, como lo demuestran los acuerdos con numerosas ciudades germano-occidentales, el Gobierno federal alemán pretende, en cambio, activar los encuentros entre ciudadanos. Hay que esperar, por tanto, para ver si –después de una etapa de encuentros entre delegaciones oficiales– se producen los mismos efectos entre las bases que en los pasados veinticinco años contribuyeron decisivamente a la reconciliación germano-francesa. Si un cierto escepticismo parece prudente a este respecto, esto se debe principalmente a que los ciudadanos de la RDA, cuando viajan a Occidente, no disponen de divisas, con lo que los viajes individuales tienen que moverse entre límites estrechos.

Cabe, no obstante, contar con que en un plazo de no más de uno o dos años habrá ya cincuenta parejas de ciudades hermanadas de la RFA y la RDA. Según parece, existen actualmente cincuenta solicitudes a este respecto. La capital federal, además, está preparando con Potsdam el texto de un tratado regulador de esta materia.

La literatura en el Este y el Oeste

Si predomina la impresión de que, en la esfera del idioma culto alemán, el tono lo dan los escritores de la RDA, esto guarda también relación con el hecho de que las obras de virtualmente todos los que son medianamente conocidos se publican en la RFA en régimen de licencia. El caso inverso, por desgracia, sólo se da rara vez. Y si en alguna ocasión llega a publicarse en la RDA un libro con licencia de su casa editora germano-occidental, por ejemplo de Heinrich Böll, premio Nobel de literatura, la edición se agota rápidamente á causa de su limitada tirada. Hasta qué punto son

complicadas las condiciones para los escritores que residen en la RDA lo prueba, entre otros, el hecho de que no pueden disponer libremente de sus derechos de autor. De ello se encarga una oficina estatal con todas las posibilidades de control inherentes a semejante situación. Las obras de los autores de la RDA pueden adquirirse en cualquier librería germano-occidental. El caso contrario, desafortunadamente, no se da. De la misma manera que los periódicos y revistas germano-occidentales no se hallan expuestos en los quioscos de la RDA, tampoco la literatura que aparece en el RFA puede encontrarse en las librerías. Hay ciertas excepciones para un reducido círculo de personas que gozan de autorización para adquirir literatura occidental. Ahora bien, debido a la enorme intensificación del movimiento de viajeros en ambas direcciones, también en este ámbito muchas cosas han empezado a cambiar en los últimos años, siendo así que el aislamiento de la RDA contra productos indeseables ya no podrá operar ni de lejos con la eficacia que todavía tenía en los años setenta gracias a rigurosos controles.

Las razones por las cuales la literatura producida en los dos Estados alemanes es recibida recíprocamente en cada uno de ellos, con lo que aquélla se revela como el elemento decisivo para mantener la cohesión de la unidad cultural de la nación, son, sin embargo, más profundas. El éxito de los literatos de la RDA en el último decenio puede explicarse presumiblemente por el hecho de que el público lector puede identificarse con los temas. Se tiene la impresión de que, escribiendo, la literatura de la RDA ha logrado librarse de la tutela de una política cultural doctrinaria que comenzó en la década de los años cincuenta:

Hasta entonces, para no pocos escritores, la RDA parecía ser la mejor de las dos Alemanias, pues ejercía un considerable poder de atracción sobre aquellos círculos intelectuales antifascistas que habían combatido activamente al régimen hitleriano o bien habían escapado a la dictadura marchando al exilio. Así, después de los años pasados en América, Bert Brecht no regresó a la RFA sino a la RDA, y su ejemplo fue seguido por no pocos artistas que, sin embargo, no tardaron en verse sometidos a los dictados del modelo socialista y, finalmente, a la ruptura de la unidad cultural de la nación alemana por la construcción del muro de Berlín en 1961. De esta prisión se han liberado sectores importantes de la actual literatura de la RDA, decepcionados por la realidad de aquel país al cabo de más de cuarenta años de socialismo. Si algunos escritores de más edad y conocidos internacionalmente, como Hermlin, se mantienen fieles al régimen, ello posiblemente obedece a motivos biográficos. Porque reconocer ante uno mismo haberse equivocado en 1945 al valorar al socialismo equivaldría en último término a haber entregado toda una vida a una ilusión falaz.

Los escritores de la RDA nacidos después de 1930 ven esto de modo completamente distinto, de manera que la desideologización de la literatura germano-oriental fue una consecuencia casi inevitable. El cambio de tendencia se produjo en los años setenta a través de una amplia recepción del romanticismo. La actual temática literaria abarca cuestiones que van

más allá de los límites del sistema. Del mismo modo que la historiografía alemana, desde principios de los años ochenta, está buscando la identidad nacional, también en los libros de escritores de los dos Estados se trata de determinar las coordenadas políticas y culturales y de escrutar el propio yo. Los interrogantes son éstos: ¿de qué modo han de asimilar los alemanes su más reciente pasado, y cómo arreglárselas con la división del país en el presente y futuro, con el “peso de la nación”?, como lo ha formulado un prestigioso historiador de Colonia, Andreas Hillgruber.

Hace pocos años todavía habría sido impensable que un antiguo escritor izquierdista germano-occidental como Martin Walser, cuyos libros podían publicarse en la RDA en régimen de licencia, escribiera: “No me acostumbraré a la división de Alemania... Lo que en 1945 se llevó a cabo como una acción de castigo deberá marcar para siempre la historia de Alemania. Tenemos un cierto sentimiento de finitud, creo que estamos excesivamente imbuidos de Beckett y que hemos desarrollado demasiadas fantasías crepusculares, y esto me duele en todos los sentidos.” En la literatura de ambos Estados alemanes, lo que más se describe es la realidad de las condiciones de vida. La descripción de las imposiciones en una dictadura es comprendida perfectamente por los residentes en la RFA, toda vez que la red de las relaciones familiares se encarga del transporte de las informaciones. Los dos Estados alemanes tienen en común, además, que son sociedades industriales desarrolladas, lo que las enfrenta a planteamientos y problemas similares. Como principales cuestiones comunes a la literatura de las dos Alemanias en la década de los años ochenta se perciben por lo tanto conjuntos temáticos como los siguientes:

- La presión ejercida por el Estado para forzar la adaptación y la búsqueda de espacios exentos de aquella por parte de los individuos (si bien es evidente que este problema se plantea cualitativamente de modo enteramente diferente según se trate de una democracia o una dictadura);
- las mil pequeñas miserias de la vida y de su configuración en el existir diario;
- la doble carga a que está sometida la mujer en la familia y en su profesión, bajo el lema de “emancipación”;
- problemas de las relaciones entre los sexos;
- la creciente contaminación del medio ambiente y la amenaza nuclear expresada en la palabra clave “Chernobil”;
- así como la generalizada angustia que inspira el futuro en un mundo erizado de armas: la “añoranza de histeria” como la ha calificado en marzo de 1988 Luigi Vittorio Ferraris, ex embajador de Italia en Bonn, escribiendo como columnista invitado en el “Frankfurter Allgemeine Zeitung”.

En conjunto, cabe comprobar que, desde el inicio de la década de los años ochenta, el tema de la “cuestión alemana” ha abandonado los círculos intelectuales en que fue tratado desde siempre para retornar a la conciencia cotidiana de los alemanes. Esto es aplicable de modo especial a la RFA, a lo que probable, mente contribuyeran los acontecimientos que acompañaron a la visita del secretario general del SED, Honecker. Porque a muchos alemanes occidentales se les hizo patente en aquellos días que

la cuestión alemana existe y no está dilucidada. Estas tendencias muy recientes se ven confirmadas también por canciones del ámbito de la música ligera, como las de Reinhard Mey, al que gustaría “cantar alguna vez en Dresde”, o de Udo Lindenberg con su *hit* sobre las dos Alemanias: “¿Es éste el tren especial de Pankow?”

En cuanto a la literatura, habría que mencionar como títulos panalemanes que documentan la evolución apuntada sobre todo las obras de Günter Grass *Das Treffen in Telgte* (1979), Peter Schneider *Der Mauer-Springer* (1982) y Martin Walser *Dorle und Wolf* (1987), así como el libro *Tiefer deutscher Traum* (1983) del popularísimo autor de relatos de viajes Horst Krüger. Cuando Christa Wolf, quizá la más llamativa figura de la literatura germano-oriental desde su novela *Der geteilte Himmel* (1963), recibió en 1980 el premio Büchner, el más importante galardón literario de la RFA, que concede la Academia alemana de la Lengua y Poesía, la primera autora residente en la RDA premiada con semejante distinción declaraba que ni el lenguaje de la política ni tampoco el de las ciencias, sino “el lenguaje de la literatura parece ser, extrañamente, el que hoy día más se acerca a la realidad”.

Ahora bien, por rica y variada que pueda parecer la actual oferta literaria germano-oriental, que se produce en un Estado que sólo cuenta con un escaso 30 por 100 de la población de la RFA, el futuro se presenta angustioso a la vista de la evolución más reciente. Porque llegará el día en que el exilio forzoso de los hombres de letras que critiquen el régimen —es decir, la práctica de expulsarlos a Occidente que se les viene aplicando como norma desde hace más de diez años— ya no podrá ser compensado por las nuevas promociones de escritores.

Ya hoy tiene que resultar sorprendente que en la sociedad pequeño-burguesa de la RDA, que ha perdido una gran parte de sus elites funcionales por haber huido éstas a Occidente, haya un público que figura entre los más aficionados a la lectura del mundo. La importancia de la sangría humana que hubo de aceptar la RDA, con sus menos de 17 millones de habitantes, sólo en los últimos cinco años, cuando el régimen liberalizó transitoriamente las salidas al extranjero para reducir la presión política interna, queda evidenciada por la cifra de cien mil personas que se instalaron en la RFA. De no existir para los más destacados científicos, hombres de letras y artistas de otros ámbitos germano-orientales normas especiales que casi los convierten en caminantes entre dos mundos, el éxodo desde la RDA sería todavía más dramático: el floreciente paisaje cultural del país, que en las condiciones específicas del mismo se manifiesta con particular expresividad, estaría amenazado de desertización.

La lucha por la historia

La capacidad de adaptación del régimen de la RDA a desarrollos que ya no puede gobernar por sus propias fuerzas se hace perceptible en numerosos aspectos e incluso en ámbitos que hasta hace pocos años eran consi-

derados todavía como sacrosantos, entre los cuales figura la interpretación de la historia. Aunque el presidente del Consejo de Administración de la empresa Krupp, con sede en Essen, Berthold Beitz, haya contribuido de modo importante a los intercambios culturales entre las dos Alemanias, el hecho de haberle sido conferido en 1983, como primer alemán occidental, el grado de doctor "honoris causa" de una Universidad germano-oriental constituye todo un símbolo de la superación de los tabúes históricos que hasta entonces habían sido esmeradamente cultivados por la RDA. Porque según las ideas al uso, Beitz no sólo era el típico representante del sistema capitalista, sino para mayor abundamiento, también el representante de aquella empresa cuya producción armamentista en las dos guerras mundiales de este siglo estuvo a disposición del emperador y luego del *Führer*. Pero esto a la RDA ya no le gusta que se lo recuerden.

Una situación tensa se produjo en la primavera de 1987 en la Ejecutiva del Partido Socialista Alemán (SPD) en Bonn, cuando en el marco de la misma coincidieron por primera vez historiadores de los dos Estados alemanes en un foro de dos días de duración para discutir sobre el tema "Herederos de la historia de Alemania: la RFA y la RDA". El que este seminario no pudiera, finalmente, satisfacer las elevadas expectativas del público, constituido en su mayoría por jóvenes, no fue ninguna sorpresa. Porque para la historiografía de la RDA sigue en pie la máxima de que, para esta disciplina, es vinculante la doctrina marxista-leninista. Sus principios básicos son discutidos por instancias no científicas, sustrayéndose así a la crítica de los historiadores. Éstos, consecuentemente, tienen en la RDA la obligación de ser partidistas; sus temas de investigación están acotados por el marco de una imagen relativamente congruente de la historia que, con rasgos teleológicos, enlaza entre sí el pasado, presente y futuro.

Por eso, la RDA se considera a sí misma, forzosamente, la sociedad más progresista de toda la historia de Alemania. El dilema para sus historiadores radica en que, por una parte, disponen de muy reducidos márgenes de libertad y, por otra, representan una disciplina de gran importancia para la sociedad. Ello explica que, en lo que se refiere a un examen crítico de los tabúes históricos que continúan en vigor, no se vislumbre en la RDA el más leve asomo de *glasnost*.

Así, la RDA silencia hasta nuestros días que, a pesar de todas las leyendas, en la etapa final de la República de Weimar, la izquierda alemana no estaba unida y que el Partido Comunista, dirigido a la sazón por Ernst Thälmann, combatió a los socialistas e, incluso, llegó a concertar ocasionales coaliciones tácticas con el Partido Nacionalsocialista (NSDAP). Y tampoco quieren darse por enterados en Berlín oriental de que Stalin, después de 1933 –con una estimación totalmente errónea de la verdadera relación de fuerzas o bien intencionadamente– instigó a los comunistas alemanes para que se opusieran a Hitler, permitiendo así que se precipitaran hacia su perdición. Otro tabú absolutamente intocable es, por último, en la RDA, la conclusión evidente de que los éxitos del *Tercer Reich* y el notable grado de aceptación de que el régimen gozó hasta muy avanzada

la guerra habría sido enteramente inexplicables sin la colaboración de amplios sectores de la clase trabajadora. Por último, la fusión forzosa del Partido Comunista Alemán (KPD) con el SPD en 1947 para constituir el SED (Partido Socialista Unificado de Alemania) constituye otro importante tema que espera ser estudiado e interpretado por la historiografía y la opinión pública de la RDA.

Así, pues, la RDA necesitará todavía algún tiempo hasta que comprenda que también ella debe asumir una herencia de la historia de Alemania en su totalidad en lugar de entresacar de las fases de la misma, como quien saca las pasas de un bizcocho, aquellos episodios que despiden un olorillo revolucionario. No cabe desconocer, sin embargo, que, en el último decenio, la RDA ha pasado poco a poco a reinterpretar según criterios nuevos algunas etapas prolongadas de la historia de Alemania. Una de las sorpresas la constituyeron los actos de 1983 –el año de Luce-ro– para conmemorar el 500 aniversario del nacimiento del reformador protestante. Todavía quince años antes, su época se interpretaba exclusivamente desde el ángulo de las guerras de los campesinos y del papel desempeñado por Thomas Münzer, un revolucionario religioso y más bien un personaje marginal. Otros indicios de que se está operando un cambio en la imagen que la RDA tiene de la historia son la reposición de la estatua ecuestre de Federico el Grande y la aparición de una voluminosa biografía de Bismarck.

Es cierto que estas observaciones, que no pasan de ser simples detalles, podrían dejarse de lado como meros fenómenos marginales si detrás de los contornos que configuran –entre los que figura también la celebración del 750 aniversario de la fundación de la dividida ciudad de Berlín– no se perfilasen perspectivas de más largo alcance. Porque si se parte de la base de que la cuestión alemana sigue abierta, su solución exige también un trato esmerado con la Historia.

El Gobierno del canciller Kohl se ha percatado de los riesgos que resultarían si la interpretación de la historia de Alemania se abandonase a la RDA, llegando a aquellas conclusiones que permite un sistema pluralista democráticamente constituido. Porque el sistema político de la RFA –en frase de uno de los más destacados historiadores alemanes de la posguerra, Jürgen Kocka, de Bielefeld– no necesita legitimación filosófico-histórica ni dispone de ella. Por ello, en la RFA se recurre menos a tales intentos legitimadores y la importancia social de la historiografía es menor. Esta afirmación tampoco es invalidada por la llamada “disputa de los historiadores”, en la que no se trata de una controversia científica, sino del problema de la identidad de Alemania.

Teniendo en cuenta las posibilidades de que dispone la RFA fue, por tanto, una hábil jugada del canciller federal Helmut Kohl disponer que en la década de los años noventa se construyan en Bonn y Berlín dos grandes museos de historia. La planificación de la Casa de la Historia de la RFA que, como su nombre indica, tendrá como temática la historia de la posguerra, está muy adelantada; su concepción, consensuada entre los partidos políticos y los grupos sociales de la RFA, apenas es objeto de contro-

versias. Cuando esté terminado el inmueble, ubicado muy cerca del distrito que alberga los edificios oficiales adscritos al ejecutivo de Bonn, figurará entre las construcciones más costosas que allí se han erigido en los últimos veinte años; en cuanto a su volumen y costes, sólo será comparable a los de la cancillería federal construida en los años setenta.

En cambio, es controvertida la planificación del Museo Histórico Alemán (*Deutsches Historisches Museum*) en Berlín occidental, en la inmediata vecindad del muro, y distante sólo pocos pasos del *Reichstag* (sede del antiguo Parlamento alemán) y de la puerta de Brandemburgo. Lo que en aquél pretende mostrarse es la historia de Alemania en su totalidad; es decir, un espacio de tiempo de algo más de mil años. A sólo dos kilómetros en línea recta –en el *Zeughaus* (antigua armería) situado en el número 2 de la avenida *Unter den Linden*– se encuentra el Museo de Historia de Alemania (*Museum für Deutsche Geschichte*). Su concepción no es nada ambigua, pues ya en la primera de sus salas el visitante se da de bruces con la gran mentira existencial del “primer Estado de obreros y campesinos en suelo alemán”, plasmada en una fotografía de grandes dimensiones que recoge el histórico apretón de manos entre Otto Grotewohl y Wilhelm Pieck. Con ello se simboliza la unificación forzada del SPD con el KPD, cuya resultante sería el SED, el 21 de abril de 1946, una fusión que significaba el fin del sistema pluripartidista en la zona de ocupación soviética.

Si se recorren otras salas de este museo de historia situado en Berlín occidental, se aprecia claramente el dilema con que se enfrentan los planificadores del museo que se pretende construir en el sector occidental. Porque en aquél se exponen objetos relativos a la historia reciente de Alemania que son de suma importancia. Ningún museo puede existir si en él no se exhiben piezas originales de notoria significación. Ahora bien, ¿de dónde han de venirle semejantes piezas al Museo de Berlín Oeste? Desde luego, no de los museos regionales germano-occidentales, celosos guardianes de las tradiciones particularistas alemanas. Y cuáles son los precios exorbitantes que en los mercados internacionales de arte se pagan por piezas destacadas, lo evidenció hace sólo unos años la adquisición de un evangelario de Enrique el León, un oponente de la dinastía de los Hohenstaufen en el siglo XIII, por el que hubo que satisfacer un precio de más de treinta millones de marcos. Si los costes de la construcción de ese proyecto museístico –la obra más ambiciosa emprendida en la historia de la RFA– se calculan en 500 millones de marcos, habrá que duplicar esta suma para dotar a ese museo histórico de piezas que se salgan de lo corriente. Bajo tales auspicios, seguramente es acertado abordar por etapas este proyecto para dejar a su realización el tiempo suficiente. La primera piedra fue colocada el año pasado por el canciller federal en el marco de las celebraciones del DCCL aniversario de la ciudad de Berlín.

Perspectivas

La intensificación del movimiento de viajeros entre los dos Estados alemanes y el súbito aumento del número de autorizaciones concedidas a ciudadanos de la RDA en edad laboral para efectuar visitas en el extranjero, además de los fenómenos a nivel político, han conducido a que en ciertos países occidentales se formulen conjeturas en el sentido de que algo se está moviendo ya en la “cuestión alemana”. Hay que descartar estas conjeturas.

No cabe desconocer, en cambio, que el diálogo interalemán se ha hecho más fácil. Este diálogo ya no es tan crispado como lo fuera todavía en los años sesenta, cuando lo único que se tenía presente era el binomio conceptual marxismo-capitalismo. Entre las observaciones de los alemanes occidentales, que año tras año baten nuevas marcas en cuanto a viajes al extranjero, figura la de que las mentalidades y los Estados nacionales son mucho más resistentes a cualquier cambio de lo que se había esperado en medio de la euforia europeísta de los años cincuenta. Por ello, casi inevitablemente, se está produciendo algo así como un “regreso a Alemania”.

Este no es, en modo alguno, sentimental. Pero cuando se produce un encuentro entre un germano-occidental de cuarenta años con un colega de la RDA aproximadamente de la misma edad, se comprueba inevitablemente que hay algo que se asemeja a un diálogo alemán. Hay muchas razones para que esto sea así, porque sucede que el diálogo entre alemanes es más intenso –al menos, cabe suponerlo– que con un austriaco o un suizo. Cabe objetar, ciertamente, que el gran Estado nacional alemán sólo ha existido entre 1871 y 1945 con exclusión de considerables áreas germano-hablantes. Pero esto no explica las relaciones interalemanas de hoy. Posiblemente, su significado no guarde ninguna relación con las experiencias colectivas comunes en siglos pasados, sino con la impronta que dejaron las experiencias de la catástrofe de 1945. Presumiblemente son los recuerdos del holocausto y el hecho de que sean sobre todo los diecisiete millones de ciudadanos de la RDA quienes paguen individual o colectivamente el desenlace de la II Guerra Mundial lo que hará que los alemanes en ambos Estados soporten todavía durante mucho tiempo la división. En todo caso, deben evitarse los pronósticos que afirman que, dada la actual situación en Europa, la cuestión alemana está, de hecho, resuelta. Los medios electrónicos de comunicación de masas a los que se suele denotar por la superficialidad y arbitrariedad de sus imágenes, desempeñan un papel de creciente importancia en el actual diálogo interalemán, pues se saltan fácilmente la barrera erigida por la clase dirigente en la RDA. Los sucesos acaecidos en torno a la iglesia de Sión, en Berlín oriental, no se pueden aislar del exterior, y toda intervención del poder político refuerza el torrente de noticias que, aún en el mismo día, refluye al escenario mismo de los hechos. En las pantallas de los televisores la nación alemana culturalmente indivisa es más que nunca una realidad, pero queda por ver cuáles serán los efectos a largo plazo.

También es asombroso lo que en los últimos años ha acaecido en la esfera de los intercambios deportivos, en la que los atletas de la RDA, que cosechan extraordinarios éxitos en el plano internacional, evitaban durante mucho tiempo cuidadosamente los micrófonos y las cámaras de los medios de comunicación occidentales. Hoy, la entrevista con un vencedor olímpico de la RDA –por ejemplo, la campeona de patinaje artístico sobre hielo, Katharina Witt– es algo perfectamente normal y corriente. En esos acontecimientos reflejados por los medios de comunicación suelen evitarse cuestiones relacionadas con el sistema, lo que algunos probablemente lamentarán. Pero ¿es realmente necesario invocar a gritos la existencia de una nación alemana de lo cultural? ¿No es lo mejor que exista de un modo silencioso y por ello tanto más convincente? Parece, por lo tanto, que después de los reveses y la ausencia de diálogo de los años cincuenta y sesenta, en la pasada década ha tomado forma una comunidad cultural de ambos Estados alemanes que es tan importante como la existencia regulada por tratados. Y esta comunidad es hoy más vigorosa que en cualquier momento anterior de los cuarenta y tres años que viene durando la división de Alemania: la comunidad de lengua y literatura, arte y teatro, música y “ballet”, ocio y deporte, con el añadido de la conciencia de su dimensión histórica.

La cuestión alemana desde la Segunda Guerra Mundial

Michael Stürmer

No lejos de donde el Mosela confluye con el Rin se levanta la iglesia románica de San Cástor en la periferia norte del antiguo casco urbano de Coblenza. Enfrente del pórtico principal hay una fuente con esta dedicatoria: *A Napoleon le Grand*, en recuerdo de la Grande Armée camino de Moscú para aniquilar el despotismo zarista. Debajo hay una inscripción que reza: *Sous la préfecture de Jules Doazan*; finalmente, una segunda y lacónica inscripción de este tenor: *Vue et approuvé par nous, Cdt. Russe de la Ville de Coblentz*. La primera data de 1812, cuando Coblenza era una fortaleza del imperio galo; la segunda de 1814, cuando la Cuarta Coalición triunfaba sobre Napoleón.

No hay muchos lugares en el mundo que brinden un curso práctico de historia comparable a éste: Alemania es uno de ellos... La fuente de Coblenza es un reflejo anecdótico de la cuestión alemana, cuya expresión histórica queda determinada por el hecho de que el escenario de Alemania, situado en el centro de Europa, ha sido siempre su primer factor condicionante. La forma política de esta cuestión –ayer, hoy y mañana– presenta una doble vertiente, a saber: a quién pertenece Alemania, qué lugar corresponde a los alemanes. Siendo esto así, en lo que se refiere a la cuestión alemana, y como consecuencia de la misma, la estructura de Europa está vinculada de manera existencial e indisoluble a la situación constitucional y espiritual de los alemanes. El ilustre historiador francés Fernand Braudel dio a su último libro, publicado en 1986, el título *L'identité de la France*; la obra culmina con este interrogante: *La géographie a-t-elle inventé la France?* La respuesta radica en el hexágono y en la historia que lo configuró y lo sigue llenando hasta nuestros días. En lo que concierne a la historia de Alemania, esta pregunta estaría mal formulada, porque no, fue la geografía la que inventó á Alemania, sino que la Alemania política fue surgiendo en incesante lucha con la geografía de Europa, y es esta lucha lo que continúa determinando hasta hoy la existencia de la dividida nación alemana entre el imperio continental soviético y la alianza marítima atlántica. La historia de Alemania siempre ha

El doctor **Michael Stürmer** es catedrático de Historia Moderna en la Universidad de Erlangen y director de la Fundación “Wissenschaft und Politik”; con sede en Ebenhausen.

tenido por escenario los lugares donde todas las penínsulas europeas están unidas entre sí y a la masa continental eurasiática, donde todas las rutas estratégicas se entrecruzan, todas las ideas se fecundan mutuamente y todas las fuerzas económicas encuentran sus plataformas de distribución. Por eso, a lo largo de siglos –desde la Paz de Westfalia hasta Bismarck–, Alemania fue el contrapeso y el respaldo del sistema de las potencias europeas, convirtiéndose en 1945, cuando llegó la hora final de la tiranía hitleriana y también del Estado bismarckiano, en eje y pivote del sistema mundial en el que vivimos hasta la hora presente. Y porque esto ha sido y sigue siendo así, la llamada “cuestión alemana” lleva un nombre desacertado. Jamás a lo largo de la historia fue propiedad exclusiva de los alemanes ni pudo nunca llegar a serlo, cualesquiera que fueran las revisiones políticas a que fue sometida la geografía. Y hoy lo es menos que nunca, siendo ésta la razón de ambos extremos: las presiones que desde el exterior se ejercen sobre la República Federal de Alemania y la nueva inquietud que desconoce todavía su propio rumbo.

Alemania, pero ¿dónde está? Desde que Goethe y Schiller, en 1797, se plantearan este interrogante en las *Xenien*, la respuesta nunca ha sido exclusivamente y ni siquiera preponderantemente geográfica. La pregunta abarca tanto la “cuestión alemana”, como la de la decisión sobre Europa y la de su configuración; se trata de su enraizamiento tanto en el talante intelectual de Europa central, como en el sistema de las potencias mundiales. Todo esto interesa en España y en otros lugares, menos con la mirada puesta en el pasado que desde la perspectiva del futuro. Ahora bien, éste se nos presenta hoy más incierto, más abierto y más cuestionable (en el sentido propio del término) que en las cuatro últimas décadas. El mundo está en movimiento, están apareciendo nuevas constelaciones de ideas y poderes, los viejos equilibrios se desplazan, las relaciones de fuerzas se resisten al pronóstico, la ecuación de seguridad Este-Oeste encierra nuevas incógnitas. Se plantea así, una vez más, la cuestión del futuro de Alemania y, vinculada a ella, la del futuro de Europa. En la medida que nos interrogamos por los factores determinantes del presente, buscamos los condicionantes del futuro. De ahí la división en tres partes de lo que nos proponemos decir aquí acerca de las condiciones de la cuestión alemana en el ámbito de la política internacional. Es decir: en primer término, del ocaso y derrumbamiento del sistema de las potencias europeas; seguidamente, de la transición desde el condominio de los vencedores a la guerra fría entre las superpotencias y la contención del imperio soviético bajo el signo de la prolongada estabilidad nuclear y de la *Pax Americana*; por último, del presente y de la pregunta sobre el papel de los alemanes en el futuro.

“The great seminal catastrophe of our century”

En 1914 comenzó lo que Goerge F. Kennan llamaría *The great seminal catastrophe of our century*. Empleaba esta terminología en un libro sobre

la decadencia del sistema bismarkiano de alianzas, identificando a Francia y Rusia como potencias revanchistas y al Imperio alemán y a Austria-Hungría como gestores del *statu quo*¹. Sin embargo, el centro de esta catástrofe originaria lo ocupaba desde un principio Alemania, si bien las causas de semejante estado de cosas radicaban no tanto en el ambivalente legado de Bismarck, ni en el particular modo de ejercer el poder de las elites guillermianas, como en la geografía e historia de Europa.

Porque en el espacio ocupado por Alemania, la paz de Westfalia había vinculado la configuración de Europa central al estado de reposo de las grandes potencias. Allí, en tiempos de Marlborough y del príncipe Eugenio de Saboya, el *iustum potentiae equilibrium* de la paz de Utrecht había encontrado su contrapeso; allí los zares se aseguraron, después de la Paz de Hubertusburgo, su *glacis* polaco; allí, durante la época napoleónica se tomaron las decisiones sobre equilibrio o hegemonía; allí se tasó, tras el Congreso de Viena, el sistema de poderes de la Restauración, con Prusia y Austria como potencias alemanas rectoras y guardianes del *repose of Europe* (Castlereagh)². Allí también se desbarató económica y psicológicamente, en 1848-1849, el orden instaurado en Viena y encontró su eje el sistema de alianzas bismarckiano; allí, finalmente, cuando con el cambio de siglo los horizontes europeos se extendieron a los Siete Mares, el despegue de una política de dimensiones mundiales se convirtió en un peligro para el continente.

Allí donde, a lo largo de los siglos, las potencias europeas –en fases alternativas de auge y declive– habían buscado el equilibrio de poder y los modos de reasegurarse, también tenían que recaer finalmente, a partir de 1917, las decisiones sobre la futura configuración del mundo. La entrada de Estados Unidos en guerra convirtió la contienda europea en mundial. La revolución bolchevique, por su parte, hizo que la guerra entre las grandes potencias adquiriera el carácter de guerra civil mundial: por vez primera, la *pax soviética* se enfrentaba a la *pax americana*. Pero, desde un punto de vista operativo, había un interludio entre los dos proyectos antagónicos de configuración del mundo, y ese interludio se llamaba Alemania. Porque Lenin enseñaba, cosa que sus discípulos no han olvidado hasta hoy: en Berlín está la llave de Alemania y en ésta la llave de Europa. Lenin prometía la paz universal a través de la revolución mundial y fracasó, no obstante, al tratar de llevar la revolución a Alemania. Wilson prometió a los pueblos “*To make the world safe for democracy*” y, sin embargo, no consiguió inculcar a los europeos el supremo arte de concertar la paz. El unilateralismo americano y la guerra civil rusa abandonaron Europa en 1918 a los fantasmas de su propio pasado.

La nueva constelación mundial de 1917 fue anulada una vez más, pero su condición inestable dio una oportunidad a Hitler –después del fracaso de la República de Weimar– para poner en práctica, desde el centro mismo de Europa, su proyecto mundial de signo totalitario: revolución contra todas las revoluciones, una guerra de aniquilación inspirada en ideologías racistas: todo esto, amparado en el mito del fin de la historia, de un milenio sangriento. El futuro de Alemania y de Europa fue lanzado por Hitler a

un juego apocalíptico del todo o nada. Lo que Raymond Aron llamó la Guerra de los Treinta Años del siglo XX³ se convirtió así –después de la del siglo XVII– en la otra gran catástrofe de la historia de Alemania y, de este modo, inexorablemente también, de la de Europa.

“ Guerre improbable, paix impossible ”

El año 1945 marca la inflexión más profunda en la historia universal desde el ocaso y la caída del Imperio romano. Pero, en parte alguna fue esta ruptura más abismal, dramática y peligrosa que en Centroeuropa. El moderno sistema mundial surgió entre el levantamiento de Varsovia en el verano de 1944, que marcó el principio del fin de la coalición antihitleriana, y el bloqueo de Berlín cuatro años más tarde, que la destruyó. Pero si el *Reich* alemán se hundía, ¿de quién sería la Europa comprendida entre el Vístula y el Rin? Aun antes de que la guerra terminara, este interrogante se convirtió en la cuestión decisiva de la política mundial, pero no halló respuesta. Después de Yalta, Churchill comentaba a su secretario particular: “*What will lie between the white snows of Russia and the white cliffs of Dover?*”⁴. Y luego, recordando el Congreso de Viena y la dureza de Castlereagh: “*I have not the slightest intention of being cheated over Poland, not even if we go to the verge of war with Russia*”⁵.

El Tercer Reich había sido abatido, arrastrando en su caída al nacionalismo; había comenzado la división. Quedaba en pie la cuestión alemana, que ya separaba a los vencedores cuando la tinta del acta de capitulación aún no se había secado. El 12 de mayo de 1945, Churchill advertía contra el telón de acero que los soviéticos habían bajado. Desde ese momento, la idea del condominio compartido con aquéllos ya no era más que una ilusión de los americanos, si bien legitimaba todavía la cesión de Turingia, Sajonia y Mecklemburgo y la entrada de los aliados occidentales, según lo estipulado, en el sector oeste de Berlín, a primeros de julio de 1945. Sobrevivió este condominio a la prueba de la primera bomba atómica en el desierto de Nuevo México y a las ambigüedades y meros compromisos formales (que no de fondo) de la conferencia de Potsdam. En ésta dominaba todavía la creencia de que había que ofrecer a los soviéticos un precio para que declarasen la guerra a Japón. Se creía también poder disponer de Alemania como de un conjunto administrativo y económico – “Germany as a whole” – y que todo lo definitivo podía dejarse para el futuro Tratado de paz, cuando en realidad, entre la política soviética de expulsiones y aniquilación en el este, la soviétización del centro y un trato moderado en el oeste, la suerte del país estaba echada desde hacía mucho tiempo.

Lo decisivo no eran los análisis de Churchill, sino los intereses de Estados Unidos. En Yalta, Roosevelt había repetido lo mismo que dijera a lo largo de toda la contienda: que las últimas tropas norteamericanas abandonarían Europa dos años después del día de la victoria⁶, afirmación que en Stalin suscitaba una satisfacción anticipada por la herencia que iba a

recoger, a la vez que sumía a Churchill en la incertidumbre. Sin embargo, en las últimas horas de Potsdam comenzó a cambiar la política americana. Stalin exigía una participación en el control de la cuenca del Ruhr de 200.000 hombres del ejército rojo, lo que venía a significar que, después del Elba, los rusos exigían el Rin. Truman rechazó de plano esta pretensión, porque una vez que el ejército rojo se hubiese instalado a orillas del Rin y el ejército USA retirado a Carolina del Sur, Europa Central estaría perdida y ya no sería posible sostener la costa oriental situada frente a los Estados Unidos. Truman aprendió en unas horas lo que su predecesor no acertó a comprender en años: que la decisión entre la pax americana y la pax soviética se jugaba en esa franja de terreno de 300 kilómetros situada entre el Elba y el Rin que desde 1949 recibe el nombre de República Federal de Alemania.

El Reich estaba aniquilado, los alemanes se habían convertido en un objeto a la merced de los vencedores y fue entonces cuando –sin intervención de los alemanes y contra la voluntad de los vencedores– la “cuestión alemana” empezó a tomar cuerpo, obligando a Stalin y Truman a calibrar mutuamente el potencial del enemigo. El Reich estaba derrotado y, en medio de los escombros de lo que antaño fuera Berlín, Truman pensaba en Nínive y Cartago⁶. Mientras, la “cuestión alemana” fue separando a los vencedores de 1945 y sigue separando a las superpotencias de 1988. La lógica de la situación europea definía en aquel entonces el centro de la guerra fría y define hoy día el lugar donde el sistema atlántico debe hincar su segundo pilar o romperse; es decir, todas las consecuencias directas e indirectas que de ello resultan, incluida la seguridad de los países neutrales. “Alemania es el punto que une al mundo o bien lo escinde en bandos contrarios”, decía en 1946 Georges Bidault, ministro de Asuntos Exteriores de De Gaulle. En aquella época, la Unión Soviética de Stalin pretendía resolver por sí sola y en única instancia la cuestión alemana; una pretensión que hizo coincidir los intereses de potencia mundial de los Estados Unidos, los intereses de seguridad de los europeos occidentales y el interés por sobrevivir de la mayoría de los alemanes. Nadie vio con mayor clarividencia la oportunidad inherente a esta situación que un anciano de Rhöndorf, a, orillas del Rin, Konrad Adenauer, que convirtió la oportunidad en el futuro de la Alemania occidental dentro del marco de la estructura atlántico-europea⁷.

Pero la República Federal de Alemania no surgió del gran proyecto de Adenauer, sino de la lógica de la bipolaridad. No era, como agudamente lo formuló Karl Kaiser en cierta ocasión, un Estado en busca de su política exterior, sino el fruto de una política exterior en busca de un Estado. La Constitución, la economía social de mercado, la solidaridad entre los interlocutores sociales, el dolor causado por la herida de la nación dividida, mitigado por la esperanza de conseguir algún día la unidad alemana en Europa, así como la conciencia de encontrarse esta vez del lado de los batallones más fuertes: todo esto, no eran sino diferentes aspectos de un mismo sistema de seguros contra la Unión Soviética y contra el potencial explosivo histórico de la “cuestión alemana”. Y desde que todo esto, hace

algunos años, amenaza con torcerse, el Gobierno federal alemán calificó en 1982 esta constelación fundacional de “razón de Estado”, empleando un concepto hoy en día arrumbado.

El sistema mundial de condominio, de 1945, no pasó de ser un episodio, si bien dejó su impronta en la política actual: desde la cláusula de “Estado enemigo” en la Carta de las Naciones Unidas, pasando por el calificativo de “Grupo de las fuerzas armadas soviéticas en Alemania”, hasta el status del Gran Berlín y la responsabilidad de las cuatro potencias *de y sobre* Alemania. Y, sin embargo, seguimos viviendo en el sistema mundial de 1948-49, un sistema que surgió en el punto de intersección de tres líneas de desarrollo:

- La política fue globalizada definitivamente y constreñida a doblegarse a un sistema bipolar.

- El pequeño cabo que sobresale del continente asiático, llamado Europa, fue reafirmado frente a la amenaza totalitaria, aunque al precio de la división de Alemania entre el imperio continental expansivo soviético y la improvisada alianza marítima americana.

- Sin embargo, la guerra por la sucesión del Reich alemán y, en consecuencia, por Europa no tuvo lugar, porque el conflicto fue nuclearizado, impidiéndose su proyección militar mientras subsista el *rough balance*⁸.

Desde entonces es válida la frase que Raymond Aron acuñó en 1947: *Paix impossible, guerre improbable*⁹.

¿Resurge la “cuestión alemana?”

Pierre Hassner, discípulo de Aron e influyente ensayista, formulaba en 1982 esta pregunta: “¿Resurge la cuestión alemana?”¹⁰. Era el momento álgido de la crisis de los misiles, el Gobierno Schmidt-Genscher se descomponía y no se sabía si la política de Bonn iba a tener la voluntad y fuerza necesarias para asumir su papel clave en el desarrollo de la “doble resolución” de la OTAN. El interrogante planteado por Hassner recordaba al mundo, no sin aspereza, que en la situación de la Alemania dividida hay atadas fuerzas materiales y espirituales que bien pudieran promover una república diferente en otro sistema mundial.

En 1959, fecha de nacimiento de la Comunidad Europea, la integración en Occidente de la República Federal estaba realizada en el “gran proyecto” de Adenauer y Truman; económicamente se había plasmado en la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (C. E. C. A.) y, militarmente, en la integración de las fuerzas armadas alemanas en el Tratado del Atlántico Norte. Había en esta política un grave *quid pro quo*: Occidente ofrecía a los alemanes prosperidad, inmunidad y seguridad (el artículo 7º del Tratado alemán de 1952 así lo estipula hasta hoy), además de apoyo a sus objetivos nacionales. Los alemanes, a cambio, ofrecían a Occidente indispensables elementos de seguridad: territorio y tropas, así como un orden de convivencia democrático y una economía floreciente. Ello ha sido calificado de “doble contención”: la “gran contención”. frente a la

Unión Soviética, porque sin la República Federal de Alemania,, como Truman dejó escrito en sus memorias, la defensa de Europa occidental no habría sido otra cosa que “*a rearguard acción on the shores of the Atlantic Ocean*”¹¹. Pero también la “pequeña contención” del desasosiego alemán: se integró la cuenca del Ruhr y se encuadró el potencial nuclear alemán en el Euratom; la Bundeswehr fue el único ejército de la Alianza que quedó plenamente integrado y sin Estado Mayor propio. Entre las condiciones de la aparición de la Alianza figuraba la renuncia a priori a aquello que los alemanes de todos modos no debían recibir: armas nucleares. Hasta nuestros días ello ha dado lugar a un dilema que, con modalidades diversas y aun contradictorias, ha venido planteándose una y otra vez: el de que la RFA sólo puede ser protegida nuclearmente, pero que esta protección depende de que los Estados Unidos pongan su propia existencia en el platillo de la balanza de la paz en Europa. Semejante situación no sólo da pie a los soviéticos para variaciones renovadas sobre el tema del desacoplamiento, sino que induce también a los americanos a reflexionar sobre el valor o la inutilidad de las “*entangling alliances*”¹². También el armamento nuclear francés debe ser analizado en este contexto. Se parte de la base de que al este de Estrasburgo hay tropas amigas defendidas por armas nucleares amigas. Pero al mismo tiempo es, psicológicamente, una especie de garantía contra el descenso de Francia al nivel de potencia media y un reaseguro contra eventuales aventuras soviéticas, el unilateralismo americano y las “*incertitudes allemandes*”. Precisamente este estado de cosas ha forzado a los franceses, a partir de 1983 –cuando Mitterrand se pronunció ante el Bundestag a favor del establecimiento de misiles–, a aceptar un compromiso político y militar al este del Rin que revisa punto por punto la política de De Gaulle. En el otoño de 1987, la “fuerza de acción rápida” francesa y contingentes del ejército federal alemán efectuaron en el sur de Alemania, a lo largo de la antigua vía de comunicación entre Ulm, Aspern y Austerlitz, las mayores maniobras militares jamás realizadas conjuntamente por alemanes y franceses. Su mensaje apuntaba hacia el interior y también iba dirigido al Este.

Para los alemanes, la transición de la guerra fría a la distensión se produjo del modo más violento, coincidiendo con la doble crisis en torno a Berlín y a Cuba¹³. Cuando los comunistas alemanes levantaron el muro sin que cayera ningún rayo del cielo, los ciudadanos de la RFA supieron que la RDA estaba allí para permanecer y que América garantizaba el *statu quo*, pero ni un metro más. Surgía una nueva modalidad del sistema mundial bipolar, la distensión, fruto legítimo del temor y de la razón. Los alemanes de la década de los años sesenta hicieron bien en dejarse presionar por Occidente. A la vista de ° la situación en torno a Berlín, de las miserables condiciones de vida de los habitantes de la RDA y, sobre todo, de la búsqueda de un margen de maniobra en política exterior (y no me estoy refiriendo a la libertad de movimientos), se inició en la era Erhard-Schröder aquella política que posteriormente, entre el entusiasmo del Este y la escasa confianza de Occidente, llegaría a ser la “*Nueva Ostpolitik*”¹⁴. Los Tratados de Moscú y Varsovia, aunque todavía de carácter más que

nada retórico, fueron, sin embargo, importantes. El Acuerdo cuatripartito sobre Berlín no creaba nuevas bases jurídicas, antes bien, se fundaba en las antiguas: dejaba expedito el camino para el Tratado sobre los fundamentos de las relaciones entre la RFA y la RDA, a la que limitaba su alcance. Hasta hoy, Berlín sigue siendo para Occidente algo así como el imperdible que mantiene unido el conjunto, en tanto que para la URSS representa el extremo superior de la cremallera europeo-occidental. Este y Oeste comparten en secreto la opinión de que el nudo de la cuestión alemana está en Berlín y que sería poco prudente deshacerlo; menos aún, cortarlo. Sólo en las confusas zonas marginales de la política alemana las cosas se ven de modo distinto.

A las otras hipótesis del Gobierno Brandt-Scheel, de mayor alcance que las apuntadas hasta aquí en lo que a la situación de Alemania entre el Este y Oeste se refiere, se debía el malestar con que Washington, Londres y París observaban la Ostpolitik.

Ante un enviado de la Unión Demócrata-cristiana que fue a sondearle, Henry Kissinger hizo por aquel entonces el siguiente análisis (anotaciones de Birrenbach): “En su opinión, la RFA no dispone por sí sola de suficiente poder para implementar su Ostpolitik sobre una base puramente nacional. Sin el paraguas militar de la Alianza, su existencia peligraría especialmente en la cuestión de Berlín, pero también en otros aspectos. En cuanto a su seguridad, dependería, por tanto, claramente del apoyo de sus aliados, en especial de los Estados Unidos. La Ostpolitik sólo podría tener éxito si a la vez fuera sustentada por la Alianza occidental. De no ser así, la RFA carecería de medios para arrancar a la Unión Soviética verdaderos compromisos¹⁴”.

Kissinger prevenía con sus palabras simultáneamente contra dos desarrollos posibles: 1.º El Gobierno de Bonn debía mantener bajo control un proceso “que, en caso de malograrse, podría poner en peligro su supervivencia política y, en caso de tener éxito, adquirir una dinámica que, en determinadas circunstancias, sería susceptible de dar al traste con la estabilidad política interna de Alemania”. 2.º Si en Alemania surgiesen tendencias nacionalistas, éstas despertarían el recelo de los aliados en cuanto a la fiabilidad de la RFA.

La evolución posterior, ¿ha dado la razón a ese protagonista de la política mundial que reflexionaba en términos históricos? En todo caso, supo identificar en 1972 las dos tentaciones que constituyen hoy el núcleo del interrogante sobre el rumbo que sigue la RFA: la anticipada y previsoramente adaptada a la concepción imperialista de la URSS y un giro emotivo contra Occidente. Ahora bien, estas dos tentaciones no nacían exclusivamente de impulsos alemanes; antes bien, convergían en ellas las grandes líneas del desarrollo de la década de los años setenta, contribuyendo conjuntamente a que la cuestión alemana comenzara a moverse en sus cimientos y continúe moviéndose. Así, pues, lo que hoy importa es no sólo rechazar estas tentaciones y rebeldías, sino también analizarlas y disciplinarlas en una concepción global del futuro de Europa: en esa concepción, la RFA desempeña, quiéralo o no, un papel clave.

Veamos primero los desarrollos internos que desde 1967-68 fueron modificando las reglas del juego. La denuncia de la restauración y la promesa de una auténtica democracia a finales de los años sesenta significaban ya, en rigor, la cancelación del “texto en letra pequeña”, de la “unspoken assumptions”, de la política de Adenauer. La fase de reconstrucción había terminado, una nueva generación se lanzaba a la búsqueda de nuevos horizontes; la concepción trágica de la historia de los fundadores fue reemplazada por el sueño progresista de la izquierda y la tecnocracia de la derecha: el hombre como dueño de sus destinos sometiendo el mundo a su voluntad (incluido el petróleo, muy barato por entonces). Pero ya la OPEP estaba afilando el arma del petróleo; el Club de Roma emitía sombríos pronósticos y el tema del hormigonado de la última superficie verde comenzaba a monopolizar las conversaciones en las fiestas de la gente bien. El paraíso del progreso terminó un sábado por la mañana en octubre de 1973: la guerra de Yom-Kippur cambiaría el mundo. “Cambio de tendencia” sería el nombre para designar un nuevo modo de sentir el presente. “Se acabó lo que se daba” fue el comentario con que Helmut Schmidt despidió a su antecesor.

Estanflación era el nuevo término para designar algo no previsto en los Tratados de economía política que desde la crisis del petróleo amenazaba con convertirse en el destino de las democracias industrializadas. Las luchas por el reparto se hicieron más ásperas. Un keynesianismo tardío y el trauma de la crisis económica mundial que se había producido cuarenta años antes justificaron todavía durante algún tiempo los programas estatales de carácter coyuntural, la acumulación de deudas y la disposición de dinero fácil hasta que ya no se pudo pagar. El talante básico cambió. La izquierda europea se vio privada de lo que durante doscientos años la había convertido precisamente en eso, en izquierda: la fe en el progreso y en la factibilidad de la felicidad. Eran inevitables las divisiones a lo largo del conflicto generacional y del antagonismo entre los valores industriales y posindustriales, impulsado todo ello por la romántica reacción contra la sociedad industrializada, el viejo anhelo anticapitalista de los alemanes, la “flor azul” del Romanticismo y el clima de partida hacia un nuevo movimiento de la juventud. Todo esto sigue atribulando a la política alemana hasta nuestros días y continuará afectándola; durante algún tiempo.

El escenario de la política internacional experimentó cambios no menos dramáticos. En Vietnam acabó el sueño y con él la creencia alemana de estar del lado de los batallones más fuertes. El redescubrimiento del marxismo se conjugaba con la maldición del *American way of life*. Es cierto que aún se lograron el SALT 1 (en 1973) y, consecuentemente, el tratado ABM (1972) y la apertura hacia China¹⁵. En el espacio se acoplaron en 1976 un laboratorio espacial americano y otro soviético, simbolizando así una *détente* que había dejado de existir. Las agonías en Vietnam y los dolores del Watergate paralizaban a América, mientras la URSS, bajo la égida de Breznev, se equipaba fiel a su automatismo con armamento convencional, exhibía su poder proyectándolo espectacularmente hacia

África, enviaba, por vez primera desde los zares, una *blue water fleet* al Atlántico y al Pacífico, apuntaba hacia Europa una nueva generación de misiles de alcance medio de gran precisión y se empeñaba tenazmente en anular la histórica invulnerabilidad de América mediante la paridad nuclear.

A la vista de estos cambios en la situación geoestratégica, era de esencial importancia vincular la seguridad alemana a la de Europa y ésta a la de América, con el fin de neutralizar la proyección del poderío soviético mediante el emplazamiento de misiles americanos de alcance medio en Europa confirmando así la comunidad de riesgos atlántica. Así nació la llamada doble resolución de la OTAN de diciembre de 1979, que preveía el estacionamiento de misiles en Europa pasados cuatro años, a no ser que la URSS retirase su nueva amenaza antes de transcurrir este plazo¹⁶. Por entonces, a los tres jinetes del Apocalipsis de principios de los años setenta –escasez de recursos, insuficiencia de energía y catástrofe ambiental– vino a sumarse el cuarto, y lo que llevaba grabado en la frente era el temor a los misiles. Resumiendo todo esto, Aron escribía en su gran ensayo sobre “Los últimos años del siglo” esta frase: “El hecho de que Estados Unidos no pudiera conservar su superioridad nuclear, en tanto que la URSS disponía de unas fuerzas armadas en continuo incremento, me parece una de las razones del desconcierto moral en la RFA¹⁷.”

La época de la pax americana, de la reconstrucción de Europa y de la fe de Alemania en el progreso made in USA terminó al comienzo de la década de los años ochenta. Los anclajes del sistema mundial van cediendo y, a resultas de esta situación, también los de la “cuestión alemana”. Los Estados Unidos vuelven al rechazo histórico de las “*entangling alliances*” que George Washington les legó en su mensaje de despedida, y en parte alguna se aprecia esto más nítidamente que en el tratado sobre los misiles de alcance medio y en el extenso informe de Iklé y Wohlstetter que lleva por título *Discriminate deterrence*, o sea, una disuasión a la medida¹⁸. América no puede ya garantizar la paz y extrae las consecuencias, que también en Alemania se indagan. Los *slogans*, emanados en gran parte de la política interior, causan confusión entre sus vecinos y en no menor medida entre los propios alemanes. ¿Qué significa desde 1985 el concepto de “Centroeuropa”? ¿Qué quiere decir la “participación en la seguridad” frente al poder del que procede la principal amenaza? La cooperación franco-alemana, ¿debe ser más vinculante para los alemanes o para los franceses? ¿Cuál habrá de ser el futuro equilibrio entre Europa occidental, la Unión de Europa occidental (UEO) y el “pilar europeo”, por una parte, y la garantía última al otro lado del Atlántico, por otra? La disuasión ampliada “*extended deterrence*”, ¿está técnica y moralmente acabada, o simplemente, como consecuencia de la reestructuración de la URSS, se ha hecho superflua? ¿Qué impulsos nos llegarán en el futuro de la Rusia de Gorbachov? A la *perestroika* económica, ¿seguirá la militar? Desde el acuerdo INF, ¿está en marcha la desnuclearización de Europa y es acaso irrefrenable? ¿Pueden sustituirse las armas nucleares por otras convencionales? La defensa convencional de Europa, ¿es posible y deseable? A través de

estos conceptos e interrogantes, su mezcla, correlación y antagonismo, se decidirá el futuro políticoestratégico, sobre todo el de los alemanes.

Conclusiones

En el gran juego en torno a Europa, en cuyo centro está Alemania desde hace siglos, la RFA fue, en la hora de su nacimiento, más objeto que sujeto; no podía ser de otro modo. Pero la política mundial es mudable, nuevas influencias se dejan sentir, los hijos reprueban la obra de sus padres, las *unspoken assumptions* de los primeros años ya no son comprendidas por los herederos y cada generación reivindica para sí el derecho a buscar su propia felicidad... o infelicidad. Lo que Benjamin Disraeli decía hace ahora cien años, refiriéndose a la *German revolution* de Bismarck¹⁹, tiene hoy resonancias irónicas y dramáticas a la vez: “*You have a new world, new influences at work, new and unknown objects and dangers with which to cope, at present involved in that obscurity incident to novelty in such affairs*”²⁰.

Al amparo de la pax americana nuclear, Europa occidental ha experimentado un renacimiento que en 1945 no se podía vislumbrar ni planificar. Pero la época de posguerra toca a su fin; el sistema bipolar empieza a moverse: ¿cuál será el papel de Europa? ¿Quién dará una nueva respuesta a la vieja “cuestión alemana”? Las superpotencias se alzan sobre horizontes que han cambiado. Europa no es el cliente que era, pero no es todavía la gran potencia atlántica que tiene que ser en asociación con los Estados Unidos, ese segundo pilar de la Alianza que hace de América hoy la primera potencia mundial y garantiza a la mayoría de los europeos prosperidad y seguridad. En esta situación, muchas miradas se dirigen hacia el coloso económico del centro de Europa cuyos perfiles denotan, sin embargo, que ha surgido de catástrofes. Los propios alemanes se preguntan cuál será su papel. El enarca y empresario francés Alain Minc escribió que, por la fuerza de las circunstancias y de la geografía, la parte libre de Alemania ha vuelto a ser la potencia europea clave²⁰. Pero ¿quién tiene en sus manos esa llave, y en qué sentido la hará girar? La herida de la división permanece, el peso del pasado no ha disminuido, el temor ante el futuro aumenta.

Como las encuestas demuestran, el país que está en el centro del continente es también un país que muestra un ego ostensiblemente débil y una falta de confianza en sí mismo y en los demás; esta discrepancia entre el peso económico y el papel estratégico clave, por un lado, y la renuencia a asumir su responsabilidad y su función rectora europea, por otro, contribuyen al carácter incierto de la situación europea.

“*An economy in search of political purpose*” (como Henry Kissinger calificó a la RFA hace diez años) no estaría suficientemente dotada para su misión. En ninguna parte se ve esto con más claridad que en Francia, y fue un hombre de la Resistencia francesa, un ilustre diplomático y amigo de Alemania, Jean-Marie Soutou, quien en 1986 escribía estas frases en el diario “Frankfurter Allgemeine Zeitung”:

“Todos nosotros necesitamos una conciencia nacional alemana sin intenciones ocultas y sin arrogancia; una conciencia nacional que sea comprensible y transparente para nosotros. La necesitamos para todo aquello que sigue siendo esencial: para que progrese la unidad de Europa y se mantengan y consoliden las relaciones de confianza y solidaridad entre EEUU y Europa en el marco de la Alianza, de vital importancia para todos nosotros; para que Europa asuma por fin una responsabilidad directa sobre su propia seguridad y supere la sensación de ser un elemento más del equilibrio estratégico global; para que con la máxima eficacia respondamos al llamamiento que la Europa cautiva dirige hacia nosotros, esa Europa a la que pertenece también la parte oriental de Alemania; y para que, por fin, puedan establecerse relaciones estables y sinceras con Moscú que pongan término a la carrera por obtener favores especiales de la URSS y que hagan posible a la vez una política de apertura y firmeza²¹.”

Así, al término de estas reflexiones, que no pueden ser sino un esbozo, vuelve a plantearse el viejo interrogante que formularan los “dioses de Weimar” Goethe y Schiller: “Alemania, pero ¿dónde está?” ¿En el oeste, en el este o en el centro? La respuesta no viene dada por el grado de longitud geográfica, sino por el amor a la democracia en libertad, la disposición a defenderla, la imagen del hombre que queremos preservar y el valor para defender nuestras propias convicciones. Alemania, pero ¿dónde está? La pregunta va dirigida sobre todo a los alemanes, pero también a la comprensión y los intereses bien entendidos de sus vecinos. Porque la respuesta determinará la configuración y el talante de Alemania, pero también, consecuencia inevitable, la configuración y libertad de Europa.

NOTAS

1. George F. Kennan: *The Decline of Bismarck's European Order, 1875-1890*. Princeton N. J., 1979.

2. Cfr. Henry A. Kissinger: *Das Gleichgewicht der Grossmächte, Metternich, Castlereagh und die Neuordnung Europas 1812-1822*. Con un epílogo de Fred Luchsinger. Zurich, 1986.

3. Cfr. Raymond Aron: *Les guerres en chaînes*. Paris, 1951

* “¿Qué va a haber entre las blancas nieves de Rusia y los blancos acantilados de Dover?”

** “No tengo la más mínima intención de dejarme estafar en cuanto a Polonia, ni siquiera si llegamos al borde de la guerra con Rusia.”

4. Cita tomada de John Wheeler y Anthony Nicholls: *The Semblance of Peace*. Londres, 1972; pág. 292.

5. *Foreign Relations of the United States, The Conferences of Malta and Yalta*. Washington D.C., 1955; pág. 658.

6. Robert H. Ferrel: Truman at Potsdam en “*American Heritage*”, 31 (1980); págs. 36-47.

7. Adenauer. Edic. de Rhöndorf, dirigida por Rudolf Morsey y Hans Peter Schwarz. Briefe 1945-1947, ed. a cargo de Hans-Peter Mensing. Berlín, 1983; págs. 50-89 *passim*.

8. Raymond Aron: *Mémoires, 50 ans de réflexion politique*. Paris, 1983.

9. Raymond Aron: *Le Grand Schisme*. París, 1948.

10. Pierre Hassner: Was geht in Deutschland vor? Wiederbelebung der deutschen Frage durch Friedensbewegung und alternative Gruppen en "Europa Archiv", 37 (1982); págs. 517-626.

11. Cfr. Harry S. Truman: Memoirs, vol. II: Years of Trial and Hope. Nueva York, 1956; págs. 120-131

* "Una acción de retaguardia en las costas del Atlántico."

** "Alianzas enredantes."

12. Cfr. Manfred Görtemaker: Die unheilige Allianz. Die Geschichte der Entspannungspolitik; 1943-1979. Munich, 1979; págs. 42 y sigs.

13. Karl Dietrich Bracher, Wolfgang Jäger, Werner Link: Republik im Wandel 1969-1974, Die Ära Brandt. Stuttgart-Mannheim, 1986.

14. Kurt Birrenbach: Meine Sondermission, Rückschau auf zwei Jahre bundesdeutscher Aussenpolitik. Düsseldorf-Wien, 1984.

15. cfr. Henry A. Kissinger: Memorien, vols. I y II, Munich, 1979

16. Texto en "Europa Archiv", 35 (1980); págs. 35-37.

17. Raymond Aron: Les dernières années du siècle. Préface de Pierre Hassner. París, 1984; pág. 78.

18. Fred Iklé y Albert Wohlstetter: Discriminate Deterrence. Washington D.C., 1988.

19. Cfr. Michael Stürmer: Bismarck. Die Grenzen der Politik. Munich-Zurich, 1987; págs. 73 y sigs.

* "Tenéis un mundo nuevo, nuevas influencias que hacen sentir su acción, objetos y peligros nuevos y desconocidos con los que hay que enfrentarse y que actualmente están envueltos en esa oscuridad inherente a lo nuevo en tales asuntos."

20. Alain Minc: Le Syndrome Finlandais. París, 1985.

21. Jean-Marie Soutou: Deutsches Nationalbewusstsein-Bedingung europäischer Politik en "Frankfurter Allgemeine Zeitung", edic. de 19 de agosto de 1986.

La Alemania dividida y la Comunidad Europea

Dieter Mahncke

De vez en cuando, los socios europeos centran su interés en la República Federal de Alemania. La primera visita que realizara un jefe de Estado y partido de Alemania oriental a Alemania federal, y que tuvo lugar en septiembre de 1987, volvió a poner sobre el tapete la cuestión perenne de lo que la división continuada de Alemania significa para la Comunidad Europea. El Tratado para la eliminación de misiles de alcance intermedio (INF) entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, que se firmó en Washington en diciembre de 1987, plantea el tema de su significado para la seguridad en Centroeuropa. Luego, la presidencia de la Comunidad por parte de la República Federal de Alemania, a partir de enero de 1988, lleva a muchos observadores a preguntar si ésta, la nación más fuerte de la Comunidad, económica y demográficamente, ejercerá su liderazgo *y*, si es así, en qué dirección.

Con este motivo, cabe analizar la cuestión de la Alemania dividida y el lugar que ocupa la “cuestión alemana” en la política europea actual, la cuestión de la seguridad para los alemanes occidentales dentro de la Alianza y la posible función de una Europa unificadora en ambos casos.

La cuestión alemana consta de tres elementos: Berlín, los antiguos territorios orientales y las fronteras de 1937, y la división del resto de Alemania, es decir, la división entre la República Federal de Alemania y la República Democrática Alemana.

En cuanto a los antiguos territorios orientales, probablemente se pueda afirmar que hoy en día la cuestión está zanjada a todos los efectos¹. Sin embargo, conviene señalar que quedan varias reservas jurídicas, aunque, probablemente, tengan más que ver con la división global y las responsabilidades aliadas que con cualquier deseo de reabrir el debate sobre las fronteras de 1937². También es verdad que tanto el Gobierno actual como los anteriores han sido reacios a mostrarse totalmente abiertos en público con relación a estos hechos –lo cual ha dado lugar a muchos malentendidos–, pero su actitud es comprensible. La pérdida de una cuarta parte del territorio de Alemania sigue siendo para los alemanes motivo de

El profesor doctor **Dieter Mahncke**, catedrático, trabaja actualmente para el Ministerio Federal de Defensa. Este estudio refleja únicamente la opinión personal de su autor.

dolor, y parecería prudente concederles, cuando menos, la oportunidad de asumirla paulatinamente.

Después de todo, hay que reconocer el indudable mérito de los sucesivos Gobiernos de la República Federal de Alemania, que han sabido lograr la pacífica integración de doce millones de refugiados en la estructura social y política de Alemania occidental y que están logrando promover, de una manera igualmente pacífica, la adaptación del pueblo alemán a las pérdidas territoriales. El objetivo actual del Gobierno federal alemán es disminuir la importancia de las fronteras entre el Este y el Oeste, facilitar el flujo no sólo de bienes, sino también de ideas y de personas a través de las fronteras, a fin de fomentar el contacto y la comprensión. Así que el revanchismo no es un tema que se plantea hoy en día en la vida política de Alemania occidental.

Por el contrario, sin embargo, un tema que sí se plantea es la división de Alemania. Esto no significa que sea una de las reivindicaciones políticas prioritarias, ni a corto ni a largo plazo. Casi nadie se engaña sobre el hecho de que para la reunificación sería preciso un cambio fundamental en las condiciones políticas en Europa, que, además de ser difícil, sólo se conseguiría a muy largo plazo.

Es probable que por este motivo también la reunificación no ocupa un lugar destacado en los sondeos de opinión³. Se podría llegar a la conclusión de que ha disminuido el interés por este tema –y sería extraño que no fuera así en cierto modo–, pero esto no significa que el interés no volviera a surgir rápidamente si la reunificación se convirtiera en una meta alcanzable en un plazo de tiempo previsible.

Esta opinión está respaldada por el elevado interés que con motivo de la visita de Erich Honecker se suscitó tanto en Alemania occidental como en Alemania oriental, aunque es muy pronto para poder evaluar con exactitud las repercusiones a largo plazo de esta visita.

Por un lado ha supuesto un paso más para los comunistas democráticos alemanes en su reivindicación de una legitimación más amplia de su estado. No se trata del reconocimiento en un sentido estrictamente jurídico –de hecho, esto ya ha sido alcanzado por la RDA–, sino que se trata más bien de la aceptación en un sentido político, el ser aceptado como un Estado más, con carácter permanente, y no sólo como un vasallo malogrado de la Unión Soviética, ni querido ni aceptado por su propio pueblo y destinado a desaparecer o, cuando menos, a sufrir algún cambio fundamental tarde o temprano. En este sentido, puede que la visita no haya producido únicamente el efecto de abrir puertas en Occidente; tenía también el propósito de demostrar a los propios alemanes orientales hasta qué punto los representantes del régimen eran bien recibidos y bien tratados en Occidente –y, sobre todo, en Alemania occidental⁴–, y de demostrarles que tal vez haya llegado el momento de adoptar una actitud distinta y más benévola hacia su Gobierno y su Estado.

Esto por un lado. Por el otro, la visita constituía la continuación de la *Ostpolitik* federal alemana, que desde mediados de la década de los sesenta promueve un mayor reconocimiento, una mayor aceptación y una

mayor aportación económica, a cambio de mayores contactos entre las Alemanias oriental y occidental, y de la mejora económica y humanitaria de la calidad de vida de los alemanes orientales.

Por razones obvias, es difícil evaluar con exactitud las concesiones que hiciera Honecker con motivo de su visita. Pero cabe destacar que el número de visitantes menores de sesenta años procedentes de Alemania oriental ha experimentado un alza espectacular, pasando de menos de 100.000 en 1985 a aproximadamente un millón en 1987. Evidentemente, esto no se traduce en la autorización de la libre circulación, pero las cifras son importantes y aún no podemos prever sus consecuencias para el régimen de Alemania oriental.

Pero ¿cuáles son las consecuencias para el conjunto de Europa, para la Comunidad Europea y para la Alianza occidental? ¿Se están alejando los alemanes occidentales y orientales de sus socios respectivos? ¿Empiezan a sentir más interés por una Alemania reunificada, con su propia función en el centro de Europa?

Esto es poco probable, por una serie de razones. En primer lugar, nadie se engaña ni en el Oeste ni en el Este acerca de las posibilidades de alcanzar una transformación de esta naturaleza en un plazo de tiempo previsible. No hay indicios de que haya aumentado fundamentalmente la capacidad de maniobra de Honecker frente a la Unión Soviética (aunque sea mayor en lo que respecta a cuestiones marginales). En segundo lugar, ningún Gobierno federal se ha mostrado todavía seriamente interesado en dar tal paso. Lo que sí le interesa al Gobierno federal alemán –y en este aspecto hay una notable continuidad desde Adenauer a través de Erhard, Kiesinger, Brandt y Schmidt hasta Kohl– es que los alemanes orientales disfruten de una mayor libertad, que se faciliten los contactos entre los alemanes orientales y los occidentales, que la calidad de vida de los alemanes orientales sea mejor, que haya una mayor cooperación en cuestiones de interés mutuo (por ejemplo, el medio ambiente), que se mantenga la seguridad de Berlín y que se le incluya en todas las actividades Este-Oeste, y que se modifique el carácter repulsivo y brutal de la frontera que divide tanto Berlín como Alemania. En definitiva: la nación se ha hecho más importante que el Estado.

Los Gobiernos de los países democráticos suelen interesarse por los mismos temas que los que les interesan a sus electores, y se percibe indudablemente un claro interés entre los alemanes por las relaciones que les unen entre sí. No hay duda de que una *Deutschlandpolitik* acertada contribuye a la popularidad del Gobierno. Así que, aunque no existe una política de reunificación a corto plazo, lo que sí queda claro es:

- que la “cuestión alemana” en su momento actual sigue sin resolverse, y la manifestación más evidente de ello es la situación compleja y artificial de Berlín.

- que los alemanes occidentales siguen sintiéndose especialmente interesados en Alemania oriental y que los alemanes orientales sienten el mismo interés por Alemania occidental.

– y que un sentido de pertenecerse –*Zusammengehörigkeitsbewusstsein*– sigue existiendo entre los alemanes del Este y del Oeste.

Esto significa que la República Federal de Alemania ha de ser aceptada tanto en la Comunidad Europea como en la Alianza occidental junto con esta “cuestión pendiente”. Este es el caso de Berlín, una situación que ha sido respetada tanto por la OTAN como por la Comunidad Europea, y es el caso también de Alemania oriental, que la Comunidad Europea también respeta, al admitir las relaciones comerciales entre Alemania occidental y Alemania oriental como “comercio interior” alemán.

Por consiguiente, muchos alemanes se sienten molestos por las declaraciones que de vez en cuando realizan políticos occidentales, como las del ministro italiano de Asuntos Exteriores, Giulio Andreotti, o por los comentarios críticos que aparecen en la Prensa sobre la reunificación alemana⁵, no porque la reunificación constituya una cuestión candente o porque estas declaraciones demuestran una falta de comprensión, sino, más bien, por dos razones diferentes:

– en primer lugar, porque tales declaraciones parecen poner en entredicho otros compromisos occidentales (si los compromisos relacionados con la cuestión alemana carecen aparentemente de sinceridad, ¿hasta qué punto se puede confiar en los compromisos sobre la seguridad?⁶), y

– en segundo lugar, porque demuestran una falta de confianza en Alemania que los alemanes occidentales, después de cuarenta años de una democracia estable y un firme compromiso con la Europa occidental y la Alianza Atlántica, consideran injustificada.

La duda que se plantea a menudo sobre la compatibilidad de una Europa occidental unificadora y la reivindicación de una Alemania reunificada puede considerarse, en cierto modo, una pregunta hipotética: la reunificación alemana no parece alcanzable en un futuro próximo, y la marcha de la unidad de Europa occidental tampoco es muy buena⁷. Por otra parte, si hubiera alguna perspectiva de reunificación alemana, los socios europeos deberían considerar todavía más conveniente el vincular Alemania a una estructura mucho más avanzada de la unidad europea. En realidad, la mejor respuesta a la pregunta de si ochenta millones de alemanes reunidos cabrían en una Europa de naciones mucho más pequeñas sería una estructura de ese tipo⁸.

De todas formas, se considera que la cuestión alemana pendiente no debería de ningún modo obstaculizar la marcha hacia una Europa occidental. La unidad de Europa occidental sigue siendo una meta suficientemente importante por sí sola como para procurar que se avance hacia ella con la mayor rapidez posible. Además, al contrario de la reunificación alemana, la integración de Europa occidental depende ante todo de los propios europeos, es decir, la unidad está dentro de sus posibilidades y a su alcance, si se proponen conseguirla.

Una vez alcanzada la unidad europea también tendrá solución la cuestión de la unidad alemana, cuando, finalmente, se incluya en el orden del día político. Por consiguiente, la cuestión alemana pendiente no constituye un obstáculo en el camino hacia la unidad de Europa occidental. Es

más, en realidad conviene a todos promover el proceso de integración, independientemente de la cuestión alemana pendiente. Cuanto más se paralice la integración europea occidental, mayores pueden ser los problemas que plantee la cuestión alemana.

Se podría plantear otro argumento análogo –aunque tal vez incluso más hipotético– sobre la cuestión de la seguridad: si surgieran serias dudas sobre la fiabilidad de las garantías de seguridad que la Alianza Atlántica ofrece a la República Federal de Alemania, también se incrementaría el interés por la cuestión alemana y por la posibilidad de que Alemania desempeñara un papel diferente en Europa central⁹. Una parte de los esfuerzos –como ya se puede discernir– se dirigirían hacia una colaboración más estrecha en materia de defensa europea occidental, pero, en cualquiera de los casos, aumentaría la distancia psicológica y política entre Alemania occidental y los Estados Unidos de América.

La base de la seguridad de Alemania occidental la constituyen en general el compromiso por parte de la Alianza de defender a Alemania occidental, y en particular la garantía nuclear americana. Esta última da a entender que, en el caso de un ataque contra Europa por parte de la Unión Soviética, los Estados Unidos estarían dispuestos a desplegar no sólo sus recursos convencionales, sino también, y en caso necesario, sus armas nucleares, que incluyen las fuerzas estratégicas dirigidas contra la Unión Soviética. Esto va claramente en contra del informe titulado “La disuasión discriminada” (*Discriminate Deterrence*), elaborado por un grupo de especialistas norteamericanos (*Commission on integrated long term strategy*), presidido por Fred Iklé y Albert Wohlstetter.

Evidentemente, la República Federal de Alemania no tiene ningún interés en el despliegue de las armas nucleares (cabe recordar las dudas del canciller Adenauer en los años cincuenta al aceptar esta doctrina con preferencia a una defensa estrictamente convencional¹⁰). Por el contrario: desde el punto de vista federal alemán, el único y exclusivo objetivo del compromiso nuclear estadounidense es la disuasión. Como garantía, la República Federal de Alemania, situada geográficamente en primera línea, enfrentada a las fuerzas numéricamente superiores del Pacto de Varsovia y, a diferencia de Gran Bretaña o Francia, sin fuerzas nucleares nacionales a su disposición, considera que cualquier ataque que realice la Unión Soviética contra Centroeuropa no sólo debería conllevar el riesgo de una guerra nuclear, sino también el riesgo directo y creíble de un ataque nuclear contra la URSS.

Desde el punto de vista alemán esto se comprende fácilmente, al igual que se comprende que los Estados Unidos (y de diferentes maneras y por diferentes razones Francia y Gran Bretaña) hayan mostrado ciertas reservas en algunos momentos. Desde el punto de vista estadounidense, una guerra convencional en Centroeuropa, incluso una guerra nuclear de teatro reducido, sería preferible a una escalada nuclear que incluyera el riesgo de la implicación directa del territorio nacional estadounidense. Sin embargo, desde el punto de vista alemán, la no participación de los Estados Unidos potencia no sólo la amenaza de guerra, sino también la ame-

naza de chantaje político en tiempos de paz. Únicamente el riesgo creíble y claramente visible de la participación nuclear de los Estados Unidos garantiza la máxima disuasión y, por tanto, el mínimo riesgo de que estalle una guerra.

Ahora se señala que sí participan los Estados Unidos: en general mediante la presencia de más de 300.000 efectivos en Europa, y en particular mediante el despliegue de fuerzas nucleares de corto alcance.

Estas últimas –las armas nucleares de corto alcance– cumplen dos funciones dentro del concepto actual de la OTAN de la respuesta flexible. En primer lugar, se pretende que impidan la concentración de fuerzas oponentes que podrían dar lugar a una importante superioridad en ciertos puntos antes de un ataque (de esta manera las fuerzas nucleares sirven también para compensar la inferioridad numérica de las fuerzas convencionales de la OTAN), y en segundo lugar, mediante la amenaza y el peligro de una escalada en caso de ataque, se pretende que entre en juego la disuasión estratégica estadounidense impidiendo que llegue a producirse un ataque en primer lugar.

Lo importante es la disuasión. Un conflicto nuclear extendido en Europa sería inadmisibile desde el punto de vista alemán. El componente nuclear de la disuasión sigue siendo importante, sin embargo, mientras las fuerzas convencionales de la Unión Soviética sigan siendo superiores en número, y probablemente incluso después. Durante un plazo de tiempo previsible la OTAN no puede renunciar al valor disuasivo de las fuerzas nucleares.

Precisamente por esta razón no es extraño que la Unión Soviética haya incluido estas armas en los temas a tratar en la siguiente ronda de conversaciones tras la firma del tratado INF entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Porque en el caso de que se llegaran a retirar, la Unión Soviética habría avanzado un paso decisivo hacia la total desnuclearización de Centroeuropa y podría contar con hacer valer aún más su superioridad convencional, sobre todo frente a la República Federal de Alemania.

De vez en cuando se argumenta, sin embargo, que es la presencia de las tropas norteamericanas, sobre todo, lo que garantiza la participación de los Estados Unidos y lo que garantiza, por tanto, la disuasión. Aun cuando la presencia de las tropas norteamericanas es imprescindible tanto para contribuir a compensar el desequilibrio convencional como para demostrar la participación nuclear de Estados Unidos, conviene recordar que en los años sesenta y setenta la presencia de las tropas norteamericanas no se consideraba suficiente en sí, en lo que se refería a la garantía nuclear. La historia de la defensa nuclear de la OTAN en Europa –desde la Fuerza Multilateral (MLF) y el Grupo de Previsión Nuclear (NPG) hasta los Pershing II¹¹– es en gran medida la historia de cómo garantizar la credibilidad de la participación nuclear estadounidense, y hasta 1987 siempre se pensó que la credibilidad ante los rusos y la confianza de los europeos se garantizarían mejor con alguna forma de presencia nuclear estadounidense en Europa (sistemas de estacionamiento avanzado), incluyendo a los europeos en el proceso de previsión y en la tenencia de las armas (siste-

mas de doble llave), y por último –aunque en menor grado– asegurándose de que el territorio soviético no estaría a salvo en caso de un conflicto en Centroeuropa.

La decisión adoptada en 1979 de instalar los misiles Pershing II y de crucero estaba acorde con esta postura. En realidad, la razón principal por la que se instalaron los Pershing II respondía a la necesidad de actualizar los sistemas avanzados a medida que la mejora de las defensas aéreas soviéticas reducía considerablemente la capacidad de penetración de dichos sistemas¹². El misil soviético SS-20 era sólo uno, y no el más importante, de los argumentos desde el punto de vista militar. Ante la opinión pública, sin embargo, terminó por convertirse no sólo en el más importante, sino realmente en el único argumento. Se trataba de un argumento oportuno, comprensible y públicamente eficaz.

Con los misiles Pershing II y de crucero se pretendía potenciar la disuasión al cumplir aquéllos las dos funciones clásicas previstas en la estrategia militar de la OTAN para las armas nucleares desplegadas en Europa: asegurar la credibilidad de la garantía nuclear estadounidense para Europa occidental y compensar la insuficiencia convencional añadiendo un componente nuclear a la disuasión. La doble decisión adoptada en diciembre de 1979 en una de sus partes –la oferta de negociación– sencillamente retiró estos misiles de la estrategia de la OTAN. Se propuso su eliminación –a cambio de la eliminación de los SS-20– sin puntualizar en aquel momento de qué otra manera se cumpliría su función en la estrategia de la OTAN. Señalar, como se hace de vez en cuando en la actualidad, que la presencia en Europa de tropas norteamericanas es una garantía suficiente de la participación estadounidense lo demuestra bastante.

Se tienen bajo estudio varias alternativas para el cumplimiento de las funciones de los misiles Pershing II y de crucero terrestre, entre ellas el lanzamiento de misiles de crucero desde el mar y desde el aire¹³. Sin embargo, la cobertura de los objetivos no es el problema: ya están suficientemente cubiertos por misiles instalados únicamente en los Estados Unidos. El verdadero problema es la credibilidad de la participación estadounidense.

Conviene recordar aquí que hasta ahora son pocos los políticos de Europa que sostienen que los europeos podrían prescindir totalmente de la garantía nuclear estadounidense. El debate se centra más bien en las cuestiones de cómo ha de configurarse la garantía, en dónde deben instalarse las fuerzas nucleares norteamericanas y cómo se puede garantizar la credibilidad¹⁴.

Desde el punto de vista soviético, el despliegue de los misiles Pershing II y de crucero probablemente significaba dos cosas: a) se potenciaba el compromiso nuclear norteamericano en Europa occidental, y b) esto se lograba mediante la instalación de armas modernas que podrían traspasar las defensas aéreas y alcanzar el territorio soviético. Aunque no es seguro, es posible que también sea importante que los portadores de estas armas estén en manos europeas, y sobre todo en manos alemanas. De todos modos, se frustraban dos de los principales objetivos de la política

soviética: el de debilitar los vínculos que unían a los norteamericanos a Europa y el de desnuclearizar la defensa de Europa occidental (y conseguir, en la medida de lo posible, que el territorio soviético quedara a salvo en caso de una guerra limitada en Europa).

Es posible que los dirigentes rusos confiaran en un primer momento en que la instalación de los misiles Pershing II y de crucero no llegaría a producirse debido a la oposición de la opinión pública alentada por el movimiento pacifista, sobre todo en Alemania occidental (que de todos modos era el quid de la cuestión). Al no ocurrir esto, la Unión Soviética tomó la decisión de aceptar el intercambio de misiles occidentales por los SS-20 tal como se había propuesto inicialmente en la decisión de doble vertiente, de la OTAN.

Dado el enorme gasto y el compromiso político que para la Unión Soviética suponían los SS-20, algunos observadores encontraron esta postura sorprendente, pero lo que indica probablemente es la importancia que la Unión Soviética concede a la reducción de la presencia militar norteamericana en Europa, y sobre todo a su presencia nuclear. Evidentemente, los soviéticos pueden tener otros motivos, y probablemente los tengan. Cabe la posibilidad de que se esté produciendo un verdadero cambio bajo la nueva dirección de la Unión Soviética. Es posible que Gorbachov sea consciente no sólo de la sobrecarga que para la economía del país suponen las armas soviéticas, sino también del hecho de que el excesivo programa de armas no es ni necesario –la OTAN no representa ninguna amenaza– ni tampoco en realidad ha conseguido los dividendos políticos en Europa occidental que anteriores dirigentes hubieran esperado. Además, puede que la URSS sea cada vez más consciente de los peligros de una continua y constante concentración de armas.

Esta sería la interpretación más positiva de un acontecimiento al que pueden haber contribuido otros factores adicionales. En primer lugar, los norteamericanos han hecho patente que no se quedarían con los brazos cruzados ante una creciente actividad armamentista por parte de la Unión Soviética, sino que responderían, y lo harían con mayores recursos económicos y capacidad técnica. En segundo lugar, parece ser que la Iniciativa Estratégica de Defensa (SDI) –en sí misma la expresión de una nueva actitud norteamericana– ha sido motivo de preocupación por parte de los rusos y les ha demostrado que ahora tendrían que hacer considerables concesiones si quisieran seguir ejerciendo siquiera un mínimo grado de influencia sobre la política norteamericana.

En todo caso no son decisivas esta ni cualquier otra interpretación especulativa. Lo importante es que la Unión Soviética ha hecho una concesión considerable al mostrarse dispuesta a eliminar los SS-20, pero al mismo tiempo es posible que los dirigentes soviéticos abriguen la esperanza de conseguir una ganancia neta con motivo del tratado INF:

– por constituir dicho acuerdo un paso hacia la desnuclearización de las defensas de la OTAN sin que la Unión Soviética haya hecho aún ninguna concesión en el terreno convencional,

- al reducir la capacidad de represalias nucleares directas desde suelo europeo contra el territorio soviético,
- al disminuir –y esto es lo más importante– la credibilidad del compromiso nuclear norteamericano con la defensa europea,
- y, por último, al mermar la influencia alemana sobre el concepto de que la mejor forma de evitar una guerra convencional extendida o nuclear de teatro en Europa es mediante una puntual amenaza al territorio soviético.

Por otro lado, no hay que pasar por alto las ventajas del tratado INF, que pueden ser incluso muy importantes. Constituye el primer acuerdo real de desarme en el campo nuclear. Si da resultado, una categoría entera de armas nucleares será eliminada. Puede que este grupo de armas sea pequeño en términos relativos (comparado con el número total de armas nucleares en todo el mundo), pero es grande en términos absolutos. Además, las reducciones serán verificadas mediante inspecciones *in situ*. Aunque no es seguro, es posible que constituya un logro importante en el control de armamentos y, si es así, a la larga las críticas parecerán insignificantes e incluso mezquinas.

Por otra parte, no sería realista hacer caso omiso de las consecuencias del creciente escepticismo que muestra la opinión pública respecto de la defensa nuclear, por un lado, y la preocupación que suscita en Estados Unidos el compromiso norteamericano con la defensa nuclear europea, por el otro. Esto no quiere decir que, objetivamente, los misiles Pershing II y de crucero no hayan logrado que el compromiso norteamericano sea más aceptable en la medida en que potencian la disuasión y por consiguiente disminuyen en realidad el riesgo de una participación nuclear norteamericana. Pero no es fácil hacer valer este argumento en público.

El problema que se plantea ahora es si la situación posterior al tratado INF requiere una modificación de la postura de la OTAN, en qué consiste dicha modificación y si los países miembros serán realmente capaces de asumirla, de manera que se garantice la defensa de la OTAN y por lo tanto la paz en Europa hasta entrado el próximo siglo. Porque conviene recordar que, cualesquiera que sean las esperanzas que se abriguen de una futura estructura de paz y estabilidad en Europa, en las circunstancias actuales el mejor aval de la paz en Europa para hoy y mañana sigue siendo la capacidad de defensa y disuasión de la OTAN.

Los problemas para la estrategia de la OTAN son los de siempre: la insuficiencia convencional y los dilemas nucleares. Guardan relación con las inquietudes y la función de la República Federal de Alemania. Cualesquiera que sean las ventajas del tratado INF, todos estos problemas se han hecho más complejos a partir, del mismo.

La superioridad convencional de la Unión Soviética cobra mucha importancia. Hay tres posibles maneras de afrontarla. La primera es el aumento de las defensas convencionales de la OTAN. Esta opción presenta muchas dificultades. La más importante es que tiene poca aceptación y, por lo tanto, es difícil de conseguir. Además, una mejor defensa convencional es costosa. En tercer lugar, hay graves problemas demográficos,

sobre todo en el caso de Alemania occidental. La República Federal de Alemania tiene grandes dificultades para mantener su nivel actual de efectivos militares, de manera que cuando antes se argumentaba en contra de un aumento convencional, porque así habría un exceso de tropas alemanas, ahora es posible que la Alianza tenga que enfrentarse en un futuro próximo al hecho de que puede haber demasiado pocas.

El Gobierno federal está abordando estos problemas con valentía. Entre otras numerosas medidas adoptadas ha incrementado la duración del servicio militar de 15 a 18 meses (antes de las últimas elecciones), y tiene bajo desarrollo un nuevo sistema para la utilización de las reservas.

Además, los países miembros de la OTAN esperan compensar en cierta medida la escasez de los recursos humanos con avances tecnológicos¹⁵. Esto no puede y no debe ser excluido, pero una cierta cautela parece conveniente en este sentido: en primer lugar porque no son más que posibles soluciones, y en segundo lugar, porque es probable que la Unión, Soviética tome medidas para contrarrestarlas y disminuir, por lo menos en parte, su valor¹⁶.

Otro modo de afrontar la inferioridad convencional es el control de armamentos. La OTAN hace un llamamiento a las medidas de control de armamentos para contrarrestar el desequilibrio convencional en su declaración de Bruselas sobre el control de las armas convencionales realizada el 11 de diciembre de 1986¹⁷. Las reivindicaciones contenidas en esta declaración son claras y sensatas. Se reivindica la eliminación de las disparidades en función de las fuerzas y las armas existentes, la capacidad de reacción y los factores geográficos y se hace patente que el Pacto de Varsovia, debido a su superioridad numérica y sus ventajas geográficas, deberá hacer las concesiones de mayor alcance.

Igual es el caso de la demanda occidental de que el Pacto dé Varsovia abandone su capacidad de ataque por sorpresa y de medidas ofensivas a gran escala (y la OTAN quiere concentrarse ahora no en los recursos humanos, sino en los carros de combate y otros vehículos blindados, en artillería, aviones y helicópteros tácticos, es decir en los elementos que proporcionan potencia de fuego y movilidad y que son imprescindibles para un ataque por sorpresa). Por último se piden reducciones escalonadas con las necesarias medidas de verificación.

El problema que se plantea es la perspectiva que ofrecen estas reivindicaciones. Las defensas de la OTAN están ya apuradas, y la superioridad numérica de las fuerzas del Pacto de Varsovia es tan grande que hay pocas concesiones que puede hacer Occidente sin debilitar aún más sus defensas. Esto lo demuestran en cierta medida las negociaciones que desde hace ya catorce años se vienen celebrando, sin resultado, en Viena sobre reducciones mutuas (y equilibradas) de las fuerzas convencionales. Por lo tanto, se puede concluir con toda seguridad que a menos que la Unión Soviética se considere en condiciones de hacer concesiones bastante más importantes que las de la OTAN, el control de las armas convencionales tiene serias limitaciones en cuanto manera de abordar el problema de la insuficiencia convencional de la OTAN.

No obstante, la OTAN debe elaborar ahora unas propuestas para el control de las armas convencionales y exigir la celebración de negociaciones, porque no hay mejor forma de comprobar si el “nuevo pensamiento” de Gorbachov puede convertirse en “nuevas acciones”, no hay mejor forma de comprobar si la Unión Soviética está dispuesta no sólo a hablar sino también a actuar para mejorar la seguridad en Europa, donde se enfrenta a una OTAN cuya estructura es defensiva y cuyas fuerzas son muy inferiores en número a las suyas.

Un tercer planteamiento que se ha propuesto para paliar los problemas convencionales de la OTAN es la ampliación y la intensificación de la cooperación europea occidental en materia de defensa. Las esperanzas que se abrigan en este sentido son que la defensa europea y de la OTAN se haría más eficaz frente al Pacto de Varsovia sin ocasionar un incremento paralelo de los gastos. Al mismo tiempo, podría dar lugar a un aumento del peso específico de Europa dentro de la Alianza, satisfacer las demandas norteamericanas de una mejor aportación a la defensa europea y tal vez incluso podría acelerar la unión de Europa. Ya se han hecho algunas gestiones en este sentido¹⁸, pero teniendo en cuenta el problema que nos ocupa, aún no son suficientes¹⁹. Evidentemente no hay que infravalorar los logros alcanzados (aunque la cooperación “europea” más eficaz en materia de defensa sigue produciéndose dentro de la OTAN o en regímenes bilaterales, rara vez a nivel europeo y nunca con un ímpetu político real) ni tampoco debe negarse que dichas gestiones pueden ser el comienzo de algo más trascendental, pero en este momento y a este paso aún no se les puede considerar como la solución de los problemas de defensa convencional de la OTAN²⁰.

Este también es el caso en lo que se refiere a la cuestión nuclear. La cooperación europea occidental en materia de asuntos nucleares (al margen de la OTAN) prácticamente ni siquiera ha comenzado y plantea muchísimas más dificultades. Aunque hay algunos indicios de una cooperación militar anglo-francesa²¹, parece poco probable que se vea culminada a corto plazo mediante una amplia coordinación nuclear. En este momento el principal objetivo parece ser una mejor y coordinada política de adquisiciones con el objeto de controlar el gasto (que ya es bastante difícil). Pero aun cuando se lograra una coordinación francobritánica en materia nuclear (¿cómo lo conseguiría Gran Bretaña, que coordina su política nuclear dentro de la OTAN?), queda por resolver en primer lugar cómo se definiría el cometido europeo de las fuerzas nucleares francesas y británicas, y en segundo lugar de qué modo se incluirían los otros aliados europeos.

Así que, a pesar de todo, Europa occidental sigue dependiendo de la garantía nuclear de Estados Unidos.

Queda por saber hasta dónde llegarán los europeos en los próximos años y con qué rapidez. Es más probable que se produzca un cambio de esta naturaleza como consecuencia de un esfuerzo sostenido a largo plazo, de las negociaciones, las gestiones y las decisiones de varios países.

¿A qué conclusiones se puede llegar?

En primer lugar, los aliados de Alemania occidental, tanto europeos como norteamericanos, han de seguir teniendo presente los problemas propios de Alemania en lo que se refiere a la división de Alemania y a la seguridad. Son dos de los temas que más interesan y preocupan a la República Federal de Alemania.

En segundo lugar, la Alianza deberá afrontar la situación creada a raíz del tratado INF. La República Federal de Alemania ha mostrado su apoyo a dicho tratado, al que ha hecho una importante contribución. Lo que hace falta ahora es una transparencia total acerca del concepto de la OTAN de la "respuesta flexible", la base material del concepto y las posibilidades de mejorar y desarrollar aún más las necesarias y deseables formas de cooperación en materia de seguridad.

En tercer lugar, la Alianza deberá elaborar un concepto del control de armamentos que se centre ahora en la asimetría convencional en Centroeuropa. Pero no bastará con desarrollar el concepto —la Alianza ya está trabajando en ello—, habrá también que procurar su consecución con energía. El control de las armas convencionales es la mejor manera de comprobar si la Unión Soviética realmente está dispuesta a conceder una mayor estabilidad a la paz en Europa.

En cuarto lugar, la cooperación europea occidental en materia de defensa ha de dar un gran paso adelante. Se han tomado ya las primeras iniciativas. La intensificación de la cooperación tanto franco-alemana como franco-británica constituye un posible comienzo. Pero hace falta mucho más. Las anticuadas inhibiciones gaullistas sobre la integración militar francesa en la OTAN han de ser desechadas tarde o temprano. Dificultan la cooperación real que a Francia le conviene y que sabe que necesita; constituyen una barrera psicológica en el camino hacia una cooperación más significativa.

Mantener la "conexión norteamericana", mejorar la aportación europea a la defensa común y asegurarse una perspectiva para el desarrollo de Alemania son las tareas más importantes a las que se enfrentarán los europeos en los próximos años. Su capacidad de afrontar estas tareas con éxito determinará en cierta medida el lugar y la función en Europa que corresponderán a Alemania en el futuro.

NOTAS

1. Cfr. el análisis detallado realizado en Dieter Mahncke, "Kontinuität und Wandel: Die Ostpolitik der Bundesrepublik Deutschland seit dem Regierungswechsel 1982", en: *Politik und Kultur*, 1/1987, págs. 33-50.

2. Véase sobre este tema el artículo del jefe de la Cancillería Federal, el ministro Wolfgang Schäuble, "Die deutsche Frage im europäischen und weltpolitischen Rahmen", en: *Europa-Archiv*, 12/1986, págs. 341-348.

3. Véase sobre este tema, por ejemplo, los sondeos de opinión llevados a cabo por el Allensbach Institut, Allensbacher Archiv, IfD-Umfragen. Mientras que en diciembre de 1986 únicamente el 7 por 100 creía que la reunificación alemana tendría lugar durante su vida (comparado con el 28 por 100 de 1966) y el 74 por 100 creía que *no* ocurriría durante su vida (comparado con el 44 por 100 de 1966), el 71 por 100 estaba, sin embargo, a

favor de la reunificación, frente a tan sólo el 9 por 100 en contra y el 20 por 100 sin decidir (IfD-Umfragen 2013, 4083/84. Véase también Gerhard Herdegen, "Perspektiven und Begrenzungen. Eine Bestandsaufnahme der öffentlichen Meinung zur deutschen Frage", en *Deutschland Archiv*, 12/1987, págs. 1.259-1.273.

4. Esta interpretación está respaldada en una entrevista que dio Erich Honecker el 29 de septiembre de 1987, en la que señaló que el elemento más importante de su visita había sido el hecho de que había sido recibido y tratado como a un igual.

5. Andreotti, durante un coloquio organizado por *L'Unità*, dijo: "Estamos todos de acuerdo en que deben existir buenas relaciones entre las dos Alemanias. Pero no hay que pasarse. Hay que vencer el Pangermanismo. Hay dos Estados alemanes, y así es como tiene que ser." Cfr. *Neue Zürcher Zeitung*, 18-9-1984. Para los comentarios de Prensa véase, por ejemplo, el análisis para Francia de Joseph Rovin, "Was kommt nach dem Honecker-Besuch?", en: *Europäische Zeitung*, octubre de 1987.

6. El artículo 7 del Tratado entre la República Federal de Alemania y las tres potencias occidentales, Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña (23-10-1954), declara: "1. Los Estados firmantes están de acuerdo en que un objetivo esencial de su política común es un tratado de paz para Alemania entera, libremente negociado entre Alemania y sus antiguos enemigos, que deberá formar la base de una paz duradera. Acuerdan además que la delimitación definitiva de las fronteras alemanas queda pendiente de dicho Tratado. 2. A la espera del tratado de paz, los Estados firmantes cooperarán para alcanzar, por medios pacíficos, su objetivo común de una Alemania reunificada que disfrute de una constitución democrática liberal como la de la República federal e integrada dentro de la Comunidad Europea." Véase *Verträge der Bundesrepublik Deutschland*, hrsg. vom Auswärtigen Amt, Serie A, Multilaterale Verträge, Band 7, Bonn, 1957, pág. 15 sig.

7. Véanse las actas del Bundestag alemán, "Öffentliche Anhörung zum Thema Entwurf eines Vertrages zur Gründung der Europäischen Union", Deutscher Bundestag, 10. Wahlperiode, Auswärtiger Ausschuß, Stenographisches Protokoll, 2-10-1985.

8. Michael Stürmer expone esta cuestión en términos categóricos, aunque tal vez exagerados: "Conviene recordar que la Comunidad Europea no trata principalmente de la política agrícola común, *no* trata principalmente de los catalizadores y las cuotas de pesca; trata del control a través de la integración del dinamismo propio del problema alemán, tanto en su forma tradicional como en la forma de la división alemana." Véase "Las reglas de la Deutschlandpolitik", en: Peter R. Weilemann (comp.), *Aspectos de la Cuestión alemana*, Honrad-Adenauer-Stiftung, Sankt Augustin, 1985, pág. 19.

9. Henry Kissinger expone precisamente este argumento, cfr. "El reto a la OTAN", *Newsweek*, 12 de octubre de 1987.

10. Cfr. Dieter Mahncke, *Nukleare Mitwirkung. Die Bundesrepublik Deutschland in der Atlantischen Allianz 1954-1970*, Berlín/Nueva York, 1972, pág. 65 sgs., y HansGert Pütterling, *Adenauers Sicherheitspolitik 1955-1963. Ein Beitrag zum deutschamerikanischen Verhältnis*, Düsseldorf, 1975.

11. Véase Mahncke, *Nukleare Mitwirkung*, *obr. cit.*, y Lothar Ruehl, *Mittelstreckenwaffen in Europa: Ihre Bedeutung in Strategie, Rüstungskontrolle und Bündnispolitik*, Baden-Baden, 1987.

12. Véase el análisis detallado de Ruehl, *obr. cit.*

13. Esto fue debatido en la reunión en Monterrey del Grupo de Previsión Nuclear a principios de noviembre de 1987, cfr. las crónicas de Karl Feldmeyer. "Folgen der doppelten Null-Lösung y Neue Atomraketen für die NATO?", en: *Frankfurter Allgemeine*, 31-10-1987 y 4-12-1987.

14. Los destacados políticos del SPD Egon Bahr y Andreas von Bülow, por ejemplo, eran partidarios –por lo menos durante algún tiempo– del despliegue marítimo de las fuerzas nucleares norteamericanas destinadas a la defensa europea. Cfr. Andreas von Bülow, "Das Bülow-Papier. Strategie vertrauensschaffender Sicherheitsstrukturen in Europa. Wege zur Sicherheitspartnerschaft", Frankfurt/Main, 1985.

15. Cfr., por ejemplo, Edward L. Rowny, "Mehr Sicherheit durch verstärkte Defensivkräfte", en: *Frankfurter Allgemeine*, 21-9-1987, pág. 12 sig.

16. Véase Josef Joffe, "Das Unbehagen an der Stabilität: Kann Europa sich konventionell verteidigen?", en *Europa Archiv* 18/1984, pág. 549 sigs.

17. Véase comunicado en: Servicio de Información de la OTAN, comunicados de la OTAN 1986.

18. Cfr. Dieter Mahncke, "Verteidigung in Europa: Was spricht für eine europäische Sicherheitspolitik?", en *Politische Studien*, julio-agosto de 1986, págs. 423-433; William Wallace, "European Defence Cooperation: The Reopening Debate", en: *Survival*, noviembre-diciembre de 1984, págs. 251-261.

19. La "Plataforma sobre los intereses de la seguridad europea", adoptada por la UEO. el 27 de octubre de 1987, contiene diversas declaraciones de una gran trascendencia; por ejemplo, en lo que se refiere a la concentración militar soviética, la importancia de los Estados Unidos en la defensa europea, la relación entre la defensa nuclear y la convencional y por último, pero no menos importante, el compromiso de los miembros de la UEO con la defensa avanzada ("...", nos aseguraremos de que quede claramente manifiesta nuestra resolución de defender a cualquier país miembro en , sus fronteras...")

20. Un ejemplo son las primeras maniobras militares conjuntas importantes entre Francia y Alemania ("Kecker Spatz": con la participación de 55.000 efectivos alemanes y 20.000 efectivos franceses) que tuvieron lugar en Baviera en septiembre de 1987. En comparación con las maniobras de la OTAN "Certain Strike" (combinadas con un ejercicio Reforger), que tuvieron lugar simultáneamente en el norte de Alemania, en general sus resultados fueron considerados insatisfactorios. Evidentemente esto deriva del hecho de que era la primera vez que se realizaban maniobras de este carácter, además de ser una indicación de la necesidad de realizar otras maniobras posteriores. Por este motivo es probablemente demasiado pronto para hacer una evaluación de la creación de un "Consejo de Defensa" franco-alemán, anunciada al término de las citadas maniobras por el presidente francés Mitterrand (cfr. *Frankfurter Allgemeine*, 25 y 26-9-1987, y *General-Anzeiger*, Bonn, 25-9-1987). Hasta la fecha el Consejo de Defensa viene a ser la institucionalización de la práctica actual con la posibilidad de otras funciones como consecuencia de las negociaciones bilaterales. Dicho de otro modo, constituye, por el momento, la continuación de la actual "Comisión franco-alemana para la Seguridad y la Defensa" que se creó mediante acuerdo el 7 de diciembre de 1982 con el objeto de mejorar la cooperación. Forman parte de la Comisión, que se reúne dos veces al año, los ministros de Defensa y de Asuntos Exteriores. Las reuniones son preparadas por tres grupos de trabajo que se ocupan, respectivamente, de cuestiones político-estratégicas, de la cooperación militar y del control de armamentos. Los grupos de trabajo elaboran proyectos de defensa común y procuran coordinar las posturas políticas francesas y alemanas en materia de control de armamentos, la SDI, etcétera.

21. Desde 1986, los ministros de Defensa francés y británico vienen reuniéndose cada mes con carácter fijo. En septiembre de 1987, jefes del Estado Mayor del Ejército francés se reunieron con sus homólogos en Londres; cfr. *Frankfurter Allgemeine*, 3/4-10-1987, y *Die Welt*, 18-9-1987.

De la normalización a la reunificación

Peter Bender

Transcurría la década de los años sesenta cuando un grupo de visitantes procedentes de tierras tan lejanas como Suramérica se quedaron maravillados de los alemanes. En todas partes, eran los mejores y los más capaces, tanto en el Este como el Oeste. Además mantenían fabulosas relaciones con las dos potencias mundiales, unos con Washington y los otros con Moscú. Cada uno en su campo era el primero. Pero en realidad –decían los visitantes, haciendo un guiño malicioso– los alemanes de ambos lados estaban confabulados y trabajaban para su propio beneficio.

Por aquel entonces resultaba penoso e imposible hacer creer que la República Federal de Alemania y la República Democrática Alemana estaban realmente tan enemistadas como parecía. Sólo en nuestros días, a casi cuarenta años de la fundación de ambos Estados, los alemanes comienzan a preguntarse por qué ellos mismos agudizaron aún más una división que otros les habían impuesto. Hoy día, sólo a duras penas puede explicárseles a los jóvenes lo que significó la guerra fría y cómo se agravó en Alemania hasta el punto de convertirse en una suerte de guerra civil fría: la RFA, como la democracia occidental convertida en Estado; la RDA, como el socialismo del Este convertido en Estado. Las dos pretendían, debían incluso, intentar extender su propio sistema, según ellas lo entendían, a toda Alemania. Como las dos Repúblicas se aferraban al objetivo de la reunificación, sólo existía una alternativa entre dos opciones: una Alemania a imagen y semejanza de la RFA o una como la RDA. Sin embargo, las jóvenes generaciones, que no vivieron todo esto y que sólo conocen la República federal o la República democrática, apenas comprenden la pretensión de carácter absoluto con que cada parte se arrogaba el derecho a representar el todo, negándole a la otra parte el derecho a la existencia.

Si queremos precisar el punto donde nos encontramos ahora hemos de recordar primero dónde estábamos hace treinta o, incluso, veinte años atrás. Si queremos formarnos una idea de cómo puede llegar a avanzar este proceso tendremos que rememorar el camino andado desde enton-

Peter Bender, periodista y escritor, reside en Berlín.

ces. Resulta curioso que la conciencia histórica del pasado más reciente denote cierta atrofia: lo alcanzado se revela como algo natural y lo no alcanzado se considera imposible.

Si comparamos los Estados alemanes de los años cincuenta y sesenta con los actuales, comprobaremos una transformación asombrosa. Antes, tanto para la República Federal de Alemania como para la República Democrática Alemana, la seguridad ante su contrario era el deber supremo. Ahora, Bonn y Berlín Este buscan la seguridad no sólo frente a un ataque proveniente del Este o del Oeste, en el cual ya nadie cree, sino también ante una guerra que pueda surgir en cualquier parte del mundo como derivación del conflicto entre las superpotencias, con la posibilidad de que repercuta con toda violencia en Europa. Antes, los dos Estados se consideraban la vanguardia de sus respectivas alianzas; hoy día prevalece el sentimiento de que son vecinos en la línea del frente y, por lo mismo, se enfrentan a una amenaza común. Antes, unos presentaban al “comunismo mundial” como el mayor de los peligros y los otros al “imperialismo”; en la actualidad, los dos previenen contra las exageraciones. Antes, ambos Estados exigían el reforzamiento máximo de las fuerzas militares de sus alianzas; actualmente ya no creen que las armas sean la panacea universal, sino que desean su reducción. Antes, Bonn y Berlín oriental habrían aplaudido la instalación de nuevos misiles; pero, en 1983, Kohl y Honecker aceptaron a regañadientes los Pershing II y los SS-23, aunque hicieron saber que hubieran preferido renunciar a ellos. Antes, el estacionamiento hubiera sido acompañado por una guerra propagandística; ahora, Honecker habló de “limitación de los daños”, y Bonn estuvo de acuerdo.

Antes, Berlín oriental dibujaba la caricatura más deleznable del “revanchismo” germano occidental; ahora tiene una idea algo más acorde con la realidad acerca de la situación en Bonn, y procura transmitírsela a sus camaradas soviéticos y polacos. Antes, la RFA consideraba que los comunistas alemanes eran los más intransigentes; hoy día, los socialdemócratas negocian acuerdos sobre control de armamentos con el Partido Socialista Unificado de Alemania (SED), en tanto que algunos democristianos también desean establecer contactos con este partido. Antes, ambos Gobiernos creían que sólo se podía garantizar una paz recíproca; hoy, los dos hablan de la “responsabilidad común” que tienen para que “nunca más vuelva a surgir una guerra del suelo alemán”.

Antes, los dos consideraban que la distensión era un peligro: la RFA lo sostuvo así hasta finales de 1966; la RDA, durante mucho más tiempo. En la actualidad, los alemanes de ambos lados figuran entre los principales defensores de la distensión en Europa. Antes, Bonn y Berlín oriental eran los acólitos más fieles de sus respectivas superpotencias; hoy, defienden sus intereses de Estado incluso contra Washington y Moscú. Antes, eran los celosos guardianes de las virtudes de la unidad aliancista; hoy son capaces también, a veces, de seguir su propio camino.

Durante la década de los años sesenta, Bonn observaba, con preocupación apenas disimulada, la política gaullista, de carácter independiente, con el Este. Sin embargo, desde 1970, París viene observando la Ostpolitik

de Bonn con una desconfianza casi sin rebozo. Lo mismo ocurrió entre Berlín oriental y Varsovia. Hasta comienzos de los años setenta, el Gobierno de la RDA se mostraba irritado por la política occidental de los polacos, e incluso hubo momentos en que se sintió inseguro. Desde que se iniciaran los años ochenta, son los polacos los que se muestran alarmados por la Westpolitik de la RDA. Por entonces, políticos de Berlín oriental prevenían a la Unión Soviética de la peligrosa inclinación occidentalista por parte de Polonia, mientras que ahora los políticos de Varsovia advierten a Moscú del entendimiento secreto que existe entre alemanes de un lado y de otro.

El papel de los alemanes en Europa ha cambiado. En otros tiempos constituyeron un problema para el continente porque se enemistaban con frecuencia, impidiendo una reconciliación europea tanto en el Este como en el Oeste. Hoy día, los alemanes causan preocupación porque parecen entenderse demasiado bien y procuran impulsar la reconciliación más de lo que quisieran algunos vecinos.

Antes, ambos Estados no sabían qué hacer con Europa. La República Federal de Alemania rara vez tenía en mente otra cosa que no fuera Europa occidental. Hoy es el miembro de la CE que más se preocupa por tender un puente hacia la otra parte del continente. Antes, para la República Democrática Alemana, Europa apenas significaba algo más que un concepto geográfico. Hoy día, desde el punto de vista político, se considera el “corazón” de Europa, y parece estar mucho más interesada en la mitad occidental que en sus aliados orientales, exceptuando naturalmente a la Unión Soviética. Antes, para las dos Alemanias, las cuestiones alemanas eran casi exclusivamente eso: cuestiones alemanas. Entretanto, las dos han comprendido que también se trata de cuestiones europeas, cuya normalización tanto mejor se conseguirá cuanto mejor la inscriban en el marco europeo.

También ha variado la actitud hacia la otra superpotencia respectiva. La República Federal de Alemania y la Unión Soviética ya habían intercambiado embajadores en 1955, pero en raras ocasiones tuvieron algo que hacer. A partir del Tratado de Moscú de 1970, las relaciones diplomáticas derivaron en relaciones políticas. La República Federal de Alemania fue el primer país de la OTAN que visitó al secretario general Breznev, a comienzos de los años setenta, durante el período de la distensión, aun antes de viajar a los Estados Unidos. En total, llegó a estar tres veces en Bonn. Por otro lado, para los políticos germano-occidentales, Moscú ingresó en el círculo de capitales con las cuales se evidencia la necesidad de mantener una sintonía permanente. Quien pretenda ser canciller no sólo tendrá que viajar a Washington –como solía ser–, sino también a Moscú.

En cuanto a la tendencia, pero no a la dimensión, ocurre lo mismo entre los Estados Unidos y la República Democrática Alemana. Hasta el reconocimiento mutuo en 1973-74, los norteamericanos apenas veían en la RDA algo más que un satélite; tampoco se ocuparon de ella más adelante. Sólo a comienzos de los años ochenta la RDA empezó a ser descubierta, primero por los especialistas políticos y después también por los diplomá-

ticos. Tras la visita de Honecker a Bonn ya no parece excluirse la posibilidad de que el presidente del Consejo de Estado viaje a Washington; al menos así lo expresó el embajador Richard Burt. En todo caso, la RDA se está convirtiendo paulatinamente en un factor con el cual también tiene que contar Washington, tanto en su política ante Bonn como ante Moscú.

Antes, para la RDA, los Estados Unidos no eran otra cosa que la gran potencia imperialista que hacía peligrar la paz. Sigue siéndolo aún. Pero al mismo tiempo y con perseverancia, el Gobierno de Berlín procura llegar a establecer negociaciones políticas con Washington. Quien pretenda poner pie en el mundo occidental tendrá que rendir pleitesía a su primera potencia.

Los dos Estados alemanes han ampliado su campo de acción y su prestigio. Las llamadas cláusulas de Estado enemigo, de la Carta de la ONU, representan un buen ejemplo. A favor de los vencedores de la II Guerra Mundial establecían un derecho de intervención contra el vencido, aunque naturalmente sólo en casos de fuerza mayor. Norteamericanos, ingleses y franceses echaron a un lado estas cláusulas cuando, en 1954, negociaron con Bonn los Tratados de París; la Unión Soviética sólo lo hizo en 1970, al firmar el Tratado de Moscú. Las potencias occidentales reconocieron igual rango a la República Federal de Alemania cuando la elevaron a la condición de aliado; la Unión Soviética renunció a su privilegio de potencia vencedora al presentarse ante ella la RFA como ente político independiente.

Lo mismo ocurrió con la RDA. En Occidente comenzó a ser tomada en serio desde el Instante en que se desarrolló como Estado que persigue sus propios intereses, aun cuando alguna que otra vez no se correspondan con los de Moscú.

Visto todo esto en conjunto, aparecen dos Estados alemanes que no han modificado sus posiciones básicas y siguen formando parte del Este y del Oeste. Sin embargo, sobre la firme base de sus alianzas, ambos han superado la frontera Este-Oeste. Hasta 1970, las ideas y los esfuerzos principales de Bonn giraban en derredor de Washington, París y Bruselas; desde entonces no sólo ha impulsado el comercio del otro lado de la gran frontera, sino que allí también hace política. Hasta los años setenta, las ideas y los esfuerzos principales de Berlín Este giraban en derredor de Moscú; desde entonces tantea con cautela, pero de modo sistemático, el camino de Occidente. Ni la RFA ni la RDA han modificado su política, pero sí la han ido perfeccionando y, en cierto grado, el perfeccionamiento significa también un cambio. Tanto para el "establishment" germano occidental como para el germano oriental, no ha mermado en modo alguno el valor de sus alianzas, aunque sí han perdido su preeminencia absoluta. En cuanto la situación se agrava, las alianzas determinan la acción, pero ya han dejado de ser el rasero con que se miden todas las cosas.

Los Estados alemanes se han tornado más soberanos, han comenzado a emanciparse de sus potencias rectoras y aquí radica el cambio producido durante los dos últimos decenios. El hecho de que se hayan ido acercando en el transcurso de este proceso es más bien la consecuencia de su

emancipación y no tanto su causa, como se suele creer en el extranjero. No obstante, el acercamiento entre las dos Alemanias ha acabado por convertirse en un hecho que no se puede ignorar.

Antes, la dirección del SED necesitaba al enemigo para mantener y justificar la disciplina y “los límites”. El Strauss de aquellos tiempos habría sido para ella el mejor de los cancilleres federales. En la actualidad, Honecker se congracia con los ciudadanos de la RDA cuando se esfuerza por mantener buenas relaciones con la RFA. Pero lo mismo ocurre a la inversa. Antes, las cartas de Ulbricht eran devueltas sin abrir a su remitente; hoy día se considera como un éxito de la política alemana que nos visite el presidente del Consejo de Estado. Antes, los perjuicios sufridos por uno parecían beneficiar al otro; actualmente, tanto en Berlín oriental como en Bonn, se sabe que ambos perderían en caso de producirse una catástrofe económica. Sólo unos pocos ancianos del Este confían aún en el ocaso del capitalismo. Antes, el debilitamiento del Estado opuesto constituía un objetivo político; actualmente prevalece en ambas capitales la idea de que sólo un interlocutor estable puede ser un interlocutor válido. El fundamento comercial de sus relaciones y convenios se asienta sobre el hecho de que Bonn no quiere “desestabilizar” a la RDA y de que el Gobierno de la RDA lo sabe.

Antes, los dos Estados justificaban “ideológicamente” su existencia: aquí está la democracia alemana; allí, el socialismo alemán. Desde hace algunos años ambos buscan sus raíces en la historia alemana; es decir, en la historia en su conjunto y no sólo en ciertos capítulos escogidos. Ambos dan gran valor a su propia interpretación del pasado. Pero lo cierto es que se trata de un pasado común, por lo que así se van reduciendo las diferencias interpretativas.

Cuando la RFA y la RDA, a principios de los años setenta, comenzaron a negociar de Gobierno a Gobierno, para las dos resultaba imprescindible la cautela en el medio político interno. Si se llegaba a lo inaudito, que consistía en firmar un acuerdo con el enemigo, había que subrayar aún con mayor vigor la contradicción ideológica: en la República Federal de Alemania no cabía comunidad alguna entre socialdemócratas y comunistas ni cabían “radicales” en la Administración Pública; en la República Democrática Alemana había que mantenerse alerta contra el “socialdemocristiano”, imponer una “delimitación” de la RFA y proclamar una “nación socialista” en contraposición a la “capitalista”.

Desde mediados de los años ochenta esta dialéctica –¿o sería mejor decir esta paradoja?– ha demostrado cada vez más su inutilidad. Los socialdemócratas y los comunistas no sólo debaten ahora cuestiones de principios, sino que incluso se han puesto de acuerdo con respecto a una declaración de principios que expone cómo el Este y el Oeste han de continuar su debate ideológico en el futuro, sin que por ello dejen de mantener buenas relaciones. Además, también parece imponerse poco a poco la idea de que la guerra de creencias y la cooperación política son, a la larga, difícilmente compatibles. La coexistencia entre Estados –aun cuando ello no se admita ni se pueda admitir– va seguida de una coexistencia

ideológica. Los partidos alemanes occidentales, al igual que el SED, están convencidos de que poseen el sistema adecuado, con el cual se dejan resolver con mayor eficacia y más humanamente las cuestiones de actualidad. Ambas partes siguen defendiendo sus convicciones con firmeza, pero ya no luchan por ellas, sino que se repliegan en la esperanza de que, con el tiempo, lo mejor se impondrá por sí solo también en el otro lado. Pero quizá lo más importante sea que ambos bandos, pero sobre todo el comunista, han perdido mucha de su anterior seguridad y arrogancia. Ya ninguno de ellos afirma tener remedios patentados para todo; ambos buscan, y lo reconocen.

Si no fuera así,, los dos Estados alemanes no habrían podido lograr juntos tantas cosas en el plano político ni tampoco tendrían dificultades con la "imagen del enemigo". Durante varios días, toda la RDA vio a su presidente del Consejo de Estado recorrer la República Federal de Alemania y hablar allí con todas las personalidades destacadas. La gente leyó con vivo interés el "Neues Deutschland" que publicó la declaración de principios del SPD y el SED, donde aparecía, entre otras, esta frase: "La discusión abierta sobre la competencia entre los sistemas, sobre sus éxitos y fracasos, ventajas y desventajas, debe ser posible dentro de cada sistema." Por tanto, no debe sorprender lo que vino a continuación: ahora también los camaradas de base quieren viajar a Occidente, los ciudadanos de a pie quieren el derecho legal de viajar a Occidente y los espíritus críticos exigen una "cultura del debate político" dentro de la RDA. Por otro lado, no tiene nada de raro que ahora el Gobierno se considere obligado a volver a poner "orden" en las mentes, las iglesias y las calles. Los ideólogos de la vieja escuela, los propagandistas de métodos arcaicos y los servicios de seguridad están otra vez en activo. Dos pasos adelante y uno atrás sigue siendo todavía la única forma de avance que conocen los dirigentes de la RDA.

Pero esto sirve sólo por un tiempo limitado, pues a la larga una política exterior progresista y una política interior conservadora se excluyen mutuamente. La buena impresión que dejó la visita de Honecker en París —como informan los conocedores del medio francés— se esfumó como por encanto cuando dos semanas más tarde la RDA saltó a los titulares en relación con arrestos, condenas y expulsiones. Sin embargo, un análisis cuidadoso reveló que el propio presidente del Consejo de Estado contuvo de nuevo a la Policía para que no dañara la obra de su vida.

Para el Este, el "imperialismo" ya no es lo que era, pero también la "revolución mundial" ha dejado de serlo para Occidente. Tras la visita de Honecker a Bonn, el ex general de la Bundeswehr Günter Kiessling reflexionaba sobre lo que "pasó por las mentes" de los soldados del batallón de la guardia "cuando tuvieron que presentar armas ante el representante del muro y de la orden de disparar. A los soldados de la Bundeswehr se les exige el juramento y la promesa de "defender con valentía el derecho y la libertad del pueblo alemán". La nueva cuestión que ahora se plantea es cómo se les explicará en el futuro este compromiso". El juicio de Kiessling responde a una preocupación que sienten muchos conservadores en la

República Federal de Alemania. Incluso en el propio canciller federal pudo apreciarse que, en su calidad de anfitrión, se sometía a una obligación impuesta.

Pero sigue siendo una obligación. Aunque se cumpla a disgusto, los políticos de ambas partes obedecen a la necesidad. Los defensores de las imágenes del archienemigo –en su mayoría, señores en edad de jubilación forzosa– no representan el futuro. La República Federal de Alemania y la República Democrática Alemana dependen mucho la una de la otra –tanto en política interior como exterior, en el ámbito económico y en el ecológico– como para distanciarse o incluso para caer de nuevo en la vieja porfía. El crítico inicio de la presente década proporcionó la prueba: Afganistán, la ley marcial en Polonia, el estacionamiento de misiles, el cambio de Gobierno en Bonn y las peores relaciones entre las grandes potencias desde la crisis cubana... Es cierto que las relaciones interalemanas se estancaron, pero en lo esencial permanecieron intactas.

La mejor manera de comprobar el cambio de los tiempos es observar el incremento de las cifras. Si se compara el año 1969, cuando comenzó la nueva Ostpolitik, con el año 1987, tenemos que el intercambio comercial aumentó casi cuatro veces, en tanto que también se cuadruplicó el número de alemanes occidentales que visitaron la RDA (en 1969, haciendo abstracción de excepciones sin importancia, los berlineses occidentales no podían entrar en ningún caso en Berlín oriental ni en la RDA). Además se produjeron 60 veces más conferencias telefónicas (en 1969 no existía ninguna línea de Berlín occidental a la RDA; de la RFA a la RDA había sólo 34 líneas; en 1986, 860). Sólo a partir de 1972, por medio del acuerdo sobre tránsito, ciudadanos de la RDA, aún no jubilados, tuvieron la posibilidad (pero no el derecho) de viajar a Occidente “por cuestiones familiares urgentes”. Durante una década fueron unos cuarenta mil al año; en 1987 vinieron 1,2 millones; esto es, 30 veces más.

El principal deseo de la mayoría de los alemanes comienza a cumplirse, si bien con lentitud y de modo insatisfactorio. Sin embargo, en una mirada retrospectiva al último cuarto de siglo se revela la nueva situación. Los dos Estados alemanes ya no están distanciados, sino que buscan el acercamiento. Ambos se han librado de la extrema parcialidad a la que les habían llevado la guerra fría y sus padres fundadores, Adenauer y Ulbricht. Pero lo más decisivo es que los ciudadanos de ambos Estados pueden participar en este giro. La República Federal de Alemania y la República Democrática Alemana no sólo siguen hoy los preceptos de sus alianzas ideológico-militares, sino que responden también a las exigencias geográficas, históricas y humanas resultantes de su situación en el centro de Europa. El presidente de la República Federal de Alemania, Richard von Weizsäcker, ha encontrado para ello la formulación clásica: “La República Federal de Alemania se ha convertido en el Este del Oeste; la RDA, en el Oeste del Este... No obstante, a pesar de esta doble situación limítrofe, Alemania se distingue por las condiciones que se derivan de su situación en el centro de Europa. Es cierto que este centro está dividido, pero sigue siendo el centro.”

La percepción de esta situación central se ha desarrollado visiblemente a ambos lados del Elba. Sin embargo, este proceso de cambio no se está consumando simultáneamente en los dos Estados, sino que acusa cierto retardo. Lo que experimentara la RFA –dicho *grosso modo*– durante los años sesenta, lo pasó la RDA en los setenta. La explicación es simple: la RDA adquirió capacidad de maniobra sólo después de su reconocimiento internacional. Con anterioridad su gran amigo de Moscú –que garantizaba su existencia– y su enemigo de Bonn –que la cuestionaba– obsesionaban casi mágicamente a la RDA. Sólo cuando su existencia dejó de ser puesta en tela de juicio pudo pensar en algo más que en salvaguardarla y ratificarla. A partir de 1973-74 estuvo por fin en condiciones de desarrollar su propia política. Dicho sea de paso, promoverla a esta situación fue el sentido más profundo que tuvo toda la política sistemática de reconocimiento por parte de Bonn.

No obstante, durante la década de los ochenta, la RDA volvió a recuperar parcialmente su retraso. En 1982 asumió el Gobierno de Bonn la coalición de los partidos Unión Demócrata Cristiana y Unión Social Cristiana, que no tenían una experiencia digna de mención en cuanto a la Ostpolitik. Los socialdemócratas y los liberales la venían practicando desde 1969. Los partidos de la coalición tuvieron que aprender y, por ello, Honecker les sacó ventaja en ciertas ocasiones. En los tiempos difíciles, fue él quien acuñó conceptos como “limitación de daños” y “comunidad de responsabilidades”. Sólo ahora, a casi veinte años del reconocimiento mutuo, ambos Estados han ido madurando paulatinamente hacia un trato recíproco sin prejuicios, en favor de una política europea.

Pero el paralelismo del proceso se revela más importante que el prolongado desajuste. El estudio de la historia alemana de la posguerra se centra en las afinidades y las diferencias existentes entre los dos Estados. Se atiende a lo que aún sigue siendo como antes y a lo que ha cambiado totalmente; cada uno resalta en particular en qué y por qué es mejor que el otro. Sin embargo, por encima de las contradicciones se aprecian las semejanzas entre las condiciones, las tareas y los destinos de las dos Alemanias en sus entornos respectivos.

La República Federal de Alemania y la República Democrática Alemana no surgieron por propia voluntad, sino por disposición de las fuerzas de ocupación. Las dos tuvieron que adaptarse a un nuevo mundo: una, en el Este; la otra, en el Oeste. Las dos se vieron forzadas a decidirse por su nuevo mundo o por la unidad nacional. En cada lado, un político muy poderoso forzó, por propio convencimiento, lo que dictaban las relaciones de poder. Pero tanto Adenauer como Ulbricht tuvieron que imponer su estricta orientación pro occidental o pro oriental en contra de una fuerte oposición interna.

La RFA y la RDA también tuvieron que aprender a hacer buenas migas con una potencia hegemónica. Siguió a los norteamericanos y a los rusos en la guerra fría, en parte por convicción y en parte para acreditarse. Sin la lucha entre Este y Oeste, ambos Estados no hubieran vuelto a estar de nuevo arriba ni habrían alcanzado la igualdad de derechos en

relaciones estatales. No hay que asombrarse, por tanto, que más adelante los beneficiarios de la tensión se mostraran reticentes a seguir a sus potencias rectoras en la distensión. Pero cuando se convirtieron en beneficiarios de esa distensión, no quisieron participar en el último cambio de frente de los grandes, que a comienzos de los años ochenta se habían enemistado de nuevo seriamente.

Lo quieran reconocer o no, la RFA y la RDA constituyen la herencia del Reich hitleriano. Ambas tuvieron que hacer frente al *shock* psíquico, pero sobre todo a las consecuencias políticas y morales de la derrota. En qué medida lo lograron para bien, o más bien para mal, pudo apreciarse incluso en la televisión, cuarenta años después, cuando los dos Estados tuvieron que encararse a la fecha del 8 de mayo de 1945. Ambos, uno en el Oeste, el otro en el Este, debieron soportar la desconfianza y superar el rechazo que les afectó como alemanes. Por eso, ambos tendieron a evadirse de sí mismos y de su pasado, mostrándose más abiertos que otros europeos ante los objetivos supranacionales.

La elite política de Occidente creyó encontrar un nuevo hogar dentro de una comunidad europea, o mejor dicho, europea occidental. La dirección política oriental se vio en medio de una comunidad socialista. De ellas no resultó nada. A más tardar en tiempos de De Gaulle se demostró que en Europa occidental no se daría una integración, sino como máximo una "Europa de las Patrias", es decir, de los Estados nacionales. Más o menos por la misma época hubo que reconocer claramente en el Este que las tradiciones nacionales son más fuertes que las comunidades ideológicas. Si bien los alemanes occidentales se convirtieron en demócratas modelo y los alemanes orientales del partido fueron comunistas modelo, debieron aprender que, para su entorno, todos seguían siendo alemanes. Y en eso se fueron convirtiendo de nuevo paulatinamente. La RFA y la RDA se hicieron "alemanas", y es probable que este proceso continúe.

La segunda decepción que ambos Estados sufrieron se debió al reconocimiento de que no es posible la reunificación o, al menos, no lo será en un futuro próximo. Franz Josef Strauss fue el primer político relevante que lo expresara, ya en 1966; en los demás partidos, muchos opinaban lo mismo. Para Brandt, la erección del muro de Berlín en 1961 le llevó a considerar –quizá también a Honecker, que organizó su construcción– que no podía seguir creyendo en la victoria quien tuviera que preservar su Estado de esta manera. En todo caso, durante los años sesenta pareció extenderse a ambos lados del Elba la misma resignación: había que "arrancarse del corazón" la esperanza de la unidad, como lo expresara un patriota comunista en cierta ocasión.

Ambos Estados alemanes se encerraron en sí mismos. No podían ir hacia una unidad supranacional, y la unidad nacional les estaba vedada. La RFA y la RDA tuvieron que prepararse para una existencia permanente como República Federal de Alemania y como República Democrática Alemana. Tuvieron y tienen que hallar su lugar en Europa como dos Estados alemanes, separados uno del otro.

Si acaso llegase a existir la esperanza de un futuro feliz, ésta descansaría en dos aspectos. El cambio de los últimos decenios ha sido un proceso natural que, por ello, se desarrolló paralelamente en las dos Alemanias. Lo que ocurrió fue una normalización, en el sentido exacto de la palabra. Lo que se va acercando a su fin es la vinculación exclusiva de los Estados centroeuropeos a las necesidades de las grandes potencias occidentales y orientales, es el carácter absurdo de una guerra fratricida y el contrasentido de una división que continúa desgarrando más a los individuos de una misma nación que al resto de los europeos.

Como las dos Alemanias sufrieron la misma anormalidad, su desarrollo transcurrió en forma paralela. Las grandes transformaciones de los últimos decenios no las unieron, pero sí las llevaron en la misma dirección; no surgieron de la arbitrariedad de cualquier político, sino de las exigencias de la política. Y, por eso, es de esperar que este paralelismo prosiga.

Pero ¿en qué condiciones? La paradoja alemana consiste en que el acercamiento de los Estados presupone la división. Hay que ir incluso más allá: el acercamiento es, ante todo, un producto de la división. Los hermanos enemistados tuvieron primero que distanciarse mucho para poder acercarse de nuevo. Como pasa algunas veces en la vida: hay que separarse para que se produzca el reencuentro.

Desde el punto de vista de los vecinos y aliados se establece la misma condición. Una Alemania unificada les resulta demasiado fuerte, y la continuación de la división sólo estará garantizada si las tropas soviéticas y norteamericanas permanecen en la RFA y en la RDA. En tanto los alemanes aspiren a la reunificación, o tan sólo lo parezca, esta percepción apenas se modificará. Bonn y Berlín oriental llegan así a una “comunidad de responsabilidades”; no sólo por la paz, sino también por el futuro de Europa.

Todos los partidos de la República Federal de Alemania proclaman como su objetivo un “orden pacífico” en Europa; la mayoría declara que dentro de este “orden de paz” ha de ser posible la unidad estatal de Alemania. Sin embargo, ocurre lo contrario. Hasta donde podamos prever, este orden pacífico existirá sólo con dos Estados alemanes, o no existirá de ninguna manera.

El “orden paz” es lo máximo a que pueden aspirar los alemanes después de Hitler. Traería consigo la retirada de todas las tropas extranjeras y, con ello, la posibilidad de la autodeterminación, en la medida en que ésta es posible en una época de soberanía limitada. No parece posible una solución de la cuestión alemana, pero sí una regulación de las relaciones alemanas.

En el camino hacia todo ello se encuentran tanto la República Federal de Alemania como la República Democrática Alemana. Cuanto más se acerquen entre sí sin reunificarse, cuanto más hagan en común sin hermanarse contra los demás, y cuanto más normales sean las relaciones no sólo de los Estados, sino también de sus ciudadanos, tanto más posible será llegar a una situación en la cual, con el tiempo, puedan convivir todos, es decir, los alemanes y el resto de Europa. Los demás necesitan la división permanente, los alemanes necesitan el fin de esa división. Si se lograra unir ambas cosas, sería la primera vez en un siglo que Europa y Alemania estarían reconciliadas. Sería un compromiso histórico.

El derecho a la autodeterminación de Alemania

Dorothee Wilms

A la pregunta preliminar que se plantea a veces en relación con la “cuestión alemana”, a saber, si ésta existe realmente, comenzaré por responder llamando discretamente la atención sobre la existencia de las funciones que me están encomendadas. En efecto, el hecho de que en el seno del Gobierno federal, haya un Ministerio federal para las relaciones interalemanas, se justifica precisamente por la existencia de la cuestión alemana. La misión confiada a mi Ministerio consiste en encontrar una respuesta a la cuestión alemana y, una vez que haya sido hallada, hacer que la existencia de ese departamento sea superflua.

La ruptura de la coalición constituida durante la guerra contra la Alemania nazi impidió después de 1945 la conclusión de un tratado de paz con la Alemania vencida. La consecuencia de esta situación es que Francia, por ejemplo, continúa siendo una de las potencias garantes del status de Berlín y de Alemania, lo que significa que –al igual que la Unión Soviética, el Reino Unido y los Estados Unidos de América– posee derechos y asume responsabilidades en lo que a Berlín y a Alemania en conjunto se refiere. Tales derechos y responsabilidades se ejercen efectivamente. Conservan su validez sin perjuicio del establecimiento de relaciones formales entre las potencias tutelares occidentales y la República Federal de Alemania, por una parte, y la República Democrática alemana por otra, y sin perjuicio de la pertenencia de los dos estados alemanes a las Naciones Unidas.

Esto aparte, en la relación de la República Federal de Alemania con las tres potencias occidentales, han quedado fijados mediante tratados los aspectos iusinternacionalistas en lo que se refiere a la totalidad de Alemania y a las metas políticas comunes. En el artículo séptimo del Tratado sobre Alemania de 1952/54, los estados signatarios declaran estar “de

Dorothee Wilms es ministra federal de relaciones intraalemanas de la República Federal de Alemania. Este artículo recoge algunas de las ideas ya expuestas recientemente en París ante el Instituto Francés para las Relaciones Internacionales (IFRI).

acuerdo en que un objetivo esencial de su política común es una regulación libremente convenida a modo de tratado de paz entre Alemania y sus antiguos adversarios, valedera para toda Alemania, que deberá constituir la base para una paz duradera. Además convienen que la fijación definitiva de las fronteras de Alemania deberá ser aplazada hasta esa regulación definitiva". En otro lugar me referiré a la cuestión de la frontera constituida por los ríos Oder y Neisse.

Para nosotros, alemanes de la República Federal de Alemania, la cuestión está planteada esencialmente en estos términos: la continuidad de la nación alemana, la existencia de dos estados en Alemania con distintos sistemas sociales y pertenecientes a diferentes alianzas, constituye un hecho que nadie puede negar seriamente. Aunque esta situación haya sido creada sobre todo por la guerra desencadenada por Hitler –si bien Stalin aprovechó la oportunidad para avanzar las fronteras del imperio soviético hasta el Elba– es lo cierto que esta división de la nación no responde a la voluntad libremente manifestada de los alemanes. Hasta aquí, los alemanes en su conjunto no han podido ejercer el derecho de autodeterminación que corresponde a toda nación, que y al igual que los derechos humanos es irrenunciable, porque a nuestros compatriotas en la República Democrática Alemana se les niega ese derecho de autodeterminación por sus gobernantes comunistas.

El derecho a la autodeterminación nacional, en lo que se refiere a nuestra forma política exterior y al orden interno de nuestra sociedad, constituye por ende la base a partir de la cual formulamos y enjuiciamos nuestro problema nacional. Nuestro objetivo es y seguirá siendo obtener por la vía de la autodeterminación el consenso básico de toda la nación en cuanto a su forma jurídico-constitucional y político-social.

Mientras esta conformidad falte ostensiblemente –y así lo simboliza con meridiana claridad el monstruoso muro de Berlín–, la situación de Alemania estará en suspenso y seguirá siendo un problema pendiente que demanda una solución.

Quien esté algo versado en la historia de Alemania de los siglos XIX y XX sabe que esta preferencia por la libertad y la vinculación del valor de la "unidad" al de la "libertad" no son fenómenos obvios. Es una lección, una consecuencia que hemos sacado de la historia de los últimos cien años.

La visita a Bonn del secretario general del SED (Partido Socialista Unificado de la República Democrática Alemana), señor Honecker, en septiembre del pasado año, también ha suscitado alguna atención en Francia. Su recepción con himnos y banderas al viento, ¿era la confirmación definitiva de la división de Alemania o bien, al contrario, un arriesgado "abrazo", algo así como la ceremonia inicial de una nueva vida en común germano-alemana con la tendencia de arrancar la República Federal de Alemania a sus lazos y vinculaciones con Occidente?

A mi juicio, se trata de interrogantes mal planteados, por lo que también son falsas las respuestas que se dieron tan pronto en uno como en otro sentido.

Y están mal planteados más que nada porque nos atribuyen a los alemanes una actitud hacia la cuestión alemana y un modo de abordarla que en esta forma no se corresponden con la realidad. El canciller federal Kohl formuló claramente nuestro enfoque de la cuestión en el discurso que pronunció en presencia del huésped de la República Democrática Alemana con ocasión del banquete ofrecido al mismo, hallando en la opinión pública alemana un eco ampliamente positivo para sus palabras, en las que entre otros extremos, dijo:

“La historia común que nos une a los alemanes ineluctablemente para bien y para mal nos ha impartido otra lección de fundamental importancia: nunca más deberá abusarse de la persona humana utilizándola meramente como un medio para fines políticos.”

Fuimos testigos de la degradación del Estado nacional hasta convertirse en totalitario Estado nacionalista e imperial que se creía facultado para usar ilimitadamente su poder. Los padres de nuestra Constitución tuvieron muy presente, al igual que nosotros hoy día, que fue una política desligada de cualesquiera vinculaciones y respetos, que precipitó a Europa y a Alemania en la catástrofe. En nuestras mentes se ha grabado la inolvidable experiencia de que a un estado que niega a sus ciudadanos la libertad, por razones políticas de rango pretendidamente superior, tampoco le importan la libertad ni el derecho a la vida de otros pueblos y hombres. Esta experiencia, esta comprensión de las razones y causas del fiasco de la política germana que, en 1945, terminó en derrota, ha alterado en Alemania radicalmente las relaciones entre los ciudadanos y el Estado. Esta relación aparece entre nosotros, en la República Federal de Alemania, como distinta de la que existe en la República Democrática Alemana. En ésta, los alemanes que la habitan tuvieron la desgracia de salir de una dictadura para caer en otra, y esta segunda dictadura les fue impuesta desde fuera sin que jamás hubieran tenido la oportunidad de manifestarse en elecciones libres.

Nuestros ciudadanos, los ciudadanos de la democracia liberal instaurada en el oeste de Alemania después de 1945, comprenden –¡y tratan!– al Estado como servidor del bien común. El Estado como suprema autoridad, como institución con fines y objetivos propios de rango superior, pertenece a un pasado remoto para las actuales generaciones de alemanes en la República Federal de Alemania.

Este modo de concebir al estado también tiene consecuencias para nuestra actitud con respecto a la cuestión y al Estado nacionales. Éste, como fin en sí mismo, no se corresponde con el mandato de la Constitución ni tampoco con nuestra conciencia política. Hay en nuestro país, desde que existe el orden liberal instaurado por la Constitución, un consenso básico, jamás cuestionado, de todos los partidos políticos que defienden aquélla en un punto decisivo que es el siguiente: porque vemos en la garantía de la libertad de los ciudadanos uno de los más altos fines del Estado, excluimos cualesquiera soluciones de nuestro problema nacional que vayan en perjuicio o incluso se produzcan al precio de nuestra propia libertad o de la de otros.

No otra cosa afirma nuestra Constitución, la llamada ley fundamental de la República Federal de Alemania. Quiere una Europa unida y requiere en este contexto a todo el pueblo alemán a consumir la unidad y libertad de Alemania en un régimen de libre autodeterminación.

Dicho con otras palabras: no se trata de una solución de la cuestión alemana orientada por y hacia el pasado, sino de hallar una respuesta liberal a la misma proyectada hacia el futuro. Se trata de una respuesta en armonía con las experiencias y enseñanzas de la historia y en armonía con la voluntad y los valores europeos

Porque también nuestra condición, la actitud de los alemanes ante Europa, ha cambiado a causa de nuestras traumatizantes experiencias históricas en este siglo.

Dicho sea a modo de paréntesis: no crean a nadie que afirme que los alemanes hemos reprimido con éxito nuestra más reciente historia. Nada más erróneo que esta creencia. No me refiero al complejo de culpabilidad que, como es natural, está desapareciendo a medida que la generación de nuestros mayores está periclitando. El último contingente reclutado entre los catorce y quinceañeros que, en 1945, armados con unos *bazookas*, fue enviado al frente, tiene ahora casi sesenta años y está a punto de ser jubilado. Para la inmensa mayoría de los alemanes que viven actualmente, los años treinta y cuarenta no son sino historia o, a lo sumo, recuerdos de infancia o temprana juventud.

Sin embargo, lo que entonces sucedió fue de tan grave alcance moral, espiritual, político y material que los alemanes tardaremos aún mucho tiempo en asimilarlo. Lo que hoy, como pueblo, nos distingue de otros es un profundo quebrantamiento de nuestra confianza y seguridad en cuanto a nosotros mismos que nos hace particularmente propensos a toda clase de temores y a la idea de estar amenazados. El éxito que entre nosotros tienen los movimientos ecologista y pacifista, que a muchos en el extranjero les parece extraño e incluso inquietante, es un ejemplo de lo que digo.

Pero volvamos a nuestro cambio de actitud ante Europa. Esta representa para nosotros un valor político y moral-espiritual; Europa, en el doble sentido del término: como comunidad de las naciones que la integran y como la suma de sus tradiciones culturales y de civilización.

Donde este hecho se manifiesta más clara y tangiblemente es en nuestra relación con Francia. Recientemente hemos conmemorado el XXV aniversario del pacto de amistad franco-alemán. A cuanto, por personas autorizadas, se ha dicho con tal motivo, yo, por mi parte, sólo deseo añadir que para mí, como alemana nacida en Colonia, que como niña vivió la guerra de un modo plenamente consciente y en contacto muy directo con sus realidades, esta vinculación con Francia es uno de los fenómenos más elementales y afortunados de nuestra posguerra.

Utilizo en este contexto intencionadamente el término “vinculación” que, a mi modo de entender, significa con carácter general y, por tanto, también en el aspecto político más que “amistad” o “alianza”. En la vinculación, intereses vitales, especialmente en el ámbito de la seguridad exterior, se conjugan con convicciones comunes dando lugar a la decisión de

marchar juntos y de compartir un destino común. Se trata de la vinculación entre dos de los pueblos más grandes de Europa, que se conocen mutuamente como fruto de una larga rivalidad y vecindad y que hoy ya no tienen por qué temerse, pues lo que los une es una sólida interdependencia. A veces la historia da terribles rodeos.

En 1989 los franceses comprobarán cómo la Gran Revolución es enjuiciada hoy día en Alemania: como el acontecimiento por antonomasia político y social de la modernidad europea, punto cardinal de obligada referencia. El año 1789 constituye para la Alemania actual una fecha de no menor importancia que para la propia Francia y el resto de Europa. El principio de “nación”, hermanado a los valores universales de libertad y de los derechos humanos, aparecía soberanamente en el escenario europeo. La nación, entendida como expresión e institución de la cultura política europea, determina nuestra actitud ante la cuestión nacional alemana de nuestro tiempo.

Tal estado de cosas excluye para nosotros soluciones de la cuestión alemana intentadas por nosotros solos y por nuestra propia cuenta o contra la voluntad de nuestros vecinos. Los alemanes anhelamos por fin la paz con nuestros vecinos europeos. No deseamos imponer a nadie una carga insoporrible. Queremos que cada nación tenga lo que en derecho le corresponde y se sienta segura dentro de sus fronteras. Como quiera que, a nuestro entender, la cuestión nacional es primariamente una cuestión de autodeterminación, consideramos el aspecto territorial como algo subordinado.

En este punto hay que hacer también referencia a la cuestión de la frontera con Polonia. Se trata de un tema complejo, pero trataré de esbozarlo sucintamente: En el tratado de Varsovia con Polonia de 1970 la República Federal de Alemania hizo cuanto pudo obrando en nombre propio; es decir, declaró que la línea de los ríos Oder y Neisse “constituye la frontera occidental del Estado de la República Popular de Polonia”. Corroboró la inviolabilidad de las, fronteras existentes “ahora y en el futuro” haciendo constar que no formularía ningún género de “reivindicaciones territoriales”. La República Federal de Alemania no podía ni puede actualmente adoptar en nombre de Alemania decisiones concernientes a las regiones orientales del *Reich* alemán. Para ello carece, llana y simplemente, del poder dispositivo jurídico.

Jurídicamente, Alemania sigue existiendo por tanto dentro de las fronteras de 31 de diciembre de 1937. No se trata a este respecto de una invención alemana, sino de una decisión de las potencias vencedoras aliadas. Esta decisión fue acordada por las referidas potencias primero en el Protocolo de Londres de 12 de septiembre de 1944, siendo confirmada de nuevo después de finalizada la guerra.

Esta situación jurídica de Alemania, que no ha variado desde 1945, no sólo es un elemento importante para que la cuestión alemana continúe sin resolverse, sino que constituye asimismo la base del derecho que asiste a los aliados para formular reservas; es decir, sus derechos y responsabilidades relativas a “Alemania como conjunto”. Esta situación jurídica tiene una indudable importancia operativa al configurar la responsabilidad cua-

tripartita en lo que se refiere a Berlín. También desde este punto de vista hay buenas razones para mantener intacta esta situación jurídica.

Por otra parte, conviene aclarar que el mantenimiento de la situación jurídica de Alemania no se debe a la eventual intención de modificar las fronteras unilateralmente o incluso por la fuerza. Esta aclaración política se ha efectuado repetidamente de modo especial también por el canciller federal Helmut Kohl, que ha hecho una declaración pertinente en estos términos: "Permítanme que haga constar –y al decir esto me dirijo también a los habitantes de Polonia– que esta posición jurídica no implica ninguna amenaza para nuestros vecinos."

Y en otro pasaje añadía: "En los territorios situados al otro lado de la frontera occidental de Polonia viven hoy día familias polacas para las que a lo largo de dos generaciones esa región se ha convertido en su patria. Así lo respetaremos y jamás lo cuestionaremos... La quintaesencia de nuestra política con respecto al Este y a Alemania consiste no en desplazar las fronteras, sino en superarlas por la Humanidad y el entendimiento con todos nuestros vecinos orientales."

Éstas son declaraciones muy claras que elucidan inequívocamente cuál es la postura del Gobierno federal alemán.

En Europa Occidental, y especialmente en las relaciones con Francia, experimentamos hasta qué punto las fronteras carecen de importancia a condición de que se puedan cruzar sin obstáculos. Experimentamos la ventura del pluralismo de Europa que constituye su genio. Nada anhelamos tanto como que toda Europa –la Europa del Oeste, Central y del Este–, y nosotros, alemanes integrados en la misma, encuentre de nuevo el camino que la devuelva a sí misma. Los pueblos europeos jamás se abroquelaron espiritualmente tras sus fronteras ni se aislaron unos de otros levantando muros entre sí. Al contrario, nunca dejaron de contemplarse mutuamente, han rivalizado entre sí, aprendieron unos de otros, intercambiaron influencias mutuas y a veces se imitaron. Esto y no otra cosa ha generado desde la Edad Media la unidad del mundo europeo.

Sabemos que la frontera política e ideológica entre las dos esferas de poder que divide a Alemania es también la divisoria de Europa. En nuestra división alemana se repite la de Europa. Sabemos cuál es nuestra responsabilidad por el destino de la libertad y democracia en Europa. Y también por eso hay un único camino posible para nosotros: hay que superar la división de Europa si se pretende poner punto final a la de Alemania.

Tal como se presentan las cosas, esto sólo será factible si el conflicto entre Este y Oeste se transforma, en cuanto a su estructura, en un proceso histórico. Al menos en Europa, los conflictos armados como medios para conseguir cambios se han hecho imposibles y deben seguir siéndolo.

El conflicto entre Este y Oeste de nuestro tiempo no es ninguno de los convencionales conflictos de poder o rivalidades por la hegemonía como desde hace siglos los conocemos por la historia de Europa. La novedad histórica de ese conflicto radica en la imbricación de su componente político-expansionista con su dimensión ideológica. Con el avance del Ejército rojo la URSS, en cierto modo, se ha exportado a sí misma a los países in-

vadidos por aquél; es decir, su sistema político y social, al que califica de “socialismo real”. Este socialismo real en la Europa del Oeste de la URSS no es el fruto de revoluciones vernáculas; afirmar lo contrario es una de las grandes mentiras de la URSS, que tampoco ha sido rectificada por el “nuevo pensamiento” de Gorbachov. Ese socialismo ha nacido de la exportación de la revolución con medios violentos.

Aquí radica la verdadera causa del antagonismo político e ideológico que desde 1945 mantiene dividida a Europa y también a Alemania. Los pueblos europeos afectados sienten el sistema soviético, que les ha sido impuesto como algo ajeno, algo que contradice su civilización y ambición europeas. No es un azar que intelectuales de Hungría, Checoslovaquia y Polonia califiquen en los últimos años la ubicación de sus países como “Centro-Europa”. Es la modalidad, la única modalidad que todavía se les permite para deslindarse de la gran potencia en el este de Europa y expresar su tradicional pertenencia y vinculación a Europa occidental.

Nosotros, en el oeste de Europa, no podemos asistir cruzados de brazos a la lucha de estos pueblos por unas formas de vida adecuadas a su naturaleza europea. En cierto modo, esto es, incluso, aplicable a Rusia, que –si todos los indicios no engañan– una vez más realiza un intento de acercar la constitución interna del país al modelo europeo. Desde esta interpretación no constituye exclusivamente una estrategia de su política exterior el que Gorbachov evoque tan vehementemente la “casa común europea”.

La metáfora de la “casa europea” contiene, sin embargo, elementos de seducción política. Está dirigida hacia Europa occidental, principalmente hacia nosotros los alemanes, toda vez que va unida a promesas en materia de política de seguridad y nacionalidad cuyos destinatarios somos nosotros. Así, en el verano del pasado año, un conocido experto moscovita en cuestiones alemanas escribía en una revista soviética (Nikolai Portugalov, en “Tiempos

Nuevos”, número 22, 1987): “La ulterior construcción y terminación de la “casa común europea” abrirá nuevas posibilidades que, según creo, deberían llenar de satisfacción a los ciudadanos de la República Federal Alemana... No es difícil imaginar que los habitantes de los dos “apartamentos alemanes” –soberanos e independientes–, aunque viviesen cada cual a su manera, podrían sostener relaciones muy estrechas entre sí, tanto más cuanto que hablan una misma lengua. Y entonces habrá llegado también el momento de liberar finalmente los apartamentos situados en la parte central de esa casa de las tropas foráneas aposentadas en las mismas.”

Se aprecia que los fantasmas del pasado siguen conturbando algunas cabezas moscovitas. El mismo autor no se cansa de describirnos una y otra vez los “beneficios” de Rapallo, haciendo caso omiso de la constelación caracterizada por el ascenso de la URSS a la categoría de superpotencia y su penetración hasta Centro-Europa.

Los alemanes sacamos de esto la consecuencia que se impone y hemos hecho nuestra elección: la construcción de Europa y la Alianza

Atlántica. Las fuerzas armadas extranjeras estacionadas en suelo de la República Federal de Alemania no son tropas de ocupación cuya retirada anhelamos. Son nuestros aliados, que, conjuntamente con nosotros –con el Ejército federal alemán–, garantizan nuestra común seguridad, independencia y libertad.

Los alemanes no somos neutrales y tampoco buscamos la neutralidad porque conocemos los órdenes de magnitud, tanto el nuestro propio como el de Occidente y el Este. No sentimos la menor propensión a ir dando tumbos como tierra de nadie entre el Este y Oeste. Esto vale tanto para la República Federal de Alemania sola como para una Alemania unificada.

Ahora bien: yo propongo que, en común y con espíritu de iniciativa, abordemos la divisa de la “casa europea”. Sería aberrante si admitiésemos que precisamente aquella potencia que por su naturaleza histórica es la menos europea de todas, aquella que no está en el origen de la integridad de Europa, se presentase como

paladín de la integridad y unidad europeas obteniendo de este modo la posibilidad de cosechar para sí ventajas políticas.

Pero esto sólo podría lograrlo si nosotros, europeos, permaneciésemos mudos y sordos. Quien invoque a Europa se expone también a lo que Europa pretende. ¡Expongamos al sistema soviético en Europa a esta pretensión! Los pueblos del centro, este y suroeste europeos tienen la esperanza –una esperanza que se toca con las manos– de que aceptemos el juego y hagamos valer nuestra fuerza.

A la larga no puede dejar de surtir efecto si, por ejemplo, el órgano central del SED tiene que imprimir frases como las que el presidente del Gobierno holandés, Ruud Lubbers, estampó en junio del pasado año en el álbum de su invitado oficial Erich Honecker (“Neues Deutschland”, edición de 4 de junio de 1987): “Nuestros órdenes sociales y sistemas políticos son diferentes. No obstante, debe ser posible dar un contenido a aspectos fundamentales de la cultura europea en los países situados a ambos lados de la divisoria que hoy nos separa. La dignidad humana, el desarrollo personal del hombre, su capacidad de vivir en libertad y responsabilidad ante sí mismo, su creatividad y su obrar personal son el fundamento y motor de la cultura europea. La tierra cuyos frutos sean la creatividad y un compromiso genuino será tanto más feraz cuanto mejor garantizadas estén la libertad de pensamiento y opinión.”

Cabe creer a Gorbachov cuando afirma que el socialismo real ha llegado a un estado de estancamiento económico y social y que son ineludibles reformas tanto en el vértice como en las bases. Probablemente no hay por qué poner en duda la seriedad e imperiosa necesidad de esa voluntad reformista; sí en cambio la posibilidad de imponerla. No debemos olvidar, empero, que la política de reformas encierra algunas fórmulas que responden a los deseos y ambiciones de los pueblos porque debilitan la represión de las energías individuales y sociales. Es decir, ya que no de “libertad”, son prometedoras de algunas “libertades” más.

Teniendo en cuenta la superioridad militar de la URSS no puede ser cuestión de que los europeo-occidentales pretendamos apoyar la política

reformista del Este mediante prestaciones anticipadas en materia de política de seguridad y militares.

Si la URSS quiere conseguir realmente un mayor grado de confianza y la cooperación de Europa occidental, debe aceptar como legítima la exigencia de seguridad de esa Europa, pues continúa siendo una superpotencia militar con las correspondientes opciones para Europa, incluso si redujese a la mitad el número de sus misiles ofensivos de largo alcance. Tiene que admitir que la Europa del Oeste pretenda organizar su defensa en armonía con sus propias necesidades de seguridad autónomas.

Tal como están las cosas esto sólo es factible en el marco de la alianza con EEUU. La presencia de tropas americanas en Europa es de capital importancia. Porque lo que es válido para el mundo en su totalidad también lo es para Europa; a saber: que la superpotencia que es la URSS sólo puede ser contrapesada eficazmente por esa otra superpotencia que son los Estados Unidos.

El acuerdo americano-soviético de Washington sobre la retirada, por ambas partes, de los misiles de alcance comprendido entre 5.500 y 500 kilómetros, constituye un éxito de la alianza atlántica, ya que su consecuente política –potencial militar adecuado, solidaridad y negociaciones– ha tenido por resultado la eliminación asimétrica y controlada de toda una clase de cohetes. El Gobierno federal alemán considera indispensable que el proceso del control armamentista y de desarme prosiga paso a paso tanto en Europa como a nivel mundial. La dinámica que ahora se ha puesto en marcha para controlar y seguir reduciendo los arsenales debe ser aprovechada resueltamente. Pero de ello no debe resentirse la seguridad militar de Europa ni la de la República Federal de Alemania. En ningún momento debe ya existir la posibilidad de que haya guerras.

El ulterior desarrollo de las relaciones Este-Oeste estará determinado en medida esencial por el curso de las futuras negociaciones sobre el control de armas convencionales en Europa. Sobre todo los alemanes no podemos olvidarnos del problema de las armas de corto alcance, es decir, de menos de 500 kilómetros. Es menester reducir la espectacular superioridad numérica de misiles soviéticos que, más que a nadie, nos amenazan a nosotros. Por eso, el Gobierno federal alemán trata de conseguir que los misiles nucleares de corto alcance soviéticos y americanos con bases de lanzamiento terrestres sean integrados operativamente en el esquema de control de armamentos de la OTAN, si bien no de forma aislada sino dentro del contexto de la prioritaria reducción de las armas convencionales. A la vista de la superioridad soviética en este ámbito, que constituye una amenaza para nosotros, se sobreentiende como obvio que también en este punto es necesario un desarme asimétrico, sobre todo la eliminación de la capacidad invasora del Pacto de Varsovia.

Repito que el desarme debe contribuir a aumentar la seguridad de todos los que participan en la alianza. De no ser así, surgirían nuevas inseguridades e incertidumbres.

¿Qué tienen que ver el desarme y los misiles de corto alcance con la cuestión alemana? En la República Federal de Alemania, también en la

República Democrática Alemana, circula el dicho de que, cuanto más corto el alcance tanto más alemán el impacto. Esta afirmación es exacta, pero un sentimiento nacional alemán fundamentado en este hecho sería nefasto. Se podría abusar de él para fines que, a la postre, no convendrían a la seguridad de Europa.

Si, por otra parte, se consiguiese obtener mediante el desarme en común, una estable relación de fuerzas a un nivel más bajo, es decir, una seguridad efectivamente mejor y más racional para todas las partes implicadas, ello representaría un paso de gigante adelante tanto para la Alemania dividida como para la Europa escindida. Y al decir “adelante”, me refiero a un futuro que posibilite en Europa un trato menos cargado de temores entre Este y Oeste volviendo a restablecer esas relaciones de Europa consigo: misma que anhelan los pueblos al otro lado del telón de acero. Porque estos pueblos conocen la verdadera fuerza de Europa occidental: la fuerza de la libertad.

¿Qué país europeo-occidental está mejor preparado que Francia para recoger este desafío? Los alemanes hemos necesitado mucho tiempo para percatarnos del valor de la libertad. Hoy nos encomendamos a ella y en ella confiamos. Deseamos una política común con Francia en este sentido. ¡Unamos nuestras fuerzas para alcanzar la meta común de superar la división antinatural de Europa en el espíritu de la libertad!

No hace mucho que Francia recibió en visita oficial al presidente del Consejo de Estado de la República Democrática Alemana, señor Honecker. Vemos en ello cierto paralelismo con la visita que Honecker realizó en el pasado mes de septiembre a la República Federal de Alemania, un indicio de la sintonía que caracteriza la política europea de nuestros dos países y que me parece tan importante.

Esta creencia mía la corroboran las palabras que el presidente Mitterrand y el primer ministro Chirac dirigieron a su invitado de la República Democrática Alemana: por ejemplo, la declaración de Chirac de que Francia no desea una Europa erizada de alambre de púas, y también Mitterrand al señalar “nuestra responsabilidad, como franceses y como alemanes a este y al otro lado del Elba, de reconstruir con las demás naciones en el Este y Oeste, una Europa en la que se pueda vivir y que esté esperanzada por haber superado sus escisiones”.

En efecto, también los alemanes en la República Democrática Alemana, el otro Estado en Alemania, forman parte de Europa y quieren pertenecer a ella. Los alemanes de la República Democrática Alemana no sólo son alemanes como nosotros, también son europeos como lo somos nosotros, europeos en razón de su cultura, su experiencia histórica y de las enseñanzas que cabe sacar de la misma. Tienen detrás de sí las mismas vivencias históricas que nosotros y sería más que sorprendente el que llegasen a otras conclusiones que nosotros, los alemanes del oeste. También ellos quieren vivir, sentirse y moverse como europeos alemanes.

Por eso debemos congratularnos de cualquier iniciativa que promueva las relaciones del otro Estado alemán con la totalidad de su entorno europeo y que de este modo, al menos tendencialmente, acerque a los habi-

tantes de la República Democrática Alemana la riqueza y el carácter abierto del mundo europeo.

Nuestra actitud con respecto a la República Democrática Alemana viene determinada por el propósito de asegurar la coherencia de la nación, mitigar para las personas las consecuencias de la división y conseguir de este modo también un cierto apaciguamiento para Europa. En quienes ostentan el poder político en la República Democrática Alemana vemos a los responsables del destino de los habitantes de aquélla, de nuestros compatriotas. Sabemos que la superación de la división de Alemania no cabe esperarla en un futuro próximo porque también la división de Europa sigue perdurando. Tanto más consideramos como un imperativo de la razón humana hacer cuanto esté a nuestro alcance para mejorar la situación de los hombres que viven allí. Esta es también, y de modo muy especial, una cuestión de bien entendida solidaridad con aquellos alemanes que, sin culpa propia, tienen que vivir en el lado sombrío del destino de Alemania en la posguerra.

Progresamos continuamente en este sentido, y lo hacemos porque también el Estado de la República Democrática Alemana obtiene de sus relaciones con nosotros ventajas económicas, financieras y políticas.

Ambas partes son conscientes de que la cuestión alemana no puede resolverse únicamente en el marco de sus relaciones bilaterales. Las condiciones necesarias para la unificación simplemente no se dan: ni en las relaciones interalemanas ni tampoco en las que existen entre las cuatro potencias vencedoras de la segunda guerra mundial.

Permítanme que intercale aquí algunas reflexiones sobre la situación de Berlín, toda vez que esta ciudad representa la clave de la política interalemana del Gobierno federal, al igual que lo es para la de las potencias tutelares aliadas.

En ninguna parte lo antinatural de la división de Alemania se hace más ostensible que en esa metrópoli europea brutalmente desgarrada por un muro. En parte alguna aparece más obviamente que allí que la cuestión alemana es una asignatura pendiente. En ninguna otra parte se manifiesta de forma más concreta la voluntad de libertad de los alemanes que en la parte libre de Berlín.

Quisiera recordarles que en este año conmemoramos el XL aniversario del comienzo del bloqueo de Berlín (23-24 de junio). El que la parte libre de Berlín pudiera conservar esa libertad se debe no sólo al coraje de la población berlinesa, sino sobre todo al resuelto apoyo de las tres potencias tutelares occidentales. Esta solidaridad occidental también ha funcionado eficazmente con ocasión de las crisis posteriores surgidas en torno a Berlín.

Hoy, después del acuerdo cuatripartito de 1971, la situación en Berlín (y alrededor de Berlín) se ha calmado, pero la seguridad y libertad de los sectores occidentales de la urbe continúan estando basadas en las garantías y la presencia de las tres potencias tutelares occidentales. Nos interesa a todos en común que esto siga así.

La base para que así sea la constituye la administración cuatripartita de Berlín y el *status* jurídico derivado de la misma. Éste tiene como fundamento los derechos originarios de las potencias aliadas vencedoras, garantiza el derecho a la unidad de Berlín y es, además, un importante elemento constitutivo de la invariada situación jurídica de Alemania, es decir, que actúa como una estructura que mantiene unida a Alemania como un todo.

Es de interés que este importante *status* se mantenga intacto a lo largo del tiempo. Esto sólo se logrará si este estatuto no es considerado como una rígida armazón que se erosionaría con el transcurso del tiempo, sino como un instrumentario vivo susceptible de reaccionar flexiblemente ante cualesquier desarrollos y cambios. Sólo si el *status* berlinés puede manejarse con flexibilidad, respondiendo a las exigencias de la época y conforme a la conciencia política, su eficacia podrá estar garantizada aun cuando cambien las circunstancias.

Para formularlo concretamente: sobre la sólida base del *status* de Berlín importa poner en obra una política activa y dinámica; una política que constituya una ayuda práctica para Berlín y los berlineses y sirva al fortalecimiento de ese estatuto.

Por eso, el Gobierno federal manifiesta también su viva satisfacción por la iniciativa común de las tres potencias tutelares occidentales frente a la URSS, encaminada a una mejora y ampliación del tráfico aéreo desde y hacia Berlín, al fomento de la ciudad para convertirla en centro de congresos y conferencias y a la intensificación de las comunicaciones en la urbe dividida.

Esta iniciativa se proyecta genuinamente hacia el futuro subrayando el compromiso de las potencias tutelares occidentales con la prosperidad de Berlín. La respuesta de la URSS demostrará si la cuarta potencia garante del *status* de Berlín está o no dispuesta a cooperar. A la vista de todos se encuentra en el banco de pruebas.

Conjuntamente con las potencias tutelares occidentales, el Gobierno federal alemán hará también en el futuro cuanto esté a su alcance para asegurar y vigorizar la viabilidad del Berlín libre en los ámbitos político, económico y cultural. Cuidaremos con mucha atención y estrictamente de que Berlín y su importante potencial queden plenamente integrados en el desarrollo de las relaciones interalemanas. Sólo podrá haber progresos en las mismas, así como en las relaciones con los países del Pacto de Varsovia en su conjunto, si también Berlín interviene en ellas.

A modo de resumen, añadiré una cita tomada del ya mencionado discurso del canciller federal con motivo de la visita de Honecker a Bonn. Helmut Kohl dijo en aquella ocasión:

“La guerra y la violencia jamás deberán volver a ser medios de que se valga la política alemana. Respetamos las fronteras existentes, pero queremos superar la separación por el camino del entendimiento pacífico y en libertad. La cuestión alemana queda en pie, pero su solución no figura en el orden del día de la historia universal, y para conseguirla necesitamos también el consenso de nuestros vecinos.”

De esta estimación realista del canciller alemán, nadie debería sacar la conclusión errónea de que los alemanes aceptan para siempre y con carácter definitivo el presente “statu quo”. Al hacer el balance de la visita de Honecker, el canciller federal Kohl expuso ante el parlamento de la República Federal de Alemania clara e inequívocamente cual es la postura alemana (10 de septiembre de 1987) con estas palabras:

“A la larga, no podemos aceptar, ni aceptaremos, la división artificial de nuestra patria, ni el muro ni fronteras fortificadas.”

Los procesos históricos –y la solución de la cuestión alemana lo es en el sentido más profundo del término– frecuentemente son de larga duración y requieren mucha paciencia y tacto en su configuración política. Espero que nosotros, alemanes y europeos, tengamos la paciencia necesaria, sin perder jamás de vista las metas de libertad, unidad y autodeterminación.

Alemania y el juego soviético

Alexandre Zinoviev

El presente es la realización del potencial del pasado. Y el futuro es la realización del potencial del presente. Para juzgar el estado actual de Alemania hay que recordar los grandes acontecimientos de su pasado reciente. Y para juzgar el papel futuro de esta nación es necesario estudiar sus tendencias actuales. Los papeles que representan los actores de la historia no dependen de ellos mismos. Dependen también de la escena histórica, de los organizadores del espectáculo, de la reacción de los espectadores. Para juzgar el papel histórico de Alemania debemos contemplarla como un partícipe en el espectáculo de la historia al que se ha permitido –digamos mejor, impuesto– un papel claramente definido.

No voy a hablar aquí del pasado remoto de Alemania. Me limitaré a los acontecimientos de los que yo mismo he sido testigo. Se ha considerado a Alemania generalmente culpable del desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial. ¿Pero ha sido la única culpable? Si Alemania hubiera ganado la guerra, otros países, incluyendo Francia e Inglaterra, hubieran sido considerados responsables de la apertura de las hostilidades. En realidad, la Segunda Guerra Mundial nace de un esfuerzo común de las grandes naciones industriales, aunque toda la responsabilidad haya sido aplicada a Alemania, y esto último también gracias al esfuerzo de poder. Observemos cómo los líderes alemanes que provocaron la guerra, del mismo modo que los políticos occidentales de aquellos años, han abandonado la escena política desde hace bastante tiempo, mientras que el peso de esta responsabilidad abruma todavía al pueblo alemán, sobre todo a las generaciones que nada tienen que ver con el comienzo de la guerra.

Cabría siempre blanquear, si se nos permite un juego de palabras, a los demás países occidentales, descargándoles de su responsabilidad en el desencadenamiento de la guerra. Gracias, sin embargo, a los esfuerzos de los dirigentes de los países occidentales, la ofensiva alemana ha sido dirigida principalmente contra la Unión Soviética. En este punto, los dirigen-

Alexandre Zinoviev es uno de los primeros especialistas soviéticos en Lógica Matemática. En 1972 obtuvo la Cátedra de esta disciplina en la Universidad del Estado de Moscú y la ejerció hasta 1977, en que fue destituido. Exiliado en Alemania federal desde 1979, entre sus principales obras publicadas en el exilio figuran *Homo sovieticus*, editada en París.

tes de los países occidentales deberían ser considerados culpables, del mismo modo que Alemania. Todos los grandes políticos occidentales de aquel momento, incluidos Churchill y Hitler, parecen no haber comprendido nada sobre la esencia del nuevo régimen comunista de la Unión Soviética y no han sabido apreciar correctamente ni su vitalidad, ni su potencial militar, ni sus ambiciones.

Alemania sufrió una derrota total en la Segunda Guerra Mundial. Admitimos que fuera, en efecto, la principal culpable. Pero observemos, sin prejuicios ni ópticas emocionales, el precio que hubo de pagar. Alemania ha perdido la Prusia oriental; una parte importante de Alemania fue ocupada, conquistada por la URSS, y ello a pesar de la ideología soviética proclamada, a pesar también de las ideas occidentales sobre el final del imperialismo. La anexión de los países bálticos, de una parte de Polonia y de Rumania a la URSS ha sido implícitamente reconocida por Occidente, y Alemania ha quedado escindida en dos. ¿Quién es el responsable? Sólo la Unión Soviética, desde luego, que ha organizado la vida en su parte de Alemania a su propia manera. Pero los aliados occidentales de la URSS, que han organizado asimismo la vida en su parte de Alemania a su modo, tendrán también que responder. Los hombres de estado occidentales han dado prueba de una increíble miopía al analizar las perspectivas de la influencia soviética en el mundo y las consecuencias de la división de Alemania.

El resultado principal de la derrota alemana ha sido en todo caso una destrucción planificada de la conciencia nacional alemana, con el pretexto de la lucha contra la ideología nazi. Alemania ha resultado así escindida en dos estados que poseen dos sistemas sociales diferentes, léase incompatibles, pero también, y sobre todo, es un pueblo que ha perdido el sentido de la identidad y de la solidaridad nacionales. La población de Alemania federal se ha transformado en una mera acumulación de gente en el interior de un Estado fantasma: gentes unidas por la economía, por las fronteras, por la lengua y por otros lazos, pero despojadas de su sentimiento nacional. Y, lo que es más grave, todos los valores que forman una nación han sido ridiculizados y desacreditados. La población del país se ha visto sumergida en un estado de profundo desasosiego ideológico, psicológico y moral. Y las generaciones que más han sufrido han sido precisamente aquellas que carecían de toda responsabilidad por el pasado. Esta desmoralización del país, así como su degradación psicológica y moral, han aumentado con el tiempo. Y la responsabilidad de esta asfixia de la nación alemana pesa enteramente sobre el conjunto de la opinión pública occidental.

El castigo de Alemania por su responsabilidad parcial en la caída colectiva y en la tragedia histórica va demasiado lejos, más allá de lo que es justo. ¿Y por qué este castigo? ¿para ofrecer simplemente una lección de historia? ¿pero quién y cuándo ha recibido la lección? ¿lección, para quién? ¿para la Unión Soviética, que ha figurado entre los jueces de Alemania y que aspira permanentemente a la hegemonía mundial? Porque lo cierto es que si pudiéramos juzgar el pasado alemán en términos de dere-

cho y considerarlo como un crimen, entonces la destrucción de la nación alemana entraña también una conducta criminal.

El proceso de *desnacionalización* de la Alemania Federal tiene dos aspectos. Primero, complace a la mayoría de los alemanes. Han aceptado voluntariamente ese sentimiento de culpabilidad respecto del pasado: sentimiento que les libera de la responsabilidad del presente y del porvenir de su país. Todos los medios de comunicación, todas las grandes corrientes culturales sostienen y cultivan tal mentalidad. Y el resultado está ahí. No existe otro país en el mundo donde el desorden y la deformidad ideológica y psicológica, junto a la irresponsabilidad y otros fenómenos de degradación nacional, sean tan valorados como en Alemania Federal.

Segundo, gracias al comportamiento irreflexivo de los países occidentales, la Alemania federal se ha convertido en el eslabón más débil y más vulnerable de su defensa contra la penetración soviética en occidente. Esto último constituye una evidencia: basta observar la atmósfera de capitulación que reina en Alemania. Hace algunos años este estado de ánimo se plasmaba en un movimiento pacifista poderoso que exigía el desarme unilateral de Alemania, la expulsión de los americanos y la neutralización de Europa central (recuérdese la famosa fórmula “más vale rojo que muerto”). Hoy la posición adoptada ante la dirección gorbachoviana equivale más o menos al cuerpo a tierra.

Es aquí, en Alemania federal, donde ha nacido la leyenda del gorbachovismo: “revolución desde arriba”, democratización, liberalización y occidentalización de la URSS. Es aquí donde ha empezado a tejerse la aureola de Gorbachov como liberador después del llamado terror brezneviano. Es aquí donde Gorbachov y su invasión de Europa – interpretada como apertura – ha sido comparado a Pedro el Grande. La capital de Baviera, Munich, que tanto ha sufrido con la catástrofe de Chernobyl, instalación atómica próxima a Kiev, ha sido hermanada con la ciudad de Kiev. Un símbolo más.

La distancia entre la imagen del gorbachovismo, creada por los medios de comunicación de la Alemania occidental, y la estricta realidad del fenómeno crece y crece hasta lo increíble. Las alabanzas devotas y serviles hacia las realidades de la Unión Soviética proferidas por diversos ciudadanos alemanes rebasa los límites de la decencia. Y esto ocurre en un país que ha pasado por la experiencia de un régimen totalitario. La invasión pacífica de occidente por la URSS se lleva a cabo a partir de una Alemania infiltrada por un sinnúmero de agentes soviéticos que trabajan con toda libertad. Las tentativas encaminadas a desenmascararlos son saboteadas, y si a pesar de todo llegan a ser descubiertos, la reacción de los periódicos y de otros medios suele ser más que moderada.

¿Qué ocurre entre tanto en Alemania del Este? La situación allí es enteramente distinta: otro proceso irreversible se desarrolla desde el final de la guerra. En Alemania del Oeste y en Occidente en general se considera que las dos Alemanias forman una nación temporalmente dividida y se alimenta la esperanza de reunificar algún día ambas partes. Esta percepción resulta del infantilismo ideológico de los alemanes del Oeste y de los

occidentales en general. La nación alemana unida no existe ya. Al menos por dos razones. En Alemania federal la conciencia nacional ha sido simplemente destruida y la nación, por ello, aniquilada. En Alemania del Este, por el contrario, la nación alemana se ha conservado, pero bajo una forma tal que no tiene ya nada que ver con las naciones occidentales. Es ya una nación socialista. Ha surgido un factor nuevo, más importante que la lengua común, que el pasado común, que las características étnicas comunes. Ese factor es el régimen comunista y es éste el que determina desde ahora la imagen de la nueva nación Este-alemana.

Cuando se habla de la reunificación de Alemania conviene plantear ante todo una sencilla pregunta: ¿sobre qué bases se realizaría? Si se tratara del modelo social occidental, la mayor parte de los alemanes del Este lo rechazarían, a pesar de las ventajas de la Alemania federal, a pesar de la seducción de la propaganda occidental, a pesar de las dificultades de la vida cotidiana en el Este. Los alemanes del Este han adquirido ya la costumbre de vivir en un Estado comunista. Han experimentado ya las ventajas de esta sociedad, y en nombre de esas ventajas aceptan sus defectos. Si, por el contrario, la unificación se realizara sobre la base del modelo comunista, los alemanes del Oeste, en su mayoría, no lo aceptarían, del mismo modo que sería rechazado por los países occidentales. La propia Unión Soviética no tiene interés, por el momento, como veremos más adelante. Consiguientemente, la reunificación de las dos Alemanias no puede esperarse, al menos en los tiempos actuales. Por el contrario, el foso entre los dos países no cesará de ensancharse. En la hora actual, el modo de vida, la mentalidad de los alemanes del Este les aproximan más al bloque soviético que a los alemanes del Oeste. Ni los regalos, ni los anticipos, ni las insinuaciones de la Alemania federal, ni los contactos económicos ni culturales detendrán el proceso de división del pueblo alemán. Negarnos a reconocer este hecho histórico es tanto como participar en la “kermesse” de manipulaciones, de ilusiones y de sandeces que se celebra sobre nuestro planeta.

Alemania ha jugado ya su gran papel histórico. Ese papel pertenece al pasado y no se repetirá ya en el porvenir. En adelante, Alemania desempeñará una función distinta que resulta, sin embargo, sustancial y que pesará en la balanza de la historia. Para comprender ese papel hay que estudiar en un contexto más amplio el de las relaciones Este-Oeste, en general, y el de la relación USA-URSS, en particular.

Al haber vivido la mayor parte de mi vida en la URSS, examino el problema Este-Oeste desde dentro, porque he dispuesto en una ocasión inigualable para explorar los mecanismos internos y las leyes sociales objetivamente considerados de la Unión Soviética. Por estas razones carezco ya de esperanzas acerca de los dirigentes soviéticos y de la sociedad que dirigen. Sobre el papel de Alemania, creo que le será impuesto por los grandes actores de la historia, la URSS, en primer lugar, cualesquiera que sean las ilusiones propias que albergue a este respecto.

Los soviéticos tienen una concepción estratégica global que difiere como fenómeno de la ideología soviética oficial. Esta concepción nunca

ha sido expuesta en público: el hecho mismo de su existencia es desmentido oficialmente. Conciérne a un período histórico bien definido y delimitado y preconiza el programa de acción de la URSS, así como los papeles de los otros actores. Según esta concepción, “el Occidente” es el enemigo visceral y permanente de la URSS. El Occidente está formado por los países democráticos de Europa y América, pero también por otros países del mundo que tienen una estructura social similar. Se trata, pues, de una noción socio-política más que geográfica. Esta percepción de Occidente no carece de fundamento. La URSS ha descubierto y desarrollado una nueva forma de organización de la vida social: el comunismo. Este modelo organizativo sirve de ejemplo a numerosos pueblos del mundo. Y se dirige a la conquista del mundo. Tal modelo amenaza la estructura social de los países occidentales en su raíz, desde el exterior y desde el interior. La proliferación del comunismo en el mundo disminuye las posibilidades de Occidente de utilizar otras áreas geográficas en favor de sus intereses. Naturalmente, esto inquieta a Occidente, que adopta sus propias medidas de defensa, y, sin embargo, esas medidas son percibidas por los soviéticos como una amenaza a su existencia. Con lo cual el círculo se cierra.

Desde los primeros días de existencia de esa nueva sociedad, los dirigentes soviéticos preparan al país para futuros enfrentamientos. El curso de la segunda Guerra Mundial ha reforzado sensiblemente sus aspiraciones expansivas. Después de la victoria, el país, vigorizado por su experiencia política y militar, empezó de inmediato a preparar una nueva guerra. Esa orientación estratégica se ha reflejado en la organización de la vida cotidiana de la sociedad soviética, de su economía y de su cultura, en el trabajo amplísimo de sus servicios secretos. Desde hace tiempo, el país avanza en esa dirección, y ha adquirido una inercia considerable.

Desde el punto de vista soviético, Occidente no es homogéneo. Antes de la segunda Guerra Mundial, el enemigo estratégico número uno era Alemania. Aunque la dirección soviética llevara a cabo negociaciones con los alemanes y concluyera los tratados de no agresión, hasta los escolares sabían en la URSS que la guerra era inevitable. Hoy el enemigo estratégico número uno es Estados Unidos. Ese cambio radical en la concepción estratégica soviética ha tenido lugar al finalizar la segunda Guerra Mundial, sobre todo después de la primera explosión de la bomba atómica. Desde entonces, el desarrollo de la política global ha tomado una dirección tal que los Estados Unidos y la Unión Soviética se han convertido en los grandes rivales de la escena mundial.

A pesar de las conversaciones que los dirigentes de estos países mantienen y los acuerdos que firman, los intereses de los Dos Grandes están enfrentados en el mundo entero.

La concepción estratégica soviética aspira a crear una imagen objetiva del enemigo potencial número uno de la URSS en una eventual guerra mundial; ello no implica, sin embargo, el despertar de sentimientos anti-americanos. La parte más activa de la población soviética, que es la que constituye la armadura del régimen e influye en las masas, considera que esta concepción es realista y la comparte. Por otra parte, las masas popu-

lares aceptan esta concepción como una cuestión obvia. Esta percepción de los Estados Unidos es compatible, para muchos soviéticos, con una profunda admiración por el alto nivel de vida de los norteamericanos, por su técnica y su cultura. Muchos soviéticos sienten simpatía hacia los americanos. Y entre los soviéticos no existe la menor sombra del odio que generalmente se siente hacia el propio enemigo. Cuestión esta que induce frecuentemente a error a los observadores occidentales.

Los principios de la concepción estratégica soviética son inmutables y relativamente sencillos*: dividir a Occidente por todos los medios; abrir un foso entre los Estados Unidos y Europa, alejar definitivamente a Estados Unidos de sus aliados europeos; dividir Europa occidental; penetrar por todos los medios en la economía, la política y la cultura de los países occidentales; crear una red de agentes tan poderosa como sea posible en cada caso; utilizar la ciencia, la tecnología y la economía de los países occidentales en favor de los intereses de la Unión Soviética, especialmente a efectos militares; llevar a cabo todas las conversaciones y firmar todos los acuerdos que aseguren un éxito publicitario a la Unión Soviética; canalizar los procesos de desarme de tal manera que la Unión Soviética tenga y conserve una cierta ventaja militar sobre Occidente; construir las relaciones con Occidente sobre la base del interés mutuo, sabiendo que Occidente piensa sólo en su interés de hoy, mientras que la URSS sabe tener en cuenta las consideraciones estratégicas a largo plazo.

El papel actual de Alemania Federal en la estrategia política soviética está claramente definido. Ese papel es impuesto, casi siempre con éxito. Alemania Federal es concebida por los soviéticos como el punto más débil de la defensa occidental. Es también el punto de apoyo esencial del régimen soviético para controlar y vencer la crisis actual en la URSS. La Alemania Federal se convierte así en el campo de mayor actividad internacional de la URSS, con el objetivo de desenganchar a la RFA del resto de Europa Occidental y de hacerle servir de intermediario para una penetración soviética continua en la economía del Occidente. En pocas palabras, la URSS desea que Alemania Occidental se aproxime progresivamente a su esfera de influencia. Para llevar a término este objetivo la URSS opera sobre el fuerte sentimiento antiamericano de los alemanes del Oeste y sobre su deseo de reunificación de las dos Alemanias. A pesar de lo cual, la URSS necesita precisamente de una Alemania desunida, partida en dos. Mientras que, por añadidura, la URSS necesita de una Alemania Federal capitalista, puesto que una Alemania comunista, en dificultad por sí misma, no sería capaz de ayudar a la URSS a superar sus dificultades económicas.

En los años kruschevianos y breznevianos, la estrategia política soviética aspiraba a la creación de economías autónomas en los distintos países del campo socialista. Hoy, los soviéticos, insisten mucho en la necesidad de integración soviética en la economía mundial. Según ellos, esta integración se desarrolla desde años en la práctica, aunque no haya sido lo suficientemente reconocida en el plano político. Esa necesidad de integración está motivada por una "división internacional

del trabajo”, cuando en realidad el sistema social comunista se ha mostrado incapaz de remontar sus dificultades internas por sus propios medios, sin la ayuda de los países capitalistas. El deseo de la dirección soviética de ser integrada en el sistema económico mundial significa de hecho que la URSS desea anclarse todavía mejor en el campo de los países capitalistas para alimentarse de sus sustancias vitales. Se proponen así al Occidente distintas fórmulas de cooperación económica que anteriormente se hubieran considerado peligrosas para el régimen comunista. Se ha adoptado esta línea porque la situación ha cambiado. De una parte, nos encontramos con que la economía occidental, afectada por el estancamiento y el parasitismo, se muestra incapaz de mantener incluso el nivel actual alcanzado. De otro lado, vemos cómo la URSS mantiene una potencia militar tal –junto a unos medios de control de su propia población tan poderosos– que puede permitirse sin excesivos riesgos algunas iniciativas capitalistas en su propio terreno, así como unas relaciones más estrechas con el capitalismo mundial.

Según los proyectos soviéticos, Alemania Federal tiene un papel que jugar en la realización de la nueva estrategia política soviética. Es el papel del personaje que vuelve la espalda a los intereses del Occidente para asistir un día a la Unión Soviética en su expansión global. La RFA tiene algunas posibilidades de jugar ese papel.

Hace años que se inventó el término “finlandización” para definir una cierta política de la Unión Soviética hacia ciertos países occidentales. No basta definir la política soviética respecto a Alemania como un proyecto de “finlandización”. Se trata de un fenómeno más profundo y más grave. Sus consecuencias para Occidente serían infinitamente más graves.

NOTAS

* Si bien la concepción estratégica ha de concebirse a largo plazo, la táctica política soviética respecto de los Estados Unidos ha cambiado, por el contrario, en varias ocasiones en el curso de las últimas décadas y en función de las circunstancias.

La política de seguridad de la Alianza en una era de cambios Este-Oeste

Richard R. Burt

Vivimos un momento interesante y prometedor en las relaciones Este-Oeste. Ello se ha hecho evidente en lo que se refiere al control de armamentos. Tras una década de estancamiento y de comienzos en falso, acabamos de concluir un acuerdo sumamente importante: el tratado INF, hemos avanzado considerablemente hacia un acuerdo de reducción de armas estratégicas, nos hemos comprometido a negociar los detalles de una proscripción de las armas químicas y puede que dentro de poco emprendamos nuevas conversaciones con el Este sobre estabilización de los armamentos convencionales.

Por supuesto, las oportunidades de progreso en las relaciones Este-Oeste no se limitan al control de los armamentos. La Unión Soviética ha decidido, al fin, retirar sus fuerzas de Afganistán. Se ha establecido entre Washington y Moscú un diálogo más amplio sobre temas regionales. Además, fomentados por la *perestroika* y la *glasnost* establecidas en el interior, los vientos del cambio soplan, aunque de modo desigual, a través del imperio soviético. Existen actualmente oportunidades para que los pueblos de Europa oriental consigan aumentar el control sobre su propio destino y para que Occidente trate de eliminar las barreras que continúan dividiendo el continente europeo.

Con estos cambios en perspectiva, no es extraño que muchas personas de Occidente –y en particular de la República Federal– estén pensando seriamente en cómo debe organizarse para el futuro la seguridad occidental. La idea, ahora extendidísima en diversas partes de Europa, de que la Unión Soviética ya no representa una amenaza militar grave ha dado impulso a esta tendencia, igual que lo ha hecho el progreso que hemos alcanzado en el control de armas nucleares. De esta forma hemos sido testigos de la aparición en debate público de cierto número de nuevas propuestas sobre la seguridad de Occidente– algunas muy radicales, otras más modestas–, que, sin embargo, están preñadas de dificultades.

Richard R. Burt es embajador de los Estados Unidos en la República Federal de Alemania.

Algunas de estas propuestas nuevas cambiarían de modo significativo, por no decir que minarían completamente los fundamentos políticos actuales de la seguridad occidental. Una de estas propuestas, quizá la más radical dentro de esta categoría, estribaría en abandonar nuestra confianza tradicional en la aptitud militar y la estructura institucionalizada de la Alianza en favor de una llamada “asociación de seguridad” con el Pacto de Varsovia y una mal definida política de mutuas seguridades de no agresión. La idea fundamental que subyace en este enfoque parece radicar en que los europeos del Este y del Oeste comparten un peligro común –la amenaza de guerra y de aniquilación– y que deberían intentar superar este peligro mediante una acción política cooperativa mejor que por el mantenimiento de fuerzas armadas. Esta orientación sostiene que las alianzas y los dispositivos militares, lejos de asegurar la paz, sirven sólo para perpetuar la desconfianza y la inseguridad.

Una segunda categoría de nuevas propuestas de seguridad no propugna el abandono de la Alianza, pero aboga en favor de cambios fundamentales en la doctrina y la estrategia existentes en la OTAN. Una de estas propuestas eliminaría el componente nuclear de las defensas de la OTAN, al tiempo que dejaría en gran parte intacta su estructura de fuerzas convencionales. Esta propuesta parece derivarse de la idea (equivocada) de que el tratado INF representa el primer paso hacia una inevitable desnuclearización de Europa y, quizá, en unión de importantes reducciones de armas estratégicas, hacia la abolición de la propia disuasión nuclear. Presupone que una firme defensa convencional, en el contexto de una paridad aproximada entre el Este y el Oeste, puede disuadir de una agresión con tanto éxito como lo han hecho las armas nucleares durante los últimos cuarenta años.

Una variante de este enfoque mantiene que, además de abandonar la disuasión nuclear, Occidente debería también reestructurar sus fuerzas convencionales para hacerlas incapaces de acción ofensiva. Según esta teoría de la “defensa defensiva”, la estructura y armamentos de las fuerzas de ambas alianzas están en la actualidad montadas primordialmente para la acción ofensiva en gran escala. Ello contribuye al crecimiento de la apreciación de amenazas por ambas partes y el riesgo de que una crisis política Este-Oeste pudiera conducir a un conflicto armado aniquilador. Con el objetivo de eliminar toda capacidad de acción ofensiva, los proponentes de la “defensa defensiva” disminuirían las fuerzas en disposición de combate y reducirían enormemente las dotaciones de tanques, artillería y aviación de ataque, si es posible mediante negociaciones con el Este, pero, si esto falla, unilateralmente. Prevén una fuerza militar compuesta en su mayoría por reservistas armados exclusivamente con armas “defensivas” y que confiarían en barricadas y otras medidas pasivas para detener el avance enemigo. Si fuera necesario, se emplearía una estrategia de guerra de guerrillas para debilitar y, a la postre, expulsar al invasor.

Una tercera categoría de nuevas orientaciones de defensa introducirá cambios políticos fundamentales en la estructura de la propia Alianza Atlántica. Entre estos enfoques destaca la sugerencia de que la Alianza se

desamericanizase y que los europeos asumiesen la plena carga de su propia defensa. Esta orientación propugna que se conserve la actual estrategia militar de la Alianza y que se mantenga la confianza en la disuasión nuclear. Llenaría el vacío creado en las fuerzas convencionales por la retirada de las tropas norteamericanas con tropas europeas, y especialmente francesas, al tiempo que el Reino Unido y Francia sustituirían a los Estados Unidos en su papel de garantes nucleares.

Un saludable debate sobre estrategias y estructuras alternativas para la Alianza es cuestión que debe acogerse y estimularse. Aunque las alternativas se demuestren inviables, el mero hecho de examinarlas nos fuerza a reexaminar nuestra política de seguridad existente y, o bien a volver a confirmar nuevamente su validez, o bien a efectuar los reajustes que estimemos necesarios. Con este pensamiento, deberíamos estar dispuestos a examinar detenidamente cada uno de estos nuevos conceptos de seguridad que recientemente se han expresado. Pero también deberíamos estar preparados a llamar públicamente la atención sobre los graves defectos que un examen atento revela en cada uno de ellos. La refutación es, junto con la defensa, un elemento esencial de cualquier debate saludable y fructífero.

Comentaré primero el concepto de la “asociación de seguridad” con el Este. Desde luego, debemos luchar en favor de una mayor apertura en la seguridad Este-Oeste: cada una de las partes debería poder plantear ante la otra sus propias preocupaciones de seguridad, mientras que la otra debería estar dispuesta a atenderlas de manera constructiva. Justamente eso es lo que estamos intentando hacer ahora con la Unión Soviética. Pero pasar de la apertura a la asociación equivale a ignorar la realidad fundamental de que, por lo menos en este punto de la Historia, hay muy poca coincidencia en los intereses de seguridad del Este y del Oeste. La Alianza Atlántica se constituyó como una asociación libre de estados democráticos dedicados a defender su integridad territorial y su forma de vida contra una agresión exterior. Esta sigue siendo la situación. El Pacto de Varsovia, pese a la *glasnost*, sigue siendo un instrumento de perpetuación del imperio soviético en Europa oriental, del que proviene la antinatural división del continente. Necesitamos reconocer con claridad que la amenaza militar soviética en Europa occidental no ha cambiado bajo Gorbachov. El problema fundamental de la seguridad europea sigue siendo que las disponibilidades, la doctrina y el entrenamiento del Pacto de Varsovia están concentrados en el mantenimiento de una guerra ofensiva sobre territorio de Europa occidental. No puede existir para Occidente una estrategia eficaz que ignore este hecho central. Además debemos mantener el pensamiento de que la asociación de seguridad con una Unión Soviética que continúe ocupando Europa oriental nos cargaría con la corresponsabilidad de tal ocupación.

El concepto de “asociación de seguridad” tiene también el grave defecto de que reduce las relaciones Este-Oeste a nada más que su dimensión militar. Ignora la causa fundamental de las tensiones de Europa y responde sólo a sus síntomas. Como dijo el presidente Reagan en su dis-

curso ante la Puerta de Brademburgo en junio pasado: “El Este y el Oeste no desconfiamos el uno del otro porque estemos armados. Estamos armados porque desconfiamos mutuamente. Y nuestras diferencias no son acerca de armas, sino acerca de libertades.” La autodeterminación y los derechos humanos son parte tan importante de la seguridad Este-Oeste como lo son la fuerza y las disponibilidades militares. Hasta que se supere la antinatural división de Europa, cualquier idea de crear una “asociación de seguridad” con el Este es, por decir lo mínimo, prematura.

Aunque por lo menos conserva la estructura fundamental de la Alianza, el concepto de la “disuasión convencional” no es, a fin de cuentas, más viable que el de la “asociación de seguridad”. Una y otra vez a lo largo de la Historia, y de forma en sumo grado desastrosa en 1914, la existencia de un equilibrio convencional ha sido incapaz de evitar el estallido de la guerra; y no hay razón para creer que esta pauta histórica pueda invertirse en el futuro previsible. Sólo la amenaza verosímil de emplear, armas nucleares puede disuadir a un aspirante a agresor y preservar de esta forma la paz. La disuasión nuclear nos ha servido bien durante los últimos cuarenta años, y debería continuar haciéndolo. De esta forma, debemos dar la bienvenida al hecho de que la declaración de la cumbre de la OTAN emitida el 2 de marzo contuviera un resonante apoyo al mantenimiento de la disuasión nuclear, aunque consiguiéramos, mediante negociaciones, establecer un equilibrio de fuerzas convencionales en Europa.

La “defensa defensiva” no hace más que complicar las deficiencias de la “disuasión convencional”. Privaría a la OTAN de la movilidad que es esencial, para neutralizar la ofensiva de un enemigo superior en número. Requeriría que abandonáramos nuestra estrategia de defensa hacia adelante por la defensa en profundidad, estrategia que generaciones de jefes políticos y militares occidentales han rechazado unánimemente. Dentro de los estrechos límites de Europa central, la defensa en profundidad es una receta que lleva a la retirada hasta el Rin. El resultado sería la devastación total de gran parte de la República Federal de Alemania; devastación peor que la sufrida en la II Guerra Mundial. Los propugnadores de la “defensa defensiva” mantienen que un agresor densamente armado y superior en número podría ser derrotado por partisanos equipados con armas anticarro y otras semejantes. La opinión pública británica consideró, muy acertadamente, que era irrisoria esta fantásica idea cuando se planteó en la campaña de las elecciones generales del año pasado; verdaderamente, nadie que esté versado en la estrategia militar puede tomarla en serio. ¿Puede alguien imaginar que una guerrilla individual dotada de armas anticarro disparadas desde el hombro evitaría primero un masivo bombardeo artillero y reventaría luego sistemáticamente formaciones de tanques soviéticos en el bosque de Teotoburgo o en las calles de Hamburgo?

El último de estos conceptos nuevos, el de la desamericanización de la seguridad occidental, se basa en una confusión fundamental del papel de las fuerzas de Estados Unidos en Europa y de las implicaciones del Tratado INF. La presencia de los Estados Unidos aquí no se puede evaluar

sencillamente en términos numéricos, como una cantidad determinada de puestos personales que de la misma forma podrían estar ocupados por europeos. Por el contrario, es un componente esencial de una estrategia que une la defensa de Europa a la de Estados Unidos. Los soldados europeos no pueden, evidentemente, ser un sustitutivo de esta misión. Los adalides de la desamericanización de la Alianza –en ambos lados del Atlántico– están igualmente equivocados en su idea de que la eliminación de los misiles de alcance intermedio estadounidenses llevará al fin a una retirada total de la presencia americana en Europa. Las tropas americanas se mantendrán en Europa hasta el momento en que los europeos no las deseen más.

La desamericanización plantea también algunas otras cuestiones espinosas. ¿Llenarían en realidad las naciones europeas el vacío dejado por los americanos en su marcha, aumentando las dimensiones de sus ejércitos y de sus presupuestos de defensa? En mi opinión, la retirada de Estados Unidos tendría un efecto desmoralizador, no estimulante, e impulsaría a los europeos a hacer menos en lugar de hacer más. ¿Estarían dispuestos el Reino Unido y Francia a extender su protección nuclear sobre los países no nucleares de Europa occidental? Lo dudo. Y, finalmente, incluso si el Reino Unido y Francia llegaran a convertirse en garantes nucleares de Europa occidental, ¿cómo participarían los países no nucleares en las decisiones nucleares? Me atrevería a augurar un problema de gestión nuclear casi insoluble.

Pero, por encima de estas controversias, la cuestión fundamental que necesitamos aclarar es si, en contra de la experiencia de dos guerras mundiales, se podría mantener el equilibrio europeo sin la contribución norteamericana. Si las democracias de Europa occidental creen que pueden vivir en paz y libertad sin el apoyo americano, los americanos se sentirían felices de librarse de este peso. Pero debemos tener cuidado de dar al Congreso de Estados Unidos la impresión de que Europa estima ahora que puede prescindir de nuestra contribución, si, de hecho, no es así.

Mi conclusión, tras esta breve revista, es que ninguno de los nuevos conceptos que se han propuesto ofrece una base alternativa válida para organizar la seguridad europea. Todos ellos tienen graves defectos. Y además son innecesarios. El hecho de que hayamos entrado en un período dinámico en las relaciones Este-Oeste no exige por sí mismo que abandonemos o reestructuremos la Alianza Atlántica y nos lancemos a lo desconocido, con todos los riesgos que esto entraña. La estructura esencial y la estrategia de la Alianza, tal como han evolucionado en los pasados cuarenta años, se mantienen válidas hoy y continuarán siendo válidas en el futuro. Esta fue la esencia del mensaje de la Conferencia de la OTAN de marzo. En otras palabras, según suelo decir yo: “Si no está roto, no lo arregle.” Y éste, según yo lo interpreto, es el punto de partida del borrador sobre seguridad y política exterior emitido el 18 de febrero por la Unión Democrática Cristiana.

Sin embargo, la lealtad a la estructura y a la estrategia de la Alianza no excluye una adaptación evolutiva en una y otra. En realidad, la historia de la OTAN muestra una constante adaptación a las nuevas oportunidades tecnológicas y políticas. Hay dos adaptaciones de este género que ac-

tualmente están en curso y que son particularmente importantes para fortalecer la capacidad y la cohesión de la Alianza.

En primer lugar, aunque nos opondríamos a la desamericanización, el aumento de la europeización de la Alianza constituye una doctrina llena de sensatez política y estratégica. Los Estados Unidos apoyan de todo corazón el fortalecimiento del pilar europeo. Damos la bienvenida a la revitalización de la UEO y al crecimiento e intensificación de las relaciones de seguridad francogermanas, así como a las discusiones sobre temas de seguridad dentro del marco de la cooperación política europea. Estos esfuerzos para consolidar el pilar europeo están destinados, como así debe ser, a complementar la participación norteamericana en la Alianza y no a sustituirla. Aparte de las ventajas militares prácticas que pueden producir, estos esfuerzos tienen dos beneficios políticos importantes. En primer lugar, el apoyo a la Alianza aumentará en la población europea en tanto en cuanto Europa pueda establecer una identidad defensiva propia, de forma tal que no se vea a la OTAN sencillamente como una institución norteamericana. En segundo lugar, el reforzamiento del pilar europeo contribuirá a que los americanos, y en especial los congresistas escépticos, se convenzan de que los europeos están realmente comprometidos en la defensa de Europa de manera tan profunda como lo están los americanos.

La segunda evolución es una nueva apreciación de las necesidades nucleares y de las prioridades de control de armas de la Alianza que quedan abarcadas, por lo menos en esta capital, con el término *Gesamtkonzept*. Los Estados Unidos apoyan el desarrollo de este *Gesamtkonzept*. La reunión en la cumbre de la OTAN a primeros de marzo nos hizo avanzar un paso significativo por este camino con la adopción de una declaración comprensiva sobre la estabilidad convencional. Se está ya avanzando en este trabajo: El Grupo de Alto Nivel de la OTAN y el Grupo de Planificación Nuclear están examinando las necesidades nucleares de la Alianza tras la INF, y los representantes permanentes de Bruselas han recibido el encargo de desarrollar un concepto de control de armas comprensivo sobre la base del Comunicado de Reykiavik de junio de 1987.

Al formular el *Gesamtkonzept*, la Administración tendrá que ser sensible a las necesidades particulares de sus Estados miembros. Indiscutiblemente, la República federal ocupa una posición especial en razón de su expuesta situación geográfica y su condición de no nuclear, así como por ser una parte de la dividida nación alemana. Pero las cargas impuestas por esta posición especial no se pueden aligerar con la eliminación de la presencia nuclear americana en suelo alemán. La desnuclearización no haría sino agravar estas cargas. La respuesta a la especial posición de la República federal es, más bien, preservar el concepto de reparto de riesgos nucleares dentro de la Alianza. Para los Estados Unidos, el compartir riesgos significa el rechazo del concepto de limitar la guerra nuclear al territorio europeo; para la República federal significa el rechazo de la desnuclearización de su territorio.

Por supuesto, no es sólo en Europa donde existe presión para reevaluar y revisar la estructura y la estrategia fundamentales de la OTAN.

Estas mismas presiones se ejercen también en los Estados Unidos bajo la forma de propuestas mal definidas de desprendernos de nuestras obligaciones internacionales y retirarnos a una especie de fortaleza América. Algunas personas en los Estados Unidos plegarían nuestra sombrilla nuclear estratégica y reservarían nuestras fuerzas estratégicas para sólo nuestra propia defensa. Otros reducirían drásticamente el número de soldados americanos estacionados en Europa; incluso hasta el punto de una retirada total. Y otros aún impondrían rígidas penalidades tarifarias sobre los aliados que no invirtieran “suficiente” –como quiera que esto se pueda definir– en defensa. Afortunadamente, estas ideas continúan siendo rechazadas por el electorado americano. Existe aún un sólido consenso en los Estados Unidos en favor de la continuación del apoyo a la Alianza Atlántica y en favor del compromiso norteamericano para la defensa de Europa.

Hace poco tiempo, el secretario de Estado Shultz sugirió que la divisa de la Alianza en este período de flujo Este-Oeste fuera “mantener la marcha”. Esta analogía náutica, según creo, es especialmente oportuna para los desafíos y oportunidades con las que ahora nos encontramos. Necesitamos proseguir un diálogo activo con el Este, destinado a eliminar las causas de la tensión y a reducir los niveles de armamento, tanto nucleares como convencionales. Pero al mismo tiempo debemos dar pasos para afirmar la continuación de la viabilidad, credibilidad y eficacia de nuestras fuerzas convencionales y nucleares. Sólo una Alianza constituida y estructurada sobre las líneas actuales puede cumplir estas dos tareas esenciales.

La Alemania ficción

Jean Paul Picaper

Año 2030: “¿Hay vida en Alemania Federal?” “Sí, vestigios: treinta y ocho millones de alemanes aproximadamente; es decir, un poco más de la mitad de la población que había en 1950.”

¿Qué sucedió con el resto, si no hubo guerra alguna? Las reivindicaciones territoriales sobre las provincias del Este han cesado. Se piensa en comprar a la RDA a precio de oro algunas parejas jóvenes, ya que en el Este la natalidad ha aumentado desde finales de los años ochenta del siglo pasado. El territorio entre el Rin y el Elba, considerado mínimo cincuenta años antes, parece haber aumentado de tamaño: hay grandes extensiones despobladas, las tierras están en barbecho y el aire y el agua corren limpios, ya que, con el cierre de las grandes industrias, la contaminación ha desaparecido. No obstante, los bosques desaparecen, porque se necesita madera para calentarse. La gente apenas trabaja ya. ¿Para qué? Con una cuota para la jubilación de un 43 por 100 sobre el salario percibido por una población activa en grave disminución, para alimentar a un ejército de jubilados, y con un seguro de enfermedad que asciende al 30 por 100 del salario, “ganarse la vida”, como se decía antes, ha perdido todo interés. Alemania vegeta. El impuesto de la renta ha sido abolido, pero esta medida no sirve de nada. ¿La riqueza? Ya no existe. Un pequeño grupo político, los “industriales”, hace un último llamamiento, en vano. La apatía gana terreno año tras año. Se llega a la etapa que conduce de la decadencia al hundimiento. Los astrólogos y los gurús han vencido. Es como las orillas del Ganges en el siglo XX, pero hace frío, la ropa es gris y la superstición se ha llevado por delante a la religión. Dentro de algunos años, nadie sabrá que dos y dos eran cuatro.

Jean-Paul Picaper es doctor en Ciencias Políticas y diplomado en Estudios Germánicos por Universidades francesas y alemanas. Es corresponsal de *Le Figaro* en Alemania y autor de *Vers le IVème Reich* (1983), *Pont invisible* (1987) y *Ces allemands si tranquilles* (1988).

La crisis de la natalidad

¿Se hará realidad algún día esta pesadilla, cuando la disminución de la población haya hecho de la RFA una potencia de quincuagésimo orden, sin que ni siquiera un invasor se haya tomado la molestia de ocuparla?

También hay que prever un descenso en el número de usuarios de los transportes públicos urbanos; faltarán sobre todo varios cientos de miles de estudiantes. ¿Con qué sentido desarrollar entonces infraestructura o proyectos como el tren Transrapid de elevación magnética, cuya rentabilidad habrá disminuido? Hay demasiadas piscinas en las ciudades, demasiados gimnasios y numerosos colegios que deberán cerrar sus puertas por falta de alumnos.

El relanzamiento del consumo interno con preferencia frente a la exportación, que se ha convertido en doctrina alemana desde 1984-85, es también peligrosa a este respecto. El mercado interior alemán va a reducirse. La prueba está en la ralentización del crecimiento. De 1980 a 1987, la construcción ha sido el farolillo rojo de la industria alemana: la demanda de vivienda está satisfecha. Sólo se progresa gracias a la rehabilitación de viejos edificios.

En vista de la crisis de natalidad en Alemania occidental, las reivindicaciones de las organizaciones de refugiados sobre las antiguas provincias del Este tomaron entre 1980 y 1990 un carácter abstracto. Puede que estuvieran legitimadas desde un punto de vista jurídico. Pero, ¿cómo podrían querer reinstalarse los alemanes en esas regiones pobladas de polacos, checos, rusos..., mucho más prolíficos que ellos, mientras su juventud se marchitaba? Cabría preguntarse además si la disminución de la población de Alemania occidental no resultaba, entre otras causas, de la reducción del territorio alemán. ¿No se ha adaptado la demografía a la superficie? Alemania occidental tiene 248 habitantes por kilómetro cuadrado. Francia tiene 70. Pero, por el contrario, parecería poco verosímil que la adquisición de nuevos territorios hiciera más prolífica a la gente.

El presidente de la patronal alemana, señor Tyll Necker, me decía, poco después de su nombramiento en 1987: "Nuestra evolución demográfica es un problema. Hasta 1991-1992 habrá un débil aumento del número de jubilados. Es el resultado de dos guerras mundiales y de la depresión económica de 1929-1932, que redujo el número de nacimientos. Pero a partir de esa fecha el número de jubilados aumentará rápidamente. Además, la tasa de natalidad en Alemania es, desde hace años, la más baja del mundo. Esto significa que cada vez menos personas activas tendrán que sostener a un número de jubilados en continuo ascenso, con el consiguiente aumento de los seguros de jubilación y enfermedad."

"Dentro de diez o quince años –me dijo días después un sindicalista–, la población activa no podrá seguir pagando a los jubilados. Hacia el año 2005-2010 será necesario recortar las pensiones y elevar a setenta años o más la edad de jubilación. Naturalmente, se puede hacer. La tercera edad no está organizada, a diferencia de los jóvenes que saltan a la calle. De otro modo, algún Gobierno tendrá que aceptar no deducir las cotizaciones

de la masa salarial, sino en forma de impuesto sobre las máquinas y robots que reemplazan poco a poco a los obreros. Pero los conservadores y los asalariados jamás podrán imponérselo a la industria. Incluso para los socialistas será difícil.”

La esperanza de vida de los ciudadanos germano-occidentales nacidos entre 1984 y 1986 alcanza los 71,5 años para los hombres y 78,1 para las mujeres, a diferencia de los 64,6 y 68,5 años, respectivamente, para los nacidos entre 1949 y 1951. La diferencia de esperanza de vida entre hombres y mujeres sigue aumentando. En 1978-80 era de 6,7 años a favor de las mujeres.

Hoy se contabilizan 100 trabajadores activos por cada 48 jubilados, pero serán 100 por 72 en el año 2010, 100 por 112 en 2030, 100 por 118 en 2040. A partir del año 2026 los jubilados serán mayoría. Entonces, la cotización a la Seguridad Social absorbería la mitad del salario, o habría que reducir las pensiones de jubilación a la mitad. La reforma de los seguros de jubilación se presenta como algo inevitable. Actualmente, la pensión de un jubilado es por término medio del 68 al 71 por 100 del último salario neto –según los sindicatos 63 por 100– y del 75 por 100 para los funcionarios. La cuota a deducir es hoy del 18 por 100 del salario. Las arcas de la Seguridad Social se vacían con rapidez. En 1970, daban 25.000 millones de marcos a sus asegurados en concepto de reembolso de prestaciones. En 1987, se superaban los 114.000 millones de marcos. El déficit pasaba de 1.000 millones en 1986 a 3.000 millones de marcos en 1987.

Para paliar este proceso tendrá que prolongarse la vida activa. La edad de jubilación, que era como media de sesenta y un años a mediados de los setenta –con una semana laboral media de 38,4 horas–, tendrá que subir hasta los sesenta y tres, sesenta y cinco, hasta los setenta años, aunque sólo sea para compensar la progresiva reducción de la semana laboral de 35 horas, luego de 30...

Algunos conservadores, principalmente en torno al líder bávaro Strauss, preconizan para el inicio de la década de los noventa una gran coalición de la derecha y de la izquierda moderada, con el fin de resolver el grave problema de los fondos de jubilación, así como de los seguros de enfermedad, ya que el aumento del número de jubilados exigirá más cuidados médicos y gastos de hospitalización. Pero parece poco verosímil que izquierda y derecha lleguen a este acuerdo. A no ser que la derecha continúe acercándose a la izquierda, como es el caso actualmente. Y, además, ¿es deseable un acuerdo estratégico de ese género?

No es más que una hipótesis. Por el contrario, la política-ficción nos lleva quizá hacia un desierto alemán poblado de robots que asumen la producción y atienden a todas las necesidades. El extraordinario esfuerzo de automatización de las empresas alemanas al final del siglo XX y el progreso de la microelectrónica han desarrollado la inteligencia artificial para el día en que falte la inteligencia humana. Unas pocas personas altamente cualificadas proporcionarán la misma cantidad de bienes y de superior calidad que los aún numerosos asalariados en 1980. Mientras en 1990 se consideraba la despoblación alemana como un grave problema,

hoy nos damos cuenta de que fue la gran oportunidad del país. Deberíamos haberlo comprendido viendo el paro alarmante de los ochenta. El embajador de Francia en Bonn, Serge Boisdevaix, nos decía en 1988: "Afortunada Alemania, que está menos poblada que los demás países. Todo parece indicar que cada vez hacen falta menos asalariados. Allí donde hay superpoblación, la economía no puede desarrollarse, si es que ello no lleva al caos."

Los militares objetarán quizá que se necesitan hombres para defender el país. No es tan seguro: empresas de tecnología punta elaboran "armas inteligentes", robots, que lucharán entre ellos en los campos de batalla del futuro.

Pero esta sociedad del siglo XXI aún no ha nacido. Por el momento, Alemania se enfrenta al problema del descenso de la tasa de natalidad.

Salvo los cambios que un nuevo censo pueda facilitar, la población residente es actualmente de 61,54 millones de habitantes (de los que 4.896.000 son inmigrantes, que podrían llegar a los seis millones en el año 2000). Cada vez llegan más extranjeros a este Estado-providencia. A pesar de los esfuerzos de los sucesivos gobiernos para atajar este fenómeno, el número de solicitudes de asilo político no baja de 60.000 por año. En 1988, ha aumentado hasta 100.000. Es decir, que los inmigrantes sustituyen a los jóvenes: el 2 por 100 de inmigrantes de 1950 se convertirá en el 19,9 por 100 el siglo que viene. El porcentaje de niños de menos de quince años ha descendido del 23,3 por 100 en 1950 al 18,5 por 100 en 1980 y no superará el 13 por 100 en el año 2030 si la tasa actual de natalidad no mejora. El porcentaje de personas mayores de sesenta y cinco años ha pasado del 9,4 por 100 al 15,6 por 100 en el mismo período. En cuarenta años alcanzará el 24 por 100.

La inmigración

Bonn piensa hacer lo que esté en sus manos para compensar su déficit demográfico, por ejemplo, subvencionando a las alemanas casadas en el extranjero que deseen volver a su país con sus hijos, o bien, tal como recomendaba un consejero del canciller, Wolfgang Schäuble, asimilando en mayor medida a los inmigrantes que quieran optar por la nacionalidad alemana.

Pero la República Federal dispone aún de una carta: durante los últimos siglos, decenas de miles de alemanes emigraron a Europa oriental. Ahora "vuelven" a su país, huyendo del caos económico y la ausencia de libertades que sufren los países del Este. Es un fenómeno fundamental que está transformando Alemania.

El Ministerio de Asuntos Exteriores multiplica desde Bonn las gestiones en Polonia para recuperar los últimos alemanes de Silesia, en Rumania para que vuelvan los de Transilvania y Banat, y en la Unión Soviética para negociar la salida de los alemanes del Volga. A esto se añade la redención de numerosos refugiados de la RDA (30.000, 20.000 y 18.000 en los últi-

mos tres años, sobre todo parejas jóvenes con uno o dos hijos, con edad media de veintidós años, a un precio de 10.000 marcos alemanes por persona), así como la liberación de 2.000 presos políticos a cambio de un rescate. Dinámicos y cualificados, encuentran un empleo tres veces más rápidamente que los parados germano-occidentales. Son más rústicos, más prolíficos y más entusiastas en el trabajo que los ciudadanos de la República Federal. Muchos de ellos no tienen de alemán más que el nombre y una lejana ascendencia. El Ministerio de Trabajo de Bonn ha gastado de 1975 a 1985 una suma de 2.450 millones de marcos en cursos de alemán para facilitar su adaptación. Aunque esos “rusos”, esos “polacos” y “rumanos” germánicos hablen el alemán peor que muchos inmigrantes, son bien acogidos. “Más fáciles de integrar que los turcos, aunque sólo sea por su religión”, en una madre patria que sus antepasados abandonaron quizá hace siglos.

El ministro Genscher también mira hacia el Este *en* busca de compatriotas olvidados, sin desalentarse, incluso cuando el señor Ceausescu rechaza con soberbia, como en diciembre de 1987, toda la ayuda propuesta a cambio de visados de salida. “Queremos reforzar la cooperación económica, científica y técnica con Polonia”, dijo antes de despegar hacia Varsovia en enero de 1988. La contrapartida consiste en gestos de buena voluntad por parte de los países del Este, con respecto a los alemanes de la diáspora. Se habla de “medidas humanitarias” y de “reconstitución de familias”.

A su llegada al Gobierno, el canciller Kohl se consagró a la tarea de la vuelta al redil de las ovejas descarriadas¹. En 1982 se estimaba en 3,8 millones el número de alemanes diseminados por los países del Este: 1,975 millones en la Unión Soviética, 1,1 millones en Polonia, 350.000 en Rumania, 110.000 en Checoslovaquia, 250.000 en Hungría y 15.000 en Yugoslavia. La Cruz Roja conoce en la actualidad los nombres de 261.700 personas que han solicitado la salida en los últimos cinco años, de los que 124.000 están en Polonia, 66.000 en la Unión Soviética, 70.000 en Rumania y el resto en Checoslovaquia y Hungría. Pero otras 343.000 personas ya habían presentado con anterioridad demandas de emigración, con lo que la cifra de los que aspiran a volver a Alemania es mucho más elevada. Teniendo en cuenta que hay que presentar de diez a quince demandas sucesivas para poder salir definitivamente de la URSS, se adivina que sólo los más entusiastas tienen el valor de intentar lo que todos desean. En Rumania, donde la escasez hace estragos, el 90 por 100 de los sajones protestantes de Transilvania y de los suabos católicos de Banat y de Shatmar desean salir del país. En 1987, una mujer perteneciente a esa etnia atrajo la atención sobre este drama suicidándose en público durante una visita a Alemania.

Los servicios de seguridad rumanos establecen precios prohibitivos para los visados de salida ofrecidos bajo cuerda a los habitantes de Banat: 8.000 marcos por persona (520.000 pts.), con una rebaja familiar: 35.000 marcos por cinco personas. Bucarest también quiere que se le reembolsen entre 8.000 y 100.000 marcos en concepto de “gastos de formación” de

cada uno de ellos. De ahí las arduas y discretas negociaciones. Bonn habría aceptado una subida del precio de 5.000 a 7.500 marcos por emigrado.

A partir de 1986, el Gobierno de Bonn se ha anotado algunos éxitos. El más evidente fue la llegada de 733 alemanes de la Unión Soviética en 1986 y de 15.000 más en 1987, cifra nunca vista desde 1950. En 1987 se registraron 86.000 llegadas a la República Federal Alemana, la cifra más alta desde 1958, dos veces más que en 1986, y en los seis primeros meses de 1988 ya se alcanzaban las 68.000. El centro de tránsito de refugiados alemanes de Europa oriental de Friedland, cerca de Hannover, se ha quedado pequeño.

Pero mientras que los alemanes de la Unión Soviética salían con sus familias al completo, que llegaban hasta los ocho o diez hijos, sus compatriotas de Polonia tenían menos suerte: el 90 por 100 de ellos no seguía la vía legal, sino que aprovechaba un visado de turismo para quedarse en Alemania, con lo que el padre venía con un hijo y había que esperar un término medio de cinco años para que la madre y los demás hijos pudieran unirse a ellos. Los refugiados más recientes llegados de la RDA también son jóvenes, más de la mitad entre dieciocho y cuarenta y cinco años, y la cuarta parte menos de dieciocho años. La mayoría son jóvenes parejas con hijos, obreros especializados, artesanos, y un 5 por 100 con estudios universitarios, y por tanto buena inversión para Alemania Federal, y en su mayoría inmunizados definitivamente contra el virus comunista. Pero muchos de ellos, solicitantes durante años de permisos de emigración al Oeste, vieron como sus carreras, su formación profesional y sus estudios eran entorpecidos por las autoridades de la RDA, a modo de represalia. El Gobierno de Bonn se ve obligado a gastar millones para permitirles recuperar el tiempo perdido y terminar su formación. Durante 1988 se han construido 60.000 viviendas para acogerlos, y se han concedido centenares de créditos. El ministro del Interior Friedrich Zimmermann, ha calificado su integración como de "emergencia nacional". Los alemanes de los países del Este son aún peor tratados que los de la RDA. En la Unión Soviética viven en condiciones inhumanas. Muchos de estos alemanes de Volhynie y del mar Negro fueron ya repatriados una vez por el III Reich. En 1945 fueron entregados por los americanos a los soviéticos. Primero fueron deportados a Siberia y luego reinstalados en las estepas de Rusia central, lejos de las regiones occidentales de Rusia donde se habían establecido sus antepasados. Un periódico alemán dio en marzo de 1987 el ejemplo de la familia Rausch, de Kurgan Tiube en Tadjikistán, que tuvo este destino. Después de su demanda de emigración a Alemania Federal, el 6 de febrero de 1981 fue golpeado y detenido por la milicia el hijo, Johannes Rausch, deportado dos años al "gulag", y más tarde a una clínica psiquiátrica. Fue incorporado a filas pero la ejecución de una orden peligrosa le costó un accidente. Más tarde fue nuevamente internado en el famoso instituto psiquiátrico Serbski de Moscú. El hermano menor continúa en el Ejército. A pesar de haber terminado el servicio militar hace años, tiene prohibida la emigración. Su padre, enfermo de cáncer, no encuentra asistencia clí-

nica. Hay 60.000 alemanes de Rusia en Alemania Federal que aún tienen en Rusia parientes de primer grado, deseosos de reunirse con ellos.

En Polonia y en Rumania, los alemanes ven como se les prohíbe el acceso a escuelas en su lengua materna, la práctica de su idioma, sus usos y costumbres. Son discriminados en el plano profesional y considerados como ciudadanos de segunda clase. La emigración es, en definitiva, su único recurso.

Durante una visita del señor Genscher a Praga, en enero de 1988, el ministro polaco de Asuntos Exteriores admitió “el derecho a la patria” de los alemanes expulsados en 1945 de las antiguas provincias alemanas del Este. En el curso de las entrevistas se habló de los “sufrimientos infligidos” a esos súbditos alemanes. El señor Kohl observaba unos días después, antes de un viaje a Praga, que los discursos oficiales y los medios de comunicación checoslovacos habían dejado de tratar a esos “pied-noirs” alemanes como “revanchistas”, adjetivo utilizado tras la guerra. En la conferencia de Prensa con que concluía su visita a Checoslovaquia confirmó que los dirigentes checoslovacos habían tenido “palabras de comprensión para estos refugiados”.

La Federación de Refugiados, el Bund der Vertriebenen (BdV), con algo más de dos millones de afiliados, desempeña un papel moderador. Compárese con los problemas causados por los palestinos, cuyo número es sin embargo mucho menos importante y que no sufrieron una “masacre” comparable. Los habitantes alemanes de los territorios situados más allá de la línea Oder-Neisse sufrieron el calvario de 1945², masacres, violaciones y malos tratos, uno de los mayores genocidios de la historia, acompañado de un expolio total de los bienes acumulados por el trabajo de siglos. Hoy, las regiones de las que hicieron desde la Edad Media prósperos centros agrícolas e industriales, las ciudades de Breslau y Königsberg, que brillaban a lo largo de Europa –el filósofo Emmanuel Kant y el escritor Gerhard Hauptman–, sólo son recordadas en las recetas de cocina –Königsberg Klöpse, albóndigas a la Königsberg– y están entre las más desheredadas del continente por acción del comunismo. Pero los refugiados dejaron clara en los estatutos de su federación la renuncia a la venganza. ¿Hay acto más cristiano? Han ayudado a introducir a sus afiliados en la democracia federal, mantienen sus costumbres en ceremonias más culturales que políticas y afirman un derecho platónico de retorno a la patria. Han sido blanco tradicional de la propaganda comunista soviética, polaca y checoslovaca, acusados sin razones válidas de “revanchismo” y de “revisionismo”, cuando en realidad habrían merecido el premio Nobel de la Paz. Su labor de integración de los desarraigados ha sido fundamental. Su vuelta a los territorios perdidos es improbable, pero hubiera sido duro negarles el derecho legítimo a la autodeterminación, el derecho a la patria. Pero aún hay un elemento que habla a favor de su retorno: los regímenes comunistas que ocuparon esas regiones antaño prósperas han fracasado desde el punto de vista económico. Parece deseable una ayuda alemana, preludio de retornos y de contactos, como en Alsacia.

Pero no hay que olvidar en todo esto que son los regímenes comunistas, y en último término el Kremlin, los que conceden las autorizaciones de salida de los refugiados, lo cual constituye un medio de presión más sobre Alemania.

La hipotética unidad

En la Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores de Ginebra de 1954 los occidentales preconizaban aún la reunificación alemana mediante elecciones libres. En su declaración de Londres del 3 de octubre de 1954, los Tres, secundados por la OTAN, establecieron que el Gobierno federal era para ellos “el único Gobierno alemán formado libremente y conforme a derecho” y, por tanto, el único capacitado para “representar al pueblo alemán en los asuntos internacionales”. Esta idea de que la Alemania occidental es el modelo democrático de Alemania se encuentra en el artículo 7 de los acuerdos de París del 23 de octubre de 1954 que confieren la soberanía a la República Federal. En él se dice que “hasta la conclusión de un acuerdo, los Estados signatarios cooperarán con el fin de alcanzar por medios pacíficos su meta común: una Alemania reunificada bajo una constitución democrática semejante a la de la República Federal e integrada en el Mercado Común Europeo”.

Pero otro “artículo 7” actúa de contrapeso. Es el establecido por el acuerdo germano-alemán firmado por el socialista germano-occidental Egon Bahr y su interlocutor comunista de Alemania del Este Michael Kohl en 1972, que consagra la cooperación económica y técnica entre la RDA y la RFA. Hay una larga evolución desde la idea de reunificación por la libertad “a la occidental”; hasta esta reunificación por la eficacia, el acercamiento y la voluntad, “a la oriental”. La primera no ha tenido lugar. La segunda, por el contrario, ya está emprendida y podrá convertirse en realidad tan sólo con que un Gobierno con mayoría de izquierda llegara al poder en Bonn.

Permítaseme subrayar que no estoy en contra de la reunificación alemana. Después de haberla defendido durante años, incluso en debates públicos, he dado buena prueba de ello. Tampoco creo que sea un tema poco actual, pues el proceso de reunificación ya ha comenzado. La reunificación no es algo que se decidirá “un buen día”. Asistimos en este momento a la lucha por el signo bajo el que se hará, a la batalla por la línea de salida, incluso por la primera curva de la carrera. Y hay que impedir, si aún es posible, que los amigos de Moscú tomen ventaja. El destino positivo o negativo de Francia no depende de la pregunta “¿Habrà reunificación alemana o no?”, sino de “¿Quién la hará?”

La reunificación a la rusa

Observar como el SPD se escora hacia el Este no significa acusarle de intenciones. No sólo abundan los testimonios de simpatía hacia Moscú. Primero fue la teoría de la “equidistancia” de Alemania (y de Europa) entre las dos “superpotencias”, lanzada por Bahr y sus amigos. Consistía en poner a Washington y Moscú en pie de igualdad, olvidando los valores comunes de Euroamérica por una parte y la proximidad geográfica de la URSS por otra. Después vino la votación del Congreso del SPD en Colonia, el 18 de noviembre de 1983, contra el despliegue de los Pershings. Por primera vez en años, el SPD votaba con los comunistas (y los verdes) contra los cristiano-demócratas y los liberales. Desde una posición minoritaria, Helmut Schmidt tuvo palabras muy duras para sus camaradas de partido, acusándoles de sumirse en el sueño y la utopía, olvidando las realidades políticas. Les puso como ejemplo a los italianos, aconsejándoles estar menos convencidos de su superioridad moral. W. Brandt lanzó en 1985, tras una entrevista con Mijail Gorbachov, la “nueva política de détente”. En 1987 el experto militar del SPD, Andreas von Bülow, informó tras un viaje a la Unión Soviética y la RDA que la política militar de los países del Este era esencialmente “defensiva”. Es en este marco en el que se habló, en el SPD, incluso en las filas del CDUCSU, de “comunidad de responsabilidad” entre la *RDÁ* y la República Federal.

Se puede ver un embrión de “reunificación moral” de los dos Estados alemanes en los diversos documentos firmados por el SPD y sus antiguos adversarios comunistas del SED –el Partido Comunista de la RDA.

En junio de 1985, el SPD y el SED presentaban en Bonn, en el curso de una conferencia de Prensa conjunta, un proyecto de “zona exenta de armas químicas” para Centroeuropa, es decir, incluyendo las dos partes de Alemania. En octubre de 1986 se lanzó una nueva propuesta de “corredor libre de armas nucleares” en la misma región, vieja idea recuperada por Gorbachov. Los comunistas germano-orientales se esforzaron en hacer popular ese proyecto con la convocatoria en junio de 1988 de una conferencia internacional sobre zonas desnuclearizadas en Berlín-Este. La reunión no respondió a lo que se esperaba de ella, pero Egon Bahr pronunció su discurso.

Finalmente, el 7 de julio de 1988, el SED y el SPD hicieron público en Bonn un nuevo proyecto, la creación de una “zona de confianza y seguridad”, situada asimismo a ambos lados de la demarcación interalemana. “Nuestros proyectos no se refieren a las armas –declaró el señor Bahr–. Nos limitamos a la creación de confianza.” Hay que resaltar que en esta zona las maniobras de más de 40.000 soldados quedarían prohibidas de ahora en adelante, lo que excluye las maniobras regulares de la OTAN, así como los ejercicios franco-alemanes como los llamados “Gorrión audaz” (Moineau Hardi) de otoño de 1987.

Se trataba sin duda de preparar el terreno. Ocho días después de la declaración SED-SPD de Bonn, el Pacto de Varsovia propuso el desmantelamiento de las armas convencionales y de los misiles de corto alcance.

Para la discusión del tema, Gorbachov proponía la reunión de una conferencia paneuropea que incluyese los países neutrales y las potencias no nucleares, pero sin los Estados Unidos. Allí se reunirían todos “los pueblos” en “la casa común europea” de la que tanto habla Herman Axen, el interlocutor del señor Bahr en Berlín-Este. Esta fórmula tranquilizadora de Gorbachov, así como la de “Europa del Atlántico a los Urales” propuesta por el líder soviético en Berlín-Este en mayo de 1985, está hecha para neutralizar toda desconfianza. (No obstante, podrían tomarse las palabras de Gorbachov al pie de la letra si la URSS aceptara renunciar a todas sus posesiones asiáticas para entrar en la Comunidad Europea.)

El proyecto Bahr-Axen de “zona de confianza” comporta sobre todo el establecimiento de un sistema de vigilancia recíproca de tropas mediante satélites, con unos “centros de creación de confianza” enlazados por “teléfonos rojos”. Se trata de política ficción, pero podría convertirse, más rápido de lo que uno pueda imaginar, en el embrión de un Comité de salvación pública interalemán. Detrás de todo esto se perfila la idea de una Confederación alemana, elaborada por Walter Ulbrich en 1958, como continuación al plan de diseminación de armas en Centroeuropa, llamado en el momento de su concepción, en 1956, con el nombre del entonces ministro polaco de Asuntos Exteriores, Rapacki. El Kremlin reproduce invariablemente los mismos proyectos, pues sus objetivos siguen siendo los mismos.

Los métodos de los soviéticos se han refinado en las últimas décadas, pero sin modificación de los objetivos. Por una parte, los sucesores de Stalin siguen practicando la política de reparto y de ocupación cuyos signos más visibles son las prisiones políticas de Alemania del Este y el muro de Berlín. Pero han tendido la mano al Oeste. Los políticos germano-orientales y soviéticos hacen alarde de gentileza y liberalidad con ocasión de sus viajes a Alemania federal. La gris RDA se convierte en “el país de la sonrisa”. Las armas de tiro automático antidetectores silenciosos son sustituidas por líneas de demarcación interalemana.

Pero se trata de Alemania y de su “status” futuro, más que de misiles, que constituyen el centro de las negociaciones de Ginebra. Allí se habla de “desarme” y no de “Alemania”, pero viene a ser lo mismo, porque los rusos saben que un día el más temido impondrá su voluntad a Europa. Un especialista soviético en temas alemanes, profesor de historia alemana en la Universidad de Moscú, Ilya Kremer, invitado por el Partido Liberal FDP, fue a la Universidad de Berlín-Oeste en octubre de 1981 para explicar la estrategia del Kremlin. Su exposición puede ser resumida en dos frases: los soviéticos no se hacen ilusiones, por el momento, sobre la posibilidad de provocar una ruptura en la OTAN. Pero sugieren a los alemanes este matiz: “Sería un error que Washington decidiera los destinos de los alemanes.” Kremer subrayaba que Willy Brandt había firmado el acuerdo de Moscú con Breznev y que se trataba de un campo en el que ninguna injerencia exterior era lícita. Esta fórmula quedaba ya hilvanada en las entrevistas Breznev-Schmidt de Moscú (1980) y Bonn (1981).

Con motivo de la visita que efectuó a Bonn en octubre de 1981 Eugene Rostow; el especialista americano en desarme, hizo notar que el jefe de la Delegación soviética en Ginebra no era un experto en desarme, sino en temas alemanes, como número dos de la Embajada soviética en Bonn. Cinco años después sucedió lo contrario: el jefe de la Delegación soviética en las negociaciones de Ginebra fue nombrado embajador en Bonn. Ambas decisiones van en el mismo sentido. Conviene advertir que los especialistas soviéticos en Alemania suelen ser, al mismo tiempo, especialistas en Francia.

Es bastante revelador de lo que será la siguiente etapa, cuando, tras haber roto la alianza germano-americana, el Kremlin intente sembrar la desconfianza en las relaciones entre Francia y Alemania, conforme al viejo principio de la política rusa "divide y vencerás". Todo parece indicar que ese juego ya está en práctica.

La ruptura del consenso germano-occidental por una especie de "unión de la izquierda" interalemana engendra una confrontación peligrosa en un país más amenazado que Francia. Da pie a injerencias soviéticas. Y es que, de hecho, Alemania está en juego más que nuestro país. Separarla de los americanos y luego de los europeos occidentales constituye el objetivo principal del Kremlin desde la guerra. No hay que tomar a la ligera las manifestaciones antiamericanas hechas más allá del Rin, tan nocivas como para Francia, y cometer el error de ver en ellas simplemente "un reflejo vital y natural".

Propuestas irresistibles

Se puede objetar que el SPD no tiene la mayoría en Bonn. En realidad, en el momento de la firma de este acuerdo SPD-SED a principios de julio de 1988, los sondeos daban al SPD el 42 por 100 de la intención de voto frente al 41 por 100 para la CDU.

El Gobierno conservador-liberal de Helmut Kohl sólo ha podido mantenerse siguiendo una política con el Este mucho más activa de lo que se esperaba. La presencia de Hans-Dietrich Genscher en sus filas ofrecía en este sentido garantías de "continuidad". Añadamos que el clima que respira la Ostpolitik ha cambiado en favor de un acercamiento al Este considerado como irreversible, y esto, poniendo el acento sobre Gorbachov, al que el ministro germano-occidental de Asuntos Exteriores parece adelantar en los pensamientos para... mejor llevar a efecto sus propuestas.

Es más, se nos habla sin cesar de negociación y de técnicas de desarme como si no fuera más que un asunto de términos adecuados y de compatibilizaciones informatizadas. La fase actual de negociaciones sobre armas, muy audaz, pero demasiado técnica para prestarse a la crítica, con su plan secundario que asegura la buena voluntad recíproca, engendra menos inquietud que la fase de confrontación (1948-1968) y que la "détente" (1968-1981) que la siguió. Los alemanes hicieron tanta "guerra fría" y luego tanta "détente" como los demás, con ayuda de sus cambios

de Gobierno. El Gobierno Kohl intenta actualmente un desarme menor que el americano, sobre todo en lo que concierne a la disuasión nuclear, con el fin de no encontrarse un día atado de pies y manos frente a la URSS. Aquellos que todavía estiman que la RFA y la RDA tienen una responsabilidad específica conjunta de salvaguarda de la paz oponen su voluntad de eludir el engranaje fatal. Esta particular debilidad alemana –a diferencia de las guerras de Hitler–, de la que destila una presunción moral tan típicamente alemana, responde a un determinado deseo de nuestros vecinos de evitar la polémica o de parecer por lo menos más “humanos” que los demás. Esto es lo que hace “irresistible” las ofertas de paz de Gorbachov.

En la posguerra apareció un sentimiento antitotalitario generalizado con un toque de antinazismo y una pincelada de anticomunismo, que se constituía en obstáculo. Una vez que las democracias populares han conseguido mejorar su imagen de marca, el antídoto ha perdido su eficacia. Y hoy asistimos a un giro hacia el Este. Los conservadores siguen el movimiento. Han llegado tarde, pero con ímpetu. El bávaro Strauss, el suave Späth y el renano Bernhard Vogel han puesto su mejor voluntad.

Pregunté a Helmut Kohl si la reunificación alemana no obstaculizaría el objetivo de unificación de la CEE o a la inversa.

“Ya con Adenauer optamos por la primacía de la libertad sobre la unidad. ¿De qué nos serviría que los habitantes de Francfort del Main estuvieran unidos a los de Francfort del Oder si no fueran libres? Dije en el Parlamento tras mi elección que los lazos con Occidente eran una parte de nuestra razón de Estado. Algunos me criticaron por ello. En nuestro país hay gente que está obnubilada por el hecho de que el sol salga por el Este. No es mi caso. Pero las fronteras con el Este se harán más permeables. Europa no se acaba en el Elba”, me respondió el canciller. Pienso que quería decir que su Alemania había optado definitivamente por la Europa de las libertades, semejante a la de la CEE, y que no se uniría nunca a los Estados comunistas.

“Queremos mejorar las relaciones con el Este en todos los campos –continúa el canciller Helmut Kohl–. No se trata solamente de contar los misiles. No habrá un verdadero desarme hasta que no se establezca una confianza. Las armas son neutras. El espíritu que las da vida no lo es. Por eso hay que cooperar para instaurar la confianza.” En definitiva, la paz no puede instaurarse mediante el desarme, como estiman los soviéticos. Dependerá de la democratización del sistema en la Unión Soviética y en las democracias populares, de la democratización de las relaciones Este-Oeste. Hace falta que tras el desarme no haya menos seguridad, sino mucha más.

El canciller Kohl me aseguró en mayo de 1988 que “la situación europea se degradaría catastróficamente de un día para otro si los alemanes practicasen de nuevo una política de balanza”. En diciembre de 1986 me había manifestado parte de sus temores con respecto al neutralismo que veía crecer en la izquierda alemana. “Después de todo lo que se hizo en nombre de los alemanes bajo los nazis debemos convertirnos de nuevo en

un socio fiable en la política internacional.” El “New York Times” apodó a Helmut Kohl “el doctor Fiable”.

Pero el mismo Helmut Kohl añadía que “es un error creer que Europa sólo es la Europa de la CEE”. Pensaba en Austria y en Suiza, en Finlandia, en Suecia y en Noruega, pero también en la Europa del Este. La geografía y la historia le dan la razón. Pero la eficacia política se la quita. ¿Cómo sería una Europa edulcorada indecisa entre los intereses divergentes de un conjunto amplio? Cuando el canciller saca el argumento de esa, “gran Europa” para asegurar que no hay contradicción entre la unidad alemana y la construcción europea, el proyecto parece demasiado vago para ser viable.

La imprecisión de los intelectuales alemanes pasa a los políticos cuando se trata de la Alemania futura. Cuesta hacerles reconocer que la Alemania futura reunificada podría ser un Estado, una nación. Pretenden que Alemania fue y será siempre más o menos eso. Ideas vagas para los cerebros franceses que se inclinan a considerar esas visiones como poco realistas, incluso hipócritas, como si los alemanes hubieran acordado no hablar de un futuro Estado alemán para no asustar a sus vecinos. Mientras tanto es un hecho que la división de Alemania no llegará a su fin hasta que la división de Europa no haya acabado. Entonces, la RDA y la RFA podrán acercarse en una amalgama europea que recuerde al Sacro Imperio Romano Germánico. A menos que sea “una nación alemana unida en una Europa confederada”, conforme al llamamiento del Castillo de Hambach (Palatinado) en 1832. Me atrevo a pensar, en tanto, que será un Estado alemán, dotado de un Parlamento y de un Gobierno, circunscrito en sus fronteras y respetuoso con los tratados concertados con Europa occidental, con Francia. Porque a mí, como francés, la imprecisión me asusta en vez de tranquilizarme. Me parece que ayudando a consolidar las instituciones de la República Federal y su vida política, Francia contribuye a una evolución en esa dirección.

La reconciliación franco-alemana, la confianza en Alemania federal son tales que cuesta sospechar segundas intenciones en nuestros vecinos. Sin embargo hay que hacer de abogado del diablo si se quiere evitar toda eventualidad.

Ya en 1973, un politólogo americano, Walter F. Hahn, revelaba extrañas similitudes entre las ideas de Bahr y las propuestas soviéticas. Se preguntaba qué habría sucedido si Moscú no hubiera tenido en la mano las propuestas occidentales antes de abordar las negociaciones con Egon Bahr o durante ellas. El descubrimiento del espía Guillaume en la Cancillería en 1974 podría ser la clave de este enigma. Pero ¿no siguió Bahr lo que el pacto de Varsovia había propuesto en Karlovy Vary en abril de 1967? Esta conferencia ya había fijado las últimas etapas del plan Bahr hasta el horizonte de los años 90. Se trataba de crear una Europa “exenta de bloques militares”, contenida en un “sistema de seguridad colectiva”, de “liquidar los obstáculos artificiales de las relaciones económicas entre los países capitalistas y socialistas”, lo que conduce a la eliminación de las restricciones sobre materiales estratégicos (lista Cocom de la OTAN) y al

acuerdo firmado en 1988 entre la CEE y el COMECON. También se trataba de normalizar las relaciones entre los Estados bajo el signo de la no injerencia, lo que supone que Occidente no tiene en cuenta los movimientos de disidencia en el Este. Todo esto iba más allá del proyecto Bahr y se parecía más a la política Este-Oeste del señor Genscher.

En una célebre entrevista televisada, mantenida con su amigo Günter Gaus en 1972, Bahr precisaba que la renuncia al empleo de la fuerza –el desarme y la no disuasión– permitiría cambios territoriales –una reunificación alemana– por mutuo consentimiento, siendo el objetivo la nación, “valor emocional” a la larga “mucho mas fuerte que la ideología”. Por último apuntaba que el acercamiento a la Europa del Este y reunificación alemana excluía el abandono de los derechos en la Comunidad Europea, que ya no debía tener “carácter supranacional” para pasar a ser una “unión política”

Una entrevista con Egon Bahr

Pregunté a Egon Bahr si, en su opinión, nos podíamos fiar de Gorbachov y su política.

“Después de los encuentros que he mantenido con él me respondió con una franqueza demoledora, no pongo en duda la credibilidad de sus intenciones. Estas surgen del imperativo al que se enfrenta la Unión Soviética de seguir siendo competitiva, particularmente frente a Occidente. Es un comunista convencido, no un cínico. Quiere llevar a cabo sus reformas en el interior del sistema. Nadie puede decir hoy hasta qué punto llegará. Además, creo que ésa no es para nosotros, los occidentales, la cuestión esencial. Lo importante es aceptar su oferta de creación en Europa de una estabilidad que eliminaría la amenaza soviética que pesa sobre Europa occidental, cualquiera que sea el futuro de sus reformas.”

Dejemos al señor Bahr con su convencimiento con respecto al marxismo. Fiel a su idea de “cambio por el acercamiento”, cree en una reorientación de la política soviética. Al hacerle observar que su partido, el SPD, aspira a una “seguridad compartida” con Moscú, afirma que este objetivo es idéntico al de la OTAN.

“Cuando digo “nosotros” pienso en la Alianza Atlántica. Esta debería intentar desarrollar un sistema de acuerdos que eliminaran toda capacidad de ataque entre ambas partes mediante la eliminación de la superioridad convencional. En el SPD pensamos que estos acuerdos deben basarse en una simple evidencia: en la era de la capacidad de destrucción mutua no se puede lograr la seguridad en contra del adversario, sino junto a él. En caso de conflicto, estaríamos unidos en la aniquilación. Nos hemos convertido en inevitables compañeros en la vida, la supervivencia o en la muerte.”

Para Egon Bahr, Gorbachov ha traído por fin ese cambio por el que él y Willy Brandt hacían votos desde hace tanto tiempo.

“En mi opinión, es la continuación de la política de "detente" de inicios de los años setenta, transportada al campo militar. La gran contribución de Gorbachov ha sido aceptar la idea de seguridad común y modificar las posiciones soviéticas como se requería para alcanzar este objetivo.”

Entonces adelanté que Gorbachov, que es tan flexible, podría hacer ofertas de reunificación alemana..., pero ahí el señor Bahr es tajante, y hace todo lo posible para convencer al francés que soy:

“Eso está absolutamente excluido, me responde terminante, pues los soviéticos han optado por la estabilidad. Y la estabilidad supone el mantenimiento de los dos sistemas de alianzas. Estoy seguro de que no se formulará ninguna oferta de ese tipo.

En París no se han dado bien cuenta de que la política de Willy Brandt fue una contribución a la estabilidad y no el primer paso hacia la reunificación. La cuestión alemana se ha convertido en “europea” en los últimos decenios. No habrá una solución aislada que lleve a un Estado alemán unificado. Pero en la medida en que Europa atenúe su división, la división de los alemanes se atenuará.”

Vuelvo a la carga: “Pero, ¿no piensa que la industria alemana podría obtener concesiones de los soviéticos, ofreciendo a éstos una cooperación aún más estrecha?”

Bahr no se deja desarmar: “Ni nuestra economía, ni las economías francesa y americana sumadas a la nuestra, estarían en condición de comprar la RDA a la Unión Soviética.”

Una semana antes, “die Welt” había publicado una encuesta, que destacaba que el 80 por 100 de los alemanes no renunciaba a la reunificación, aunque no la consideraba como algo próximo. Le hablé a mi interlocutor de ello.

Parecía divertirse. Los alemanes de la República federal son tanto más partidarios de la unidad, cuanto más seguros están de que no se logrará próximamente.

No nos oponen solamente unos valores, sino también las realidades de nuestras economías.

La integración de la República Federal en la CEE ha alcanzado un nivel tal que uno ya no puede imaginar una salida, un aislamiento, aunque fuera para llevar a cabo la unidad alemana, y la gente tampoco lo desea.

El resultado de los sondeos depende del modo en que se formulan las preguntas. Si se plantea la pregunta: ¿Aceptaría usted dejar la Comunidad Europea a cambio de la reunificación? Habría un 95 por 100 de “no”.

“No estoy totalmente convencido”, le digo.

“Pero yo sí”, responde Bahr.

Egon Bahr da una impresión de espontaneidad y de sinceridad. Me expuso su credo: cree en unas mejores intenciones de la URSS, haga lo que haga; considera las acciones de la URSS como hechos consumados, inamovibles y definitivos.

Finalmente, se lanza a un razonamiento con la intención de demostrarme que Alemania federal nunca ha querido en serio la reunificación, en todo caso, no más que Francia.

“La gran ilusión de Francia es una postura ilógica, que consiste en estar teóricamente a favor de la reunificación, pero en la práctica contra ella, en teoría para dejar atrás Yalta, pero no para aceptar las consecuencias que ello tendría para Alemania.

Quien mejor formuló la ilusión de Francia fue Raymond Aron cuando dijo que la política francesa de la posguerra provenía aún de la idea de que la amenaza para Francia podía emanar todavía de la República Federal. Esta creencia es una idiotez.

El fin de la guerra ha eliminado ese peligro. De todas formas, la reunificación alemana sólo podría resultar de un consenso de sus vecinos. Estos consideran precisamente que ese peligro ya no existe y que, por tanto, ya no hay obstáculo alguno para la reunificación. Pero tampoco hay que pedir demasiado. Hay sobre todo un medio muy seguro de impedir la reunificación alemana: reclamar la restitución de las perdidas provincias del Este. No, la reunificación no puede consistir más que en la reunificación de la República Federal y la República Democrática Alemana.”

Eso quiere decir, en resumen: no tocar lo adquirido por la URSS en 1945. Su observación sobre las provincias del Este es bastante lógica. Para los aliados occidentales la reunificación consiste, en efecto, en la RFA-RDA unidas. Por lo menos es lo que subrayó Jean-Bernard Raymond en Varsovia, en abril de 1987.

NOTAS

1. Refugiados: Al final de la guerra las zonas occidentales y Berlín Oeste tuvieron que dar refugio a siete u ocho millones de personas sin hogar. Sus casas, talleres y muebles habían sido destruidos por los bombardeos. Además, hubo que acoger a millones de personas expulsadas de los territorios del Este, ocho millones de 1945 a 1949. Si se añaden los emigrantes alemanes venidos del Este, su cifra aumenta a diez millones. Las estadísticas indican que hasta diciembre de 1986, 1.341.440 alemanes habían venido del Este, si se excluye la RDA.

Unas 700.000 personas pasaron al Oeste desde la zona soviética entre 1945 y 1949. Después, 2,7 millones de alemanes de la RDA traspasaron las fronteras entre 1949 y la construcción del muro en 1961, a los que han seguido 557.000 más, entre emigrantes legales y huidos. La integración de los refugiados ha sido una tarea importante para Alemania Federal. La media de alemanes de la RDA trasladados al Oeste desde 1970 ha sido de 12.000 a 13.000 por año. En 1984, para quitarse un peso de encima y ganar dinero, el régimen germano-oriental dejó que 36.000 personas abandonaran el país, y en 1985, 25.000, por lo que Bonn entregaba a la RDA 10.000 marcos por persona. La cifra cayó a 19.982 en 1986 y a 10.995 en 1987. Pero, por el contrario, el número de visitas de alemanes del Este a la RFA ha batido el “record” en 1987: 5.062.914, de los que 1.286.896 no han alcanzado la edad de jubilación, más de un millón por primera vez. Esto significa que uno de cada seis alemanes del Este ha viajado a Alemania Federal con una cantidad mínima de divisas. Hasta 1985 la RDA sólo autorizaba a un número de personas entre 40.000 y 60.000 a visitar Europa occidental, en su mayoría jubilados. Además, 6.200 personas han escapado al Oeste en 1987, de ellas, 300 saltando el muro y las alambradas.

2. El holocausto: Es muy difícil calcular el número de alemanes “masacrados” en las provincias al este de la línea Oder-Neisse durante el invierno de 1945. Se trata de civiles, ancianos, mujeres y niños. Por entonces, 15,28 millones de alemanes vivían en estas regiones, más 1.300 millones de alemanes en Rusia, sin contar todos los que fueron entregados por los americanos a los rusos en 1945. En 1950 no quedaban más que 2,7 millones en sus territorios, más los condenados a trabajos forzados dos deportados al “gulag”. Los historiadores concuerdan en un genocidio de tres a cinco millones de civiles alemanes “masacrados” en el espacio de tres a cuatro meses, en su mayoría por el Ejército rojo.

La cuestión alemana desde una perspectiva histórica

Florentino Portero

La historia del pueblo alemán ha sido y es uno de los elementos vertebradores de la historia europea. Su vinculación con el imperio y el hecho de haber sido un variado conjunto de pequeños Estados llevó siempre a las grandes potencias a buscar un mayor o menor control sobre ellos. Su situación geográfica, en el centro del continente, surcada por grandes ríos y con magníficos recursos materiales, permitió el florecimiento del comercio y de la industria, haciendo de algunos de aquellos Estados centros de indudable riqueza. Desde Carlos V a Napoleón los Estados alemanes se vieron acosados por naciones más poderosas, debiendo aprender a mantener el equilibrio entre éstas. Allí se fraguó la reforma protestante, que dividió en dos primero a los propios alemanes y más tarde a todo Occidente. En el siglo XIX los Estados alemanes fueron testimonio de una nueva división, alineándose parte de ellos con la Europa industrial y liberal, mientras otros se sumaban a la defensora de la monarquía absoluta y el antiguo régimen. La aparición del nacionalismo alemán supuso una nueva convulsión que concluyó con la formación del II Reich. De un conjunto de Estados, en precario equilibrio, el pueblo alemán pasó a convertirse en árbitro europeo, imponiendo su voluntad de la mano del príncipe Bismarck. El desarrollo de actitudes militaristas y nacionalistas llevó a la primera guerra mundial, al nazismo y a la segunda guerra mundial. Tras 1945 la historia de los alemanes ha continuado siendo un elemento vertebrador, pero esta vez de la historia mundial. Lo que allí ocurra afectará a la seguridad de todo el Planeta.

El problema alemán en la posguerra mundial

A lo largo de 1945 se sentaron las bases del nuevo orden internacional. En las “cumbres” de Yalta y Postdam el futuro de Alemania resultó ser el problema de más difícil solución. Se enfrentaban dos concepciones radicalmente distintas. Los Estados Unidos deseaban la imposición de unas in-

Florentino Portero es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad Nacional de Educación a Distancia y miembro del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES).

demnizaciones limitadas, que permitieran el mantenimiento de un nivel de vida razonable. Con ello se quería evitar un nuevo resurgir del nacionalismo alemán o un giro hacia posiciones comunistas, así como poner las bases para la reconstrucción de una Alemania democrática y próspera, que se insertara en el nuevo sistema político y económico mundial. Por el contrario, la Unión Soviética temía el rearme alemán y quería impedirlo a toda costa. La imposición de unas fuertes indemnizaciones no sólo tendría la virtud de frenar ese rearme, también facilitaría la reconstrucción de la economía soviética. Por lo demás, no parece que Stalin tuviera ideas definidas sobre cuál debía ser el futuro de Alemania, al contrario que con respecto a la Europa oriental.

En Yalta el fracaso fue evidente. Moscú aceptó un límite máximo de diez años para cobrar las indemnizaciones, así como que éstas no fueran necesariamente en dinero, podrían serlo en forma de material industrial o bienes de subsistencia. Sin embargo, no hubo acuerdo sobre su monto total –los soviéticos proponían 20.000.000 de dólares, de los que la mitad sería para ellos– ni en el compromiso de mantener un nivel de vida razonable para la población alemana.

En Potsdam, los Estados Unidos consiguieron un acuerdo que parecía asegurar el futuro económico de Alemania. Cada una de las potencias tomaría de su zona lo que considerase oportuno en concepto de reparaciones. La Unión Soviética tendría derecho además al 10 por 100 de la maquinaria industrial de las restantes zonas, que no fuera imprescindible para la recuperación económica de Alemania, más otro 15 por 100 como pago por el intercambio de bienes procedentes de la zona rusa. Moscú quedaba comprometida a abastecer a las otras partes y, al carecer la suya de importantes industrias, no podría dañar el potencial económico alemán. El problema era el enorme poder que se cedía a los comandantes de cada zona¹.

El acuerdo entre los vencedores duró poco tiempo. La Unión Soviética dio pronto muestras de cómo entendía la Declaración de la Europa Liberada, teórica carta de garantía de las libertades en Europa oriental, así como de su voluntad expansionista en Grecia, Turquía e Irán. El nuevo ambiente de desconfianza repercutió inmediatamente sobre Alemania. Era la potencia derrotada, se temía su rearme, estaba situada geográficamente en medio de los dos bloques, su futuro continuaba siendo incierto y estaba siendo gobernada por las potencias vencedoras. Todo esto suponía que cualquier discrepancia entre éstas concluyera afectando su situación. Los Estados Unidos comenzaron a temer que el objetivo último de la política soviética en Alemania fuera convertirla en otro satélite. En abril de 1946 el Gobierno de Washington ofreció al de Moscú un tratado que garantizaría la desmilitarización de Alemania durante veinticinco años. La contestación de Moscú fue negativa, mientras no se hubiera concluido el proceso de las reparaciones de guerra. Aquello fue interpretado por la Administración Truman como una prueba definitiva de que no era su seguridad, sino su deseo expansionista, lo que determinaba la política alemana de la Unión Soviética. Por otro lado, la situación económica en Alemania

empeoraba, facilitando así la gestación de una alternativa comunista. Todo ello llevó a Washington a romper la unidad de acción, poner fin a las reparaciones de guerra y establecer una unidad de gestión económica que permitiera el mejor aprovechamiento de los escasos recursos de que se disponía. Era el principio de la división. Poco después, los Estados Unidos declaraban su disposición a impedir una Alemania unificada bajo control de Moscú. Si era inevitable habría dos Alemanias.

La declaración de la “guerra fría”, tras el discurso del presidente Truman en el Congreso de marzo de 1947, complicó aún más la situación alemana, hasta el punto de convertirla en símbolo la nueva realidad. Si Alemania se dividía en dos, Moscú necesitaba resolver en breve plazo el problema de Berlín. La presencia de fuerzas occidentales en el corazón del territorio controlado por la Unión Soviética suponía un grave inconveniente. A principios de 1947 las zonas americana y británica se unieron, siendo seguidos posteriormente por los franceses. En junio de 1948, como paso previo para la reconstrucción económica de la nueva zona occidental, se realizó una reforma monetaria, profundizando en la división. La respuesta fue el bloqueo de Berlín. Los soviéticos impidieron el acceso por carretera y ferrocarril, cortaron los suministros de gas y electricidad; en resumen, cercaron el sector occidental con la esperanza de que se lo cedieran definitivamente. Lo reciente del golpe de Estado de Checoslovaquia y la contundencia de la acción soviética creó un ambiente prebélico. Era el primer reto para la nueva política norteamericana de *contención* del comunismo. Según su lógica, si cedía animaba a los soviéticos a nuevas aventuras expansionistas; por el contrario, si adoptaba una posición de firmeza corría el riesgo de provocar una guerra. Optó por lo segundo. Un puente aéreo aprovisionó a la población, que se convirtió en un nuevo símbolo de la lucha por la libertad. El tiempo jugaba ya a favor de los Estados Unidos y el efecto de lo ocurrido minaba la posición internacional de Moscú. Si la Unión Soviética volaba uno de aquellos aviones la guerra sería inevitable. Ante ello, finalmente, el cerco fue levantado. Alemania había sido el elemento de fricción más importante entre los dos bloques y el ejemplo máximo del compromiso norteamericano con la seguridad europea.

La nueva Alemania

La política de Konrad Adenauer tuvo dos líneas de actuación fundamentales: establecer las bases para la reunificación y la plena incorporación a Europa occidental, elementos, como más adelante veremos, interdependientes. La ley Fundamental de Bonn de 1949, la Constitución alemana, insiste en varios de sus apartados en su carácter provisional, en la necesidad de poner fin a la división. En su preámbulo los firmantes dicen estar

“... actuando también en nombre de aquellos alemanes a quienes estaba vedada la colaboración, y manteniendo en pie la invitación para que

todo el pueblo alemán, en libre autodeterminación, consume la unidad y libertad de Alemania”.

Su último artículo, el 146, es igualmente expresivo:

“La presente ley Fundamental perderá su vigencia el día que entre en vigor una Constitución que hubiere sido adoptada en libre decisión por todo el pueblo alemán”.

La RFA se negaba, por lo tanto, a aceptar la división. No parece que Adenauer llegara a creer en una pronta reunificación, sino más bien lo contrario. Como persona convencida del carácter expansionista de la política soviética, consideró que una vez instalados en Alemania oriental sería muy difícil que la abandonaran. La República Federal carecía de los medios necesarios para obligarles, por lo que, a corto plazo, había que confiar en el poderío americano. Sólo la superioridad del bloque occidental podía forzar a Moscú a negociar. Esta fue una de las razones por las que Adenauer orientó su política hacia el estrechamiento de relaciones con Europa occidental y los Estados Unidos. La República Federal rechazó la existencia de la República Democrática, impuesta a los alemanes, en contra de su voluntad, por una potencia extranjera y asumió la representación de todo el pueblo alemán. Como medio para facilitar la reunificación aplicó la denominada “doctrina Hallstein”, por la que la República Federal congelaría o rompería relaciones diplomáticas con los Estados que reconocieran a la República Democrática, con la sola excepción de la Unión Soviética. En realidad, Bonn no ofrecía más alternativa que la rendición o la división, lo que, por otra parte, era coherente con el ambiente de guerra fría que se respiraba. Como ha señalado Wolfram Hanrieder, la política alemana de Adenauer se dirigió más a combatir la legitimidad de la segunda Alemania, el “statu quo” de la posguerra, que a intentar llegar a un acuerdo con ésta².

La política prooccidental de Adenauer fue sincera. Creía que Alemania debía integrarse en la Europa occidental por razones históricas, culturales y políticas. Como demócrata buscó la consolidación en su propio país y en Europa de un sistema de libertades, lo que exigía la mayor unidad de acción posible frente a la amenaza comunista. Sin lugar a dudas, para Adenauer, como para muchos otros alemanes, la libertad era más importante que la unidad. Prosperidad económica y unidad europea fueron, pues, dos objetivos fundamentales de su política. Al mismo tiempo esta opción se convirtió en un elemento clave de su política alemana. Adenauer confiaba en que la reconstrucción de la República Federal, su sistema de libertades, su prosperidad económica actuasen sobre la otra Alemania con un efecto disolvente. La República Democrática no sólo tendría que hacer frente a su falta de legitimidad, sino también a su incapacidad para crear bienestar, prosperidad..., lo que animaría a la población a combatir su Gobierno.

La política de Adenauer contó con el apoyo de una gran mayoría de alemanes; sin embargo, fue duramente criticada por la oposición. El partido socialdemócrata, entonces dirigido por Kurt Schumacher, consideró que la reunificación debía ser el objetivo fundamental, ante el que debía

sacrificarse cualquier otro interés. Rechazaron la apertura al Oeste por dos razones. En primer lugar, sólo una Alemania libre de ataduras y pacífica podría negociar con la Unión Soviética el fin de la división. En segundo lugar significaba la conversión del nuevo Estado en uno de corte capitalista, perpetuando la sociedad de clases que combatían.

Adenauer tuvo el respaldo del bloque occidental, aunque fuera un respaldo cargado de escepticismo. Nadie parecía tener muy claro cómo se podría lograr la reunificación y, además, se temía por las condiciones que Moscú podía imponer. Era más útil tener parte de Alemania que nada. La neutralización no beneficiaba los objetivos unificadores de Europa occidental y la privaba de un potencial económico y militar importante. Era un paso más en la fragmentación del viejo continente. La fractura de Europa y el sentimiento de amenaza soviética llevó, por tanto, al bloque occidental a integrar lo antes posible a la nueva Alemania de Adenauer. Era un intento de poner fin a una historia de enfrentamiento y de establecer un bloque sólido que garantizase el futuro a un conjunto de naciones, que durante años habían representado la cota más alta de civilización y bienestar y que pasaba por momentos difíciles.

Si la tensión internacional había favorecido la integración de Alemania, su incorporación al bloque occidental suscitó nuevas dificultades. El golpe de Estado de Checoslovaquia, la crisis de Berlín y, en general, el proceso de soviétización de la Europa oriental aumentaron el temor sobre los objetivos últimos de Moscú. La idea de crear un dispositivo de seguridad atlántico cobró nuevas fuerzas y, por fin, el Congreso de los Estados Unidos dio su consentimiento. El Tratado del Atlántico Norte era el nuevo marco y, desde un primer momento, se buscó la incorporación de la República Federal en cuanto las circunstancias lo permitieran. El rearme alemán preocupaba en algunos Estados occidentales y, aunque se consideraba necesario, había deseos de controlarlo. El primer intento fue el Plan Plevén de crear una Comunidad Europea de la Defensa, fracasado por la negativa francesa. El segundo y definitivo fue la reforma del Tratado de Bruselas de 1948, dando vida a la Unión Europea Occidental e integrando en ella a la República Federal, que poco después entraba a formar parte de la Organización del Tratado del Atlántico Norte. La República Federal quedaba plenamente integrada, lo que se corroboraría más tarde con la firma del Tratado de Roma.

Para el Gobierno de Moscú el rearme alemán y su inclusión en la Organización del Tratado del Atlántico Norte suponía un cambio importante en el equilibrio europeo. De entrada se abría un gran espacio donde el imperio soviético y la OTAN entraban en, contacto, en suelo alemán, y además se sumaba el potencial demográfico, económico y militar de este país a una organización cuyo objetivo era detener la posible expansión de Moscú. La contestación soviética fue la creación del Pacto de Varsovia y la inclusión en él de la República Democrática.

Si la integración de la República Federal fue interpretado por Moscú como una agresión, lo mismo ocurrió con su desarrollo económico, como Adenauer había previsto. La prosperidad de la República Federal contras-

taba con las dificultades y el régimen policiaco de la Democrática, lo que irritaba a sus autoridades. En este marco, y a partir de 1959, se produjo una de las crisis más importantes de la posguerra. En esta fecha el Gobierno de Berlín comenzó la colectivización de las tierras que aún quedaban en manos privadas. Ante ello, 15.000 personas abandonaron sus propiedades pasándose a la República Federal, lo que produjo nuevos trastornos económicos para el Gobierno comunista. En 1961, Krushev lanzó una de sus campañas retóricas en contra del Berlín occidental, lo que llevó a muchos alemanes orientales a pensar que pronto se impediría el acceso, que la posibilidad de cruzar a la otra Alemania podía desaparecer en breve plazo. El resultado fue que en los primeros ocho meses de 1961 se pasaron al Oeste 155.000 personas, lo que elevaba a tres millones el número total desde el final de la guerra. La situación era escandalosa para el Gobierno de Berlín. Como Adenauer deseó, el contraste restaba legitimidad y apoyo popular a aquel Gobierno. Sin embargo, el resultado no fue el esperado. El 13 de agosto de 1961 las comunicaciones entre los dos sectores de Berlín quedaron cortadas y un muro fue erigido para impedir la huida de más personas³. De nuevo Alemania se convertía en símbolo de la división del mundo en dos bloques irreconciliables.

La Ostpolitik

La política alemana de Adenauer no sólo no había acercado a las dos Repúblicas, sino que las alejaba progresivamente. Frente a ella, la vieja posición socialdemócrata había carecido de apoyo popular por su carácter anticapitalista y antioccidental. Sin embargo, a partir del célebre Congreso de Bad Godesberg los socialdemócratas aceptaron la vinculación europea y atlántica y ofrecieron, de la mano de Willy Brandt, una nueva e imaginativa política alemana: la Ostpolitik. A partir del Gobierno de coalición presidido por el canciller Kiesinger, y a iniciativa del ministro de Asuntos Exteriores, Brandt, la República Federal abandonó la doctrina Hallstein e inauguró una nueva política de apertura al Este. Pero fue a partir de 1969 cuando los socialdemócratas lograron formar Gobierno, y tras la celebración de su Congreso, cuando esta política tomó una forma más nítida. A propuestas de Herbert Wehner el partido aceptó la nueva doctrina basada en el reconocimiento de la existencia de dos Estados alemanes, pero de una sola nación. El nuevo Gobierno regularizó relaciones con los Estados del Este y buscó un acercamiento a la República Democrática. A pesar de las duras críticas que en un primer momento recibió de la oposición democristiana, la Ostpolitik, en sus aspectos fundamentales, acabaría convirtiéndose en doctrina de acción exterior de la República Federal, por encima de las divisiones de partidos. Por fin, el nuevo Estado alemán lograba un acuerdo suprapartidista en política exterior, basado en su vinculación al bloque occidental y su apertura al Este.

El giro dado por Brandt era menos espectacular de lo que parecía. La política de Adenauer había estado, en gran medida, marcada por las cir-

cunstancias de la guerra fría. La propia evolución de los acontecimientos había llevado al Adenauer de los últimos años a revisar su política. De la mano de su ministro Schröder, la República Federal había comenzado una tímida apertura al Este en el terreno comercial, bordeando los límites de la doctrina Hallstein. Con Brandt se estableció una nueva política, pero en un marco internacional muy distinto. Con los años sesenta la situación internacional mejoró. El compromiso nuclear americano en la defensa de Europa llevó a muchos al convencimiento de que la guerra no era posible y la URSS dio muestras de aceptar el nuevo equilibrio europeo, centrando sus acciones en otros continentes. Los EEUU y varias naciones europeas comenzaron a mejorar sus relaciones con Moscú y otras capitales del Este. La distensión parecía augurar un nuevo período caracterizado por el mantenimiento del *statu quo* y un mayor entendimiento entre los dos bloques. La doctrina Hallstein era un resto de la guerra fría, un obstáculo para la distensión, lo que explica la aceptación por los cristianodemócratas de la Ostpolitik.

En marzo de 1970 la Ostpolitik dio un paso fundamental con el encuentro en la ciudad de Erfurt del canciller Brandt y el presidente del Consejo de Ministros de la República Democrática, Willi Stoph. Dos años después las dos Alemanias firmaron el Tratado Básico, por el que renunciaban al uso de la fuerza en sus relaciones y reconocían el carácter inviolable de sus fronteras. El entierro de la doctrina Hallstein se había consumado. La República Federal había reconocido el *statu quo* de la posguerra como primer paso para poder modificarlo. Brandt no se hacía ilusiones sobre una pronta reunificación, pero creía que sería más fácil desde unas buenas relaciones. En cualquier caso el drama de muchas familias rotas por la división podría aminorarse si se lograban de Berlín permisos de entrada...⁴. La nueva política comenzó a dar buenos resultados, y a las positivas consecuencias internas se sumaron pronto otras de carácter internacional. La Ostpolitik había creado un nuevo clima en las relaciones Este-Oeste. El diálogo, la comunicación, parecían poder garantizar un futuro en paz. Brandt había hecho de su país la vanguardia del diálogo con el Este, asumiendo así un importante papel político. Alemania, símbolo de la división, comenzaba a serlo también de la distensión.

Con el desarrollo de la Ostpolitik apareció la “cuestión alemana” tal como hoy la entendemos: el miedo sentido dentro de la OTAN a que la República Federal abandonara progresivamente el bloque occidental a cambio de promesas soviéticas de reunificación y seguridad.

La política alemana de la Unión Soviética

La política alemana es un elemento más de la política europea de Moscú, si bien el más importante. La historia de las relaciones entre los dos países pesa enormemente, así como el hecho de que la RFA sea la vanguardia de Europa occidental en el frente central, la circunstancia de ser una nación dividida que no renuncia a la reunificación y su gran potencial económico

y militar. Los objetivos de Moscú en Europa continúan siendo el control de su área de influencia –la Europa oriental–, la salida de los EEUU del continente y el logro de una mayor influencia sobre los prósperos Estados de Europa occidental. Dentro de este marco global, la política hacia la República Federal antes de la Ostpolitik se basó en la defensa de la partición, de la soberanía de la República Democrática. La reunificación de Alemania supondría la quiebra del orden nacido en 1945 y, por lo tanto, el punto de partida para que muchos otros Estados o comunidades reclamaran cambios sustanciales. Sería el fin del imperio soviético y de sus aliados en la República Democrática.

Con las iniciativas de Brandt, Moscú cambió. Bonn reconocía, al fin, las fronteras de la posguerra, aportaba un talante de diálogo, ofrecía buenas relaciones económicas y, sobre todo, estaba dispuesto a hacer concesiones a cambio de una mejoría de las relaciones entre las dos Alemanias. Con ello uno de los Estados clave, estratégica, política y económicamente, del bloque occidental ofrecía a Moscú la oportunidad de presionar tanto en política interior como exterior, de condicionar sus actos a las expectativas de cambios. La Ostpolitik gustó a la URSS, pero desagradó al líder máximo de la República Democrática. Para Ulbricht las ofertas del Oeste eran un intento de minar su Estado, de infiltrar ideas capitalistas que acabarían con los avances revolucionarios. Las tensiones entre Moscú y Berlín finalizaron con la subida al poder en esta última capital de un hombre más flexible y dispuesto a negociar con Bonn, Honecker.

Honecker es consciente de que el objetivo último de la Ostpolitik es animar una evolución política de la República Democrática que haga posible la reunificación bajo un régimen de libertades. Sin embargo, como los dirigentes de Moscú, piensa que la posición de Bonn es débil y que es mucho lo que de ella se puede recibir a cambio de muy poco. Alemania oriental tiene problemas políticos y económicos, derivados de la existencia de la República Federal, que ésta puede ayudar a mitigar. El primer problema es la falta de legitimidad, sentida así por la población. El reconocimiento de los dos Estados por parte de Bonn y el establecimiento de unas relaciones preferenciales refuerzan la posición del Gobierno comunista. La situación económica de la República Democrática es excelente dentro del área soviética, pero ridícula si se compara con su vecina occidental, problema que agrava el antes señalado de falta de legitimidad. La ayuda económica de Bonn ha resultado fundamental para la mejora de su economía. La estabilidad de la República Democrática es un objetivo esencial de Moscú. La Ostpolitik, con todos sus riesgos, parece haberlo conseguido, lo que supone para la URSS una ventaja más:

La cuestión alemana

El desarrollo de la Ostpolitik ha acercado a las dos Alemanias hasta el punto de preocupar a sus respectivos aliados. El sentimiento alemán ha crecido en ambos Estados, así como la conciencia de una historia, una

cultura y, sobre todo, un problema de seguridad común. En las dos Alemanias hay importantes contingentes de ejércitos y armamento extranjeros. Al representar el frente central europeo, no ya una guerra, sino simplemente los primeros enfrentamientos provocarían su destrucción. Esto explica que para ellas evitar un conflicto sea un objetivo esencial, de supervivencia. Los alemanes tienen el convencimiento de que los años de Ostpolitik han acercado las posiciones, poniendo las bases de la convivencia y la paz en Europa, y de que su continuación es fundamental para garantizar el futuro del continente. Esta comunidad de intereses, distinta de la de ambos bloques, se planteó abiertamente durante la crisis derivada de la “doble decisión” de la OTAN.

La instalación de los SS 20 soviéticos llevó a la OTAN, a iniciativa del canciller Schmidt, a aprobar el despliegue de misiles Pershing y Cruise, al mismo tiempo que se ofrecía a Moscú la apertura de negociaciones para la retirada de estos arsenales. La llegada de estas armas se sumó a un problema anterior, percibido lentamente por la opinión pública: el fin de la garantía nuclear norteamericana. Los EEUU habían reconocido que en caso de conflicto no garantizaban la utilización de su armamento nuclear para defender Europa. Por ello fueron los representantes alemanes quienes más presionaron para que las nuevas armas al servicio de la OTAN estuvieran instaladas en tierra, como prueba del compromiso americano.

Después de años de tranquilidad, la sociedad alemana descubría, aunque de forma distinta, que la guerra volvía a ser posible. Eran muchos los que creían que los misiles Pershing a instalar en su territorio les hacían aún más vulnerables. La desconfianza hacia la política americana creció y comenzó a temerse que la República Federal pudiera verse envuelta en aventuras militaristas de Washington. Las crisis de Afganistán y Polonia crisparon aún más la situación, enterrando los años de distensión. Sin embargo, la amenaza soviética había perdido credibilidad para muchos y la necesidad de un nuevo rearme fue duramente criticada. En 1984 un 53 por 100 de los ciudadanos de la RFA defendían la neutralización de la RDA si con ello se lograba la reunificación de Alemania en un régimen de libertades.

La URSS puso a prueba las ventajas derivadas de los años de Ostpolitik. Amenazó a la RFA con nuevas dificultades en sus relaciones con la RDA y con medidas de tipo militar, si permitía la instalación de los nuevos misiles de alcance intermedio. Los resultados fueron contradictorios. El partido socialdemócrata entró en una profunda crisis de identidad, de la que todavía no ha salido, pero que previsiblemente será beneficiosa para los intereses de Moscú. El acuerdo interpartidista sobre política exterior desapareció, y el SPD volvió apresuradamente a sus posiciones de posguerra. Por su parte, la RDA dio muestras de desagrado por la instalación en su territorio de nuevo armamento soviético y, una vez iniciada la campaña de la doble decisión, protagonizó una maniobra diplomática dirigida a la RFA para “limitar los daños” que los nuevos acontecimientos podían provocar sobre los logros alcanzados durante los años de distensión. Moscú descubría así la otra cara de su política alemana. Las buenas relacio-

nes con el Oeste habían generado intereses, expectativas, que hipotecaban la acción exterior de la RDA y contrariaban los objetivos soviéticos.

La defensa de su relación con el Este ha llevado a la RFA a posturas semejantes a las de la RDA dentro del bloque occidental. Por ejemplo, la RFA fue reacia a aplicar sanciones a la URSS por la invasión de Afganistán. Detrás de estas actuaciones hay algo más que una simple defensa de sus relaciones con la RDA. Con el fin de la garantía nuclear americana, de la confianza atlántica, de la credibilidad de la disuasión occidental, la RFA ha buscado en el Este garantías para su seguridad, iniciando un camino que ha dado importantes frutos. La Ostpolitik ha acercado las Repúblicas populares a Europa occidental, ha permitido el aumento de los intercambios comerciales y ha creado buenas expectativas sobre el control de armamentos. En general ha hecho posible creer en un *modus vivendi* entre los dos bloques que reduzca los riesgos de una guerra.

Esta política, con todos sus riesgos, no es ingenua: busca crear las condiciones que favorezcan la evolución política pacífica de los países del Este hacia la democracia. Como hemos visto, la posición de la URSS no es tan fuerte. Si adopta una postura dura dentro de su área de influencia, da argumentos a aquellos que en el Oeste denuncian su política. Si, por el contrario, adopta una más flexible y se abre a Occidente, intentando dar una imagen más pacífica y "liberal" —que haga innecesaria la presencia norteamericana en el continente—, entonces se producen movimientos centrífugos, tanto en el interior de la URSS como en su área de influencia. En palabras de un alto funcionario de la RFA.

"Somos conscientes de que el problema alemán sólo puede resolverse en un marco europeo y mediante la concertación con nuestros vecinos. Nuestros esfuerzos están orientados a terminar con la división de Alemania, como resultado de un proceso que elimine la división de Europa, al tiempo que reduzca la confrontación entre el Este y el Oeste"⁵.

Después de la crisis de la distensión, la RFA continúa siendo el elemento central de la política europea. Los miedos a que este país abandone la OTAN y las Comunidades para convertirse en un Estado neutral, ante las tentaciones de reunificación por parte soviética, parecen carecer de fundamento. La reunificación no beneficia a la URSS. La OTAN sólo la aceptaría si la nueva Alemania continuara en la Organización, circunstancia poco probable. La RFA, por su parte, no parece dispuesta a sacrificar parte de su soberanía e importantes intereses económicos y políticos. El riesgo está en que, ante la crisis del sistema de seguridad atlántico, ante el paulatino abandono del Viejo Continente por los EEUU, la RFA, primero, y otros Estados europeos, después, busquen en unas buenas relaciones con Moscú la garantía de su seguridad.

La cuestión alemana es un problema desestabilizador para ambos bloques y, en la medida en que queramos acabar con ellos, puede resultar muy útil, casi tanto como peligroso. La aparición de crisis en el Este puede llevar a la URSS a acciones aventuradas. Por el contrario, una política alemana o de varios Estados de la Europa occidental de apertura al Este, sin el respaldo de un dispositivo de seguridad creíble, se convierte en una

política de *appeasement*, y tenemos suficientes experiencias sobre sus resultados. Si deseamos tener unas buenas relaciones con Moscú, lo más aconsejable continúa siendo demostrar nuestra disposición a defendernos y disponer de los medios suficientes para ello. En los próximos años los profundos cambios que sufrirá la OTAN nos darán oportunidad para comprobar hasta qué punto alemanes y europeos occidentales estamos dispuestos a realizar sacrificios a cambio de seguridad o si, por el contrario, vamos a confiar en las buenas intenciones de Moscú. La RFA, por su situación geográfica y política, sufrirá mayores presiones. La evolución de los socialdemócratas es un ejemplo de las nuevas mentalidades, del cambio generacional que, en mayor o menor medida, irá afectando al resto del continente. La falta de confianza en la OTAN les empujará hacia la URSS por razones de supervivencia. Medidas como la “defensa adelantada” o el Eje París-Bonn son pasos importantes para restaurar esta confianza, pero insuficientes. Las naciones europeas deben asumir mayores responsabilidades dentro de la OTAN, aumentar sus contribuciones y, sobre todo, dar credibilidad al dispositivo de seguridad occidental. El riesgo de finlandización de Alemania y de Europa es una realidad, está en nuestras manos el evitarlo.

NOTAS

1. Gaddis, John Lewis: *The United States and the Origins of the Cold War. 1941-1947*. New York, 1972, págs. 97-132, 240-1.
2. Hanrieder, Wolfran F: *The stable crisis. Two decades of german foreign policy*. New Cork, 1960, pag. 102.
3. Turner, Jr., Henry Ashby: *The two Germanies since 1945*. New Haven, 1987, pag. 130
4. Hanrieder: *Op. cit.*, pag. 101- 116
5. Meyer-Landrut, Andreas: “Perspectivas de la política aliada hacia el Este: el punto de vista alemán”, en *Revista de la OTAN* (abril 1987), núm. 2, pág. 10.